

JAVIER PELLICER
LEONES
ANIBAL^{DE}



de

Lectulandia

Corre el siglo III a. C. en la península Ibérica. Aníbal Barca se ha convertido, por derecho propio, pero también por carisma, fuerza e inteligencia en el líder de los ejércitos cartagineses, que aúnan no sólo a su gente, sino también a muchos pueblos íberos que, en su recorrido por la península Ibérica, se han unido a él. Roma domina el mundo. Pero Aníbal quiere conquistar Roma. Y, una vez pasados los Alpes, la mayor hazaña conseguida por el hombre hasta entonces, tendrá su primera victoria: Escipión y sus legiones caen ante él. Parece que, por fin, va a conseguirlo...

Leones de Aníbal es el relato épico de una gran aventura, pero también una novela sobre la identidad, la convivencia y la amistad. De cómo un ejército, formado por multitud de pueblos, luchó no sólo contra Roma, sino contra las fuerzas de la naturaleza. Y todo ello bajo la bandera de un hombre, y no de una patria. Tres individuos dispares —Leukón, un joven celtíbero que se une a la lucha dejando atrás a su amada; Alcón, un íbero saguntino acosado por la culpa de la traición; y Tabnit, un oficial cartaginés que guarda un secreto inconfesable—, se enfrentarán juntos a la hazaña propuesta por Aníbal. Una experiencia que los cambiará para siempre. En esta novela, de una forma tan documentada como ágil, entretenida y llena de pasión, Javier Pellicer nos narra la epopeya que estuvo a punto de cambiar el curso de la Historia y la figura del mayor estratega de la historia: Aníbal.

Lectulandia

Javier Pellicer

Leones de Aníbal

ePub r1.0

Titivillus 19.12.2018

Título original: *Leones de Aníbal*
Javier Pellicer, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

«Hallaré un camino o lo abriré».
Aníbal Barca (247 a. C. – 183 a. C.)

Prefacio

LA PARTIDA DE LEUKÓN

Okalakom, Celtiberia, junio del 218 a. C.

Leukón estaba triste.

En el horizonte, el fulgor todavía tenue del amanecer susurraba una jornada brillante. La llanada a los pies del cerro, en el que se alzaba el castro de Okalakom, despertaba su verdor. Y la brisa, aunque helada, llevaba consigo la fragancia de los primeros lirios de la temporada.

Y aun así, Leukón estaba triste.

Marchaba a la guerra. Allá, en el este, un gran líder ofrecía gloria y honor a quienes aceptaran luchar en su ejército. Aníbal, se llamaba, aunque el muchacho sabía poco de él. Tan sólo lo que les contó Eterindu, aquel reclutador íbero que los había visitado semanas atrás. Les narró que su empresa no tenía parangón con ninguna otra que se hubiera intentado antes. Tras conquistar todas las tierras íberas desde el sur al norte, aseguraba que aquel señor de señores reemprendería el viaje en busca de más victoria y gloria.

Y allí acudiría Leukón, para alcanzar ese prestigio que haría de él hombre y guerrero. Su padre, Letondón, se lo había ofrecido al caudillo del poblado cuando éste decidió que los suyos formarían parte de la hazaña púnica. En virtud del pacto de devoción que lo ataba, lo entregó a la guerra, a las armas, aquellas que Letondón ya no podía empuñar por estar tullido. La lanza, el puñal, el escudo y varias jabalinas lo aguardaban. Pertrechos humildes heredados de un abuelo a quien el hijo hizo honor mientras pudo. Salvo la espada, de hoja recta y antenas atrofiadas, realizada expresamente para Leukón.

Pero si había una pertenencia de la que un guerrero celtíbero debía sentirse orgulloso era su caballo. En todas las tierras conocidas no existían jinetes tan capaces como los de su pueblo, que tenían a las bestias por hijos de la divina Epona. Los pelendones criaban y cabalgaban a los más poderosos equinos que el mundo hubiera conocido. No resultaba extraño que los cartagineses los buscaran desde siempre, pues tenían la resistencia que le faltaba a la débil caballería libia. El ejemplar de Leukón, *Bronce*, vestía pelo alazán y contaba con unas patas tan robustas que lo hacían volar por igual sobre tierra dura y hierba. El joven había hollado sobre su lomo cada paso de la región, cada colina de la sierra. Eran hermanos.

Fue precisamente aquella cordillera, de puntas como puñales, el primer paisaje que vio cuando llegó a la vida. Aunia, su madre, trabajaba en las labores cuando

estallaron los dolores del parto, y sin ayuda alguna dio a luz en mitad del sembrado de trigo. Al terminar, lavó al niño en una fuente cercana, lo envolvió en pañales de tela y lo alzó para que contemplara las montañas que serían su mundo. El mismo que ahora estaba a punto de expandirse más allá de lo imaginable.

Leukón estaba triste.

La perspectiva de entrar en batalla habría llenado su ánimo en otro tiempo, no hacía mucho. Hierro y grito de triunfo. Todo joven deseaba para sí un destino semejante. ¡Soñó tantas veces con ello de niño! En esos días de inocencia hubiese cabalgado allá donde fuese necesario para entablar las batallas más épicas.

Ya no.

Su corazón se negaba a partir. Pues en Okalakom vivía la tierna Stena, la más bella de Pelendonia. Ninguna otra muchacha, en toda la Celtiberia, contaba con unos cabellos tan largos y finos como los de ella. Ninguna desprendía el aroma a lavanda e hinojo. Era, más que cualquier otra, hija de aquella tierra, personificación de la palidez de la piedra y la finura del valle. Su dulce encanto conmovía a todos, y la mirada que brillaba en sus ojos iluminaba hasta el rincón más oscuro. Ojos almendrados que restallaban de emoción al contemplar a Leukón. Y él la amaba de igual manera.

Pero debía abandonarla.

Ahora la tenía entre sus brazos. La muchacha había acudido junto al resto de mujeres que tenían que despedir a esposos, hermanos e hijos. El grupo, alrededor de veinte hombres, esperaba en el centro del poblado, flanqueados por las viviendas de piedra y techumbre de ramas que quedaban adosadas a la muralla.

—Toda mi alma se va contigo —aseguró ella, y luego le trasladó una exigencia, mientras, con besos y caricias, agonizaba de amor—. Promete que volverás y te crearé.

Incapaz de apartar sus manos de aquel cuerpo pequeño y todavía a medio terminar, Leukón trataba de embriagarse del aliento de Stena; de la sensación que le producía el tacto de su piel blanca y suave; de cada matiz de aquella voz infantil y sin embargo femenina; del sabor que dejaban los rosados labios en los suyos.

Deseaba con todas sus fuerzas comprometerse a lo que ella le demandaba. Aun así, dudó. ¿Acaso podía saber lo que Lug le tenía reservado? ¿Y si dispusiera que su vida acabara en el campo de batalla, llevada por los buitres al más allá? Jurar en vano, decían los sacerdotes, era el peor de los negocios. Los dioses toman la palabra y nunca renuncian al cobro.

A pesar de ello, al ver semejante súplica en aquel mirar cándido, se sintió esclavizado. Sí, le rendía devoción al caudillo y a los poderes inmortales. Pero ¿no merecía la misma adoración aquella niña? Stena era Celtiberia convertida en carne. Ni Luna, ni Fuego; ni Lobo, ni Serpiente Cornuda. No había diosa por encima de ella, ni veneración más importante que dispensar.

Juraría, entonces. Y no sería en vano. Que toda divinidad de la tierra, los cielos y las aguas tomara en cuenta su convicción.

—Lucharé por mi honor y el de nuestro pueblo —dijo de pronto, con el gesto fruncido por la determinación—. Batallaré contra todo enemigo y no dejaré a ninguno en pie. No habrá filo, punta de lanza o voluntad superior que me impida regresar junto a ti. A cualquiera que lo intente, sea mortal o inmortal, lo derrotaré.

Ella vio la llama en sus pupilas. Subió las manos hasta el semblante surcado por la primera barba de la hombría. Y retuvo entre los dedos las hebras lacias que caían sobre la frente del muchacho, de un pardo tan oscuro que casi era negro.

—No muestres piedad. Arrebátale la vida, ya que tal suerte deben sufrir por apartarte de mi lado —exclamó, con la voz endurecida por el dolor.

La estrechó de nuevo en un abrazo apasionado y angustioso. Hubiese deseado fundirse con ella, para así llevársela consigo y no tener que dejarla atrás.

Leukón estaba triste.

Restalló un cuerno. La partida se iniciaba. Los dos muchachos se fueron separando, muy poco a poco, hasta que sus brazos no dieron más de sí. Un vacío insoportable lo invadió. Trató con todas las fuerzas de aferrarse al último instante de contacto, guardar esa sensación en un rincón de su memoria junto con el recuerdo de ese rostro tierno, y allí mantenerla con vida.

Se ajustó el sago y montó en el caballo sin dejar de mirarla. Los cascos golpearon la tierra. Leukón, al fin, volvió la vista hacia delante. El avance fue como adentrarse en una bruma que ocultara cosas desconocidas. Traspasaron la entrada del murallón. De mampostería a canto seco, su grosor era al menos el de cuatro hombres con los brazos extendidos; y la altura la de tres, uno encima del otro. El estómago le dio un vuelco, pues fue mucho más que dejar atrás el poblado. A su espalda quedaba la niñez, el presente y el mañana. Hogar, padres y amada.

Cruzaron el paso que salvaba el foso y cabalgaron, a ritmo lento, entre el campo de piedras hincadas. Habían sido dispuestas de esa forma para dificultar el avance de cualquier atacante; las aristas cortantes dañarían tanto los pies calzados como los cascos de las bestias. Los profundos barrancos situados a ambos lados del cabezo circular y las murallas completaban la defensa del asentamiento.

El camino descendía del espigón donde se asentaba el castro, camino a los pastizales. Dejaron a los lados aquellos árboles viejos que crecían en sendos sotos plagados de brezos y romeros. Se dirigirían hacia el norte, en busca del gran río Iber, que les serviría de guía hasta que tuvieran que dejarlo para bajar hacia la edetana Arse. Allí, según comentara Eterindu, se acantonaban las tropas de Aníbal tras conquistar tan insigne plaza fuerte.

Leukón contempló durante un tiempo el poblado. Quieto, controlando el paisaje desde su privilegiada atalaya, por encima de la niebla baja y matutina que parecía una crin fantasmagórica; rodeado del verde bosque de los robledales, que resplandecían bajo el toque cálido del sol que desde hacía días animaba el deshielo primaveral. A

través de la distancia parecía una celada sobre la cabeza de un titánico y anciano guerrero. Era el primer golpe de la añoranza, que sacudía incluso con el hogar todavía a la vista.

De repente le dominó una intensa certeza. Una visión partiendo en dos su alma y otorgándole luz donde antes todo parecía lástima y sufrimiento: cabalgaba en pos de la guerra, lucharía y mataría a muchos, pero la amorosa promesa realizada a Stena le protegería de todo mal. Y, cierto, pasaría largo tiempo, aunque comprendió la verdad más elemental de todas: los días nunca son eternos. Regresaría al hogar, donde le recibiría aquella muchacha que daba sentido a cada uno de sus pasos, a cada uno de sus pensamientos, a cada uno de sus latidos.

Hasta entonces, Leukón estaría triste.

Sólo hasta entonces.

DE DIOSSES, DESTINOS Y MENTIRAS

Gádir, invierno del 218 a. C.

Las tinieblas de la noche quedaban atrás. Los dioses, que moran en el mundo cuando éste se halla sumido en la oscuridad, se retiraron de nuevo a los cielos.

Y allí, en el horizonte marino, alzándose dorado e inmenso sobre la bella Gádir, Melqart reclamaba su gobierno diario. Incluso para Tabnit, poco dado a dejarse llevar por fanatismos religiosos, resultaba una imagen evocadora y a la vez muy significativa: un pasado que siempre volvía, por mucho que se deseara lo contrario, y que, sin embargo, resultaba inalcanzable.

De todos modos, era el momento del futuro, para eso había acudido al templo de Melqart. Formaba parte del séquito de Aníbal, en calidad de consejero y general de confianza gracias a los méritos realizados desde que empezara el mandato del gran estratega. Atrás habían quedado tareas tan épicas como la reciente toma de Arse, y ni aun así el León de Cartago se permitía un respiro. Ciertamente era que, ante el escaso botín logrado en la urbe edetana después de tantos esfuerzos, tuvo el buen juicio de ofrecer un permiso a las tropas hispanas y celtíberas que lucharon por él. Pasarían el invierno en sus hogares, con la condición de que se reincorporaran al ejército llegada la primavera. Una inteligente jugada con varios beneficios: fidelizaría a los peninsulares, quienes hablarían en sus poblados de la generosidad del líder cartaginés, atrayendo así a nuevos voluntarios; por otra parte, las arcas púnicas se ahorrarían el mantenimiento de buena parte de la soldadesca durante esos meses.

Pero Tabnit era de los pocos que conocía las verdaderas aspiraciones del ambicioso estratega. En boca de otro las habría tildado de locura. Dictadas por alguien como el Bárquida sonaban a hazaña no sólo posible, sino también apetecible de emprender. Tal era su carisma.

El consejero observó a quien era su amigo tanto como podía serlo un hombre que está por encima del resto. En esos instantes encabezaba la profusa comitiva de gala, con el orgulloso porte que requería la situación, y que no le resultaba artificial. Existía algo en aquellos ojos: una resolución, nacida según los más veteranos años atrás cuando su padre, Amílcar, pereciera en la deshonrosa batalla de Hélike. El fuego primigenio de aquel niño serio, aprendiz aventajado de Alejandro de Macedonia, había madurado hasta dejar atrás la impetuosidad adolescente.

El hombre era consciente del efecto que provocaba, tanto en subordinados como en rivales, pero lo afrontaba con el sentido común que da la experiencia, no con el orgullo desmesurado de la juventud. El liderazgo comporta terribles responsabilidades, destruye a los débiles... y forja a los grandes personajes. Asdrúbal «El Bello» fue el mejor puente entre progenitor y vástago, pero nadie más que Aníbal

podía ser heredero de la gran misión de los Bárquidas: devolver la gloria a Cartago. Y quizás ese destino no fuera el final para alguien como él. ¿Por qué no pensar en aupar a su patria por encima de todo lo conocido hasta la época?

¿Por qué no pensar en crear un auténtico imperio?

Habían llegado a Gádir la jornada anterior, desde Qart Hadast, donde Aníbal regresó tras el asedio de Arse. Situada en una isla larga y estrecha cual espada celta, decían los que todavía guardaban la sapiencia de sus antecesores que en otros tiempos un canal cortaba la tierra a las puertas de la ciudad, en su extremo occidental. Pero la cercana desembocadura del río Criso, llegado del interior de Hispania, había ido taponando dicho brazo acuoso debido al barro que transportaba, hasta prácticamente conectar lo que una vez fueron dos pedazos de tierra independientes.

De estilo púnico, y aunque ni por asomo tan populosa como Cartago, Gádir era en belleza similar a la gran ciudad de oriente. Había riqueza en sus calles, bienestar derivado del provechoso comercio asentado siglos atrás. Desde Libia se acercaban constantemente cargamentos de estaño, marfil y otros tantos productos que engrandecían los tesoros de la colonia. Muchos ilustres mercaderes contaban con palacetes que miraban al mar, de varios pisos de altura, y las anchas calzadas se mostraban siempre limpias. La miseria no tenía cabida en la próspera Hija de Tiro.

Contaba, además, con el orgullo de ser una urbe elegida por los dioses, según el origen de su fundación. Tabnit conocía desde niño las leyendas gracias a su padre, gran orador: en tiempos posteriores a la guerra por Troya, el oráculo de Tiro, capital de los fenicios, dictó que varios elegidos debían partir hacia occidente. Los confines del mundo serían su destino, allá donde Melqart realizara las famosas empresas que dieron lustre a su nombre. Los colonos tirios emprendieron la aventura y, cuando alcanzaron las Columnas, creyendo que al otro lado no existía tierra alguna, echaron el ancla a la altura de Sexi. Allí ofrecieron un sacrificio, pero como éste no fue propicio se hicieron de nuevo a la mar. Y en la costa bastetana, con el estrecho distante a sus espaldas mil quinientos estadios, repitieron la ceremonia. Los dioses volvieron a mostrarse esquivos, así que por tercera vez botaron las embarcaciones. Se detuvieron al fin en una isla espigada, repleta de acebuches, motivo por el que los griegos la llamarían tiempo después Kotinousa. Era tan similar a la patria dejada atrás que supieron, aun antes del ritual, que aquél y no otro sería su nuevo hogar. Realizaron la nueva ofrenda en el extremo occidental del lugar, y en esta ocasión sí fue del agrado divino. De ese modo fundaron el asentamiento que la ilusión fenicia transformó en la hermosa Gádir, tras levantar el santuario prometido a las divinidades.

Precisamente aquél era el lugar en el que Tabnit se hallaba. El templo de Melqart rebosaba solemnidad, pues rara era la vez que acudía una figura tan insigne como Aníbal. Los sacerdotes actuaban con una formalidad desconocida para los cientos de mercaderes que se detenían en el oratorio. Sus votos en agradecimiento a una buena travesía, así como el donativo con el que asegurar buenos negocios, no eran menos

valorados por la divinidad. Ahora bien, su sangre no contaba con un linaje como el del actual oferente, y por tanto no se les dispensaba el mismo trato.

La apiñada multitud, reunida en el patio amurallado del santuario, abrió paso a su líder. La celebración de los grandes rituales requería la presencia de numerosos asistentes para distintas tareas: escoltas, músicos, escribas, consejeros... Sin embargo, el séquito estaba compuesto enteramente por hombres, pues las mujeres no tenían cabida en el templo. Sólo se permitía la presencia de las hieródulas, las prostitutas sagradas, esclavas voluntarias de los dioses que ingresaban en los santuarios a muy temprana edad. Ejercían de avatares de Tánit, esposa de Melqart, y por tanto su tarea era brindar a quienes lo desearan —y estuvieran dispuestos a pagar tal honor— un acercamiento a la inmortalidad a través de sus cuerpos.

El Bárquida caminó con el semblante alto y cargado de gravedad. La clámide ondeaba con la brisa fresca de la mañana, las grebas y el casco atrapaban el fulgor naciente para luego hipnotizar con él a cuantos ojos lo contemplaban entre los asistentes. Dejó atrás el pebetero donde ardía la Llama Sagrada, aquella que no debía extinguirse. También quedó a su diestra el Árbol Sagrado, un vetusto olivo plantado antes incluso que la primera piedra del recinto. Se acercó hasta las dos fuentes situadas cerca del edificio principal, pozos de gran fama desde tiempos inmemoriales: su nivel ascendía con la bajamar y se agotaba con la marea alta, motivo de admiración por parte de muchos sabios. Aníbal formó un cuenco con las manos y tomó el agua bendecida, con la que humedeció el rostro y mojó sus cabellos. Mediante tales abluciones, purificó todas las faltas que había acumulado desde su última visita al templo, cuando sucedió a Asdrúbal El Bello, pues era responsabilidad de Melqart legitimar a los grandes gobernantes y líderes, así como sus empresas más ambiciosas.

Limpio ya su espíritu, subió las escaleras que llevaban hasta los tres altares de los sacrificios, erguidos entre dos columnas de bronce. El ascenso fue pausado, y Tabnit pareció intuir, si tal cosa era posible en Aníbal, un temor reverente en sus ademanes, no en vano el púnico sí era un devoto creyente en los dioses cartagineses. Le debía su nombre a Ba'al Hammon, aunque fue a Melqart a quien su familia se había consagrado. El consejero conocía bien la envergadura de la fe del general, cuán importante era para él la aprobación de los grandes poderes. Y tratándose de una empresa tan ambiciosa como aquélla, su compostura estaba justificada con creces.

Cinco sacerdotes lo esperaban junto a las aras, signo inequívoco de la importancia que el templo le daba a la visita del estratega, pues en las ceremonias comunes solía actuar sólo uno de los religiosos. Dos de los altares, también de bronce y sin señales ni adornos, estaban dedicados al Arte y la Vejez, atributos muy valorados por los dioses. Pero el tercero, situado en el medio de ambos, había sido esculpido en piedra durante los primeros días del santuario, y quedó consagrado a Melqart. Éste sí contenía ciertas escenas grabadas, que representaban los épicos trabajos de la divinidad —con su atuendo típico, la piel de león y su mortífera clava—, entre los

cuales fue, sin duda, el más célebre el levantamiento de las Columnas. Sería en ese púlpito donde se realizaría la inmolación.

Los iniciados lo recibieron entonando salmodias sagradas en una lengua tan antigua que escapaba de la comprensión de Tabnit, siempre hábil con los idiomas. Si el brillo solar refulgía en el yelmo de Aníbal, otro tanto hacía al golpear las cabezas rasuradas de los oradores, que vestían túnicas blancas de lino. Por supuesto, no portaban calzado alguno que ensuciara el suelo bajo el que moraban las cenizas del dios, trasladadas desde Tiro para ser protegidas del feroz ataque del rey de Macedonia.

—Hijo de Cartago, habla al divino Melqart, Luz del Mundo, protector de los marineros y dador de fortuna en los negocios —le conminó el más viejo de los religiosos—. Renueva tus votos de lealtad si deseas seguir siendo merecedor de su favor.

Aníbal levantó el rostro y fijó la mirada en el sol, que se levantaba justo por encima del templo, a espaldas de los célibes oficiantes. Soportó la candente visión durante toda su plática, demostrando así que no temía dirigirse al dios.

—Gran Melqart, por quien doy todos y cada uno de mis pasos —empezó a recitar, y luego su voz se elevó con fuerza—, vuelvo a volcar en ti cuanto soy, mente, cuerpo y alma. Me ofrezco, de nuevo y siempre, al tiempo que humilde pido prosperidad en mis asuntos, que buscan el beneficio de tus hijos verdaderos y el ensalzamiento del glorioso nombre con el que te veneramos.

—Que el dios hable, pues —sentenció el conductor del ritual.

Varios acólitos aparecieron portando un cabritillo, cuyo caminar manso fue interpretado por los sacerdotes como un buen augurio. El animal ni siquiera se resistió cuando le ataron las palas y lo subieron sobre el altar, de tal modo que Eshmunazar, el Sumo Sacerdote, pudo degollarlo allí mismo. Un movimiento seco y la sangre estalló abundante, con furia, manchando los ropajes albos de los religiosos, mientras Aníbal lo contemplaba todo a tres pasos de la plataforma. La savia encarnada resbaló por la columna hasta llegar al suelo, que pronto oscureció. El representante de Melqart observó la forma que tomaba el charco. Asintió, con el gesto rígido pero satisfecho.

Se afanaron en la tarea de disección con tal destreza que no tardaron en completarla. Eshmunazar levantó entre sus manos el hígado del animal, mientras sus asistentes apartaban el cadáver. Despejada la mesa ceremonial, el Sumo Sacerdote colocó el órgano con esmero y, junto a sus hermanos, empezó a examinarlo. Cuchichearon entre sí, aunque la potestad de entregar el anuncio reposaba en el más anciano de todos ellos.

—Los signos hablan con claridad: la víscera se muestra sana, dando por buena tu lealtad y la empresa que mora en tus pensamientos —anunció—. Pero ¡cuidado! Veo aquí una marca negra en la vena porta, lo cual significa que existen poderosos

impedimentos en tu futuro. Melqart te otorgará la fuerza para solventarlos, aunque dependerá de ti utilizar correctamente ese poder.

—Mi tenacidad es firme —atajó el estratega.

—Emprende, pues, tu camino con la bendición del dios.

El acto se dio así por finalizado. Aníbal contaba ahora con el beneplácito de las Altas Esferas para acometer la más grande de las aventuras que hombre alguno hubiera emprendido jamás. Una hazaña que lo situaría a la altura de héroes como su admirado Alejandro el Magno. Quizá, incluso, fuera capaz de superarlo y llegar a cotas sólo alcanzadas por ese dios con el que había renovado sus votos.

La empresa producía vértigo: la conquista de Roma.

Pero ése era el destino que guiaba al León de Cartago. ¿Cuál era el de Tabnit? ¿A qué meta podía aspirar alguien que vivía bajo el nombre de otro, sumido en una mentira permanente?

Descorazonado, advirtió que a pesar de tantos años de farsa seguía sin tener respuesta para tan malditas, inquietantes y eternas preguntas.

UN VIENTO LLENO DE VOCES

Ciudad conquistada de Arse, julio del 218 a. C.

¿Cómo recuperar la dignidad destruida? ¿De qué modo se cura una herida que no deja de sangrar, de supurar? ¿Qué solución existe para tapiar ese agujero por el que escapa el alma, dejando un vacío en el interior del ser?

Aquél ya no era su hogar. Las calzadas, antes blancas, todavía conservaban las manchas oscurecidas de la desgracia. Los hermosos arbolillos de los jardines habían fenecido por los incendios o talados para reforzar las precarias empalizadas de los últimos días de la defensa arsetana. Su gente, desaparecida; muertos la mayoría de ellos, esclavizados y enviados a Cartago otros tantos para sufragar las soldadas de la tropa cartaginesa. Cien shekels habían obtenido cada uno de los vencedores.

Aquél era el pago por arrasar una ciudad.

Para Alcón el último invierno había resultado ser el peor de sus cuarenta años. Arse parecía rebosar vida, pero era un espejismo. Más allá de esos recuerdos ahora confusos en su memoria enmarañada, donde todo parecía tan lejano como si lo hubiera experimentado otra persona, ya nada quedaba verdaderamente íbero en la antaño gloriosa urbe. Los que se paseaban por las reconstruidas avenidas eran mercenarios: libios, númeridas o celtíberos llegados del interior, que de vez en cuando dejaban el campamento para realizar tal o cual encargo. Lo más parecido a arsetanos eran las familias con orígenes púnicos. Habían regresado tras ser expulsadas por el consejo de la urbe, poco antes del asedio, debido a su empeinado discurso de rendición. Ojalá les hubieran hecho caso.

«Ojalá les hubieras hecho caso», le recriminó la voz de ella.

Al pensar en el senado se le revolvieron las tripas y algo más: el alma. Él había sido mediador de la asamblea, el encargado de poner paz durante las atribuladas discusiones; elegido por su neutralidad, ni partidario de la facción griega ni de los que aún se sentían púnicos. A todos los había tenido por vecinos, en ambos lados contó con amigos.

Ahora era desdeñado con igual unanimidad. Incluso los forasteros lo rehuían. Los libios y númeridas que el victorioso estratega de Cartago había dejado durante el invierno, con la tarea de reparar la muralla y los canales de regadío, le miraban con el desprecio que se le rinde al cobarde. Respetaban a los defensores que lucharon hasta perder la vida, pues se habían mostrado bravos. Sin embargo, él... ¿Qué merecía quién se había escabullido en la nocturnidad para hablar con el enemigo, traicionando a los suyos? No importaba que su intención fuera conseguir la paz, salvar a los arsetanos de lo inevitable. Lo que quedó en la memoria fue la desertión posterior, nacida del miedo por volver a la ciudad con unas exigencias de rendición

intolerables, y por las cuales sus paisanos jamás le hubiesen perdonado la súplica al enemigo.

«Cobarde», escuchó de nuevo en su cabeza.

Aquellos arsetanos que simpatizaban con los cartagineses no le mostraban mucho más cariño. Frente a tan horrible espectáculo de destrucción y muerte, también ellos lloraron de dolor, aunque no de culpa. Esa culpa la guardaban para Alcón, como se encargó de poner de manifiesto Ethbaal, portavoz y ahora principal consejero del gobernador que Aníbal había nombrado, Bostar. Fue la única ocasión en que le dirigieron la palabra.

—¿No os lo dijimos? ¡Recuerdo que sí! Alertamos que esto ocurriría si no entablábamos amistad con Cartago —le recriminó, responsabilizándolo.

—Yo era el mediador, no estaba en mi mano tomar decisión alguna —se defendió Alcón, a pesar de que aquel argumento le sabía a cenizas.

—Oficio que ocupabas por el carisma que poseías entre los de sangre íbera —insistió el otro—. Una palabra tuya hubiese cambiado la opinión de muchos arsetanos. ¡Cuán diferentes habrían sido las cosas en caso de exiliar a los griegos simpatizantes de la pérfida Roma! Cuántas vidas salvadas...

El odio con el que lo trataron a partir de entonces fue desgarrador, sin embargo, existía alguien cuyas recriminaciones eran, si cabe, más duras que las de libios o arsetanos púnicos. Alguien que le recriminaba cada día, cada hora, no haberse comportado con mayor integridad. Una persona que lo aborrecía tanto que lo insultaba cada noche antes de dormirse y apenas entreabría los ojos de nuevo; que le hablaba de recobrar una porción de dignidad despeñándose por algún barranco o cortándose las venas.

Ese alguien era él mismo.

«Sufre, pues nada más mereces», le repitió de nuevo Daleninar, castigo personal del íbero. Su cargo de conciencia.

La esposa que lo abandonó.

* * *

No advirtió que se había quedado traspuesto en uno de los bancos de la parte alta de la ciudad, pellejo de vino en mano, hasta que unos zarandeos le sacaron de aquella modorra que ya le resultaba tan familiar como la culpa.

—El invierno no te ha tratado demasiado bien por lo que veo, Alcón.

Tras frotarse el semblante, se levantó con la torpeza del ebrio. Bizqueó para enfocar la vista y, aunque su mente estaba embotada, no tardó en reconocer a aquel hombre de aspecto juvenil a pesar de no ser mucho más joven que él. ¿Cómo no recordarlo? Era parte de su vergüenza, el oficial púnico que lo había recibido cuando salió en secreto de la sitiada Arse para negociar la rendición. El que evitó que los centinelas lo atacaran antes de explicarse y lo condujo ante Aníbal. Jamás olvidaría su nombre.

Tabnit.

—El hombre que no se contenta con poco, no se contenta con nada... —dijo el arsetano.

Alcón se sacudió la túnica corta. El polvo había blanqueado el lino y el cabello castaño, aumentando el efecto que producían sus moderadas canas.

—Ésas son palabras de sabio —le respondió el cartaginés.

—Lástima que yo no lo sea tanto y deba citar a quienes sí lo son.

Ya erguido, miró hacia el valle a los pies del promontorio donde se asentaba la ciudad. Desde allí arriba el campamento del recién llegado ejército púnico parecía un mar de islotes. Era julio, los soldados habían vuelto a Arse desde Qart Hadast. Pero esta vez no en busca de conquista, sino en calidad de estación de abastecimiento y punto para reagruparse. La urbe era, más que nunca, un hervidero de recaderos cargando en sus carros los pertrechos y víveres que acompañarían a semejante hueste.

Todos conocían la situación. El golpe dado a Saguntum, tal cual la llamaban los romanos, había enardecido los ánimos de éstos. A Alcón le impresionaba que su hogar, que al cabo no era la ciudad más importante del mundo, fuera causa del desvelo de tantos. Pues, según sabía, Roma no tardó en enviar una nueva embajada a Cartago para demandar explicaciones ante la toma de Arse. Debían averiguar si la urbe púnica aprobaba los actos de Aníbal, en cuyo caso sería declarada la guerra. Los miembros del senado cartaginés apelaron al Tratado del Iber firmado por el anterior estratega, Asdrúbal, que dejaba todo cuanto estuviera al sur del gran río en posesión de los púnicos, si así lo disponían. Los romanos, encabezados por Quinto Fabio, se defendieron aduciendo una vez más que dicho pacto no se aplicaba a Arse, por ser aliada de la república, y que para ella regían las leyes aprobadas tras la guerra de Sicilia. El enfrentamiento dialéctico acabó del único modo posible: el cónsul les ofreció armas o paz, a gusto de Cartago. El senado púnico, ante aquel desafío, y no queriendo ser quienes dictaran la sentencia, dejó en manos de Roma la elección. Quinto Fabio no dudó.

Habría guerra.

En la llanura, los hombres se afanaban en los preparativos para reiniciar el viaje. El norte los llamaba, todos lo sabían, aunque ¿cuál era el destino final? Por lo que Alcón averiguó el día antes, vagabundeando entre los soldados, sólo los principales oficiales debían de saberlo. Parecía sensato sospechar que Aníbal se proponía iniciar las hostilidades atacando algunas plazas importantes como Ampurias o incluso Massalia. De ese modo robaría a los romanos unos enclaves de alto poder estratégico, evitando que pudieran desembarcar en tierra segura y lanzar sus ataques contra Iberia.

Conjeturas lógicas, aunque por ahora tan sólo sabía de una extraña jugada del Bárquida: había enviado una gran cantidad de íberos a Cartago, para reforzar la capital en previsión de un ataque latino desde Sicilia; ahora bien, a cambio, llamó a una nueva y numerosa partida de libios y númeridas como reemplazo, así como una manada de esas bestias que tanto temían los enemigos de Cartago, los elefantes. El

anterior mediador senatorial imaginó los motivos de tales movimientos: apostados en lugares tan lejanos de sus patrias, la tentación de desertar sería menor para los mercenarios. Quizá también les motivaría luchar por los parajes de quienes, a su vez, defendían sus hogares.

—Dime pues, Alcón, ¿realmente estás contento, o tu frase es sólo cortesía? —le preguntó Tabnit, con cierta acidez.

No tenía mucho sentido tratar de engañarle, de aparentar felicidad y entereza. La amargura del arsetano resultaba más que evidente; él mismo era consciente del grado de dejadez que había alcanzado. Su aspecto debía de ser lamentable, no se había adecentado en semanas y la dieta que seguía desde hacía meses se centraba demasiado en el vino.

No obstante, tampoco iba a mostrarse más débil de lo que su triste apariencia proclamaba. Trató de parecer altivo, dominador de la situación. No tuvo mucho éxito.

—¿Deseas algo de mí, cartaginés?

—Cartaginés, sí —respondió el otro, de pronto con aire melancólico—. ¿Sabes que llevo más de la mitad de mi vida aquí, en estas tierras? He aprendido a amar a Hispania tanto como cualquiera de vosotros.

Alcón hubiera deseado soltar algún sarcasmo. Dudaba mucho de que un púnico tuviera tales sentimientos hacia las regiones íberas, sobre todo tras pasarse años conquistando sin piedad. Sobre todo tras lo ocurrido en Arse. Sin embargo, no podía negar que existía sinceridad en el tono de aquellas palabras.

—Perdón, a veces me sumerjo en tales desvaríos —se excusó Tabnit—. Supongo que es debido a que no suelo encontrar a muchos que puedan entender mis reflexiones y compartirlas. Te diré el motivo por el que te buscaba: hay una campaña en marcha, no hace falta abrir mucho los ojos para advertirlo. Los planes concretos no se van a divulgar entre los soldados rasos, al menos todavía, así que vas a ser un privilegiado: viajamos a la Galia, como la llaman los romanos.

Alcón parpadeó incrédulo. ¿Había escuchado bien? ¿La Galia? ¿Qué había allí, excepto salvajes acaso más brutos incluso que los celtíberos? Para reclutarlos no hacía falta formar un ejército. A no ser que sólo se tratara de una simple parada en un recorrido más largo...

No, no podía ser, era una locura.

—Por tu expresión desencajada imagino que te haces una idea del objetivo final —rió Tabnit.

—No me atrevo a decirlo en voz alta...

—Roma, así es. No te daré ahora los detalles, pero para tal empresa necesitamos algo más que armas. También precisamos gente culta que domine las lenguas de los pueblos con los que coincidiremos. Tenemos unos cuantos, pero siempre hay hueco para alguien como tú, Alcón. Si no recuerdo mal, dominas el púnico, el koiné de los griegos, y el latín. Sin embargo, me importa especialmente tu soltura con el celtíbero y el *keltoi*.

—Ambos tienen similitudes muy pronunciadas. Y el primero se escribe con los mismos signos que el íbero.

—Excelente. Te utilizaré por ahora en tareas de traducción entre la soldadesca que llega del interior, hasta que se presente la ocasión de entablar conversaciones con los celtas que nos encontremos al norte. También podremos aprovechar tus dotes diplomáticas.

—Conozco las tierras del norte, al menos hasta Ampurias —le relató Alcón, de repente deseoso de que alguien contara con él para algo, por vago que fuera el cometido—. He viajado en un par de ocasiones a dicha ciudad como representante de Arse. Eran urbes muy afines antes de... —«la destrucción de mi hogar», habría acabado la frase, pero no le pareció oportuno.

—Un motivo más para contratarte. Serás bien remunerado, aunque creo que ése es el menor de los alicientes que te puedo ofrecer. ¿Me equivoco?

—¿A qué te refieres?

Tabnit sonrió. No era un gesto de superioridad, sino de comprensión, de cercanía. Parecía un hombre cabal, alguien que se dejaba llevar por las emociones y con una humanidad que rebosaba los límites carnales. O al menos ésa fue la impresión que tuvo en ese instante.

—Tu aspecto y la vida que has llevado desde la caída de Arse delatan la culpa que te carcome. Eso es algo que no calmarían ni todas las riquezas del mundo. Créeme, conozco la sensación.

De nuevo apreció que su habla estaba teñida de sinceridad. No, no era un político que decía unas cosas en público y luego hacía las contrarias a la hora de la verdad. Su voz trémula, emocionada, desconocía la falsedad. Y tanto era así que logró transmitirle algo que le resultaba muy necesario en esos momentos: confianza, pues cuanto comentaba era muy cercano a lo que el íbero sentía.

Sin embargo, ¿por qué habría de ayudar a los que causaron la perdición de su pueblo? Sería comprensible que odiara a los cartagineses, y que por tanto despreciara ahora la oferta. Por otra parte, el sufrimiento todavía no había nublado su juicio. Sí, ellos atacaron y masacraron, aunque no sin motivo: las agresiones causadas a los turboletas por parte de algunos guerreros arsetanos. Una excusa en realidad pobre, pues todos sabían que Aníbal ansiaba iniciar el conflicto con Roma. Conquistar una plaza supuestamente aliada era un primer paso inevitable.

Y a pesar de todo ello, no podía aborrecerlos como hubiera deseado. Cuando Alcón desertó, el máximo general púnico se mostró agradecido por el intento de negociar y le ofreció un indulto para su familia. No se convertirían en esclavos, se les respetaría. Lástima que el mediador del senado no tomara en cuenta el orgullo de su esposa. Daleninar era altiva, y si no se quitó la vida como tantos otros de los sitiados fue por Isbataris, el hijo de ambos. Ella aceptó la medida de gracia, cierto, pero también sentenció en su corazón a Alcón. De nada valieron las súplicas del arsetano y las lágrimas del pequeño. Ella regresó a Kelin, el hogar de su familia. «Nos has

deshonrado. Tú ya no eres mi esposo, ni éste tu hijo». Aquéllas fueron las últimas palabras que le dirigió.

Al menos hasta que empezó a escucharla en su cabeza.

—Veo la vergüenza en tu mirada. Te tienes por un cobarde, tal vez un traidor, aunque yo creo que no lo eres. Arriesgaste mucho para salir de la zona sitiada y tratar de negociar una paz digna para los tuyos.

¿Tan evidentes eran sus emociones? Sí, claro que sí. Desde su caída en desgracia no había dejado de sentir culpa. Y dolor. Siempre culpa, siempre dolor, que le hacían caminar encorvado y prisionero de los efluvios del vino, cual penoso despojo. Ésa era su vida. Si tuvo otra, quedaba tan atrás que parecía un sueño.

—No insistas, cartaginés —le replicó—. Mi alma está vacía de bravura. Un hombre valiente habría vuelto con los suyos, aunque ello le reportara la muerte. Un hombre valiente hubiese luchado y dado la vida por su ciudad.

—Si consideras que faltaste a tu pueblo, lucha por compensarlo.

—Ya no queda nadie a quien compensar...

—Tu hogar sigue aquí, y todavía es una criatura indefensa sin nadie que luche por ella. Sabes que Roma no permanecerá impasible tras lo ocurrido. Atacarán, y uno de sus objetivos será recuperar Arse, como golpe de efecto y para utilizarlo en la expulsión de Cartago de las tierras íberas. Tu hogar tendrá que soportar otra vez la pena. A no ser que lo evitemos. Y para ello tenemos que golpear nosotros primero. Será un poco más fácil con tu ayuda.

Alcón lo miró entonces, con ojos agobiados y piel repentinamente pálida. Aquel individuo casi desconocido le proponía aquello que más deseaba: recuperar el honor perdido, hacer el bien que en su día no pudo hacer por su ciudad. Pero a la vez también le planteaba enfrentarse al miedo, al enemigo que nunca pudo vencer debido a su debilidad de espíritu y voluntad.

De pronto, un soplo de viento le estremeció hasta los huesos. Un viento lleno de voces, venidas del pasado, de la locura.

De la culpa.

«No hay cabida en ti para el valor, esposo mío», escuchó. Un susurro que, por algún extraño desvarío, Alcón vestía con la piel de Daleninar. Su dañina lengua le recordaba, constantemente y con acierto, que como persona no era mejor que un montón de estiércol.

Tan real se le antojaba aquella voz que en ocasiones creía que estaba presente de cuerpo. Miraba por el rabillo del ojo y la veía, elegante y altanera: con su quitón por debajo del himatión, aquel manto exquisitamente confeccionado que caía desde su hombro, y el peinado oscuro recogido al modo heleno. Siempre fue amante de hacer las cosas al estilo de los griegos, por quienes sentía fascinación. Solía decir que era un pueblo refinado y que ojalá ella hubiera pertenecido al país de los filósofos. Varias veces le recordó su esposo que, de haber nacido en esos lugares, nunca habría tenido los privilegios que ostentaban las íberas. En tales tierras orientales las mujeres

estaban, en cuestión de derechos, por detrás de los metecos o incluso de los esclavos, salvo honrosas excepciones. Pero Daleninar simplemente resoplaba e ignoraba tales razonamientos.

«No le hagas caso, padre».

Ahora sintió que le brincaba el corazón. Rara vez le hablaba aquella otra presencia, pero siempre que lo hacía se le revolvían las tripas de emoción. Le pareció atisbar a un chiquillo de tez clara, mofletes generosos y cabello ensortijado. ¡Cuánto hubiera deseado abrazarlo, estampar un sinfín de besos en su rostro! Pero tampoco él estaba allí, salvo como producto de su tormento interior.

Isbataris, el hijo que habían alejado de sí, volvió a hablarle:

«Haz lo que debes. Demuestra que existe fuerza en ti».

Durante un rato, el íbero no dijo nada más. Tabnit esperó con paciencia, hasta que al fin la situación se tomó tan incómoda que carraspeó para demandar una respuesta. Alcón abrió la boca, la cerró de nuevo durante un instante para morderse el labio inferior. «Ríndete a tu miseria», le dijo ella. «Lucha por la dignidad», le animó el chiquillo. Aquellas dos presencias, creadas por la culpa, tiraban de él en direcciones opuestas. La lucha que se libraba en su corazón era titánica. Temía morir, pues la campaña en la que pretendían que se enrolara sólo podía desembocar en sangrientas batallas. Imaginarse a merced de un enemigo, de un acero abriéndole el estómago, o de las torturas y la esclavitud reservada a los prisioneros, obnubilaba su razón. «Así es, no puedes escapar a tu naturaleza», le increpó Daleninar.

Pero, de pronto, una emoción estalló con tanta fuerza que se sobrepuso a todo. Un nuevo espanto que alcanzaba la categoría de pánico: el terror a no hacer nada, a que todo siguiera igual. Miedo contra miedo. Sólo podía existir un vencedor.

—Marcharé con vosotros —dijo al fin.

«Bien, padre. Muy bien».

A pesar de la aceptación de esa mitad suya que tomaba la forma de Isbataris, sabía que se arrepentiría. De hecho, ya empezaba a hacerlo, increpado por los incordios de su esposa. Sin embargo, la mano que Tabnit puso en su hombro, la satisfacción amable del cartaginés, le trasladó por un momento la idea de que, quizá sí, pudiera recuperar su honor.

Parte 1

LA GRAN SERPIENTE

A media mañana alcanzó a ver, por fin, el monte sobre el que se levantaba la edetana Arse. A Leukón le pareció inmensa en comparación con Okalakom, aunque daba la sensación de que había vivido tiempos mejores. La muralla contenía varios derrumbes a lo largo de su perímetro, que un pequeño ejército de constructores se afanaba por reparar. El trasiego de gentes no era debido a la alegría de la vida cotidiana, más bien hedía a urgencias nacidas del conflicto, a peligro en el horizonte. A amenaza futura.

Sin embargo, la urbe palidecía ante el espectáculo del inmenso campamento que se extendía por toda la vega, entre el río y el altozano. Leukón lo contemplaba desde la ribera norte, anonadado ante la visión de semejante aglomeración. Jamás creyó que existieran tantos hombres en el mundo.

La poderosa fascinación ante lo grandioso y la novedad de lo que estaba por llegar hicieron un gran bien al muchacho, que por unos momentos olvidó el pesar que lo había acompañado desde que partiera de la aldea. Una travesía agotadora para el corazón, no precisamente por dejar atrás el hogar, ni a sus padres. Aquéllos eran sacrificios no sólo aceptables, sino deseados, ya que marchaba a la gloria, a cumplir el pacto de devoción que su progenitor contrajo con el caudillo de la tribu, Tibasté. Motivos más que suficientes para inflamar el orgullo de cualquier adolescente que buscara probar su hombría, y por los dioses celtíberos que Leukón deseaba ser probado en combate. Sin embargo, el dolor nacía de un sentimiento que no podía controlar, y tenía nombre: Stena. La dulce y bella Stena.

Leukón estaba aprendiendo que no existe batalla más dolorosa que la de renunciar a lo amado.

—¡Por las astas de Cernunnos! —exclamó de pronto Babpo.

El muchacho resopló. Aquel orondo compañero había sido un incordio durante las quince largas jornadas de viaje. Era tan grueso que por su culpa tuvieron que detenerse más de lo deseado, ya que su caballo precisaba descansar con mayor frecuencia. Por si fuera poco, se quejaba de cualquier menudencia y estaba demasiado predispuesto a la provocación.

Tratando de contener un bufido de fastidio, Leukón posó la mirada en el punto que Babpo señalaba con el dedo. Lo que vio le arrebató el aliento más, si cabe, que la cantidad de soldados apostados en el valle: un poco apartado de la muchedumbre, junto al río, había un corral cercado. Y en él... ¡montañas vivientes! Ésa fue su primera impresión, que los montes se habían desarraigado de la tierra y, por algún arte divino, ahora sabían caminar. Tras restregarse los ojos comprendió que no eran rocas animadas por el aliento de algún inmortal ignoto, sino bestias que jamás antes había visto, aunque no por ello del todo desconocidas. El simpático Eterindu le había hablado del esplendor del ejército cartaginés. Y si algo describió en detalle fueron

aquellas bestias orejadas con colmillos amenazantes y nariz tan larga que rozaba el suelo, de piel gris y mole inconmensurable. Elefantes, los llamó, y ahora Leukón tenía la oportunidad de observarlos por sí mismo. Si le parecían enormes desde la lejanía, ¿cuán grandes debían ser teniéndolos a escasos pasos?

—Quien gobierna tales seres debe portar sangre divina —dijo Orsua, el hijo de Tibasté, que tenía más o menos su edad. Como a Leukón, todo le parecía digno de asombro.

—No otorgues tan alegremente la inmortalidad a quien es finito —le recriminó su padre, un hombre sobrio y de carácter seco, acorde con el ajado semblante—. Y ya basta de soltar la lengua. Hagámonos recibir como merecemos.

La cuadrilla se puso de nuevo en marcha. No les costó mucho vadear el río, manso, pues la temporada de lluvias fuertes había quedado atrás. Un grupo de tres guardias de tez bronceada les salió al paso. Aunque no portaban armas, salvo una espada al cinto, vestían grebas y lujosas corazas pulidas, así como un yelmo con largas carrilleras. Les ordenaron el alto en un idioma ininteligible, aunque sus gestos se hacían comprender con claridad. El caudillo celtíbero le dio un golpe con el hombro a su hijo, quien sólo entonces salió de su estupor.

—¡Tibasté, jefe del clan Okalakom, el más grande entre los pelendones, exige audiencia con el célebre Aníbal Barca! —anunció Orsua.

Los centinelas discutieron entre ellos durante unos instantes. Luego, el que tenía un aspecto más enjuto partió, mientras los otros dos les pedían, mediante aspavientos con las manos, que aguardaran.

Antes de que las quejas de Babpo se hicieran insoportables —alegaba que resultaba un insulto que los tuvieran esperando de tal modo—, el soldado reapareció. Marchaba ahora acompañado por un par de individuos. Uno de ellos vestía una simple túnica, como cualquier otro íbero. De edad madura, avistando con cierta cercanía la vejez, no tenía el aspecto de un hombre de armas: con su escaso pelo, limitado a los costados de su cabeza, lucía la expresión de un sujeto cultivado que jamás hubiera empuñado una lanza. El otro, en cambio, resultaba bastante más imponente. Alto aunque no fornido en exceso, también tenía piel acaramelada y barba espesa. Sus ropajes eran los de un oficial, con el peto de hierro, no de bronce. Se dirigió a ellos con semblante amable, de nuevo en aquella lengua extraña que Leukón dedujo era la jerga de los cartagineses. Cuando terminó, el otro individuo tradujo sus palabras al celtíbero.

—Sed bienvenidos, bravos guerreros —dijo, con fuerte acento íbero; elevaba mucho las cejas al hablar, haciendo gala de una gran expresividad—. Tabnit, consejero y oficial de Aníbal Barca, estratega de Cartago, os recibe. ¿Cuál es vuestro pueblo y jefe?

Babpo murmuró, una vez más, que estaban ante un nuevo atropello por obligarles a repetir la presentación. Nadie le hizo caso, Orsua volvió a lanzar su proclama, y el intérprete la transmitió al tal Tabnit en su idioma.

—Cartago agradece vuestro ofrecimiento, pues con vuestro apoyo la gloria será más fácil de alcanzar —dijo de nuevo el de la túnica, tras una nueva respuesta del púnico—. Alcón, que soy yo, os encontraré un lugar donde acampar.

—Antes debemos discutir las condiciones de nuestro servicio —intervino Tibasté, que al parecer se había hartado de hablar a través de su hijo; lo hizo dirigiéndose directamente al púnico, pues se tenía por demasiado importante para intercambiar palabras con un simple intérprete.

—Poseo la autoridad para tal discusión —tradujo el íbero.

—El caudillo de Okalakom no se conformará hablando con meros subalternos. Acordaré ofrecer mi espada con aquél al que todos llaman «León de Cartago» o marcharé agraviado —insistió el jefe celtíbero, frunciendo más aquel ceño ya de por sí agrietado.

Tabnit exhaló un suspiro claramente de hastío, pero acabó por asentir con la cabeza. Así pues, Tibasté, su hijo y una pequeña escolta de tres de sus mejores hombres marcharon con el consejero al centro del campamento, donde se hallaba la carpa de los oficiales. Mientras tanto, Alcón condujo al resto de pelendones hacia la zona del asentamiento donde permanecían otros mercenarios llegados desde el interior.

Los veinte hombres descabalaron y, tomando los corceles por las riendas, callejearon por los pasillos que se formaban entre las tiendas. Aquélla era una auténtica ciudad de lonas grises, sogas y piquetas, surcada por zanjas y agujeros que hacían las veces de letrinas. El muchacho palmeó a *Bronce*. El caballo se había portado bien en aquel largo viaje, tal y como había esperado. Era un buen amigo, el primer animal con el que aprendió a montar, pues entre los celtíberos la costumbre marcaba que niño y potro crecieran a la par, creando así un poderoso vínculo. En realidad, lo tenía por un hermano.

Quiso el azar o la ignorancia que les ofrecieran un espacio junto a un grupo de arévacos. Leukón supo de inmediato que habría problemas, pues ambos pueblos tenían relaciones tirantes desde que los sureños les arrebataran parte de sus tierras. Se trataba de un resquemor antiguo, que se remontaba a varias generaciones en el pasado, aunque se había perpetuado desde entonces sin aviso de remitir. Hubo miradas airadas entre unos y otros, expresiones cargadas de inquina. Sin embargo, nadie rompió la tensa calma.

Hasta que Babpo abrió la boca.

—¡Los cartagineses pueden respirar tranquilos! ¡Al fin tienen a verdaderos guerreros a su servicio, y no simples ratas afeminadas!

La burla iba claramente dirigida a los arévacos, que no se abstuvieron de responder a la provocación.

—¿Habéis visto? ¡Ahora los pelendones dan armas a sus vacas para que marchen a la guerra! —exclamó uno de ellos, dirigiéndose a los suyos; desde luego, era un tipo de aspecto brutal, pues donde debía estar su mejilla derecha había una repulsiva

depresión en la carne, como si en alguna refriega le hubieran hundido el hueso de la cara—. ¡A tal nivel llega su cobardía!

—¡Al menos esta vaca sabe quién es su padre!

La respuesta de Babpo tuvo consecuencias, como no podía ser de otro modo. El arévaco se lanzó hacia delante con una furia descomunal. Y el orondo celtíbero no fue capaz de reaccionar a tiempo y esquivar el puñetazo que le golpeó la nariz.

«Estúpido bocazas gordo», pensó Leukón. Cada vez que abría la boca era para causar problemas. Pero, a pesar de ello, no dejaba de ser un pelendón, de su mismo clan y poblado. Y por eso, el muchacho se vio impulsado a intervenir en virtud del orgullo celtíbero. Saltó lanzando un grito, al tiempo que el resto de sus compañeros, ignorando las proclamas a la razón del arsetano Alcón.

Había llegado el momento de poner en práctica algunas de las lecciones de su padre. No sólo le había enseñado a luchar con la espada, sino también con las manos. «En ocasiones, tendrás que defender tu orgullo sin empuñar una hoja», le había dicho «cuando apenas alcanzó las diez primaveras». Así fue como aprendió, entre otras cosas, que existían modos de tumbar al más fornido de los hombres.

La realidad fue que Leukón se limitó a actuar sin detenerse a pensar en técnicas ni estrategias: embistió con la cabeza al que había golpeado a Babpo, tomándolo tan por sorpresa que poco importó que fuera más grande y musculoso. Le arrancó el aire de los pulmones, incapacitándole para defenderse de la furia de golpes que le propinó a continuación. Nudillos e incluso puntapiés, todo valía en aquella pelea salvaje por el honor de la tribu de Pelendos.

Hasta que el puño de otro arévaco le dio en la mandíbula. Primero notó el ácido regusto de la sangre en la boca, y luego, como siempre ocurría, el dolor en forma de ardiente latigazo. Se tambaleó, tropezó con alguien, no sabía si amigo o enemigo, y cayó de espaldas mientras sentía que una marabunta de pies lo pisoteaba para unirse al combate.

Apenas estalló la pelea se formó un corrillo alrededor de los luchadores. Algunos de los espectadores incluso empezaron a cruzar apuestas entre sonoras risotadas. Gritaban y se carcajaban, tan ebrios como escandalosos. Leukón, que había ido a parar fuera del tumulto, se palpó el dolorido mentón hasta recuperarse del vahído. No dudó entonces en saltar de nuevo a la refriega.

Curiosamente, nadie desenvainó una espada. Por grande que fuera la ira acumulada, de algún modo ambas partes comprendían que no era el lugar ni el momento de dar muerte. Bastaba con demostrar la hombría, no dejar sin castigo la afrenta al clan, y humillar a los perdedores con la posterior burla. Para eso todos tenían que seguir con vida, lo cual no quería decir que en aquel ímpetu desgarrador alguien pudiera excederse.

Uno de los arévacos agarró a Leukón por el sago. El muchacho, que bullía de rabia, se revolvió y soltó la mano cerrada estampándola contra la mejilla del pobre infeliz. Sintió el crujido quejumbroso de sus propios nudillos, pero también el

crepitar de los huesos ajenos. No le dejaron disfrutar de aquella victoria, pues acto seguido algún otro —resultaba difícil distinguir nada entre tanto caos— le clavó el puño en el estómago y le cortó la respiración. Se vio de nuevo en el suelo, a merced de una oleada de pies que trataban de machacarlo sin la menor consideración. Algunos sin querer, otros pateándole a conciencia. Incapaz de sobreponerse, se cubrió la cabeza con los brazos y se hizo un ovillo. Un mal golpe y bien que podría acabar su vida allí, en el fango.

—¡Ya basta! —exigió una voz autoritaria.

Fue tal el poderío en aquel grito que de inmediato cesaron las agresiones. Los arévacos se levantaron tan presurosos como las heridas y las fuerzas se lo permitieron. Mientras trataban de cuadrarse, hicieron algo muy impropio de cualquier celtíbero: bajaron la cabeza y apartaron la mirada del hombre que demandaba el cese de las agresiones.

Leukón lo estudió mientras se frotaba el hombro y, renqueante, trataba de levantarse. Era púnico, qué duda cabía a tenor de su piel morena, y tenía aires regios, aunque no se mostrara excesivamente pomposo en el vestir. No portaba yelmo, coraza o grebas. Lucía una barba morena recortada al estilo pulcro de los hombres de oriente. En sus ojos vio un fuego, algo que jamás había contemplado en nadie más. Le impresionaron con la misma fuerza que aquellos rasgos tallados por la firmeza del carisma. Aquel individuo de cabellos ensortijados tenía una especie de poder que traspasaba la carne.

Una vez más, Babpo se encargó de estropear el momento.

—¿Quién eres tú, cartaginés, para dar por finalizada una brega de honor?

—Sólo quien pagará tu soldada.

Entonces aparecieron Tibasté y su hijo por detrás del desconocido, junto a Tabnit. Y el muchacho lo entendió todo.

Así fue como Leukón conoció a Aníbal Barca, el León de Cartago.

Celtíberos. No tenían remedio. Dueños de una bravuconería natural mayor incluso que la de los hispanos, lo cual era decir mucho. Y, sin embargo, tal carácter era precisamente la razón de su valía como guerreros, siempre que lograsen refrenar aquella impetuosidad hasta el momento adecuado. En la batalla no existía otro pueblo con semejante fuerza, pero resultaba complicado mantenerlos centrados en las jornadas de calma. Imponerles disciplina, enseñarles a actuar como verdaderos soldados, era desde luego una tarea de titanes. Sí, una labor sólo apta para hombres de sólida personalidad, y en ello Aníbal no tenía igual.

Tabnit observó con cierto divertimento cómo los brutos parpadeaban incrédulos al advertir la identidad de aquel que detenía la pelea. Había un muchacho de cabello oscuro y abundante, nariz robusta, mandíbula recia y mentón pronunciado. Vestía una túnica rojo oscuro y uno de esos pesados mantos de lana parda que hacían en el interior de Hispania, el sago. Era bastante joven, aunque ya mostraba un físico robusto, y estudiaba con gran interés al estratega. Tenía un aire atrevido, aunque no alocado. «Apasionado» fue la palabra que le vino a la mente.

—Admiro vuestra defensa del honor —dijo Aníbal, hablando en un más que aceptable celtíbero, haciendo gala de esa afabilidad que le ganaba el aprecio de todos cuantos servían a sus órdenes—. Me he criado entre hispanos desde que levantaba dos palmos del suelo. He aprendido tanto de vosotros...

«Muy cierto», pensó el consejero. Algunos de los actuales soldados habían conocido al estratega cuando éste sólo era un muchachito paseando al lado del recordado patriarca de los Bárquidas, tratando de imitar su postura severa y a la vez cercana.

Todavía quedaban algunos de los que vivieron la increíble travesía por la costa norte de Libia, desde Cartago a las columnas de Melqart. De vez en cuando esos veteranos gustaban de narrar el modo en que cruzaron el estrecho para llegar a Gádir. Ahora tendrían la oportunidad de vivir algo similar, incluso superior. La historia se repetía con una expedición que los enfrentaría de nuevo al sentido común y la prudencia.

Desde luego, Aníbal era fiel reflejo de su padre.

—Sin embargo —continuó diciendo el gran general—, mientras forméis parte de mi ejército contendréis esa agresividad hasta que sea requerida. No sufráis, pronto tendréis un objetivo común hacia el que dirigirla. Os lo prometo.

La autoridad que exudaba estaba por encima del tono de su voz. Había más de lo que se percibía con los sentidos físicos, algo que convencía incluso a aquellos guerreros tan impetuosos. Postura, gestos y expresión. Todo formaba un conglomerado unido por el carisma y el liderazgo natural, formando al fin un aura indefinible pero muy presente.

Los guerreros, ya más sosegados, se dispersaron. Cada uno volvió a su zona, a lamerse las heridas y bravuconear con los suyos sobre lo cerca que habían estado de dar una paliza a sus contrincantes. Simples poses. Tabnit sabía que la mayoría de esos fanfarrones, al menos aquellos que permanecieran con vida batalla tras batalla, se convertirían en amigos antes de que acabara el viaje.

Aníbal y Tabnit dejaron a Tibasté abroncando a sus hombres, aún sospechando que a poco que estuvieran solos les alabaría por tan enconada defensa de su clan. Alcón se quedó con ellos, pues a partir de ese instante realizaría las funciones de intérprete de los suboficiales celtíberos. Aunque los mandos superiores eran de origen púnico o libio, resultaba aconsejable que las caras visibles para los soldados fueran de su misma nacionalidad. Afianzaba la sensación de familiaridad, permitía conservar los lazos derivados de los pactos de devoción y calmaba el orgullo de los caudillos, que así podían seguir ejerciendo su autoridad.

Las negociaciones con el jefe pelendón habían sido rápidas, bastó ofrecerle las mismas condiciones que a los arévacos y demás pueblos para que aceptara el acuerdo. El resto vino por cuenta del carisma que irradiaba el general.

—La cosa marcha bien —dijo Aníbal—. Tenemos casi setenta mil soldados de infantería, once mil jinetes y cincuenta elefantes. Todo eso sin contar con los celtíberos que nos esperan cerca del Íber para unirse al ejército, según informan los mensajeros.

—Imagino que dejarás tropas aquí para guardarnos las espaldas, ahora que los hispanos destinados a Cartago han partido desde Qart Hadast.

—Sí, por supuesto. No podemos perder lo que tanto nos ha costado ganar. Esta tarde informaré a los suboficiales y os revelaré algunos detalles que hasta ahora ni siquiera los mandos superiores conocéis. Pero puedo adelantarte que dejaré a Asdrúbal aquí, ya se lo he dicho.

Tabnit emitió un silbido al imaginar la reacción del hermano menor de Aníbal.

—Sí, no le ha sentado nada bien quedarse atrás, aunque imagínate si se lo hubiera pedido a Magón —sonrió el estratega—. A ningún hijo de Amílcar le gusta permanecer en la reserva, aunque sospecho que los romanos le darán bastante trabajo llegado el momento. Sin embargo, nadie salvo yo conoce mejor Hispania. —Miró a Tabnit y sonrió de nuevo, cómplice—. Bueno, quizá tú. Sea como sea, he decidido dejarle las nuevas tropas llegadas desde Libia, más lo que pueda reclutar por sí mismo en cuanto nos marchemos: alrededor de quince mil hombres, junto con veintiún elefantes. Y para que pueda defender la costa tendrá a su disposición cincuenta quinquerrems, dos cuadrirremes y cinco trirremes. Aunque tendrá que formar nuevos marineros, pues andamos escasos de ellos.

—Una buena cifra, teniendo en cuenta que estarán bien abastecidos y con varias plazas fuertes a su disposición. A diferencia de nosotros.

Aníbal volvió el rostro hacia él. A pesar de la costumbre, costaba no estremecerse ante aquella mirada certera. Parecía tener espadas en vez de ojos. Muy pocos resistían

semejante escrutinio, ni siquiera sus más allegados.

—Aún albergas dudas sobre esta empresa —le dijo—. No me extraña. Soy el primero en ver que se trata de una locura.

—Y por eso estoy seguro de que funcionará. Ningún romano nos imaginará capaces de algo así —comentó el consejero—. Son los planes más alocados los que suelen funcionar.

El líder púnico asintió.

Y así, paseando, llegaron a la tienda de mando, donde discutían las estrategias. Sobre la carpa, las banderolas ondeaban alegremente con el viento que se colaba desde el cercano mar. El rayo, símbolo de la familia de los Bárquidas, parecía restallar una y otra vez por encima de la tela púrpura gracias al constante ulular.

Aníbal se detuvo antes de entrar. Palmeó el hombro de su consejero y lo miró con aprecio.

—Amigo mío, que vengan todos los suboficiales. Es hora de contarles que vamos a dar el primer paso para cambiar el mundo.

Las consignas de Aníbal no aclararon mucho acerca del destino al que se encaminaban. Al norte, les habían dicho a los suboficiales, que a su vez transmitieron a sus hombres las escuetas consignas. Resultó inevitable, pues, que los rumores e incluso las apuestas sobre el motivo de la marcha se sucedieran en labios de los mercenarios: algunos aseguraban que se dirigían a Ampurias, ciudad amiga de Roma, que la conquistarían como habían hecho con Arse; otros pensaban que pretendían hacerse con el control de todo territorio más allá del Iber, hasta los montes Pirene, algo que tenía mucho sentido, porque así los romanos no dispondrían de un territorio neutral por el que marchar cuando ocurriera lo inevitable: una respuesta por parte de la república a la osadía de Aníbal. Por último, había quienes señalaban Massalia como el verdadero objetivo, sin duda un golpe terrible, ya que dicha urbe era aliada de los hijos de la loba, una plaza donde los romanos harían escala si pretendían atacar Iberia.

Un sinfín de habladurías, tantas teorías como individuos y pueblos en aquel ejército. Lo importante era que el León de Cartago había vuelto a realizar una gran jugada al esconder sus planes. A diferencia de Alcón, ninguna de las piezas del entramado de nacionalidades que formaban la hueste concebía realmente que estaban a punto de iniciar una travesía que los mantendría en camino durante meses. Eran felices con sus inocentes creencias. Y así debía ser, porque incluso entre los más fieros aparecerían las dudas si se enteraban de la verdad. Estaba por ver cómo evitaría Aníbal una desertión en masa cuando todos se dieran cuenta de que ni Ampurias ni Massalia eran el final del camino.

El intérprete fue el encargado de realizar la traducción a los suboficiales celtíberos, caudillos de las distintas etnias. Con el tiempo, cada uno tendría que aprender a dejar aparte las asperezas entre los distintos clanes, pero de momento aún luchaban por mostrarse por encima del otro. Una actitud ciertamente infantil, en opinión del arsetano, tratándose de hombres tan rudos.

—Espero que la paga merezca semejante viaje —dijo Ambón, de los pelendones—. Mi padre luchó en Sicilia a sueldo de los cartagineses, que le escamotearon el sueldo al acabar el asunto.

—A mí no me preocupa esta excursión —dijo un arévaco veterano con el semblante marcado de cicatrices—. En cambio, los romanos que nos encontraremos en Massalia... no son cualesquiera. Yo también estuve en la guerra cuando apenas empezaba a salirme la barba, y puedo asegurar que esos malnacidos eran duros de pelar cuando actuaban a una.

—¡Ja! —exclamó Babpo; Alcón esperó lo peor—. ¡Al final siempre sale la verdad a flote, como la mierda! Así lo decimos en Pelendonia: «Arévacos y gallinas,

la misma valentía». Los pelendones, en cambio, no tememos ni a los romanos ni a la puta madre que los soltó en este mundo.

Hubo un nuevo conato de pelea ante la provocación del orondo celtíbero, pero su caudillo le puso fin antes de que empezaran los puñetazos.

Alcón se dijo que aquél sería un viaje demasiado entretenido.

* * *

Partieron dos jornadas después, una vez acabados los preparativos. El íbero contempló Arse por última vez, que a sus ojos apenados se mostraba lánguida. Aún no se había alejado y ya le punzaba la añoranza en el vientre con la misma fuerza que la garra de la abstinencia. Parecía más bien que, en lugar de ser él quien se movía, era la gran ciudad de Edetania la que se apartaba, abandonándolo, dejándolo descorazonado a merced de un nuevo mundo lleno de congojas por descubrir. Una nueva recriminación de su esposa debilitó todavía más el ánimo del arsetano.

«Si lo hubieras sentido antes de traicionarnos...».

Tal verdad le hizo bajar la mirada y enrojecer avergonzado una vez más. Sin embargo, se sobrepuso y volvió a levantar la vista. Se demoró en los murallones, en el promontorio sobre el que había morado toda su vida. Y, junto al escalofrío que le recorrió el cuerpo, notó un repentino amor como jamás había esperado albergar por aquella tierra. La ciudad, aunque ya no tuviera el aroma íbero de antaño, era el símbolo de las almas de todos los que allí perecieron. Nunca fue un hombre de grandes ideales, o tal vez sí y éstos habían permanecido aletargados, sofocados por la intensa cobardía. Ahora, en cambio, se sentía en deuda. ¿Cuánto duraría? Sólo los antepasados podían saberlo. Probablemente hasta que el miedo volviera a aparecer de nuevo y escapara como, en él era habitual.

«Huirás, sí. Ya lo creo que lo harás», le susurró Daleninar.

* * *

Siguieron la costa y, en su deambular, dejaron atrás algunos poblados menores y caseríos agrícolas. Una vez olvidada la ociosidad previa a la partida, los hombres se mostraron animados ante la actividad, que tomaron con gran ilusión. Marcharon durante todo el día sin apenas detenerse, salvo en la pequeña pausa de descanso a media mañana y durante las dos horas poco después de mediodía, que aprovecharon para comer y abreviar a los caballos.

Alcón tuvo que lidiar con sus propios problemas. Durante aquellas primeras horas sufrió ante la desgarradora llamada del alcohol, que para aumentar su angustia tomó la voz y el aspecto de Daleninar. Le azoraba con una crueldad insoportable, gobernando casi todos sus pensamientos a poco que no hubiera nada más que le mantuviera ocupado. Le increpaba diciéndole lo estúpida que era su decisión de cerrar la puerta a la tentación, que estaba sufriendo para nada, y que un simple trago

serviría para calmar ese padecimiento. Alcón trataba de resistirse; se decía una y otra vez que todo era invención de su mente, a la que había mantenido cautiva del vino y la cerveza durante semanas para apagar su culpabilidad. Ahora le pasaba cuentas, provocándole nerviosismo, desasosiego y mal humor. Al menos las jornadas calurosas invitaban a consumir agua, pero aun así ésta no le sabía a nada.

Había momentos en los que su tenacidad se desvanecía ante el empuje de aquella apetencia. A mediodía, durante la parada, tuvo que alejarse del grupo y, tras unas rocas, se dejó caer entre temblores y fríos sudores. Arañaba la tierra pedregosa con dedos desesperados, e incluso llegó a hacerse sangre debajo de las uñas. Resuello entrecortado, agonía que le subía desde el vientre hasta la cabeza, donde además le tronaba cada latido que daba su corazón. Se cubrió las sienes con los puños cerrados. Gimio como un perro al que se maltrata. Lloró, mientras entre dientes suplicaba por un sorbo, un único y maldito sorbo para acallar el deseo.

De pronto, algo oscureció el sol, una sombra proyectándose sobre el íbero. Alzó la cabeza y advirtió que alguien lo observaba: un joven celtíbero, al que reconoció como uno de los pelendones. No hizo nada más, ni siquiera le brindó ayuda, una mano para erguirse. Entre convulsiones, Alcón comprendió que el muchacho no intervendría. Quizás entendía que se trataba de una lucha de la voluntad. Según el orgullo guerrero, aquellas batallas debía ganarlas uno mismo.

Su presencia, ese gesto serio y expectante, inyectaron en el intérprete la fuerza para rehacerse lo suficiente. Se levantó a duras penas, intercambió una fugaz mirada con el joven, y regresó junto al resto de hombres. Frío por fuera, sí, aunque todavía febril en su interior. Sin embargo, ni por asomo dispuesto a que nadie se compadeciera de su debilidad, en aras de conservar la escasa dignidad que le quedaba.

Fue durante la segunda parada nocturna, iniciado ya el primer turno de guardia, cuando ocurrieron varias cosas en la zona de acampada de los pelendones. Habían levantado las tiendas a los pies de una colina, en un valle situado en las últimas estribaciones de una sierra, cerca del cauce de un río^[1]. Sobre el montículo escalonado se levantaba una gran ciudad, Orliltir, no tan majestuosa como Arse, pero que aun así contaba con tres líneas de murallas. La acrópolis, con sus murallones de sillería, se erguía digna, con la torre aislada en el extremo este del asentamiento y las otras dos adosadas al perímetro. Las viviendas se hallaban dispuestas siguiendo el desnivel de las terrazas, al estilo de Edeta, y parecían de buena mampostería. Los habitantes le debían su prosperidad al privilegiado punto que ocupaban, fronterizo con Ilercavonia, y a su rica producción cerámica. A pesar de todo, siempre se habían mantenido un tanto apartados de los poblados del sur, como si se sintieran más ilercavones que edetanos. Alcón visitó la localidad tiempo atrás, cuando ejercía de mediador del consejo arsetano, durante las discusiones para entablar una alianza entre ambas urbes.

El jefe de la ciudad bajó en persona para dar la bienvenida a Aníbal y recibir de paso el tesoro acordado con los mensajeros a cambio del libre acceso por la región. El estratega le dispensó el honor de aceptar el ágape preparado por el edetano.

Mientras los oficiales disfrutaban de exquisitas viandas allá en la ciudad, los soldados se conformaron con una cena bastante más humilde y apropiada a su llana condición. Montadas las tiendas, cada hombre asentó sus posaderas alrededor de una fogata. Alcón compartió con los pelendones el famoso pan de bellota celtíbero, que mojaron con el rancho. El guiso de carne servido a cada uno fue generoso, lo cual tenía una razón de ser: los mandos conocían la conveniencia de mantener a los mercenarios bien alimentados en los primeros días de viaje, cuando todavía estaban cerca de sus hogares y la tentación de desertar era factible. Ya llegarían las jornadas de hambre cuando Iberia quedara lejana.

La cerveza celtíbera que los hombres de Tibasté habían traído consigo —y que al ritmo que engullían no tardaría en agotarse— corría con demasiada soltura entre los comensales, para disgusto del arsetano. Sus ojos se le iban hacia los vasos, mientras sin siquiera advertirlo se relamía constantemente los labios. La coronilla calva y la frente se le perlaron de gotas de húmedo nerviosismo. ¡Maldita abstinencia! Se preguntó por enésima vez qué pasaría si tomaba un simple trago. Seguro que nada. «Vamos, lo estás deseando», le insinuaba Daleninar. Tal vez tuviera razón. «Piensa que, si no lo haces, los pelendones podrían mostrarse ofendidos por tu negativa a compartir su brebaje». Sí, claro, ella —o más bien él mismo, pues esa voz era en realidad la suya propia— tenía razón.

Estuvo a punto de dejarse embaucar. En el último instante se mordió la lengua hasta abrirse una pequeña herida. El dolor le hizo reaccionar y recuperar la resistencia. Tras limpiarse las golos de sudor, que ya caían por las sienes, suspiró. Resistió.

¿Por cuánto tiempo?

* * *

Al terminar la cena, Babpo, esa mole humana de pura grasa, se marchó perdiéndose entre la muchedumbre. El intérprete temió que volviera a provocar un altercado, pero no lo siguió. Su tarea no era erigirse en cuidador y controlar todo cuanto hicieran aquellos brutos.

El pelendón regresó poco después, aunque no lo hizo solo. Consigo traía a dos mujeres que se dejaban tomar por la cintura sin mostrar reparo alguno. La ligereza de las ropas y su sola presencia en el campamento proclamaban a viva voz cuál era su oficio: prostitutas. Dos de las muchas que acompañaban al ejército, como los piojos a los perros. Alcón jamás había participado en una guerra, salvo el asedio a Arse, pero sabía que era común que tras cada partida militar marcharan individuos dispuestos a hacer negocio con los hombres de armas: vendedores, vinateros, barberos, tahúres y un sinfín de personajes dedicados a satisfacer el ocio de los soldados y aligerarles la

bolsa. Se aprovechaban del deseo de disfrutar los placeres mundanos que residía en todo individuo que encaminaba sus pasos hacia la guerra y, quizá, la muerte. ¿Para qué ahorrar la paga, si posiblemente no vivirían para gastarla? Más aún en el caso de los celtíberos, que no eran famosos por vivir en el lujo. Aquel otro tipo de ejército, que seguía a la inmensa serpiente de mercenarios y a los cientos de carretas de suministros, era soportado por los oficiales en aras del ánimo general. Los desplazamientos masivos y largos resultaban tan pesados que la posibilidad de un poco de divertimento era igual de importante, que llenar la barriga de la tropa. Preferían lidiar con un buen puñado de contagios por sífilis a permitir un hastío que hiciera peligrar la moral.

Babpo, cuyas carcajadas parecían rebuznos, se acercó hasta el muchacho más joven, el mismo con el que Alcón había compartido aquel instante de debilidad, esa misma tarde. Leukón se llamaba, por lo que el arsetano advirtió. De todos los bastos celtíberos era, sin duda, el menos alborotador, aunque ya había demostrado ser de impulso volátil durante la pelea con los arévacos. De hecho, se le veía constantemente sumido en el silencio, cabizbajo y con la expresión teñida de tristeza. Solía pasarse el tiempo observando una prenda de tela con mirada de añoranza.

—¡Niño! —le dijo su obeso compañero—. ¡El otro día te portaste como un digno pelendón! Fuiste el primero en lanzarte a por esos arévacos violadores de cabras, y eso merece recompensa. Te la hubiese ofrecido ayer, pero estaban todas las zorras ocupadas. —Las mujeres no parecieron molestarse mucho por el insulto—. ¡Hoy, en cambio, Babpo te invita a un buen revolcón!

El adolescente parpadeó, atrapado por la sorpresa. Fue incapaz de reaccionar cuando una de las dos furcias se aproximó a él con andares provocativos. Le faltaba, sin duda, el garbo de las buenas cortesanas, aquellas que ejercían en sus propios palacios y nadaban en la abundancia, como la maravillosa y malograda Sónnica de Arse. Por sus ademanes forzados se percibía que esa muchacha jamás había ejercido en un lupanar, al menos en uno digno. Probablemente estaba acostumbrada a trabajar en las calles, ofreciéndose a los remeros que pernoctaban en la ciudad, siempre escasos de monedas y buenos modos. ¿Acaso podía aspirar a más? No era una criatura hermosa: el exagerado colorete no conseguía ocultar el temblor de su párpado derecho; el rictus roto en el labio superior, consecuencia de más de una paliza recibida; los pechos caídos y poco generosos entreviéndose en la transparencia de aquel quitón que había vivido tiempos mejores... No existía naturalidad o estilo en la mujer, todo era artificio.

—Salud, cariño mío —le dijo al adolescente, sonriendo con un pretendido aire sensual que se quedaba muy a medias, pues dejaba al descubierto unas encías moteadas de negro. Alcón, que estaba sentado tras el celtíbero, apreció que le faltaba más de un diente—. Me llamo Medea, y esta noche seré tu princesa.

El arsetano estaba convencido de que ni aquél era su nombre, ni corría sangre helena por sus venas. Y, por supuesto, en ningún caso la parió una ninfa, como a la

mítica hija de Eetes, rey de la Cólquida. Aunque no debía contar más allá de veinte primaveras, estaba avejentada, malgastada por las inmisericordes exigencias de su profesión.

Se sentó sobre el joven pelendón sin darle tiempo a nada. Un momento después sus pechos ya estaban al aire, y los bamboleó frente a Leukón con descaro. Se levantó la túnica, mostrándole un sexo oscurecido por el vello. Mientras, con la otra mano, buscó los genitales del celtíbero por debajo de la túnica.

De repente, él pareció volver de su sobrecogimiento. Se levantó con tal vehemencia que la ramera dio con su espalda en el suelo de una manera ciertamente cómica, y los pelendones se echaron a reír.

—¡El muchachito es bravo para la brega, pero temeroso como un lechón si se trata de meterla! —bramó Corbis, el de la gran verruga sobre la nariz.

—¡Me dijiste que le gustaban las mujeres! —se quejó Medea a Babpo, y luego miró con ira a Leukón—. ¿Es que prefieres sentir la polla de tus compañeros en las entrañas?

El joven cerró con más fuerza el puño, aunque en ningún momento hizo ademán de golpear a la prostituta. Alcón no vio en él furia, sino más bien convicción.

—¡No hagamos sangre, mi señora! —exclamó entre carcajadas el celtíbero orondo, y extendió el brazo para tomar a la cortesana y atraerla hacia sí—. ¡Yo tengo verga para ambas!

Y así se las llevó a la tienda entre las chanzas de sus compadres, que empezaron a pelearse por ser los siguientes en catar a las prostitutas. Ambas harían buena bolsa esa noche.

Mientras tanto, Leukón permaneció apartado del jolgorio general, aferrando con más fuerza todavía aquella prenda que, Alcón no tuvo duda alguna, era una prenda de amor.

Una vez con los estómagos llenos, los soldados se retiraron a sus respectivas carpas. El campamento se sumió en un silencio apenas roto por los pasos de los centinelas que patrullaban, los ronquidos y los gemidos de las rameras y sus clientes.

Leukón sabía que no dormiría aquella noche, no después de lo ocurrido. Y menos aún con las dos prostitutas que viajaban de brazo en brazo en la tienda. Se apartó del lugar buscando paz para los oídos y el espíritu.

Mientras paseaba, la mente le volvía una y otra vez al incidente con la furcia. ¡Maldito Babpo y su agradecimiento! Mejor si se hubiese limitado a invitarle a cerveza o vino. Pero yacer con una mujer... No, por mucho que la carne le gritara, jamás cedería a los impulsos de la carne. No cuando le ataba la promesa más sagrada de cuantas pudiera hacer un hombre. ¿Qué importaba lo que pensarán de él? Para Leukón sólo merecía consideración la fidelidad a la muchacha que había dejado en el castro. Ya pudieran bajar todas las diosas griegas, púnicas o romanas, que jamás lograrían embaucarlo por muy tentadoras que se presentaran.

Casi sin darse cuenta, llegó a la cabecera del campamento, donde descansaban los elefantes y sus cuidadores. Ni siquiera se detuvo a pensar en que deambular por la noche le podía acarrear algún problema si lo encontraban los guardias. Tenía la mente y el corazón demasiado llenos de angustia para detenerse en tales consideraciones. Se sentó sobre un barril y, mientras revisaba las bandas de pelo trenzadas en torno a las espinillas —costumbre entre los suyos—, los ojos se le fueron hacia las bestias orejadas. Se hallaban de pie, como si pudieran dormir en esa posición. Le fascinó ver que los guías descansaban muy cerca, a pesar del tufo que desprendían las criaturas. Desde que los viera por primera vez había deseado secretamente montar a lomos de uno de esos animales.

Pero aquella noche, con mayor ahínco que las anteriores, su ánimo le remitía una y otra vez al pasado, a la distancia.

Leukón echó mano a su bolsita, donde había guardado las primeras monedas recibidas como mercenario. Les habían entregado la paga inicial el mismo día de la partida, antes de levantar el campamento, pero hasta ese momento ni se había molestado en contarlas. Tocó las piezas, las hizo danzar entre los dedos. Observó una de ellas: un dracma acuñado en Arse. Reconoció la leyenda en íbero, pues eran las mismas grafías que se utilizaban en celtíbero. Una vez más, agradeció a su madre, Arskitar, la ciencia de la lectura. Supuso que se trataba de un derivado del nombre de la ciudad de origen de la pieza, o incluso podría referirse a algún personaje célebre del lugar. En la misma cara se veía también la imagen de un toro mirando a la derecha, sobre el que brillaba una estrella. Le dio la vuelta. Otra escena, una viril cabeza laureada, girada hacia la izquierda y enfrentada a otro astro. Quien fuera le importaba en el fondo tanto como la posesión de la moneda: nada. Estaba allí para

hacer honor al pacto de devoción que su padre contrajo con Tibasté. El dinero no tenía el menor valor para él. Iría a la guerra, lucharía. Mataría a cuantos pudiera, y no permitiría que nadie le hiriera de gravedad; pues sólo existía un objetivo en su corazón: volver con Stena. A cualquier precio. A cosía de cualquier vida.

Aunque tuviera que acabar con todos los romanos del mundo.

Escuchó unas pisadas, una suela chafando y haciendo crujir las piedrecitas del terreno. Dio un respingo, aunque no se escondió. Pensó que sería peor fingir y buscar la cobertura de las sombras, pues en caso de ser descubierto parecería que andaba metido en asuntos turbios. Así que sencillamente se quedó quieto, con los ojos atendiendo.

Tras una de las tiendas apareció una figura alta vestida como un oficial cartaginés. El individuo se detuvo al reparar en el pelendón, antes de que el fulgor de las antorchas le iluminara el rostro. Las dudas no duraron mucho. Siguió avanzando con paso seguro hacia Leukón. El dorado de las teas le bañó sus atezadas facciones y así el joven lo reconoció. Se trataba del cartaginés que los había recibido a su llegada al asentamiento en Arse. «¿Cuál era su nombre?», se preguntó. «Ah, sí, Tabnit».

Advirtió que sonreía sin mostrar los dientes, al tiempo que lo estudiaba de un modo poco agresivo, aunque con mirada aguda. ¿Debía levantarse, cuadrarse y saludar como lo haría un soldado profesional? Nadie le había instruido en el comportamiento militar.

—¿Una mala noche para el descanso? —le interpeló el oficial en un celtíbero bastante defectuoso, apenas comprensible.

Leukón asintió con la cabeza. Se sintió un poco intimidado ante la presencia de aquel hombre importante, sensación que aumentó cuando tomó asiento junto a él, sobre una pila de sacos.

—¿Sabes que entre los naires y sus bestias existe un vínculo tan fuerte como el de dos hermanos? —le comentó después de un momento de silencio; señalaba a los elefantes—. No son pocas las ocasiones en que mueren de tristeza si son abandonados o su guía fallece.

Al muchacho le pareció fascinante.

—Es lo que nos ocurre a los celtíberos con nuestros caballos —se atrevió a decirle, pensando en *Bronce*, movido por la cordialidad del consejero.

—Así es.

Y se rió, pero no con la insolencia de quien se burla, sino con amabilidad. Dirigió la vista al estrellado firmamento, como si buceara en su memoria. Suspiró.

—Recuerdo cuando visitaba a los elefantes de Cartago, mi ciudad. Mi hermano y yo corríamos cada tarde hacia los establos cuando apenas levantábamos unos palmos del suelo, para pasarnos el tiempo muerto observando a estas nobles bestias. Me fascinaban tanto como a ti. La añoranza persigue al soldado cuando está lejos de su hogar... y de sus seres queridos.

Leukón lo observó sin poder esconder la fascinación. Aquel desconocido claramente había intuido su sentir, sin duda porque lo compartía. El muchacho abrió el puño, mostrando el contenido: una tira de tela apelotonada cuya historia era fruto del amor.

Stena la había tejido como recuerdo para él en cuanto supo que debían separarse; la muchacha llevó la prenda bajo la ropa, sobre el corazón, hasta que su amado partió a la guerra. El joven se acercó la prenda a la nariz, inspiró e imaginó el aroma a lavanda e hinojo de ella, a pesar de que su propio sudor ya había eliminado cualquier otro aroma. Y sintió que estaba a su lado, la inocente Stena, lo que significó a la vez alivio y desazón.

—Entiendo —dijo Tabnit.

Y entonces extrajo un collar de entre sus ropajes. Contenía la imagen de una mujer grabada en una placa esférica de plata. ¿Una mujer? ¿Una diosa cartaginesa a la que reverenciar? No lo sabía. Aunque si algo llamaba la atención era el mechón de cabello enredado en el colgante.

—Hay cosas que son iguales para todos, e historias que se repiten una y otra vez sin importar a qué pueblo pertenezcamos —comentó el púnico—. La lejanía de lo que deseamos, sea el amor de un ser querido o la libertad de una vida propia, duele con la misma intensidad en el corazón por más que seamos hispanos, cartagineses o celtíberos.

La voz le falló ligeramente, aunque recuperó la compostura casi de inmediato. Se puso en pie, incólume, mientras volvía a guardar el collar.

—Descansa. Las jornadas serán largas.

Comenzó a alejarse con un caminar pausado, pero antes de desaparecer entre las tiendas el celtíbero se sintió obligado a decir una última cosa. Algo importante.

—Mi nombre es Leukón.

Tabnit volvió el rostro y, de nuevo, sonrió con sinceridad.

—El nombre de cada uno es importante, así que atesóralo hasta tu muerte. Yo al menos no lo olvidaré.

No comprendió muy bien qué significaba aquel comentario. Pero cuando el oficial se perdió en la oscuridad, el joven pelendón percibió que, aunque su añoranza persistía, ya no estaba tan preñada de angustia.

Nada alivia más que saber que no se está solo en la tristeza.

Aquel breve encuentro con el joven celtíbero había despertado los demonios que moraban en su cabeza. Después de todo, no controlaba las cosas tanto como le gustaba aparentar. Fingía, sí, que aceptaba cada paso dado en su vida. Pero había uno en particular por el que, para su propia vergüenza, se maldecía más veces de las deseables.

Agradeció, pues, aquella conversación con el muchacho. La tensión propia de la guerra aislaba emocionalmente a los hombres, así que resultaba agradable poder entablar una conversación sincera con individuos sumidos en situaciones similares. Alcón y Leukón parecían ser apropiados para ello. Había empatizado con ambos desde el primer instante. Se decía a sí mismo que debido a los azares del destino, aunque la realidad era otra: se trataba de aquella soledad tan profunda que le azotaba incluso en mitad de un ejército tan populoso.

¿Y qué tenían estos dos individuos para ser especiales entre otros que habían pasado por su vida? El arsetano también era un hombre amargado por sus elecciones pasadas, y siempre parecía en tensión, como si cada una de aquellas decisiones fuera un trauma. Problemas similares, cierto, aunque el modo de afrontarlo era totalmente distinto al de Tabnit: donde éste luchaba, el hispano parecía empeñado en huir, a pesar de la voluntad de hacer las cosas correctamente; donde el oficial cartaginés escondía sus sentimientos, el intérprete, mucho más expresivo, era incapaz de ocultar la angustia que lo devoraba.

La afinidad hacia el muchacho pelendón se fundamentaba en algo muy distinto: le recordaba a su hermano. Apreciaba en él esa división entre la obligación derivada del honor y los deseos del corazón. Le habría recomendado que se marchara, que tomara su caballo y volviera al hogar del que partió; que recuperara la compañía de la mujer a la que extrañaba. Pero resultaba absurdo, sabía que no serviría de nada. El celtíbero sería despreciado por los suyos, que en tanto valoraban la lealtad y la hombría que otorga la guerra. Al igual que Tabnit, para él sólo existía un camino por delante, tan doloroso como inevitable.

Al menos Leukón tenía algo por lo que luchar, a diferencia del cartaginés. Nada ni nadie importante. Nada propio, al menos. Ni siquiera un objetivo que pudiera llamar suyo, salvo seguir salvaguardando la mentira. En ocasiones se reprendía esa propensión a volcar sus esfuerzos en los demás y olvidarse de sí mismo. Su hermano, Aníbal, el ejército... Siempre ocupado cumpliendo las metas de otros. Alienado, le parecía estar negando y encerrando a todas horas al verdadero hombre que había bajo la farsa en la que se refugiaba. Esa falsedad lo tenía sumido en una cárcel inexpugnable, hecha de obligaciones hacia segundas y terceras personas.

Como siempre que pensaba en ello, pronunció en voz baja una palabra:
—Idnibal.

Se explayó al expirarlo entre sus labios, pausadamente, como si la amenaza del olvido se cerniera sobre esas letras que formaban un nombre.

Su nombre.

* * *

Volvió a ser Tabnit al advertir una figura que ocultaba la luz de uno de los hachones, arrancándole de toda ensoñación. Vio la silueta durante un fugaz momento, pero lo bastante para comprender que, quienquiera que fuera, pretendía pasar desapercibido. Y sólo alguien con intenciones oscuras desearía algo así.

Estaba claro que no era ninguno de los guardias, pues éstos recorrían el campamento en parejas y desde luego no se mostraban tan considerados con el sueño de los demás como para pisar con semejante delicadeza. Durante un instante pensó en dar la voz de alarma. Lo desechó con rapidez. Mejor asegurarse, no fuera que se tratara de un simple caso de contrabando entre reclutas. Con todo, si lo detenía ahora tal vez no supiera jamás cuáles eran sus intenciones.

Así que siguió a la sombra con el mismo sigilo que utilizaba ella. Tan sólo debía permanecer atento a que los brillos de las teas no delataran su posición. No tuvo que alejarse mucho de la zona donde había estado hablando con Leukón. El supuesto confabulador se detuvo en un cercado un poco alejado de los elefantes, cuyo olor asustaba a las criaturas que no estaban acostumbradas. Allí había cabras, cerdos y demás animales que servirían de alimento durante la marcha, así como las bestias de carga que tiraban de los carros de suministros. Fue entonces cuando quedaron al descubierto las facciones del intrigador: era un libio-fenicio, uno de tantos, un rostro desconocido incluso para Tabnit, hombre de buena memoria. Lo vio arrimarse a la casucha del palomero y liberar el pasador que mantenía cerrada la puerta agujereada. «Un espía», se dijo Tabnit. «Sin duda a sueldo de los romanos». Imaginó que habría escondido algunas aves propias entre las entrenadas por los púnicos, y que las utilizaría para enviar mensajes a quienquiera que le pagara. Nada extraño, en realidad. Sabía a ciencia cierta que Aníbal había infiltrado a varios confidentes en Roma, que se hacían pasar por comerciantes o se introducían en los campamentos y le mantenían informado puntualmente de lo que ocurría en territorio enemigo utilizando sistemas similares.

Tabnit se felicitó por aquel golpe de fortuna. Capturar a un agente rival supondría una interesante victoria, que debía agradecer a la demora fruto de la charla con Leukón.

El oficial deslizó con esmero su espada fuera de la funda, evitando que el sonido del roce fuera tan escandaloso como para delatarle. Salió de la esquina de la tienda tras la que se ocultaba y, paso a paso, se acercó al espía. Calma. No podía permitirse ni el menor crujido de las sandalias. Cuando lo tuvo al alcance del arma, le rozó la espalda con la punta, procurando que él lo sintiera. Aquél dio un respingo, pero se mantuvo quieto ante la amenaza.

—Amigo mío, vas a tener que dar muchas explicaciones.

Sin embargo, el cartaginés había infravalorado la rapidez del otro, quien se movió con una agilidad que le tomó por sorpresa. Giró sobre sí mismo y, golpeando temerariamente con la mano, apartó la hoja de Tabnit. Y al instante echó a correr.

«¡Maldita sea!», se reprochó el consejero, y saltó tras él. Dio la voz de alarma con un par de gritos mientras lo perseguía, pero el problema residía en que el corral de los caballos estaba muy cerca. O lo detenía él mismo o nadie llegaría a tiempo si conseguía subirse a una montura. Los guardias del perímetro exterior tal vez lo interceptaran, pero dándole muerte. Y lo necesitaban vivo.

Logró alcanzarlo justo antes de que tomara las riendas de uno de los animales; lo embistió por detrás y cayó sobre él. Cuando iba a amenazarle de nuevo con la espada, el traidor extrajo una daga que tenía en el cinto y logró colocarse boca arriba. Desde luego, era escurridizo. Tabnit tuvo que ladearse para evitar ser atravesado por la hoja, e incluso así recibió un leve corte en el costado. Mientras le sujetaba la muñeca armada con la zurda, le propinó un puñetazo con la derecha, con la empuñadura de la falcata, a lo que el otro respondió con un rodillazo en el vientre. El espía liberó la daga y, tomando impulso, logró rodar sobre su oponente. Lo inmovilizó con el cuerpo y trató de hundirle el puñal en la cara. En el último suspiro, Tabnit pudo interponer la única mano que tenía a su disposición —la espada había quedado trabada debajo de la pierna del enemigo— y contener el golpe fatal. El aguijón de acero quedó a escasos dos dedos de su ojo izquierdo. Ambos apretaron los dientes, el uno forzando por seguir adelante, el otro con la intención de invertir tan delicada situación. El cartaginés llevaba desventaja, pues era menos fuerte con la zurda.

Sin embargo, el espía se había dejado entretener por la excitación del combate, consumido su tiempo y perdido la oportunidad de escapar. Una figura lo golpeó con una poderosa carga y se lo quitó de encima al consejero. Tabnit lo reconoció: Leukón. Aprovechando la sorpresa, se había acercado hasta el infiltrado, al que sometió a una serie de puñetazos rabiosos y frenéticos, inmisericordes, como si estuviera poseído por alguna ira interna. Uno y otro, sin detenerse, le castigó el rostro mientras apretaba los dientes como único gesto para contener una violencia que lo desbordaba. Afortunadamente, llegaron varios soldados, que se encargaron de separar al joven de lo poco que quedaba del libio-fenicio.

Tabnit se llevó la mano a la herida. Nada grave, unos cuantos puntos de sutura dejarían el asunto en una cicatriz más, y no la mayor de cuantas poblaban su cuerpo después de tantas batallas. Pero antes de pensar en curas se imponía una obligación moral.

—Cuando te vi, supe que tarde o temprano tendría que agradecerte algo —le dijo al joven celtíbero, que al fin parecía haberse calmado—. Te debo la vida, Leukón. No será tu nombre lo único que recuerde.

El joven sonrió levemente, arrugó los labios con una mueca de satisfacción y sacó pecho. Tabnit le palmeó el hombro y, asegurada la situación, fue en busca de Aníbal.

Tenía mucho de qué hablar con él.

Los romanos estaban nerviosos, y eso era algo que debían aprovechar.

Apenas había logrado conciliar el sueño cuando Alcón se vio despertado por una algarabía de gritos desatados en el campamento. Los pelendones, en la tienda contigua, se levantaron con sus puñales a punto y el rostro tiznado de resolución. Desde luego, eran unos compañeros bastante desagradables, dada su natural brusquedad, aunque su innegable valor le hacía sentirse más seguro. Pobre de aquel que tratara de buscar conflicto con ellos.

La calma fue volviendo poco a poco al asentamiento al advertir que no se trataba de un ataque. Por lo que pudo averiguar, el revuelo se debió a que alguien había capturado a un espía de los romanos. Mientras trataba de caer dormido de nuevo, se felicitó porque su oficio fuera el de intérprete y no el de torturador.

Ellos, desde luego, tendrían mucho trabajo esa noche.

* * *

Nada evitó que, a la mañana siguiente, con las primeras luces, reiniciaran el camino con puntualidad. Un amanecer terrible, a juicio de Alcón. Su reposo había sido entrecortado, poco reparador, debido al estado de nerviosismo provocado por la incesante llamada del vino.

—Menudo semblante llevas, arsetano —le dijo Babpo, mientras con su primer trago agotaba lo que quedaba en el pequeño odre de celia.

Alcón metió la cabeza en un barril con agua para tratar de despejarse. Al sacarla se quedó contemplando su reflejo a la luz de una antorcha cercana que todavía no había sido apagada. Tenía un aspecto lamentable: se vio a sí mismo demacrado, con las cuencas hundidas y una angustia que se entreveía en las pupilas.

«El interior da forma al exterior», le dijo Daleninar.

Al menos las tareas para levantar el campamento lo distrajeron un poco. Le había asombrado desde el principio la diligencia del ejército, capaz de desmontar las miles de tiendas antes de que el sol se alzara dos palmos sobre el horizonte. Con una celeridad digna de elogio quitaron las picas, plegaron las lonas y las sujetaron sobre las mulas; cargaron sacos, cajas y barriles en los carros tirados por bueyes; ataron a los carneros, cerdos y otras bestias que servían de alimento, y los naires prepararon a los elefantes para una nueva jornada de marcha. Al partir, dejarían tan sólo un reguero de desperdicios, pero ni siquiera eso se desaprovechaba del todo: los habitantes de las aldeas cercanas recogerían cuanto pudiera resultarles útil una vez ya no quedara nadie allí. Le pareció sorprendente que tal cantidad de individuos se movieran con semejante organización, sin estorbarse unos a otros. Incluso los mercenarios recién incorporados, como los pelendones, se mostraban ya diestros en lo que más bien parecía una danza. Ciertamente no habían necesitado construir ni por

tanto desmontar empalizada alguna, pues no estaban en terreno hostil, pero seguía siendo un prodigio de orden en mitad de aquel aparente caos.

Viajaban rápido, tanto como podían teniendo en cuenta el tamaño de aquel ejército, los accidentes del terreno o la lentitud de las carretas y animales de carga. Un mes antes habrían encontrado los caminos embarrados, con la consiguiente ralentización de la ancha columna. Pero la temporada de fuertes aguaceros había quedado en el pasado, los calores del verano eran ya una realidad y contaban además con la experiencia acumulada de una tropa que, bajo tres mandos diferentes, había recorrido toda la península en distintas campañas. En una buena jornada los soldados podían llegar a avanzar algo más de cien estadios, marchando alrededor de diez horas, sin contar las paradas para descansar. Tras de sí el terreno quedaba devastado, simulando un interminable rebaño de cabras que hubiera devorado cada brizna o matorral de hierba.

También le sorprendía la actitud del Bárquida. La mayoría de caudillos militares, por lo que Alcón sabía, gustaban de mantener cierta distancia con sus soldados. Cuestión de dejar clara la posición que cada uno ocupaba en el organigrama de poder. En cambio, Aníbal se mostraba cercano a sus hombres. Por supuesto, le hubiese resultado imposible congeniar con cada uno de los setenta mil integrantes del ejército, pero se paseaba habitualmente entre ellos sin hacer ostentación, dejándose ver sin reparos e intercambiando, cuando las obligaciones se lo permitían, conversaciones y chanzas. Dedicaba tiempo a la charla con los caudillos celtíberos, destilando afabilidad, poniéndose al nivel de cada uno de ellos, haciendo que todos se sintieran importantes.

Así pues, por donde pasaba recibía reconocimiento. No el que se dispensaba a un general al que se sigue por dinero u obligación impuesta. No. Lo admiraban con sincera convicción. Algunos incluso lo miraban con la devoción dedicada a los héroes. Era como Heracles caminando entre los mortales, renunciando a su eternidad —aunque sólo fuera durante unos momentos— para hacerles sentir que le importaban.

Que tendrían un lugar a su lado cuando consiguiera la gloria.

* * *

Al mediodía, tras alcanzar un denso macizo de montes que estrechaba la distancia hasta la costa, Tabnit se dejó caer desde la cabeza de la compañía montado en su caballo. Llevaba parte del tronco al descubierto, mostrando un tajo cosido en la carne que de vez en cuando le hacía dibujar alguna mueca de dolor. A aquellas alturas toda la soldadesca sabía ya que él había descubierto al espía de la noche anterior. Su nombre corría de boca en boca. Saludó con cierta solemnidad al caudillo arévaco, que viajaba más adelante, y al alcanzar a los pelendones hizo lo propio con Tibasté. Aunque si algo resultó extraño fue que brindara con la cabeza un gesto cómplice al joven celtíbero de mirada meditativa, Leukón.

—Quizá no debieras cabalgar todavía, señor —le dijo el intérprete, con el aire cortés que solían demandar los oficiales, a pesar de que Tabnit siempre se había mostrado próximo—. Tu herida podría abrirse.

—Es una menudencia. El matasanos me ha dicho que basta con que lo lleve al descubierto unas cuantas horas para ayudar a que cicatrice. —Y cambió de tema—: Aníbal ha doblado la guardia nocturna y las avanzadillas de exploradores, por previsión. Los romanos son arteros, no sabemos si han comprado la lealtad de los lugareños.

—Tenía entendido que esta fidelidad ya había sido adquirida por el estratega —comentó Alcón.

—No te equivocas. Durante el retiro invernal se enviaron emisarios desde Arse con destino a la Galia. Debían parlamentar con todos los pueblos con los que habría de contactar el ejército durante el trayecto y pedirles permiso para recorrer sus tierras. Pero nada nos asegura que los hijos de la loba no hicieran lo mismo después. Y la devoción de estos cabecillas vale tanto como el tesoro que se les ofrezca.

Alcón quiso preguntarle si el espía había soltado la lengua. Sin embargo, por mucha complicidad que existiera con el cartaginés, no le parecía muy correcto interrogar a un oficial sobre temas tan delicados. Para su sorpresa, fue el propio Tabnit quien, en voz baja, calmó su curiosidad, como si le hubiera leído el pensamiento.

—El traidor que capturamos ayer lo tenía todo planeado. Había escondido varias palomas mensajeras entre las nuestras, y con ellas pretendía informar a los romanos de la composición de nuestro ejército y de todos nuestros movimientos.

—Por tanto, ha resultado una buena jugada anularlo.

—Tal vez podamos hacer más que eso. —El consejero lo miró con expresión picara, sonriendo maliciosamente—. El espía ha identificado a sus aves, así que hemos decidido enviarlas con datos falsos. Anunciarán que cuando alcancemos el Iber tenemos pensado seguir el curso de la costa para invadir Massalia. Confirmaremos así la rumorología que corre entre nuestros hombres. Esperemos que los romanos muerdan el anzuelo.

El traductor se sintió profundamente desconcertado. Aquel hombre, al que apenas conocía, le estaba confiando secretos muy importantes.

—¿Por qué me cuentas todo esto, señor? ¿Quién te asegura que no soy uno de esos desleales?

—Un espía no espera a ser contratado, sino que busca adentrarse en las filas enemigas —respondió, dibujando una sonrisa—. Y fui yo quien te ofreció este trabajo.

—Pero bien podría ser un deslenguado que aireara los planes que me desvelas...

—No lo creo, amigo mío. De todos modos, estás describiendo a la mayoría de los oficiales de alto rango —se carcajeó—. Hanón, el hijo de Bomílcar, sólo necesita tener un vaso de vino en la mano para que la euforia le haga hablar más de la cuenta.

Y qué decir de Cartalón... ¡Ese hombre no se estaría callado ni aunque lo zambulleran en el mar!

—¿No teme, pues, Aníbal que sus intenciones lleguen a oídos enemigos?

—Otras son nuestras preocupaciones. Ten en cuenta que no te he revelado ningún secreto vital, Alcón. Esta farsa durará muy poco, sólo hasta que los oteadores de Ampurias atisben que nos desviamos hacia el interior. Aunque fueras un traidor y avisaras a los romanos esta misma noche, nada cambiaría. Su capacidad de reacción es muy limitada, ya que no disponen de tropas en Hispania —dijo—. Mi intención con esta jugada es simplemente ponerlos nerviosos, intentar que se precipiten. También hemos incluido en el mensaje una información falsa acerca del número de nuestras fuerzas: que superan las cien mil. ¡Verás cómo más de uno se caga encima al leerlo!

Alcón no pudo evitar reírse al formar en su cabeza la imagen de algún cónsul republicano corriendo en busca de uno de sus urinarios públicos.

—Así que no, no albergo dudas hacia ti, estoy convencido de que deseas hacer lo correcto —continuó Tabnit—. Además, necesito un confidente que esté en contacto con los soldados, que me haga llegar cualquier comportamiento extraño. Que no nos preocupen excesivamente los espías no significa que les dejemos campar a sus anchas. ¿Cuento contigo para ello?

—Desde luego —le aseguró el arsetano, cuya admiración hacia aquel hombre se había convertido en franca lealtad; quizá fuera lo que éste perseguía, tal vez se trataba de una hábil maniobra de manipulación para conseguir un par de ojos más, pero su corazón le hablaba alto y claro de la sinceridad del oficial.

Deseaba tanto ser fiel a algo o alguien... Tal vez así compensaría sus deslealtades anteriores.

Progresaron entre las últimas tierras de Edetania durante días, hasta alcanzar el río Udiva, considerado el límite de dicha región. La verdad, nada cambió cuando lo cruzaron: los paisajes seguían siendo idénticos; el mismo terreno veteado con vegetación de secano.

Sin embargo, se hallaban ya en Ilercavonia. Las costumbres de sus habitantes no distaban gran cosa de las de los edetanos, salvo algunas menudencias; mayores diferencias habrían encontrado con los beribraces, una pequeña etnia situada inmediatamente al oeste, influenciada por los celtíberos. Se demostraba con ello que, a pesar de la independencia de cada pueblo, todos ellos formaban una cultura común, aquella que los colonos griegos llamaron «íbera» y que con el tiempo fue habitual en los labios de los lugareños, aunque no fuera usada como término patriótico común.

A lo largo de aquella etapa del viaje se demostró que al menos los ilercavones sí habían hecho honor a los pactos que contrajeron con los cartagineses. Nadie les salió al paso para causar problemas, ni hubo oposición a que el ejército acampara en las cercanías de los *oppida* cuando la marcha alcanzaba una de estas fortificaciones. Los habitantes, con gusto, les vendían víveres y cuanto precisaban, demostrando que algunos de los mejores negocios eran los que derivaban de la guerra. No se hicieron reclutamientos al paso por estas poblaciones, pues sería tarea de Asdrúbal tomarlos para la defensa de Iberia.

La hueste de Aníbal causaba honda admiración en aquellas gentes sencillas, algo con lo que Leukón se identificaba. Él mismo seguía tan pasmado como el primer momento al volver la cabeza y atisbar la masa que marchaba a sus espaldas: un gran gusano, un ciempiés con millares y millares de patas. Ahora formaba parte de un monstruo que parecía querer devorar cuánta tierra se pusiera por delante, un jirón de viento en un vendaval imparable. ¿Cómo no iban a llenarse de asombro los ganaderos y agricultores que los atisbaban, tan poco acostumbrados a semejantes despliegues? Sobre todo, ante la visión de los elefantes, que viajaban delante. Las razones resultaban obvias incluso para él: había que evitar que aplastaran a nadie si por algún motivo se desbocaban. Además, su presencia en la cabeza del ejército era una estampa intimidante, capaz de disuadir cualquier intento de emboscada.

El miedo marchaba con ellos.

* * *

Leukón había llegado a pensar que lo ocurrido con el espía le convertiría en el protagonista de todos los rumores del ejército. No fue así; el asunto pareció diluirse sin más, y su participación quedó en una anécdota recordada con orgullo por los pelendones durante los primeros días. Desde luego, el joven no estaba muy dispuesto

a alardear, no ante lo que en el fondo era su obligación. Ni por asomo quería parecerse a Babpo, que aprovechaba cualquier oportunidad para hacerse notar.

Sin embargo, hubo dos personas que sí reconocieron su acto y actuaron en consecuencia. Uno de ellos fue, por supuesto, Tabnit, quien a partir de entonces solía cabalgar a su lado cuando las obligaciones se lo permitían. El muchacho tuvo que soportar alguna que otra mofa por parte de los guerreros del clan Okalakom.

—Las cosas empiezan a aclararse. El púnico ha encontrado a un amante bien jovencito con el que jugar —se burló Babpo en una ocasión en que el consejero no estaba presente, obligando a Leukón a morderse la lengua para no saltar sobre él.

Alcón fue otro de los que se enteró de la hazaña del celtíbero y se apresuró a felicitarle.

—Si alguien puede hablar sobre el valor, ése soy yo. —Sin embargo, el modo en que lo dijo estaba teñido de vergüenza—. Y tú lo tienes, hijo. Créeme.

Hasta Leukón, que era tan joven e inexperto en los temas de la vida, advirtió que aquel hombre sufría algún tipo de carga que le pesaba en el corazón.

—No obstante, da la impresión de que vayas buscando la lucha —apostilló—. Dicen que casi matas a golpes a ése espía.

El muchacho había pensado mucho en ello. En realidad, sabía muy bien de dónde provenía su rabia, porque la había sentido desde el primer instante en que se separó de Stena. «Batallaré contra todo enemigo y no dejaré a ninguno en pie», le había prometido a su amada antes de dejar Okalakom. «Arrebátales la vida, ya que tal suerte deben sufrir por apartarte de mi lado», fue la exigencia de la joven. Y bien que se lo pedía la sangre.

—Soy un guerrero pelendón —respondió, como si fuera suficiente explicación.

Alcón no dijo nada más al respecto. Pero el modo en que lo miraba le hizo comprender al adolescente que el arsetano no era el único que dejaba expuestas sus penurias.

* * *

Habían viajado durante todo el día entre la costa y un macizo de montes a su izquierda, hasta que al fin éstos ralearon. El camino se volvía llano hasta donde alcanzaba la vista, salvo unas elevaciones allá a lo lejos que desde luego no parecían gran cosa.

Leukón maldijo una vez más el sofocante calor, y por enésima vez recordó con añoranza los veranos frescos de Pelendonia y sus noches suaves, en las que se podía oler la hierba, a diferencia de las tierras que ahora recorría. La escasa humedad propiciaba que al paso del ejército se levantara una odiosa polvareda, que se le pegaba al cuerpo mojado de sudor. Deseó volver a nadar en el río cercano al castro, junto a Stena.

Siempre junto a Stena.



Era la sexta jornada desde su partida de Arse, a media tarde, y habían llegado a Onusa. Allí se ordenó un alto, pues no merecía la pena seguir avanzando pudiendo acampar en un lugar donde atender ciertas necesidades. Ciudad y puerto marítimo de nombre curioso, nacido en labios de los colonos griegos que se habían apostado allí, si bien no se conocía en el lugar pacto de amistad alguno con Roma. En el idioma de los helenos significaba «lomo de asno», en referencia a la forma que dibujaba aquella pequeña península en el mar. Sus habitantes no parecían sentirse muy ofendidos por dicha denominación, pues conservaban el término y lo proclamaban con orgullo.

Era una urbe similar en concepción a Arse. Nacida íbera, cobró verdadera importancia cuando los griegos instalaron un puerto comercial en la costa. Un punto de mercadeo orientado especialmente a los territorios del interior, pues incluso los celtíberos se acercaban a Onusa para abastecerse con productos desconocidos en sus regiones, como el vino o las telas de oriente. Tenía una muralla, y la arquitectura de sus edificios era de influencia íbera con toques helenos.

Muchos de esos datos los recibió Leukón del intérprete, que solía marchar con ellos. En realidad, Alcón podría haber viajado con los arévacos o los lusones, mucho más numerosos, pero por algún motivo prefería acompañar a los pelendones. Y quizá porque el muchacho era menos tosco que el resto de los suyos se acercaba a él con mayor asiduidad. Al joven no le importaba, su presencia le resultaba agradable, pues sabía mucho y su conversación iba más allá de lo habitual entre los mercenarios: mujeres, fanfarronadas y pullas a los arévacos. Aunque sólo fuera por evadirse de las bravatas de Babpo, merecía la pena prestarle atención.



El númera le hizo un gesto con la mano. «Acércate, no temas», parecía decirle. Leukón asintió. Se aproximó al cercado, pero antes de traspasar aquella puerta de maderos de aspecto tan frágil se detuvo. Los celtíberos tenían un espíritu arrojado. No temían a la batalla, se solazaban ante los poderes de la naturaleza que aterrarían a otros hombres, y desde luego se reían de la muerte en sus mismas fauces.

Ahora bien, aquellas criaturas inmensas, además de soberbias, resultaban intimidantes. Por su exotismo, porque ni siquiera los osos que moraban en las montañas de Pelendonía podían compararse en tamaño. Ciertamente transmitían la sensación de ser animales plácidos, de que no contenían fiereza alguna, pero Leukón sabía que si estaban allí era para repartir desgracia entre los enemigos del ejército. ¿Y quién le aseguraba que, como cualquier otra bestia salvaje, no despertaría algún instinto escondido y se lanzaría a embestirlo?

—Yo prometer que *Dougga* no patearte a ti —le dijo el hombre en un celtíbero comprensible, aunque con bastantes carencias.

Leukón cobró ánimo y se adentró en el corral de los elefantes. Los más de treinta paquidermos reposaban tranquilos. Había descubierto mediante la simple observación que, tal y como imaginó la primera noche que los vio, dormían de pie. Tiempo después sabría que existía una razón para ello: al recostarse, el peso del animal recaía sobre sus órganos internos, lo que podía asfixiar sus pulmones o detener el latido del corazón. Así que rara vez se tumbaban, preferían quedarse plantados, apoyándose en ocasiones con la trompa, o unos contra otros. De todos modos, no solían dormir mucho, y eran de sueño ligero.

¿Por qué estaba allí? El muchacho había tomado una interesante costumbre desde la noche en que conversara con el oficial cartaginés —y que luego se desbocó de mala manera—: tras la cena, acudía paseando hasta el encerradero, donde permanecía un buen rato contemplando a los elefantes, cada día más fascinado. No resultaba extraño que el guía nómada reparara en él.

Se paró a tres pasos del animal. Su instinto le gritaba que saliera corriendo, y por tanto no le quitaba el ojo de encima, listo para reaccionar al menor signo de agresividad. Su cuidador, en cambio, se mostraba totalmente relajado. También era un espécimen exótico, pues jamás antes había conocido a un hombre de piel negra, aunque hubiera escuchado hablar de ellos. Aquél en concreto no dejaba de sonreír en ningún momento. Sus dientes parecían tener luz propia, de tan blancos como eran.

—¿Se llama *Dougga*? —preguntó el joven.

—Así es. Ser el nombre de mi ciudad, allá en Libia. Hacer sentir a mí que estar en el hogar. Yo ser Ezalces, de los masilios, tal y como llamarnos los griegos y púnicos.

El celtíbero salvó la distancia que lo separaba del elefante. Éste se agitó un poco. Abrió el ojillo acuoso y dirigió la vista hacia él. Era un orbe muy pequeño en comparación con tan colosal cabeza, pero apreció algo poderoso bullendo en él. Leukón se estremeció hasta que se le erizó el vello de los brazos. En un primer vistazo, la mirada del elefante daba la impresión de tristeza, pero bastaba observarlo con calma para percibir una voluntad, una consciencia contenida en tan sincero intercambio. Calma absoluta, calidez, una presencia pacífica y amigable que se extendía, que se ofrecía; una profundidad que no entendía de subterfugios, de malas intenciones. Algo similar a lo que le hacía sentir *Bronce*.

—Tú tocarlo —le animó el cornaca.

Al posar la mano sobre aquella piel dura y rugosa, tembló de nuevo en un intenso escalofrío. Acarició al animal. Conforme movía su palma recorría los surcos, la piel cuarteada. La experiencia le llenó por dentro. Fue como entablar una conexión con el paquidermo, el cual emitió una especie de bufidos, claramente de satisfacción. Se le atoró la garganta durante un buen rato, conmovido.

—Ser una criatura fascinante, ¿verdad?

Leukón asintió, incapaz todavía de hablar debido a la emoción.

—*Dougga* ser un elefante de la selva, muy pequeño. Por eso no llevar torres. Cazarlos en las montañas de Libia, a las que los griegos llamar como uno de sus

titanes, Atlas. Pero haberlos más grandes.

Señaló hacia el centro de la manada. Y, en efecto, allí estaba, un lomo blanquecino que sobresalía por encima del resto.

—Ser *Surus*, el elefante personal de Aníbal. Pertenecer a una especie que habitar en riberas orientales del mar Interior.

Incluso entre los que tenían un tamaño menor, pensar en semejantes moles cargando hacia él resultaba espeluznante. Y, al mismo tiempo, le costaba creer que un ser de espíritu tan puro como *Dougga* pudiera convertirse en una máquina de destrucción.

—Es... hermoso, a su manera —dijo el muchacho, mientras seguía acariciándolo.

—Sí. Mi hermano. Nosotros haber crecido juntos, por eso ir también a la guerra juntos. Si yo morir, él rendirse a la pena y acompañarme. Si *Dougga* caer en el combate, mí se quitará la vida para compartir su destino.

El elefante levantó de pronto la trompa y, para sorpresa de Leukón, le propinó un leve golpe con ella, que aun así le hizo tambalearse. No había afán de causar daño, el joven lo interpretó como un gesto de agradecimiento por sus atenciones, una chanza, como el empujón cómplice de un amigo.

—Tú caerle bien.

La estancia en Onusa se prolongó durante una noche. El camino les llamaba, todos ansiaban alcanzar el Iber, donde se encontrarían con el resto de las tropas celtíberas. Del mismo modo, habrían de tomarse decisiones importantes que precisarían una estancia más prolongada. Sería la segunda gran parada, tras Arse, antes de iniciar la tercera etapa de la expedición.

Durante aquellos días, el ánimo de Alcón pareció revivir gracias a la actividad y la compañía de Tabnit y el joven Leukón. Ambos le ayudaron a soportar la añoranza por la familia perdida, al menos hasta cierto punto, el que él mismo se permitía, pues se le antojaba una obligación sentirse culpable. Durante los últimos meses había pasado todo el tiempo aislado en sí mismo, y, aunque le costaba abrirse a los demás, aunque todavía atesoraba la vergüenza como castigo merecido, agradeció la oportunidad de volver a relacionarse con otras personas.

Alcanzaron Adeba, un *oppidum* situado cerca de un río al que los lugareños conocían como «de los Ciervos», pues la región estaba llena de venados y corzos, y no era extraño verlos abrevar en el riachuelo. Como muchos otros por los que habían cruzado, el nivel de sus aguas era bajo debido a los rigores del verano, así que no tuvieron ningún problema en vadearlo. No se detuvieron en la ciudad más que durante un breve descanso, donde Aníbal y sus oficiales saludaron al caudillo de la urbe. Pero al día todavía le quedaban horas, y partieron pronto para aprovechar que el terreno llano permitía una marcha rápida. Los bueyes que tiraban de los carros y las mulas agradecían las facilidades de la región, tanto que aquella jornada recorrieron cerca de ciento diez estadios.

Instalaron el siguiente campamento a escasa distancia de la estribación montañosa que durante el último día habían contemplado en la lejanía, tras pasar otro río. Cercano, sobre un cerro en el extremo más meridional de la sierra, quedaba un pequeño poblado^[2], muy similar en tamaño a otros caseríos agrícolas como los que rodeaban Arse o Edeta. Pero poco pudo abastecerlos, pues sus despensas resultaban exiguas para tan enorme ejército.

Precisamente aquella noche Alcón pudo vivir una experiencia singular que se le quedaría grabada en la mente para siempre.

Bastó que la luna estuviera llena, allá en un cielo despejado y cargado de estrellas resplandecientes como lágrimas parpadeantes, para que los celtíberos se sumieran en un estado solemne. Se estableció un poderoso silencio en el campamento, una vez éste montado, pues era un momento muy importante para los guerreros llegados del interior. Incluso los cartagineses de pura cepa y los originarios de Libia respetaron lo que estaba a punto de acontecer.

Se formaron corrillos en cada zona del asentamiento. Los distintos pueblos celtíberos se reunieron en torno a las hogueras: arévacos con arévacos, belos con

belos, lusones con lusones, titos con titos... Y también, por supuesto, los pelendones, que se juntaron para dar comienzo a una extraña liturgia.

Alcón lo observaba todo a corta distancia. Tabnit, que se había acercado también, le contó a qué venía aquel inesperado espectáculo:

—Ya he vivido esto antes. Se trata del ritual de la Luna llena. A mí me recuerda a vuestros ritos funerarios hispanos.

Allí estaban, con sus mejores galas, como si se dispusieran a entrar en combate: en los brazos, los aros, de plata en el caso de Tibasté y Orsua, de bronce para los demás; sujetaban con una mano un escudo circular, y con la otra una espada con forma de puñal o la lanza; se habían cubierto la cabeza cada uno con un casco, aunque sólo el caudillo y su hijo portaban las bronceíneas corazas de disco que correspondían a los guerreros de alta alcurnia.

Entre ellos estaba el muchacho, Leukón, al que se le veía más circunspecto y concentrado que al resto. Las llamas le iluminaban el pecho desnudo, tiñéndolo de un dorado inusual en la piel blanca de los celtíberos. Tenía, al igual que los otros, el rostro tiznado de hollín en diversas marcas que se había extendido en la frente y las mejillas. Desde luego, su aspecto era fiero, como si de repente hubiera abandonado parte de su naturaleza humana y adquirido la salvaje ánima de alguna bestia divina.

El cabecilla del clan Okalakom tomó el cordero lechal comprado en el poblado ilercavón y lo degolló. Tras levantarlo entre los brazos extendidos y con el semblante trasfigurado, se lo ofreció a la Luna. Sus labios se movieron y poderoso fue el caudal de voz con el que habló a la noche, a ese ojo lechoso que observaba, se diría que examinando el fervor de los suyos. Desde otros puntos del campamento llegaron cantos similares, lo que convirtió la oda en un reverberar mágico, a juicio de Alcón.

—Señora Blanca de la Muerte, diosa de los cielos, recibe este sacrificio como señal de nuestra devoción.

El mundo pareció detenerse, o al menos así lo percibió el arsetano. La brisa marina que había azotado los estandartes de pronto enmudeció, las banderolas dejaron de moverse; el crepitar de las llamas se escondió; hasta la respiración de Tabnit, a su lado, quedó silenciada. De pronto, el traductor se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

Lo que aconteció a continuación sería algo que Alcón jamás podría asegurar si fue real o una ensoñación producida por la tensión del instante. En cualquier caso, la compartió con todos los presentes, pues no hubo quien no diera un respingo mientras observaban a la luna. El antiguo mediador se quedó sin aliento al percibir aquel breve, casi inapreciable, titilar.

¿Había parpadeado el gran disco brillante?

Acto seguido, los pelendones iniciaron una danza alrededor de la hoguera; un baile iracundo, que asemejaba mucho una contienda simulada, pues se emparejaban entre ellos, ofreciéndose lanzazos y golpes de espada mientras movían la cintura, las piernas; se esquivaban, retorcían el cuerpo en formas casi tan sinuosas como las

lenguas de fuego; volaba el acero, saltaba la pasión, entrechocaban aquellos rayos esgrimidos por manos fieles a la veneración.

Tabnit tenía razón. Aquel ritual tenía poderosas similitudes con la danza guerrera que los íberos cumplían durante el enterramiento de las cenizas de los fallecidos. Sólo que en esta ocasión no estaba dedicado a hombre alguno, ni siquiera a los Antepasados, sino a una diosa de pálida piel que moraba en las alturas, sin perder detalle de nada.

Alcón permaneció largo rato observando el baile, hipnotizado, atrapado por el fervor de los pelendones que, de algún modo, habían logrado colarse en su, hasta el instante, acorazado interior.

Conforme se acercaban al Íber, Tabnit advirtió que la costa comenzaba a cambiar, así como las tierras que bordeaban el mar. A pie o a caballo, jamás había viajado tan al norte de Hispania, así que en ese sentido todo aquello era una aventura excitante. Se sintió vivo y animado, más de lo que lo había estado desde hacía mucho tiempo.

Pasaron cerca de varias torres dispuestas cerca del mar. Alcón le contó que aquellas atalayas tenían la misión de otear el horizonte, detectar a los piratas que se mostraban más atrevidos y dar la voz de alarma para que los comarcanos tomaran las armas si resultaba necesario.

Casi de modo brusco, poco después de dejar a su derecha una isla que lamía la costa, el litoral se adentró en las aguas como si deseara conquistarlo. Y así era, según tenía entendido el cartaginés, pues ese avance contra las olas se debía a los sedimentos que expulsaba el río, y que tras cientos y cientos de años se habían depositado hasta ganarle terreno al mar Interior. Los guías ilerconvones les aseguraron que, desde los picos más altos de la sierra, a su zurda, aquella masa de barrizales repletos de cañaverales, carrizales y lagunas tenía el aspecto de una punta de flecha.

La humedad también era mayor, lo que unido a las temperaturas veraniegas proporcionaba una pesada sensación de bochorno. Los celtíberos, acostumbrados a climas más fríos, marchaban desde hacía varias jornadas con el torso al descubierto. En algunos casos era una estampa bastante desagradable, como ocurría con las lorzas bamboleantes de Babpo, cuyo sudor además despedía un tufo que podría derribar incluso a un elefante. Sin embargo, no se les llamó la atención, como habría sido el caso en el ejército romano, donde la disciplina primaba en todos los ámbitos. Aníbal tenía muy claro que la permisividad era esencial para reforzar la lealtad de la tropa, sobre todo tratándose de un contingente tan variado y formado por pueblos de orgullo volátil. Resultaba vital dejar que cada etnia fuera fiel a su naturaleza, a las costumbres que los definían, siempre y cuando éstos no afectaran negativamente al devenir de la misión.

Al fin la cabecera de la soberbia riada de hombres alcanzó el gran valle en torno al Íber, dejando atrás y a la izquierda las montañas. Allí se encontraron con muchos de las tribus celtíberas que todavía no se habían unido al ejército. Un buen lugar para esperar, pues la región era rica, los campos estaban cultivados con el esmero de agricultores entregados a su oficio. Había todo tipo de huertas, granjas, establos y pastizales. Sólo los cañares que cubrían las riberas impedían contemplar el río, aunque dejaban visible la villa que se alzaba, imponente, junto a uno de sus meandros.

Aquella era una urbe casi tan famosa como el río que la alimentaba. Ambos, caudal y ciudad, daban nombre a todo un pueblo. Íbera, allí estaba. Tan soberbia como Arse aunque única y particular, pues no se alzaba sobre alguna protuberancia

del terreno, fuera monte o simple colina, al modo tradicional de los poblados hispanos. No, íbera había sido construida en el llano, en la orilla sur del río, desafiante ante los peligros, demostrando que estaba por encima de lo común. Tenía motivos para ello, pues sus muros eran robustos y de apariencia inexpugnable, al menos mientras buenos hombres los defendieran llegado el caso. Dos torres magníficas, una a cada lado del río, reforzaban la defensa, y precisamente al otro lado de la orilla podía advertirse una necrópolis igual de lujosa que la ciudad. Bien atendidos estaban, tanto los vivos como los muertos.

El renombre de la urbe era legendario. Sus pobladores aseguraban con orgullo que había sido la primera ciudad fundada en Hispania, antes incluso que Gádir. Tabnit no creía tal rumor, pues nada lo refutaba, salvo las habladurías de los lugareños. En cambio, la antigüedad de Gádir estaba fuera de toda duda al quedar reflejados los contratos comerciales de aquellos primeros años. Sea como fuere, íbera también debía ser un asentamiento añejo, no lo dudaba, pues tales leyendas no surgen de la nada. Nacen de algún tipo de verdad, aunque luego ésta sea deformada por el transcurrir de los siglos.

Siendo aquél un lugar habitual de comercio, visitado por infinidad de viajeros, existía un gran camino que partía desde las puertas de la fortificación. Fue al que se incorporaron, pues cruzaba una explanada enorme donde bien podrían asentar el campamento. Aún estaban lejos cuando el portón principal se abrió y una partida de varios hombres a caballo salió en dirección al ejército.

Aníbal ordenó detenerse para recibirlos. Mientras se acercaban, Tabnit fue en busca de Alcón, quien le había contado que conocía la ciudad.

—Hicimos escala en íbera cuando viajamos a Ampurias —le había asegurado esa misma mañana.

Cuando los jinetes hispanos los alcanzaron, el mismo intérprete los atendió en primer término. Al reconocerlo, el hombre que marchaba delante le saludó con amabilidad.

—Saludos, buen Alcón. Me sorprende ver a un arsetano en este ejército, teniendo en cuenta lo ocurrido en tu ciudad.

—Ahora sirvo a Aníbal, de la familia de los Bárquidas, pues he comprendido que no desea otra cosa que engrandecer Iberia —respondió, incómodo ante la referencia al asedio.

El ilercavón, un individuo de mediana edad, con el cabello ya ligeramente encanado, tenía la comisura derecha de la boca torcida por algún tipo de enfermedad antigua, pues la mueca parecía permanente.

—Bienvenido seas, León de Cartago —dijo, dirigiéndose esta vez al caudillo púnico—. Yo soy Biurbetin, hijo de Biurtibes, rey de íbera. Y acudimos a ti para recibirte, haciendo honor a los pactos contraídos con tus enviados.

—Compromiso que nosotros cumpliremos —asintió el estratega.

Hablaban todos en el idioma de los hispanos, pues, a tales alturas, tras años en aquellas tierras, los oficiales de Aníbal conocían dicha lengua como si fuera la suya propia.

Poco después, el noble ilerjavón pudo abrir el cofre cargado con monedas por valor de dos talentos de plata. Más de setecientos shekels, una pequeña fortuna que ataría al gobernador de Ibera y con él a toda su clientela. Al menos mientras los romanos no les ofrecieran más.

—Eres digno de tu fama, Aníbal Bárquida. —Biurbetin asintió con la cabeza solemne, con la mano sobre el pecho—. Mi padre hubiera deseado salir a recibirte, pero la vejez ha debilitado sus huesos y no le ha sido posible. Sin embargo, te pide que aceptes ser su invitado en el gran banquete que hemos preparado en tu honor.

El líder cartaginés asintió, como se esperaba de él, aunque Tabnit sabía que hubiese preferido comer tranquilamente en su tienda, junto a sus hombres de confianza o paseando entre los mercenarios. Pero la diplomacia, tal y como le había enseñado su malogrado cuñado Asdrúbal el Bello, era un arma poderosa que no debía ser tenida de menos. Todo sabían lo fácilmente que se agravaban los hispanos.

Nombró encargado del campamento a su hermano Magón, lo que agradó al muchacho, siempre ávido de demostrar valía. A Aníbal lo acompañarían sus principales oficiales: Maharbal y Cartalón, comandantes de la caballería nómada; Hanón el Viejo y el otro Hanón, el hijo de Bomílcar, y también Asdrúbal el Fiero, llamado así por su siempre malhumorado carácter y también para no confundirlo con el Bárquida y antes con «el Bello». Sósilo, el fiel sofista espartano, también fue requerido, así como Tabnit, pues el estratega confiaba en su buen ojo para juzgar a las personas. Precisamente éste creyó oportuno que Alcón acudiera, pues una cara amiga para los ilerjavones siempre podía ser una ayuda.

También eligieron una guardia de treinta hombres en previsión de posibles problemas, entre los que el propio consejero exigió la presencia del joven Leukón como guardaespaldas personal. El muchacho celtíbero se mostró asombrado ante tal decisión, pues no se había probado todavía en combate auténtico. Antes de llevárselo consigo, el caudillo Tibasté exigió a su guerrero que se comportara con la dignidad propia del clan Okalakom.

Y así dejaron al ejército, acampando, mientras la comitiva seguía a Biurbetin y sus hombres. Uno de ellos se apeó del caballo y con la ayuda de otro cargó el arcón sobre el animal. El resto, sobre sus monturas, mantuvieron un ritmo pausado para no dejarlo rezagado.

Al acercarse a la ciudad el río quedó al descubierto. Como el cielo aún no había oscurecido, Tabnit pudo contemplar las aguas tranquilas, donde se reflejaban los muros defensivos; una especie de abrazo, una aprobación a la hija nacida en su regazo, y que mamaba de aquella leche cristalina, fresca. La corriente viajaba sobre un cauce tan ancho que permitía su navegabilidad unos dos mil estadios tierra

adentro, al menos mediante barcos de pequeño calado. Tal vez, no estaba seguro de ello, los *hippoi* de su padre habrían remontado aquellas aguas en alguna ocasión.

Al recordar al progenitor sintió un ramalazo de añoranza y al mismo tiempo de pérdida. Sí, desde luego había cambiado mucho, pues Idnibal, el joven que una vez fue antes de cambiar su nombre y su vida, jamás se caracterizó por ser fiel a las consignas de la familia. Alocado e indisciplinado, se desentendió de toda responsabilidad... hasta que le resultó imposible seguir escapando.



Una vez dejaron atrás el portón caminaron por la avenida principal, lo que le permitió a Tabnit hacerse una idea de la fisonomía de la urbe. Le gustaba tomar cuenta de los detalles, bien fuera por previsión ante cualquier contingencia o por simple placer de conocer los lugares por los que transcurrían sus pasos.

Así, advirtió que las calles enlosadas —signo inequívoco de la grandeza de la ciudad— tendían a buscar el centro de la urbe. Pasaron junto a varios templos dedicados a dioses de origen heleno, por lo que le dijeron, erigidos en principio para contentar a los colonos, y que al final habían encontrado devoción en muchos lugareños. Adoptar las divinidades llegadas a través de los comerciantes de oriente era una práctica común en todo el territorio costero, y no significaba renunciar a los antepasados o a la Gran Madre, aunque desde luego éstos ya no eran los únicos en el fervor de los iberanos. Tabnit, de naturaleza crítica con las expresiones religiosas desbocadas, solía pensar que los hombres eran rápidos en rendirse cuando se les prometía gloria o simple prosperidad.

Sonrió al darse cuenta de la expresión asombrada de Leukón. El joven cabalgaba a su lado con la boca abierta y los ojos atentos a lo que para él era pura maravilla. Resultaba curioso que el mayor pasmo le llegara ante la contemplación de elementos comunes, algunos de los cuales había visto en su poblado, pero que en aquella urbe inmensa cobraban una dimensión gigantesca. Estaba claro que jamás había visitado una gran ciudad, pues ni siquiera llegó a entrar en Arse. Sonrió al imaginarse el asombro que recibiría si paseara entre las avenidas de Cartago, esplendorosa como ninguna.

Alcanzaron una plaza columnada, muy similar a las ágoras griegas, situada en el acceso al barrio de las familias aristocráticas. No resultaba extraño: aunque fuera una urbe considerada íbera, la influencia helena resultaba inevitable gracias a los colonos que allí moraban, a los comerciantes que se acercaban al puerto. Algo similar a lo que ocurría en Arse.

¿Por qué, entonces, daban la bienvenida a los cartagineses? La toma de la urbe edetana fue un episodio que se extendió hacia el norte como una quema incontrolada de rastrojos. Llegó al Iber, y los asentamientos ilerjavones temieron ser los siguientes en recibir un ataque si se negaban a la amistad del púnico. Su trato con Roma no debía de ser ni por asomo tan sólido como el de Arse, así que si éstos no habían

recibido ayuda de las legiones republicanas, ¿qué posibilidades tendrían ellos de resistir el poderío cartaginés? Cuando se presentaron los mensajeros de Aníbal pidiendo pactos de alianza y ofreciendo succulentos tesoros por tal lealtad, se esfumó la tentación de ofrecer una oposición tal vez heroica, pero que no reportaría más que muerte y ruina.

Se había dispuesto una gran mesa en el centro del foro. Y allí, recostado en un diván, esperaba Biurtibes, caudillo y rey. Tenía unos labios tan finos que apenas eran una línea delgada, un trazo hecho con un carboncillo. Su piel amarillenta cubría un cuerpo que era todo osamenta e indicaba algún tipo de dolencia, grave a tenor de la constante tos que lo golpeaba. El cabello, que le crecía débil y escaso, por zonas, dejaba al descubierto el cráneo.

Desde luego, aunque en sus vestimentas hubiera adoptado un cierto estilo griego, era un hispano de corazón. Trató de incorporarse por sí mismo, pero, cuando ya casi había logrado auparse, le fallaron las fuerzas y a punto estuvo de caer. Sus asistentes lo tomaron a tiempo para evitar la desgracia. En lugar de agradecerlo, Biurtibes los increpó, aduciendo que, aunque fuera un vejestorio, todavía era capaz de valerse solo.

Así, manteniéndose en pie por encima de los temblores, luchando su propia guerra en pos del orgullo, recibió a Aníbal.

—Que los dioses y los Antepasados glorifiquen este día —le dijo—. El León de Cartago, aquel que desafía a la Loba, ha llegado a íbera.

—Mío es el honor, gran Biurtibes —respondió el estratega.

—Y con ellos ha llegado Alcón, el arsetano amigo de nuestra ciudad —dijo el hijo del jefe, señalando al intérprete—. Seguro que lo recuerdas.

—Sí, así es. Siento lo de la esplendorosa Arse.

—Aplaca mi pena estar en vuestra magnífica urbe —respondió el traductor.

Junto al caudillo había otros individuos, las cabezas de las principales familias nobles de la ciudad, según los presentó. Miembros también del senado, por su aspecto con orígenes diversos. Algunos tenían la piel morena que confería la sangre púnica, en ocasiones desteñida debido al mestizaje; otros, el porte distinguido de los griegos. Tabnit imaginó, por el semblante de estos últimos, que no todos estaban muy de acuerdo con semejante recibimiento al ejército cartaginés, del mismo modo que había ocurrido en Arse. Decidió no perder de vista a los que se mostraban más serios.

Tomaron asiento alrededor de la mesa, con los guardaespaldas de los oficiales cartagineses firmes tras ellos, vigilantes como debían. Tabnit se sintió tranquilo sabiendo que tenía a Leukón tras de sí. Tal vez su experiencia con la espada fuera escasa, pero ya había demostrado la fiereza y entrega que bullía en su interior. Estaba convencido de que, en caso de necesidad, se lanzaría a protegerle con mayor ahínco que cualquier soldado veterano.

Disfrutó de la cena más opípara desde que saliera de Qart Hadast, aunque los había que atendían más al escenario y a la conversación que a la comida. Sósilo apenas probó bocado, pues se hallaba atareado examinando todo a su alrededor, hasta

lo más insignificante; el lacedemonio debía de estar grabando en su memoria cada detalle del lugar, de los comensales y, por supuesto, de la conversación, para así luego poder inmortalizar aquellos sucesos.

—¡Cuán fervorosamente desearía poder disfrutar de las mismas viandas que tú, Aníbal! —dijo Biurtibes, que debía conformarse con un caldo de aspecto triste—. Pero estos malditos médicos folladores de cabras insisten como viejas en que debo comer ligero. Y yo les digo que, si voy a morir, que al menos me dejen hacerlo con dignidad y disfrute.

—Tus hombres se preocupan por ti, Biurtibes. Es algo admirable y dice mucho de tu gobierno —respondió el estratega.

—¡Tendría que haber sido un tirano! —Y lanzó una carcajada, rota casi al instante por un severo ataque de tos.

—Querréis hablar de cosas más importantes, desde luego —intervino Biurbetin, para dar tiempo a su padre a recuperarse—. Hemos pensado que os gustaría saber que hace varias lunas, durante el invierno, nos visitaron algunos embajadores de Roma.

Tabnit ya había estudiado a fondo al heredero: un hombre sobrio, aunque apreció todavía en sus ojos la chispa de una jovialidad juvenil perdida por las obligaciones del cargo. Quizá fuera todavía el sucesor de su progenitor, pero ya ejercía, y su voz era mandato tanto como la del viejo caudillo.

—Alguna información poseo al respecto —aseguró el joven líder cartaginés—. Aunque nunca está de más escuchar de viva voz a quienes lo vivieron.

—Esos estúpidos llegaron a íbera con aires prepotentes, creyéndonos ignorantes y simples bárbaros a los que convencer con lisonjas —continuó Biurtibes, ya repuesto—. Bien claro les dijimos que más les valía buscar aliados donde nunca hubieran escuchado sobre Arse, pues lo allí acaecido es señal de lo que vale la palabra de Roma. No nos tembló la mano al proclamarles que deberían avergonzarse de pedirnos amistad ante sus actos traicioneros, de crueldad superior a cualquier ataque cartaginés. Que los Antepasados me fulminen si me fío de su promesa. A poco que los necesitáramos volverían el rostro tal y como hicieron con la edetana.

Aníbal intercambió una mirada fugaz con Tabnit, gesto suficiente para saber que pensaba lo mismo que él. Aunque los hispanos eran valientes, también solían ser amantes de las bravuconadas, así que dudó de que realmente se mostraran tan rudos con los legados romanos.

De nuevo quedaba de manifiesto la brillantez del estratega. Además de una excelente plaza fuerte, lo ocurrido en Arse le había valido para despertar el miedo de muchos aguerridos pueblos, así como poner de manifiesto la falta de compromiso de los romanos para con sus ciudades amigas. Una jugada magistral: desprestigiaba al enemigo y conseguía que los lugareños se olvidaran de quién había sido el agresor.

—Ante nuestra respuesta desfavorable, y con rostros como si les hubiésemos agraviado, cruzaron el río y marcharon hacia el norte en busca de otros que sí quisieran apoyarlos —aseguró Biurbetin—. No encontraron a nadie dispuesto a tal

cosa, salvo a esos cobardes de los bergistanos, los iacetanos y los ausetanos. También, por supuesto, los ampurianos, que llevan adulándolos desde hace tanto que uno no sabe dónde acaba su lengua y empieza el culo de Roma.

—Habéis obrado bien en íbera —opinó Aníbal—. Yo os aseguro que Cartago sí es fiel a la palabra dada. Por encima de todo buscamos la grandiosidad de las tierras íberas y sus pueblos. Conmigo marchan hombres de toda condición y nacimiento. Puedes preguntarle a cualquiera de ellos. Ninguno podrá quejarse de que se le han vetado sus costumbres ancestrales.

—¿Tolerasteis también a los arsetanos?

Aquellas palabras, llenas de inquina, brotaron de uno de los senadores, un tipo cejijunto de nariz fina como la caña con la que Sósilo transcribía sus crónicas. Maharbal, el más temperamental de los oficiales de Aníbal, y a quien sus muchos años no habían calmado el carácter, golpeó la mesa con aire furibundo. Tabnit decidió intervenir antes de que el lugarteniente de origen nómada dijera algo inadecuado. Sin embargo, ya no quitaría ojo de encima al noble.

—Creíamos que era conocido el motivo del asedio, y que da buena cuenta de lo que para nosotros es la lealtad: los turboletas, pueblo amigo de Cartago, sufrían constantes ataques por parte de los arsetanos. Aníbal les ofreció la posibilidad de que cesaran dichas agresiones, pero se negaron. Por tanto, no existía otra opción que defender por las armas a nuestros aliados. Estábamos en nuestro derecho.

—¡Ahí lo tienes, Sosintacer! ¡No temas por tus negocios con los griegos! Muchos estamos en tu situación y sabemos que si los helenos dejan de venir su vacío será llenado por los cartagineses, no menos famosos como comerciantes —le reprochó Biurtibes, con el tono propio para aleccionar a un niño malhumorado—. Y ahora hablemos de cosas más interesantes. Dispondré que se os reabastezca en la medida de las posibilidades de la ciudad, a un precio especial por ser vosotros.

«Claro que sí», pensó Tabnit. Al fin y al cabo, estaban en una urbe de mercaderes y traficantes. Sabía lo que eso significaba, pues, antes de abrazar esa vida que no era la suya, fue un truhán de los negocios. De hecho, la sagaz jugada de Biurtibes hubiese resultado digna de Idnibal: al no incluir el aprovisionamiento en el pago ya realizado, el caudillo ganaría un ingente beneficio añadido.

—¿Qué zona nos recomendáis para cruzar el río? —preguntó Aníbal, despreciando la pillería del hispano—. A pesar de ser verano, parece bajar demasiado cargado de agua por esta región.

—Cierto —asintió el hijo del reyezuelo—. Nuestras embarcaciones tienen escasa capacidad de transporte, teniendo en cuenta el tamaño de vuestro ejército. El tiempo que precisaríamos para realizar el transbordo obligaría a paralizar toda la flota, lo que supondría un perjuicio muy grande para los dueños de los barcos. Sin embargo, a lo largo de su trayecto el Iber está repleto de diversos islotes que os podrían facilitar la tarea. Unos cincuenta estadios río arriba encontraréis el primero.

—No tiene pérdida —añadió Biurtibes—, pero mandaré con vosotros a uno de mis hombres para que os haga tareas de guía.

Mientras tanto, podéis permanecer cuanto deseéis junto a mi ciudad.

—Te estoy muy agradecido por la generosidad de tus dones —concluyó Aníbal.

Y la conversación derivó a temas de otra índole menos severa, donde unos y otros, tal cual mandaba la buena diplomacia, se dedicaron a alabar al contertulio. En ocasiones, incluso, de modo tan exagerado como vergonzante. Pero había quienes no lograron hacer suya tan artificial imagen de fraternidad. Tabnit sintió sobre sí la mirada acerada de Sosintacer durante toda la velada.

No tuvo ninguna duda de que aquel hombre intentaría causar problemas.

Es tan hermoso como la mañana recién nacida. Su cara brilla con la intensidad del sol, y cuesta fijar la vista en él sin recibir molestia en los ojos.

Pero yo soy un elegido. La mirada no se me resiente, soy capaz de observar los rasgos finos del niño divino, la expresión plena de una belleza sobrenatural, cargada con la fuerza de los cielos y la plenitud de la vida. Los cabellos dorados forman una corona, y el cuerpo desnudo, perfecto en sus proporciones, es la fulgurante cola de un cometa.

Me espera en el camino, y cuando lo alcanzo no dudo en arrodillarme frente a Él, pues el corazón me ha desvelado su sacra identidad.

—Ba'al Hammon, Señor del Sol y las Ascuas, que te alzas sobre el Altar de los Perfumes... Dame tu voluntad.

El niño dios posa su refulgente mano sobre mi cabeza, y al hacerlo siento un ardor intenso, las llamas quemándome los cabellos, adentrándose en la carne e incinerando músculos, huesos, aliento... Es una prueba, la primera, lo sé. De pronto me veo enfrentado a un dolor insostenible. Y aparece el espectro de la duda; por un momento pienso que no lograré vencer el reto. Pues, ¿cómo podría un mortal resistir los fuegos del sol? ¿Así caeré? ¡No! Me niego a mí mismo la rendición. Por mis venas corre sangre de la reina Dido. Quizás otros hombres den una aliviada bienvenida a la muerte, pero yo no tolero la derrota sin lucha.

El sufrimiento resulta inimaginable. La agonía me provoca náuseas; la quemazón culebrea y estalla en cada terminación nerviosa; el crepitar es tan lento que se deja sentir instante a instante, interminable...

Sin embargo, yo soy Aníbal.

Resisto una oleada de fuego tras otra. No cedo al desmayo, no me permito la tentación del descanso eterno. Hasta que el dios sonrío satisfecho y, de pronto, todo padecimiento se torna en gozo profundo y olvido la tortura anterior como si jamás hubiera existido. La recompensa eterna, el éxtasis sin fin, la certeza de que la gracia de las divinidades me colma el espíritu.

—Eres digno de portar mi nombre y mi don, León de Cartago, Rayo de los Hombres nacido de mi fuego. Sígueme, has de ser conducido a las lomas del éxito. ¡Pero no apartes tus ojos de mí ni vuelvas la vista, o perderás nuestro favor!

Y así lo hago, marchando tras el dios hecho materia, sobrecogido por el asombro y la maravilla.

Ahora bien, la curiosidad del mortal es poderosa. Y más en mi caso, tan acostumbrado al mando y no a obedecer. Pues no he cesado de preguntarme por qué se me prohíbe mirar atrás. Hasta que la picazón de esa ansia de saber se toma insostenible... y vuelvo la cabeza.

La imagen está por encima de las emociones, y aún con todo me estremece tanto que percibo el crujido en mi alma. Tras mis pasos no marcha un ejército, sino una terrible y gigantesca serpiente. Sus culebreos son destrucción y fatalidad; derriba árboles, arbustos, rocas y montañas; devora hombres y sorbe su sangre, siempre y eternamente hambrienta, dejando una estela de desolación bañada con una tormentosa lluvia de la que brotaban truenos y relámpagos.

—¿Qué portento es éste? —le pregunto a Ba'al.

—Es la desolación de la Loba. Muerte, el más poderoso de los dones de los dioses. Y tú has desoído mi comanda, y has mirado al poder fijamente. Se te arrebatarán, pues, nuestros dones.

Me echo al suelo, de pronto consciente de mi desobediencia. Y con gran congoja baño los pies de luz del chiquillo con mis lágrimas. Jamás me había humillado de tal modo ante nadie, pero mi cesión a la debilidad es inaceptable y deseo de corazón enmendarlo.

—¡Dime qué debo hacer para recuperar esa confianza! ¡Haré cuanto sea menester!

La frente de Ba'al estalla en miles de colores, algunos de los cuales jamás han sido vistos por mortal alguno.

—Busca la morada perdida de Tanit, mi esposa. Ofrécele tu sangre si deseas conseguir de nuevo nuestro beneplácito.

—¿Dónde podré hallarla?

—En las cúspides que vigilan a la media luna sobre el mar.

** * **

Aníbal despertó con un grito contenido que no alertó a los guardias en torno a su tienda. Mientras recuperaba el resuello, tratando de aferrar los vestigios de aquel sueño abrumador, advirtió que estaba empapado de sudor.

Lo intentó, se estrujó la mente. En vano. Había perdido la imagen del semblante del niño divino. Y con ella, la bendición de los dioses.

Debía recuperarla.

Porque él era Aníbal.

Era una noche pesada. Las nubes cubrían el cielo con un manto sofocante, impidiendo que el calor acumulado durante el día escapara hacia el firmamento y refrescara un poco.

Habían salido del campamento como ladrones: cuatro figuras amparadas en las sombras, sigilosas y a pie. No resultó muy difícil burlar la vigilancia, pues ¿quién podía conocer mejor los itinerarios de los guardias que aquel que los había impuesto?

Leukón estaba desconcertado. No entendía muy bien de qué trataba tan secreto y extraño encargo por el que lo habían llamado en plena noche, en silencio y sin avisar a sus compañeros pelendones. Sin embargo, nada resultaba más delirante que la presencia de aquel personaje impetuoso que marchaba por delante, imponiendo un ritmo intenso.

Aníbal Barca, el general absoluto del ejército, caminaba entre ellos como uno más.

Tampoco tenía muy clara la participación de Alcón. Era un personaje agradable, pero no tenía ni idea de empuñar un arma. El muchacho lo supo en cuanto el consejero cartaginés le entregó al íbero aquella espada corta que ahora pendía de su cinto, pero que momentos antes había temblado en sus manos.

De todos modos, Tabnit destacaba por su sensatez, así que no sintió mayor inquietud de lo que sería habitual ante el hecho de compartir tareas con un personaje tan relevante como Aníbal. Caminaba por delante, el primero del grupo, ignorando la protección que debía brindarle su exigua escolta, convirtiéndose en uno más por iniciativa propia. Vestía ropas oscuras y humildes, las mismas que portaba cualquier soldado. Nadie habría adivinado su identidad.

Toda aquella locura se había desencadenado del modo más extraño. Tras demandar su asistencia, el consejero había preguntado a Alcón si conocía el paradero de algún templo dedicado a Tanit, el dios púnico, tuvo que explicarle, ya que él había viajado a la ciudad tiempo atrás como representante de Arse.

—Cuando estuve por aquí visité una cantera situada en las montañas al sur de la ciudad. El trabajo en piedra de íbera es uno de los orgullos de los que gustan alardear, y yo provengo de una familia de pedreros. Hablando de mil y una cosas, recuerdo que me revelaron la existencia, cerca de la pedrera, de una antigua cueva acondicionada por los fenicios donde éstos realizaban sus ritos —comentó, tras rumiar durante un rato—. Aunque en aquellos días ya nadie la utilizaba, desde hacía muchas generaciones, me contaron. Rodeados de tantas colonias griegas, vuestros parientes optaron por abandonar la región.

—Nos indicará el camino —le dijo Tabnit.

—Pero... no conozco el paradero exacto de ese templo —dudó el otro, claramente angustiado.

—Al menos llegaremos a la cantera. Mejor buscar la semilla en un granero pequeño que en uno grande —respondió el cartaginés, y así se cerró la orden.

Ahora se dirigían al sur, en dirección a los montes que habían dejado a su izquierda durante la última parte del trayecto hacia el valle del Íber. Cuando los hachones situados en el campamento se mostraron insuficientes para iluminar el terreno, encendieron las lámparas de aceite que Tabnit y Alcón traían consigo, gracias a unas ascuas contenidas en un recipiente cerrado. Trataron de cubrir el fulgor con sus cuerpos para así evitar ser detectados por cualquier mirada indeseada.

—Es en verdad extraño que los fenicios llegaran tan al norte —dijo Tabnit.

—Mi corazón me dice que vamos bien encaminados —intervino Aníbal, que había permanecido en silencio hasta el momento—. Ba'al lo corroboraba en mi sueño con estas palabras: «En las áspides que vigilan la media luna sobre el mar». Un acertijo, mi buen amigo, pues si esta noche no hay ojo divino contemplándonos desde el cielo, debe referirse a otra cosa.

Señaló hacia el este. Y aunque no se veía nada a menos de veinte pasos, todos supieron que se refería a la isla cercana al litoral, que precisamente tenía la forma mencionada por el dios.

Leukón advirtió que Tabnit no se mostraba tan convencido como su general. El muchacho, en cambio, creía en los poderes sobrenaturales, bien llegaran de voces divinas en sueños o por cuenta de los grandes fenómenos de la naturaleza. Sus dioses no eran los mismos que los de los púnicos, pero no por ello los despreciaba. «Hay tantos poderes inmortales como pueblos. No los niegues, pues todos son celosos y traicioneros ante el desprecio», le había dicho su padre en una ocasión.

Al fin llegaron a las primeras faldas y se tropezaron con uno de los muchos caminos angostos que se adentraban entre los montes. Resultaba imposible saber adónde los llevaría. Encontrar un lugar concreto en medio de unas montañas desconocidas no parecía una tarea sencilla. Las indicaciones de Alcón pronto se revelaron insuficientes. Habían transcurrido muchos años desde su anterior visita a la mencionada cantera, y argumentó que su memoria no grabó a fuego un trayecto que, por aquel entonces, no imaginaba que sería tan importante en días venideros. La oscuridad de la noche agravó el problema, y al fin se encontraron vagando sin rumbo.

El consejero cartaginés se mostraba cada vez más fastidiado, aunque trataba de contener su enojo. Leukón imaginó que aquel plan descabellado fue más una imposición de Aníbal, con la que Tabnit no debió de estar de acuerdo en ningún momento.

De pronto, Aníbal tomó una vez más la delantera. Sin asegurarse de que los demás lo seguían, continuó por la vereda, que ascendía y descendía como un río buscando su propio nacimiento. Leukón, al igual que el resto, reparó asombrado en el gesto demudado del líder. Tenía la mirada perdida en otro lugar, ajeno al mundo; la atención, varada en las brumas de una conciencia alterada. ¿Por qué semejante caminata confiada por un sendero apenas revelado por los candiles? Las sombras se

cerraban en torno a los secretos, que guardaban con férrea resolución, y aun así el estratega avanzaba seguro.

Había caído en un trance, del mismo modo que un hombre caminando en sueños. La impresión de que allí estaban actuando fuerzas misteriosas era tal que ninguno de sus tres compañeros se atrevió a despertar al líder cartaginés. No, corrieron tras él, zigzagueando entre las colinas hasta que se vieron rodeados de árboles altos que olían a resina. Las hojas, secas ante el inclemente verano, susurraban entre sí un canto que despertó en el celtíbero un hondo respeto. Daba la sensación de que tenía un ritmo, que portaba consigo un significado. Una media voz dando instrucciones a quien había sido elegido para comprender tan vetusto lenguaje.

En un momento dado, Leukón creyó atisbar unas vagas formas custodiándolos, blancos velos difusos, jirones de bruma revoltosos que se acercaban para luego alejarse. ¿Qué clase de espíritus marchaban a su lado?

Pronto advirtió que no era el único que percibía el fenómeno. Tabnit miraba con asombro, incluso se mostraba preparado ante cualquier contingencia, como si pudiera defenderse ante seres que estaban más allá de la mortalidad. Alcón, en cambio, temblaba, preso del miedo. El joven estaba convencido de que habría dado la vuelta y echado a correr; sin embargo, el temor a quedarse solo, a merced de las entidades que obraban en el lugar, debía ser más poderoso. El íbero lanzó un alarido, trastabilló y casi cayó al suelo. El consejero lo agarró a tiempo y, arrastrándolo, lo obligó a continuar andando.

Leukón, por su parte, no sentía miedo alguno. Los celtíberos no eran fáciles de asustar, pues sus tierras estaban cargadas de rincones de comunión con los dioses. Él había sentido el poder de Lug en el bosque de las Hiedras, cerca de Okalakom; Cernunnos lo observó en una ocasión a través de los ojos de un regio ciervo; había gritado bajo la lluvia mientras cabalgaba sobre *Bronce*, dejándose estremecer por el poder de los rayos y la fanfarria de los truenos, en el valle del Lobo.

* * *

El general se detuvo finalmente a los pies de una de las cimas inferiores. Tras unos viejos robles, en la pared de una garganta veteada con arbustos secos, se abría la entrada de una gruta.

Aníbal parpadeó y recuperó el control de sus actos. Preguntó cómo habían llegado hasta allí, pero nadie supo darle razón. Se limitaron a explicarle lo vivido.

—Entremos —dijo el general, tras escuchar la narración—. Pues para eso nos han conducido hasta aquí los dioses.

Tabnit, todavía escéptico, no replicó, aunque se apresuró a situarse al frente a pesar de las intenciones del estratega. Leukón hizo lo propio y se colocó al lado del consejero. Y si no desenvainaron las espadas fue por temor a agraviar a las divinidades.

Cuando pasaron por debajo del dintel natural, el muchacho apreció unos signos tallados alrededor de la parte superior. Alcón aseguró que se trataba de escritura fenicia, un dialecto tan antiguo que tuvo dificultades para traducirlo.

—«Ha hecho y dedicado este santuario Abdesmún, hijo de Baalat, el sacerdote; para nuestra señora, para Tanit, la grande y poderosa, a quien adoramos por encima de todas las cosas» —interpretó al fin, tras unos instantes de reflexión.

Leukón y Tabnit tuvieron que ladear ligeramente la cabeza para salvar la escasa altura de la oquedad. La galería se adentró en la roca y, tras girar hacia la izquierda, llegó a una pendiente escalonada con peldaños cortados mediante un esculpido basto. Descendieron con cautela, hasta que se abrió una gran cavidad natural, dividida en un sinfín de salas debido a la acción de las corrientes subterráneas. Sin embargo, el recinto había sido reformado con la clara intención de conseguir un suelo llano. Una cortina de estalactitas, a la derecha, los separaba de una sección donde pudo atisbar una serie de pozos.

—Son depósitos sagrados —le comentó el oficial púnico, cuya voz reverberó con fuerza entre las rocas—. Los encargados del santuario dejaban allí las ofrendas, normalmente cerámicas o exvotos.

Leukón asintió. Eran costumbres no tan alejadas de las celtíberas. Ellos también utilizaban las cuevas como santuarios, aunque no ofrecían solamente objetos materiales, sino también la sangre de las bestias cazadas o las cabezas de sus enemigos.

En las paredes advirtieron, al dorado refulgir de los candiles, unáis hornacinas. La mayoría estaban vacías, sin duda víctimas de años de saqueos, pero en una de ellas restaba una estatuilla de terracota partida en varios pedazos. Y en el centro de la sala los aguardaba un altar de piedra, al que se acercaron con pasos, más que precavidos, reverenciales. Le pareció a Leukón que el aire de la caverna se enrarecía conforme avanzaban hacia el ara. Y sintió, o creyó sentir, una presencia en la estancia, algo enorme, por encima de cualquier cosa mundana. Intangible y sin embargo tan real que se adueñó de su corazón y convirtió la sangre en algo espeso que podía percibir corriendo entre las venas.

Silencio absoluto. Desapareció incluso el sonido de las respiraciones, del flamear de las teas. Sopló de pronto una ráfaga, nacida de la nada, fría como para estremecer al muchacho y provocar el gimoteo del arsetano; tan fuerte que las llamas de las lámparas aletearon violentamente... y se apagaron. Tabnit, Leukón y Alcón suspiraron de ahogo al unísono.

Antes de que el terror se adueñara de sus actos, del mismo modo repentino, las pequeñas flamas resucitaron. Vieron entonces que Aníbal se encontraba junto al altar, que extendía sobre él un brazo y que con el otro aferraba la daga que portaba consigo. El filo abrió herida en la palma izquierda. La sangre goteó generosa sobre la superficie, mezclándose con el polvo añejo, haciéndose una con el pasado del lugar.

Y mientras tanto, hablaba, con palabras cargadas de emoción. Alcón le traduciría más tarde lo que allí declaró el cartaginés:

—¡Oh, Tanit la esplendorosa, esposa de mi no menos amado Ba'al de los Portentos! ¡Cumplo aquí mi pena, bajo el precio que en sueños me demandasteis! ¡Sirva de arrepentimiento, y sea prenda de mi lealtad! ¡Mi esencia es vuestra hasta que os sintáis satisfechos!

Siguió dejando caer sangre hasta que su piel adquirió una tonalidad blanquecina y las piernas le fallaron. Tabnit saltó hacia él para auxiliarlo, pero antes de alcanzarlo la cueva retumbó. Alcón, en un acto reflejo nacido del pánico, se aferró a Leukón entre gritos. El joven, sobrecogido, no sabía qué pensar ni cómo reaccionar. Al poco, el temblor se desvaneció, dejándolos a todos con los nervios alterados, excepto a un Aníbal que al fin había decidido contener la hemorragia.

—La voz de los dioses es poderosa. Han quedado saciados —dijo, con tono apagado debido a la debilidad, pero aun así sonriente, mientras Tabnit lo ayudaba a caminar—. Podemos marcharnos. He recuperado su favor.

Nadie puso reparos a iniciar el regreso, pues aquel lugar superaba las voluntades. Aquél no era el sitio de los hombres, sino de los dioses.

Durante la vuelta del santuario no hubo nuevos susurros sobrenaturales, ni formas fantasmagóricas que revolotearan en torno al grupo. Los dioses púnicos, dictada al fin su voluntad, parecían haber enmudecido.

Pero Alcón no podía quitarse del cuerpo aquel maldito temblor. Miedo, siempre miedo. A lo físico y por lo visto también a lo que no podía tocarse. Era superior a sus fuerzas: cuando el pavor se cebaba con él, donde otros encontraban coraje con el que engrandecerse —pues en ello consistía la valentía— el traductor sólo sentía una angustia que le derrotaba sin remedio.

«Es lo que eres, no puedes huir de ello», repitió una y otra vez la voz de Daleninar en su cabeza.

De nuevo, ella tenía razón. Bastaba contemplar a sus compañeros para que el pecho se le llenara de vergüenza: Aníbal, tal cual exigía su fama y condición, no mostraba el menor ápice de intranquilidad; Tabnit, siempre analítico, parecía pensativo ante lo vivido, aunque mantenía la calma. ¡Hasta al muchacho se le veía tranquilo! Serio y poco hablador como era habitual en él, su expresión estaba teñida de aceptación y reverencia.

Anheló compartir la bravura de aquellos tres hombres. Menuda novedad. Se había pasado los últimos tiempos envidiando a todo el mundo, incluso a los muertos de Arse.

Sobre todo, a los muertos de Arse.

* * *

Debía de ser pasada la medianoche cuando encararon la falda del último monte. Alcón deseaba llegar a la tienda y sumirse en un sueño que le hiciera olvidar el ridículo papel que había tenido en aquella maldita excursión.

Pero entonces, antes de que salieran de la angostura entre las montañas, Leukón se detuvo de modo brusco. Miró a un lado y a otro de la vereda, escrutando en las sombras.

Cuando abrió la boca fue para congelar la sangre de Alcón.

—¡Emboscada!

Cinco figuras surgieron desde los árboles como oscuras dagas hechas de negro y traición, cortándoles el paso con evidente propósito. Empuñaban hojas rectas, muy anchas y cortas, que proclamaban su identidad: ilerlavones. No fueron ellos, sin embargo, quienes iniciaron el combate. El celtíbero levantó su espada: destacaban los dos remates en el pomo que ayudaban a que no resbalara a causa del sudor; el acero tenía forma de puñal, y había sido forjado para estocar.

Leukón atacó sin piedad, desgarrando el aire con un grito de desafío.

—¡A mí, Cosus! —bramó con su primer golpe, que tomó por sorpresa al ilercavón más adelantado, que nada pudo hacer para evitar que le atravesara el vientre. Volvió a aullar Leukón, en busca de otro rival—. ¡Por Lug!

Pero ¿y los otros? Tabnit era más hábil que Leukón, aunque no poseía el ímpetu salvaje del pelendón. Su destreza le valió para mantener a distancia a dos de los enemigos, mas no para imponerse a ellos.

Y, mientras tanto, Aníbal y Alcón se encontraron acorralados por el quinto agresor. Con mano temblorosa, el edetano alzó el hierro que a duras penas empuñaba. No contaba entre sus escasas virtudes con el arte de la esgrima, aunque le hubiera servido de poco: su problema más acuciante era el pavor, el mismo que provocó que sus entrañas brincaran de tal modo, se estrujaran con tal violencia, que casi se le salieran como si de orín se tratara. Se vio atrapado por tal terror que los músculos se negaron a obedecerle. Toda claridad había huido de su mente.

Al percibir su inmovilidad, el estratega, de espíritu flamígero, tomó las riendas de la situación: se adelantó y, salvando la acuciante flojera ante la pérdida de sangre, se encaró al asesino íbero. Mientras tanto, Alcón soltó su espada corta y se dejó caer en el suelo, tapándose los oídos con las manos en un inútil afán de escapar de lo que ocurría. Fue incapaz de reaccionar a pesar de ver los apuros del líder púnico y sus compañeros.

Aníbal resistió muy poco. Su contrincante logró desarmarlo momentos después, y la falcata fue a parar junto a Alcón tras repiquetear en el suelo pedregoso. Una parte de sí mismo le clamaba que actuara, que se lanzara al ataque. «¡Imponte, no dejes que ella tenga razón, padre!». Había ardor en las consignas de ese Isbataris que no era tal. Bastaría con extender el brazo, tomar el arma y devolvérsela al púnico. O mejor aún, utilizarla. El íbero no le prestaba atención, nada le impediría atacarle por la espalda.

Sin embargo, aquella desesperante oleada que le estrangulaba el ánimo le impidió moverse. El miedo, acostumbrado a ganar, se impuso mediante consignas irracionales que le desgarraron las entrañas. Porque así era el verdadero horror: sin sentido, inmune al raciocinio.

Ahora bien, Aníbal, sin duda, estaba tocado por los dioses. Cuando el ilercavón se disponía a hundirle la espada en el vientre, Tabnit acudió para auxiliarlo una vez libre de sus rivales. Abrió un primer tajo en la espalda del atacante, despreciando cualquier norma de honor, pues tampoco lo merecían quienes emboscaban. El íbero cayó con las rodillas por delante, aullando de dolor. No pudo defenderse de la muerte que le llegó de mano del consejero: sin miramientos, le clavó la punta de su espada curvada en el cuello, atravesándolo de parte a parte en un iracundo estallido de carne y sangre, hasta casi desprender la cabeza del cuerpo.

Alcón sintió la bilis subiendo por su garganta.

Tabnit dejó que Aníbal se apoyara en su hombro y recuperara el resuello.

—Gracias, amigo —le dijo el estratega, y luego le sonrió con gesto travieso—. Pero de haber estado entero no habría necesitado tu ayuda.

—No lo dudo —rió el consejero.

Un vistazo le valió para saber que todo había salido bien, a pesar de la desventaja numérica. Leukón, que una vez más demostró ser un guerrero espléndido a pesar de su juventud, se entretenía haciendo gala de sus costumbres celtíberas. Lo vio cortando las cabezas de los enemigos que había abatido, que luego mostraría con orgullo a sus compatriotas pelendones. Así probaban su valor con las armas, así se convertían en hombres.

Alcón, en cambio, vomitaba varios pasos por detrás de Aníbal. Aunque Tabnit estuvo ocupado derrotando a los dos ilercavones que le buscaron como enemigo, parecía bastante claro que el pánico había vencido al arsetano. Tendría que hablar luego con él.

Ahora se imponía encontrar respuestas. Estratega y oficial se acercaron al único enemigo que quedaba con sangre, y que trataba de taponar la herida que Tabnit le había causado en el muslo. Se esforzaba por contener los gemidos de dolor apretando los dientes, pero cuando advirtió a los dos hombres que se acercaban a él con gesto serio, se rehízo dando muestras de gran orgullo.

—Sería bueno que te cosieran y lavaran el corte —le dijo el consejero—. He visto a hombres perder la pierna por mucho menos.

—Ahórrate el esfuerzo, cartaginés. No tengo nada que deciros. Me ata un juramento de devoción.

—Te conviene que deseemos mantenerte con vida —insistió Tabnit—. Si no nos resultas de utilidad, quizá pensemos que vale la pena matarte, como a tus amigos.

El silencio fue su única respuesta. Aníbal instó a su oficial a alejarse un poco del asesino.

—Sabes tan bien como yo lo que esto significa —comentó en voz baja—: no romperá su silencio, no importa cuánto lo torturemos.

—No es íbero.

El balbuceo de Alcón hizo que volvieran el rostro hacia el intérprete, quien se limpiaba los labios manchados de hiel. Tenía un aspecto lamentable, la piel sudorosa, los ojos medio idos y la respiración entrecortada por violentos resuellos.

—No es íbero —repitió, haciendo un esfuerzo por articular bien las palabras—. Viste, actúa y habla como un ilercavón, pero no lo es. Reconozco el sutil acento, ya lo he escuchado antes. Viene de Roma.

Escudriñaron al herido como si fuera una persona totalmente distinta. Aquello lo cambiaba todo, por supuesto. Un espía romano. Otro espía romano. A sueldo. Un

individuo a quien sólo una cosa importaba más que el oro: su vida.

Se aproximaron de nuevo al prisionero.

—Habla —le exigió otra vez Tabnit.

—Pierdes el tiempo. Ya he dicho que me debo a mi lealtad.

El oficial se inclinó sobre el asesino y lo miró con cuánta malicia fue capaz.

—Yo creo que sí hablarás. ¿Y sabes por qué? Casi nos engañas. Casi. Eres un romano, amigo mío, y los romanos no juran la devoción íbera. Reconozco que ha sido una buena jugada: pensabas que respetaríamos tu voto, que no te mataríamos a sangre fría; como mucho, te entregaríamos a los habitantes de íbera, que te convertirían en esclavo. Algo de lo que podrías escapar fácilmente, pues, dime si me equivoco, allí tienes amigos.

De nuevo, el mutismo por respuesta. Sin embargo, esta vez hubo un parpadeo involuntario, un torcimiento de labios, y unas leves arrugas en la nariz. Suficiente.

—Habla, romano, porque ya no hay honor que mi amigo deba dispensarte.

Y el consejero púnico señaló a Leukón, que sostenía sus dos trofeos con gesto fiero.

—Tu cabeza será la próxima.

* * *

Era todavía bastante temprano cuando el ejército empezó su marcha hacia el suroeste. Mientras los soldados enfilaban por el camino, uno tras otro, Aníbal y su plana mayor de oficiales se despidieron de Biurbetin, que junto con el resto de senadores habían salido para darles el adiós.

Sin embargo, faltaba uno de los miembros senatoriales. A Sosintacer no se le veía por ningún lado, y motivos había para ello.

—Te ruego, gran León de Cartago, que disculpes lo acontecido —le pidió por enésima vez el hijo del caudillo, pues su padre no había podido desplazarse siquiera hasta las puertas—. Sabíamos de los negocios de Sosintacer con griegos y romanos, pero jamás imaginamos que se vendería a ellos.

—Según nos ha confesado el asesino frustrado, vuestro vecino fue captado por los heraldos de Roma cuando tu padre se negó a pactar con ellos —explicó Aníbal—. El espía partió de territorio itálico cuando se supo de nuestro avance, y fue alojado por Sosintacer, quien lo hizo pasar por uno de los suyos. Su tarea era asesinarme cuando surgiera una buena oportunidad. No pudieron hacerlo durante nuestra visita a tu ciudad, por lo que se apostaron en las inmediaciones del campamento con la intención de infiltrarse entre mis tropas al partir, aprovechando el ajetreo.

—Sin embargo, al detectar que salíamos en plena noche —continuó Tabnit—, nos siguieron. Y decidieron actuar al reconocer a Aníbal, sin tener en cuenta la destreza de nuestros brazos.

—Sosintacer nos ha agraviado, ha dado la espalda a su propia gente y recibirá merecido castigo por ello. Pronto colgará en el centro del poblado, como escarmiento

a quien hubiera pensado en seguir sus pasos.

—Ajusticiadlo según vuestras leyes, que son soberanas —dijo el estratega—. Nosotros nos encargaremos del romano.

Tras aquella despedida, los oficiales se reincorporaron al río de soldados. Pero aún había asuntos que dirimir, y que Tabnit no quiso dejar pasar por más tiempo:

—Ya tenemos en custodia a dos espías, Aníbal. ¿Qué debemos hacer con ellos? —preguntó el consejero.

—Matad al primero —respondió, contundente—. Al segundo le prometimos la vida, así que sólo le cortaréis la mano. Luego le darás unas monedas de oro, comida y un caballo. Quiero que vuelva a Roma y que le diga a todo el mundo que Aníbal Barca es intocable. Que los dioses lo protegen.

Tabnit asintió.

—Es hora de que los romanos empiecen a temernos de verdad.

Leukón marchaba de nuevo junto al resto de pelendones. Del cuello de *Bronce* colgaban las dos cabezas de los enemigos derrotados, que con esmero había untado en aceite de cedro después de vaciarles el cerebro y taponar los orificios, para que las piezas se mantuvieran incorruptas. Siguió el procedimiento con absoluta solemnidad, y ahora sólo quedaba esperar al siguiente ritual de la Luna para ofrecer los premios a Cosus, el dios de las armas. De ese modo quedaría ratificado como guerrero de pleno derecho entre los suyos. Aquellos trofeos le acompañarían hasta que pudieran adornar su casa, si algún día volvía a Okalakom. Allí los atesoraría como el mayor de los trofeos adquiridos en vida, y jamás los cedería, ni aunque le ofrecieran su peso en oro. Sería motivo de orgullo mostrarlos a todo huésped que acogiera, a quienes contaría la historia del combate que lo convirtió en adulto.

Mientras tanto, se había ganado la admiración de sus compatriotas. Babpo volvió a ofrecerle los servicios de una prostituta, que era su modo de mostrar compañerismo —y aunque Leukón de nuevo se negó, esta vez no recibió mofa alguna—. Tibasté incluso lo abrazó, orgulloso de la hazaña como si se tratara de su propio hijo. Y fue precisamente éste quien se mostró más hosco, celoso de que su padre pusiera a Leukón como ejemplo de hombría y defensor del honor del clan, cuando a él sólo le dedicaba indiferencia.

Los guerreros del clan Okalakom se reunieron en torno al muchacho y asistieron fascinados al narrar de los hechos por parte del joven. Exclamaciones de asombro, murmullos de aprobación, proclamas a Lug y otras divinidades... Se dice que tres son las grandes pasiones de los celtíberos: yacer con sus mujeres, guerrear hasta la muerte y las historias en torno a una hoguera.

Y aquélla dejó satisfechos a todos.

* * *

Siguieron el curso del río tal y como les habían indicado en íbera, y por el camino se les fueron uniendo el resto de etnias celtíberas que habrían de compartir la gloria o el fracaso de aquella aventura. Mientras tanto, los exploradores que viajaban por delante regresaron con noticias, efectivamente, de un paso factible, al que la vanguardia del ejército llegó a mediodía. Se trataba de un pequeño tramo donde el río quedaba partido en dos debido a un islote fluvial alargado. A pesar de ello, la profundidad resultaba excesiva para vadearlo. Ni siquiera el verano había logrado rebajar el caudal lo suficiente.

Los oficiales discutieron y los soldados descansaron. Poco después, Alcón les transmitió lo que se había decidido.

—Los elefantes no tendrán problemas para cruzar. El resto deberemos dividirnos en tres columnas, a fin de no eternizar el paso. Construiremos otros tantos puentes

hasta el islote, y desde allí repetiremos la operación para alcanzar la otra orilla.

Los hombres se afanaron en la tarea. La zona, rica en árboles, les permitió talar y talar hasta amontonar gran cantidad de madera. La mano de obra era abundante, de modo que mientras unos cortaban, otros empezaron a levantar las pasarelas mediante sogas y puntales, con la ayuda de los elefantes. Las plataformas resultaron ser toscas, desde luego, pero también funcionales.

A pesar del esfuerzo conjunto, erigir los seis puentes les llevó varios días. Debían asegurarse de que las construcciones soportaran el paso de treinta mil individuos, muchos de los cuales montaban a caballo.

Como indicó Alcón, primero pasaron los elefantes. Leukón observó la destreza con que Ezalces y el resto de guías gobernaban a los paquidermos mientras surcaban la corriente. Porque, aunque eran animales acostumbrados a los ríos, donde gustaban de retozar para humedecer sus gruesas y siempre secas pieles, se mostraban temerosos cuando el agua les llegaba al cuello. *Dougga* fue de los primeros en cruzar, y quizás el que menos vaciló.

Llegó entonces el turno de hombres y jinetes. Se dividieron en las tres columnas anunciadas, siendo los númidas y celtíberos con caballos quienes marcharon delante. Llevaban las monturas por las riendas para repartir mejor el peso sobre la madera. A paso lento pero constante, salvaron el primer tramo hasta el islote. Cuando le tocó el turno a Leukón tuvo que calmar a *Bronce*, nervioso ante la perspectiva de recorrer un tramo que crujía y temblaba. Sin embargo, la confianza en su dueño y amigo era absoluta, y cuando quiso darse cuenta ya había alcanzado el otro lado del río.

Algunos se quedaron atrás. La expedición había terminado para los mercachifles, comerciantes y prostitutas que acompañaron durante tantos días al ejército. El riesgo de transitar por regiones desconocidas era demasiado grande, asunto agravado por el hecho de que las bolsas de los soldados empezaban a mermar. A Leukón le pareció un tanto cómico observar cómo Babpo se despedía de varias de las mujeres con las que había yacido. Tras aquello, se pasó el resto del día bufando y quejándose ante lo que definió como «la mayor de las injusticias».

—Será mejor que vigiléis vuestros culos, amigos —se burló Corbis—. Este semental pronto necesitará alivio para su polla.

—Sois tan feos que antes se la metería a mi caballo —respondió el orondo celtíbero, siguiendo la carcajada del resto.

—¡No sería la primera vez! —apuntó Ambón.

El segundo paso llevó otra jornada entera. En total necesitaron una semana, pero ahora tenían a su alcance todo el norte de Iberia, cuyo con apenas estirar el brazo.

Y aquél ya no era territorio amigo.

Parte 2

MÁS ALLÁ DEL ÍBER

Alcón notó la mirada del hombre sobre sí. Los ojos grises, acerados y cargados de perspicacia, daban a conocer una fuerza colosal que le recordaba a Aníbal. Se sintió tan intimidado que apartó la vista casi al instante.

Así observaban los grandes líderes, aquéllos con bravas aspiraciones y ambiciones superiores al común de los individuos; los que no se dejaban dominar y mandaban no por la fuerza del brazo, sino por el ímpetu de un espíritu firme y encantador. Abrumaban a las voluntades más débiles, y la del intérprete desde luego no estaba en su mejor momento desde hacía ya demasiado tiempo.

Todavía le quemaba lo ocurrido tras la visita al santuario fenicio, a pesar de que ya habían pasado catorce días. Una y otra vez, Tabnit trataba de quitarle hierro al asunto cuando hablaba con él. «No todos los hombres están hechos para la guerra. Tú posees otros dones», le había dicho antes de cruzar el Iber. Sin embargo, Alcón no veía en sí tales virtudes, fueran las que fueran. La tentación de caer de nuevo en los dulces brazos del alcohol regresó con más fuerza que nunca, azuzada por la presencia imaginada de Daleninar. Ni siquiera él mismo supo dónde halló la entereza para resistir. Tal vez en la imagen igualmente recreada de Isbataris. ¿Hasta cuándo podría salvaguardarle ese hijo inalcanzable?

Aquel personaje que ahora tenía frente a sí era un gran jefe, ni cartagineses o romanos podrían negarlo. Caudillo de los ilergetes, aunque de antigua ascendencia celtíbera como proclamaba su nombre. Y, sin embargo, íbero de ley.

Indíbil.

Tenía una hirsuta cabellera, oscura como cabía esperar, bien cuidada, aunque no con aceites y demás artificios propios de helenos, romanos o púnicos. Todo en él parecía natural, nacido de la sangre. El semblante era tremendamente expresivo, y la piel curtida lo situaba en esa edad que existe entre la primera adultez y la vejez; el momento en que el cuerpo aún es fuerte y la mente empieza a contener verdadera sabiduría.

Quizá no tan fascinante, aunque también regio, resultaba el hombre que acompañaba al jefe ilergete. Mucho más joven, Mandonio era el contrapunto a su compatriota, pues parecía más jovial y abierto. Se había presentado como lugarteniente del otro, si bien ambos se trataban como iguales a pesar de la diferencia de edad. Tanto era así que los rumores decían que, al modo de los espartanos, los ilergetes tenían dos reyes. La explicación, en realidad, resultaba bastante más sencilla: eran hermanos.

* * *

Tras cruzar el Iber habían avanzado siguiendo su curso, caprichoso en ocasiones, que los condujo hacia el noroeste durante diez jornadas. Alcón le preguntó a Tabnit por

qué no marchaban hacia el norte sin tantos rodeos. La respuesta de éste fue, una vez más, de un sentido común aplastante: el trayecto, ahora que estaban en un territorio extraño y sin aliados comprobados, a pesar de las promesas realizadas a los embajadores enviados en invierno, debía transcurrir cerca de los ríos para poder abastecerse.

La ruta propuesta por el guía ilerjavón los llevó hasta el punto donde el Iber recibía la savia plateada de un afluente, el Ibarcar. «Torrente que baja de las montañas», lo llamaban los lugareños. Justo donde se unían las tierras de ilerjavones e ilergetes, siguieron a contracorriente el nuevo río. No había mejor camino para evitar el extravío y asegurar un terreno favorable, sobre todo tras dejar atrás las estribaciones montañosas junto a la desembocadura, donde las aguas rápidas se dividían en dos. El ejército eligió el cauce que quedaba a su derecha.

A partir de ese momento encontraron pocas elevaciones en la orilla oeste por la que caminaban, pero aun así el viaje se volvió más lento. Aunque para Aníbal era prioritario avanzar con rapidez, se dejó convencer por sus oficiales más precavidos, Tabnit y Hanón, que aconsejaban tomar ciertas precauciones. El campamento nocturno que levantaban al finalizar las jornadas dejó de ser una simple sucesión de tiendas y se convirtió en un auténtico fortín temporal. La jornada útil se redujo a la mitad: paraban a la hora de comer, tras toda la mañana de viaje sin apenas un breve descanso, y excavaban un foso en torno al asentamiento. En el lado interior hincaron una empalizada robusta, que bien podría haber contenido una hueste de enemigos. Tareas, sin embargo, engorrosas que los retrasaron, pero que al menos les permitieron dormir con cierta calma.



El sol se alzaba brillante en el horizonte cuando alcanzaron las cercanías de Iltirta, la capital de los ilergetes. El agua del río bajaba cantarina y vivaracha, y más adelante se retorció en varias curvas, guarecido por árboles que resguardaban el canto de las cigarras.

Las gentes de la región salían de sus aldeas y fortificaciones para contemplar con asombro las tres columnas. Sus miradas reflejaban la desconfianza propia hacia aquellos extranjeros cargados de armas y dudosas intenciones, pero no huyeron ni trataron de oponerse a que semejante hueste recorriera la zona. Pues había sido enviada una avanzadilla para anunciar la llegada del ejército, y éstos volvieron con el beneplácito del señor de aquellas tierras.

Iltirta estaba situada sobre una colina ataludada, dividida en tres terrazas. Al pie de dicha altura, el camino de tierra aplastada por el paso de los carros partía en dos una necrópolis donde se alzaban diversos túmulos escalonados, contruidos con piedras.

—Menos de treinta montículos he contado —le escuchó decir a Corbis, uno de los mercenarios pelendones—. Pocos, muy pocos.

—El asentamiento no debe ser antiguo —aseguró Tibasté—, lo sorprendente que se haya convertido en capital de su territorio en tan poco tiempo.

Acamparon en el valle, bajo la sombra del promontorio. Iltirta le daba la espalda al río Ibarcar, aunque bastaba coronar el cerro para atisbar muchos estadios a la redonda. El poblado, tal y como era habitual en los oppida, estaba amurallado, y sus edificios tenían un aspecto rústico bastante alejado de las influencias griegas o púnicas. Sobriedad. Ése era el mejor calificativo para los ilergetes: las casas, de adobe; las calles, de tierra; las mujeres vestían túnicas cortas de lino, y el calzado de sus esposos no era de cuero, sino de simple esparto. Ausencia de joyas, salvo en el caso de las damas de la nobleza, escasas en número.

Aun así, la riqueza de la región resultaba evidente. Abundaban los campos de cereales y, a pesar de que la temporada de siembra no había llegado, daba la impresión de que las parcelas se mostraban dadivosas en sus frutos. En definitiva, el modo de vida de los ilergetes era de un estilo más austero que en el caso de asentamientos sureños como Saití o Ilici. Sin duda, se debía a la lejanía con la costa, que reducía la influencia de los comerciantes de oriente. Podía decirse que Iltirta contenía la verdadera esencia de la cultura íbera, sin adulterar.

Tabnit requirió de nuevo a Alcón y Leukón como parte de la comitiva que se desplazaría al interior del recinto fortificado para entrevistarse con su caudillo. El intérprete supuso que buscaba en él a un experto en diplomacias, y en el muchacho alguien arrojado en los momentos de apuro.

—Tiene más de poblado que de ciudad —dijo el arsetano.

—No es muy grande, pero los alrededores están surcados de villorrios y fortificaciones agrícolas o defensivas —comentó el consejero, mientras la comitiva de oficiales subía el repecho tras el centinela ilergete que los guiaba—. Todos son Iltirta, partes de un mismo cuerpo. Me recuerda a Edeta.

—Y a mí a Okalakom —dijo inesperadamente Leukón.

Había un suspiro de añoranza implícito en sus palabras.

Allí estaban, frente al jefe más respetado al norte del Íber. La sala en la que habían sido acomodados era del mismo estilo austero que el resto de la ciudad. Tabnit pensó en los típicos hogares hispanos que había conocido en tierras oretanas o bastetanas: el suelo cubierto de esteras, las paredes encaladas con bastedad... No vio utensilios domésticos, ningún molino de mano para triturar grano ni telar alguno, así que imaginó que el edificio no se utilizaba como vivienda, sino que se trataba de un lugar de reunión para discutir asuntos de importancia. Una gran chimenea levantada con piedras gobernaba la estancia en el centro, un tubo circular que iba del suelo al techo de maderos, ramas y tierra, sujeto por varios pilares. Por supuesto, permanecía apagado ante la bonanza de los días, aunque tan al norte las noches pronto serían frescas.

Si bien no existía animosidad en el modo de actuar del jefe ilergete, tampoco hincó la rodilla ante Aníbal. Por lo visto trataba de formarse una opinión sobre el estratega, sopesando la conveniencia de apoyar o no a los cartagineses. Tabnit había insistido, mucho en que convenía no mostrarse altaneros, que debían comportarse con humildad, pues no era aquél un reyezuelo al que pudieran ganarse con unas monedas.

—Recibe mi saludo, señor de Iltirta y jefe de los ilergetes —se presentó el mismo Aníbal, sin esperar que nadie mediara por él.

El gesto pareció gustar a Indíbil, que sonrió levemente. Mandonio, al que le correspondía presentar a su hermano, abrió la boca, pero el caudillo lo contuvo. Si alguien como el famoso León de Cartago se mostraba cercano, él no podía hacer menos.

—Que mi hospitalidad te reconforte, a ti y los tuyos, estratega —respondió—. Tu fama te precede, no sólo por los mensajeros que nos enviaste en invierno. Aunque, si debo ser sincero como alguien de tu talla merece, los problemas te siguen allá donde pisas.

Directo. Franco. Desde luego, aquel hombre no se entretenía con banalidades. Tabnit pensó que se había equivocado al requerir la presencia de Alcón: no iba a ser una conversación entre políticos, donde se escondían intenciones tras palabras falsas.

Aníbal, por supuesto, aceptó el reto. Sentado en el taburete, con la espalda erguida, levantó la copa de vino que les habían servido. La contempló durante un momento antes de hablar.

—Para hacer un buen caldo es necesario aplastar granos de uva.

Pero Indíbil se mostró ágil en la respuesta.

—Las complicaciones surgen cuando lo haces con la vid del prójimo.

A tales alturas, el resto de asistentes comprendió que su presencia era mera decoración. ¡Qué sencillo sería para Sósilo retener la discusión! Allí sólo existían dos interlocutores.

—Dejémonos de vaguedades y metáforas, Indíbil. No son dignas de individuos inteligentes como tú y yo. Hablemos claro.

Las máscaras habían caído.

—Dices bien, Aníbal. Así pues, seré sincero. Cuando tu padre llegó a Iberia, recuerdo muy bien lo que dijo el mío: «Éste es el principio del fin de nuestra calma». El tiempo le ha dado la razón. Vuestra venida sólo ha significado problemas para la tranquilidad que se respiraba en nuestro apartado hogar. Por tanto, no tengo todavía claro qué posición ocupar: si contigo, o contra ti.

Cualquier hombre de gobierno habría tomado por ofensivo el comentario. Aníbal, en cambio, no demostró enojo alguno.

—Simplificas mucho el asunto —dijo—. Sabes, del mismo modo que yo, que vuestra región no podía permanecer escondida del mundo durante toda la eternidad. Sois un vergel de riquezas, y la mejor de ellas es la bravura de vuestra sociedad. No son falsos halagos, lo sabes. En mi ejército viajan íberos, ilusitanos y celtíberos. Los admiro a todos. Mis tropas son el mejor ejemplo de que no busco destruir, sino unir; de que no pretendo extinguir vuestras costumbres, de que las respeto. —Y entonces, para sorpresa de todos, señaló a Leukón, quien, situado tras Tabnit, parpadeó desconcertado—. Fíjate en este muchacho, de la etnia de los pelendones, en el interior. Hace unos días mató a dos enemigos mientras me defendía de un intento de asesinato. Tal y como dictan sus ritos, les cortó las cabezas y ahora las lleva colgando de su caballo. Muchos en el este, romanos, griegos e incluso cartagineses, tildarían tal acto de bárbaro y salvaje. Yo no. Yo respeto. Y sólo pido a cambio una cosa: compromiso. El mismo que dispenso a mis soldados. Mi gente. Mucho más que esos que están en Cartago, acomodados en su plácido conformismo, atiborrándose de viandas mientras yo derramo sangre aquí. Así me lo enseñó mi padre.

Indíbil sonrió de nuevo. Las arrugas en torno a la boca y bajo los ojos, aunque todavía leves, fortalecían el aura de seguridad que le era natural. Tabnit sabía interpretar los gestos de las personas; le resultaba tan sencillo como a Alcón descifrar los idiomas de otros pueblos. Era el legado de sus días como traficante de especias, una habilidad adaptada a su nueva vida.

En la mirada del ilergete vio el naciente brillo de la admiración.

—Ahora, dime —continuó Aníbal—: ¿crees que Roma será tan respetuosa? No tiene fama de tolerar a quienes absorbe. No se conforman con conquistar, sino que además pretenden convertir a todos a su forma de vida.

El jefe hispano no respondió, al menos no de inmediato. Se atusó la barba con calma hasta que decidió continuar la charla.

—Aún recuerdo la primera reunión de etnias íberas a la que asistí. Fue en la contestana Ilici, a petición del rey edetano, Edecón. Yo era un muchacho, y sin embargo guardo claro recuerdo de lo que allí se habló. Tu padre hacía poco que había conquistado a los turdetanos y miraba hacia levante. Aunque al principio no quisimos reconocerlo, ya sabíamos que vuestra llegada buscaba la conquista. Algunos

quisieron oponerse a Amílcar, sobre todo los oretanos, bastetanos, contéstanos y una parte de los edetanos, pues eran los más cercanos al conflicto en esos tiempos. Sin embargo, Atabeles, mi padre, prefirió la neutralidad, ya que veía claro en el horizonte: no se puede detener lo imparable.

Tabnit no había tenido noticias de aquella reunión. Por entonces era un joven Idnibal recién llegado a Hispania que sólo pensaba en negocios con los que enriquecerse sin mucho esfuerzo. De todos modos, no resultaba descabellado que los pueblos hispanos realizaran contactos para discutir sobre la llegada de Amílcar Barca y su ejército. Incluso le parecía lógico que lograsen establecer pactos de alianza, a pesar de la conocida dificultad de los pueblos hispanos para ponerse de acuerdo entre ellos.

Sin embargo, lo que ocurrió después sí era conocido por todos: quienes habían decidido oponerse al Bárquida se unieron en la batalla de Hélike, cosechando una casi legendaria victoria en la que cayó en combate el padre de Aníbal.

Hélike. Aquel nombre le evocaba recuerdos infaustos. Un lugar, un tiempo grabado a daga y llamas. El momento en que todo cambió para Idnibal.

El momento en que se convirtió en Tabnit.

—Los padres, aunque no lo veamos en nuestra juventud, suelen ser sabios —dijo el líder púnico, con cierta añoranza en la voz—. El tuyo, sin duda, lo era. Aunque yo preferiría tenerte como compañero de armas.

—Tal vez pronto, aunque no todavía. —Y su mirada afilada se acentuó—. Escúchame bien, León de Cartago, pues éste es mi ofrecimiento: no alzaré mi espada contra hermanos íberos, ni aun para atacar a quienes por tradición son rivales míos. Sin embargo, tampoco te impediré el paso. Si logras convencer al resto de etnias para que luchen por ti, sin realizar una masacre, también lo haré yo.

—Ya envié mensajeros a cada pueblo por el que tenía pensado transitar. Y todos aceptaron mi amistad. Pero tus palabras me dan a entender que el tiempo ha hecho cambiar sus opiniones.

—Así es —dijo Indibil—. Algunos caudillos han sido sustituidos, por defunción o imposición, y los sucesores no han hecho suyos los compromisos que adquirieron contigo. Si pretendes seguir el Ibarcar hasta los montes Pirene, pasarás por tres territorios hostiles: iacetanos, bergistanos y cerétanos. Los tres se opondrán a ti. Los segundos, además, tienen una poderosa alianza con los ausetanos, así que también podrían convertirse en tus enemigos.

—Ya veo...

—Espero que puedas convencerlos con plata y discurso, pero no los veo muy dispuestos. Lo ocurrido en Arse sin duda ha provocado un profundo enfado con los romanos, debido a su traición, aunque con el tiempo la gente también ha recordado quién provocó la caída de la ciudad edetana. Aquí estamos lo bastante lejos para que sólo haya llegado el odio, no el miedo a sufrir la misma suerte.

—¡No quisiera estar en tu pellejo, cartaginés! —dijo de pronto Mandonio, rompiendo la tensión con una gran carcajada que no pretendía ser de mofa, por lo que Aníbal no se molestó—. ¡Tendrás que enfrentarte a la mítica cabezonería íbera!

Tabnit habría reído ante la chanza del lugarteniente ilergete, pero aquel comentario implicaba una realidad preocupante: si los lugareños del norte del Iber se mostraban tan cerrados como los del sur, tendrían serios problemas.

—Mi hermano puede llegar a ser exasperante por culpa de esa natural propensión a tomárselo todo a la ligera —le recriminó Indíbil a su pariente—. Y aun así, lleva razón. Aníbal, León de Cartago, me temo que tienes ante ti una tarea que pondrá en juego tu condición de elegido por los dioses.

De nuevo en los caminos, de nuevo hacia el norte. La parada en Iltirta había sido una experiencia breve en aquella aventura emprendida por Leukón y los pelendones; un viaje no sólo para sus pies, sino también para su espíritu, gracias al cual empezaba a comprender la auténtica diversidad de las gentes que poblaban el mundo y la grandiosidad de éste.

El ejército de Aníbal. Leukón había pensado bastante en ello. Nadie entre las tropas al servicio del estratega hablaba de un ejército cartaginés o de «las tropas de Cartago». Y era así porque aceptaban que no combatían al servicio de un país, sino de un hombre. El muchacho sentía, sabía, que todos pensaban como él. No importaba el motivo por el que, en origen, se unieron a la partida, ya fueran alianzas políticas o ansias de gloria y oro. El general se había ganado su fidelidad con palabras y actos, con el carisma y el ejemplo. Tabnit fue muy gráfico al expresarlo, poco después de dejar Iltirta: «Aníbal y su sueño están muy por encima de Cartago».

Así pues, se habían convertido en parte de algo mucho más sólido que una simple hueste. Ahora eran una camada.

Una camada de leones.

* * *

Mientras permanecieron en territorio ilergete, y aprovechando que tenían el salvoconducto de Indíbil, Aníbal ordenó maniobras de entrenamiento. Dicha medida desató un sinfín de rumores entre los soldados. Se oía en el aire: pronto habría batalla, y el estratega deseaba que los hombres estuvieran preparados. Muchos no conocían todavía las tácticas del cartaginés, y resultaba acertado que quisiera acostumbrarlos a su forma de hacer la guerra.

Alcón se lo transmitió a Tibasté y a los otros líderes celtíberos.

—¡Al fin un poco de acción! —exclamó Ambón, cuando el caudillo les informó—. Ya se me empezaban a agarrotar los músculos...

—Si hubieses fornicado con asiduidad cuando había putas disponibles, estarías ahora tan lozano como yo —se carcajeó Babpo, golpeándose el pecho con el puño.

—¡Pero si apenas nos dejaste catarlas! —exclamó Corbis, siguiendo la broma—. ¡No me extrañaría que las hubieras preñado a todas!

—Y, de todos modos, poco se ha notado tanta actividad —replicó Orsua, el hijo del caudillo, cuya soberbia se había engrandecido tras estrenar su virilidad en íbera—. ¡Continúas igual de gordo que siempre!

—¡No es obesidad, sino músculo! —Rabió su orondo compañero—. Y da gracias a los dioses por ser el hijo de aquél a quien debo lealtad, o ahora mismo te daría una buena patada en el culo.

Así pues, los celtíberos se dividieron en dos grupos: aquellos que marchaban a pie entrenarían con la infantería; quienes tenían montura, como Leukón y la mayoría de hombres de Okalakom, formarían la caballería pesada al mando de Magón, el hermano menor de Aníbal. Babpo fue una excepción, para su disgusto, pues por mucho que se negara a reconocerlo pesaba demasiado para que ningún caballo pudiera realizar movimientos de carga. Despotricó cuanto le dio de sí la lengua, pero al final tuvo que claudicar ante la evidencia.

Resultó que el más joven de los Bárquidas se tomaba muy en serio las tareas que le encomendaba el estratega, a quien deseaba complacer por encima de todas las cosas. Según Tabnit, esta actitud se debía a que, tras la muerte del patriarca Amílcar, el pequeño Magón volcó su cariño y admiración en su hermano mayor, que en tantas cosas era la viva imagen del padre perdido.

¿Qué podía aportar un adiestramiento como aquél a quien había aprendido a cabalgar al mismo tiempo que a caminar? Más de lo que Leukón imaginó al principio. Pues una cosa era luchar a caballo, en escaramuzas o partidas de caza, y otra muy distinta tomar parte en una gran batalla. La coordinación para moverse al unísono junto a centenares de compañeros era algo que debía practicarse, si pretendían actuar como una unidad eficaz ante el enemigo. El pelendón y los suyos fueron instruidos con la intención de reconocer las órdenes y ponerlas en práctica de modo diligente. Pronto, pues su habilidad cabalgando no tenía igual, supieron adoptar distintas formaciones: en cuña, en bloque, en media luna...

Y mientras tanto, el muchacho pudo volver a sentirse jinete junto a Bronce después de tantos días marchando al ritmo cansino del ejército.

Por otra parte, los entrenamientos retrasaron notablemente el avance de las columnas, que remontaron el Ibarcar como si de truchas se tratara. Recorrieron las llanuras de los ilergetes hasta alcanzar las primeras elevaciones, apenas antecesoras de los Pirene. El río les marcaba un paso que en ocasiones se estrechaba, y que, sin embargo, era mejor que rodear el cada vez más accidentado terreno. El aire ya olía a humedad, los bosques eran de un verde más vivo. Los soldados sólo sudaban cuando se ejercitaban, pues el verano estaba muriendo y el otoño empezaba a asomar con descaro gracias a la cercanía de las montañas.

Hasta que, diez jornadas después de abandonar Itirta, acamparon en una cuenca. Rodeados de montes todavía poco importantes en comparación con lo que les esperaba, pero con la gran sierra despuntando a lo lejos, se sintieron a la vez seguros e indefensos: lo primero porque pudieron establecer el campamento en un altozano que lamía las aguas del río, lo que reportaba una mejor defensa; por otra parte, los vaivenes del terreno ofrecían recovecos donde esconder pequeños contingentes por parte de un posible enemigo local, mejor conocedor de la región.

La preocupación, según les contara Tabnit, se veía acrecentada por el hecho de que el abanderado enviado a la capital iacetana, Iakka, no había regresado.

—Eso sólo puede significar problemas —comentó el consejero—. Tal y como anunció Indíbil.

* * *

Aquella misma noche, recién vallado el asentamiento y con los cosos abiertos frente al cercado, Leukón visitó a Dougga y Ezalces. Entre el muchacho y el númida había nacido una fuerte amistad, pues el cuidador era agradable y jovial. Y aunque jamás paraba de hablar, siempre decía cosas apasionantes. De ese modo, aprendió acerca de lugares que probablemente jamás visitaría: Libia, Cartago, Grecia, el sur de Iberia...

—Sería apasionante visitar esas tierras lejanas —opinó Leukón, mientras se hallaban recostados sobre las patas de Dougga. No mencionó que, de tener la posibilidad, sólo haría tales viajes si la bella Stena lo acompañaba.

—Tú ser muy joven, tener tiempo. Además, la guerra hacer viajar a los hombres. Hoy aquí, mañana allí.

Le instó a levantarse. Mediante unas sencillas consignas verbales, ordenó a Dougga que se inclinara, hasta que el obediente animal quedó arrodillado.

—Subir como un caballo —le invitó el cuidador.

Casi temblando por la emoción, el muchacho se aupó, aunque necesitó dos intentos para lograr encaramarse en la unión entre lomo y cuello. La criatura se mostró sumisa, pues después de tantas caricias reconocía el olor del pelendón.

—Dougga apreciarte ya como un amigo —le aseguró Ezalces; no hacía falta, el celtíbero percibía la complicidad que el elefante le dispensaba—. Por eso yo dejarte hacer esto.

Y cuando el paquidermo se levantó, Leukón sintió una honda impresión. Por un instante creyó que podía alcanzar el firmamento nublado. ¡Qué maravillosa experiencia! Era casi como haber coronado una montaña, aderezado por la clara conexión establecida con *Dougga*. El animal alzó la trompa y jugueteó con su nuevo jinete, travieso, pero valiéndose de una delicadeza incomprensible en un ser tan poderoso. El joven le rascó tras las orejas.

Miró alrededor, atisbando por encima de la empalizada. La luz de los hachones revelaba poco en la oscuridad, aunque bastaba para advertir la silueta de la montaña más cercana, justo al oeste del asentamiento, y cuya falda caía en suave pendiente hasta el río.

Algo llamó su atención. ¿Un brillo, a la derecha del pico? No, había más, varios puntos de luz dorada. Un temor creció de pronto en su pecho.

—¡Ezalces, nos atacan! —exclamó, llevado por un repentino presentimiento.

Pero antes de que ninguno de los dos reaccionara, sonó una tuba en el campamento. ¡El toque de alarma!

Leukón saltó directamente del elefante y, sin despedirse siquiera, salió corriendo hacia el cercado de los caballos.

Una batalla se avecinaba, y él no quería perdersela.

Para eso estaba allí.

* * *

—¡Cargad! —bramó Magón.

Con aquel grito tan simple, la caballería pesada se lanzó hacia delante. Caballos y jinetes formaban una muralla móvil, una línea que se mantuvo estable gracias a la experiencia adquirida durante los entrenamientos. Leukón azuzó a Bronce. Lo montaba apenas con una manta sobre el lomo, gobernándolo únicamente con las riendas y ese hermanamiento que existía entre hombre y bestia.

El tronar de los cascos sobre piedra y tierra se propagó por la cuenca, el estallido de una tormenta repentina, el crepitar del incendio que se propaga en un bosque secado por el verano. Cientos de gritos de guerra convertían la quietud de la noche en fragor. El capitán púnico dirigió la carga hacia la garganta por la que se arrastraban los iacetanos. Doscientos debían de ser, no más. Su jugada traicionera, pues de cobardes es atacar en la oscuridad, se desmoronó: dejaron caer las brasas que habían llevado escondidas con la intención de prender sus jabalinas y hacer arder el campamento. Como ratas, se dispersaron entre los rincones del monte.

Pero los que marchaban en vanguardia no lograron llegar a las zonas escarpadas, único rincón donde podrían esconderse de la furia de los jinetes. Fueron aplastados, sin piedad ni disculpa. Leukón sintió la embestida, el estremecimiento de Bronce mientras barría a cuantos encontraba a su paso; una riada con la fuerza de cientos de almas iracundas, alejadas de su hogar y que buscaban en la erradicación ajena una pausa a su añoranza. Y, mientras tanto, él no se estaba quieto. Vacío de verdaderas sensaciones, movido tan sólo por la excitación de la sangre, extendía el brazo una y otra vez, hincando la punta de la pesada lanza en los enemigos que lograban escapar del ímpetu del caballo. A uno le atravesó el cuello por la nuca, otro cayó al verse lanceado en el hombro. Gritaba sin ser consciente de ello, dejándose llevar por la dulce demencia que embotaba su mente. Perdió la noción de lodo. Los compañeros que tenía alrededor se convirtieron en bruma: dejó de ver y escuchar a Corbis, perdió la referencia de Ambón y se olvidó de Tibasté. Todos ellos picaban con sus fustes tan deprisa como daban de sí los músculos. Sin embargo, Leukón había volado a un lugar muy lejano mientras repartía acero y desgracia.

Sólo existía matar. Segar vidas. Porque era tal y como le había dicho Stena, allá en Okalakom, al despedirse: con cada enemigo abatido, estaba un poco más cerca de volver junto a ella.

Sus palabras le retumbaron en la cabeza:

«Arrebátales la vida».

No la defraudaría.

La fortuna les mostró su mejor cara. Si los guardias no hubieran estado atentos; si los iacetanos hubiesen cubierto mejor los braseros; si el intento de ataque hubiese llegado más tarde, con los centinelas imbuidos en una profunda somnolencia... Demasiados condicionantes, a juicio de Tabnit, demasiado peso al azar. Sin embargo, estaba claro que la empresa que enfrentaban era tan vasta que escapaba a un control absoluto.

La caballería celtíbera, con buen criterio por parte de Magón, no se adentró en lo más angosto de la barranca. Al hermano menor de Aníbal debió de costarle mucho contener su fogosidad natural, pero actuó con corrección para evitar que la carga se volviera en contra. Los agresores, convertidos en presas, bien podrían haberse revuelto donde el terreno les era favorable y dañar a los jinetes con venablos y piedras.

Así, después de ponerlos en fuga, de acosarlos y provocar la mortandad en muchos de ellos, volvieron al campamento. Los vio regresar con una expresión eufórica en la cara, todavía extasiados por el salvaje calor de la contienda. Aunque breve, el combate sirvió para animarlos después de tantos días de simple marcha. Tabnit se dijo que, después de todo, habían sacado algo positivo de aquello: levantar la moral de las tropas, incluso de las que permanecieron en el asentamiento. Éstos acogieron a los jinetes con alegría, como si ellos en persona hubieran cosechado la victoria.

Saludó a Leukón cuando se cruzó con él. Tenía el rostro empapado de sangre iacetana. Su caballo contaba con varias heridas menores que el muchacho se apresuró a curar allí mismo, sin detenerse a acicalarse un poco. Desde luego, amaba al animal.

Mientras tanto, Aníbal ordenó que se reforzara la vigilancia y apostó hombres en las estribaciones cercanas, con la intención de anticipar nuevas aproximaciones de los nativos. Sin embargo, aunque la actividad era frenética, todos sabían que al menos aquella noche no recibirían más ataques. Los agresores habían escapado escarmentados. Para cuando se agruparan ya sería de día.

A pesar de ello, nadie durmió mucho. Una vez todo estuvo en orden, el estratega convocó a sus oficiales a la carpa de mando. Tabnit sólo necesitó intercambiar una mirada con el León para saber que tenía algo en mente. Algo osado, sin duda, pero no forzó su mente para adivinarlo. Ir por delante de las ideas del Bárquida era una invitación a la frustración.

—¡Deberíamos desviarnos hacia la capital de estos bárbaros y demostrarles nuestra verdadera fuerza! —bramó Maharbal, golpeando con el puño la mesa repleta de mapas.

—¿Sabes a qué distancia está Iakka? —intervino Tabnit—. Perderíamos mucho tiempo, eso por no hablar de cuánto podría prolongarse un asedio. Al ritmo que

marchamos se nos echaría el invierno encima cuando cruzáramos los Pirene. Salvar las montañas en esas condiciones resultaría un suicidio.

El veterano oficial argumentó, con su vehemencia habitual, que si algo no podían hacer era seguir avanzando con un enemigo a la espalda y otro delante.

—Nos hostigarán hasta llegar a la cordillera —coincidió Cartalón—. Y, aunque se cansen, imaginemos que el destino nos obliga a retroceder. Nos cortarían la retirada.

Murmullos enfrentados, voces discordantes esgrimían cada una de sus razones. Hanón el Viejo estaba de acuerdo con Tabnit, pero el resto se decantaba por solucionar el asunto mediante las armas. Aníbal, entre tanto, guardaba silencio. Los dejó desahogarse hasta que advirtieron, uno a uno, que su líder esperaba que agotaran las lenguas. Enmudecieron entonces, y él tomó la palabra:

—En primer lugar, no quiero volver a escuchar la palabra «retirada». —Cartalón, pese a ser mayor en edad, bajó la mirada avergonzado—. De todos modos, ambas partes tenéis algo de razón: no podemos realizar una marcha hacia Iakka, ni seguir adelante sin asegurar nuestro paso. Así pues, parece que nos hallamos en una encrucijada, ¿verdad?

Esta vez nadie intervino. Al igual que Tabnit, todos intuían que el estratega tenía ya una solución tomada.

—Sin embargo, hay una tercera posibilidad. Si no conviene ir a su encuentro, ni nos beneficia avanzar, ¿qué tal si les hacemos venir a nosotros?

Al consejero no le pasaron inadvertidas las expresiones confusas de sus compañeros. Imaginó que él mismo dibujaba una mueca parecida.

—¿A quiénes te refieres, hermano? —quiso saber Magón.

—A aquéllos por cuyas tierras transcurre nuestra ruta: iacetanos y bergistanos. También a los ausetanos, aliados de estos últimos.

—¿Quieres atraerlos y tenderles alguna emboscada? —preguntó Hanón, el hijo de Bomílcar.

—Atraerlos sí, aunque no para atacarlos. He pensado en algo menos arriesgado y que nos reporte menos pérdidas.

Hizo una pausa que a Tabnit le paralizó el latir del corazón. La mirada del líder chispeó, traviesa. Ahí estaba, el Aníbal más osado; el zorro apasionado, el guerrero que cabalgaría hacia la muerte con un plan basado en el ingenio para derrotarla.

—¿Qué tal si los desafiamos?

A la mañana siguiente partieron tres mensajeros a caballo, uno hacia el oeste y los otros dos en dirección este. Pero no fue hasta la cuarta jornada cuando a los suboficiales se les informó de lo que estaba por acontecer. Tabnit le transmitió el plan de Aníbal a Alcón para que pusiera al tanto a los caudillos celtíberos. El arsetano no supo si pensar que el estratega era un genio o un absoluto demente. En cambio, los jefes aplaudieron la idea con ánimo.

—¡Menudo corazón bravio el del León de Cartago! —exclamó Tibasté.

—¡Tiene los huevos de un pelendón! —Se carcajeó Babpo.

Y así, el quinto día llegaron las primeras dos comitivas, juntas, encabezadas por sus dos caudillos: Atinbelaur por parte de los bergistanos, y Amusico representando a los ausetanos. Y fue éste quien más altivo se mostró, acaso porque la suya era, de las dos etnias, la fuerte, la protectora. Se establecieron en las cercanías del campamento del ejército púnico, rechazando la oferta de Aníbal de pernoctar dentro. No quisieron mantener comunicación ninguna, al menos hasta que se celebrara el parlamento por el que habían viajado al lugar.

Una jornada después, poco después del amanecer, arribaron los iacetanos, tal era la lejanía de su ciudad. Y aunque con la faz seria y enojada, esta vez no venían a atacar. Su líder, Andobales, no hizo amago de disculparse por el intento de agresión, si bien Aníbal tampoco lo exigió. El cartaginés se mostró diplomático, calmado y conciliador, sin duda para evitar estropear la jugada. Lo ayudó en tal tarea Indíbil, que había sido reclamado para ser el mediador de las discusiones.

De ese modo, se reunieron dos grupos fuera del perímetro que formaba la empalizada: las comitivas íberas y una representación del ejército del estratega, con éste a la cabeza. También se hallaban presentes sus oficiales e incluso los suboficiales celtíberos, libios y númidas, así como una buena cantidad de hombres para igualar el número de los «invitados», por si se desmadraban. El resto de la soldadesca lo observaba todo arremolinada en las puertas del campamento, o encaramados como buenamente podían en el muro hecho con troncos.

El gran general cartaginés se adelantó. Amusico, Andobales y Atinbelaur lo imitaron. No parecían tener prisa por hablar, tampoco por actuar. Se miraron largo rato, con desidia por parte de los íberos, calmado en el caso de Aníbal.

Indíbil decidió comenzar el parlamento.

—Éstas son las normas que he establecido, pues son justas para las dos partes —anunció, y todos asintieron—. Tres combates. Los mejores hombres de Aníbal contra los elegidos por cada pueblo íbero. Sólo la muerte o la rendición pondrán fin a los encuentros. Quien gane dos de los duelos elegirá el destino de esta confrontación.

—Así será —confirmó Amusico, con la aprobación de sus dos iguales.

—Así será —le imitó el general cartaginés.

Se retiraron para preparar las elecciones. Poco después, a una orden de los oficiales, sonaron las tubas que portaban los *tubicen* de ambos bandos. Alcón se dejó estremecer por el aullido hondo de los instrumentos, tan íberos como las falcatas. Voz en las batallas, canto de honor, grito a las armas.

Rápidamente se anunció a los dos primeros combatientes. Según Tabnit, el propio Aníbal había alentado que el desafío se realizara al típico modo hispano. Ninguna excusa debía servir a los cabecillas para rechazar el resultado. Si lo aceptaban, su orgullo sería el mejor de los compromisos.

Pero al arsetano aquella estrategia tan exótica le había parecido muy arriesgada desde el primer instante. Confiarlo todo a la pericia de tres hombres... ¡Menuda locura!

Aníbal estaba apurando demasiado el favor de los dioses.

Por parte del ejército cartaginés abriría la refriega un soldado númera, recomendado por Maharbal. Contaba con un porte esbelto, y a pesar de ello sus músculos eran recios, bien marcados y poderosos. Empuñaba escudo y espada, aunque lucía el pecho al descubierto, aceitado tal cual era su costumbre en los duelos. El bergistano que le haría frente, de apariencia mucho más ruda, también portaba una hoja recta. Se defendería con la *caetra*, rematando su protección con el disco de bronce que le cubría el torso. Cada cual había elegido sus pertrechos con libertad: el númera prefirió la ligereza; el íbero, la protección.

Se situaron uno frente al otro, las piernas separadas y los cuerpos a punto. Los espectadores compatriotas del bergistano empezaron a aclamar a su campeón: «¡Iceatin, Iceatin!». Los hombres del ejército de Aníbal hacían lo propio con el otro contrincante: «¡Hiempsal, Hiempsal!». Las tubas seguían restallando sobre la vega. Alcón se pasó la mano por la amplia frente para limpiarse el sudor que resbalaba. No era por el calor.

Los *tubicen* enmudecieron. El númera fue el primero en reaccionar, un rayo oscuro que se abalanzó contra el íbero, abrumándolo al principio, una carga tras otra. Su rival pasó graves apuros para bloquear las estocadas, que más parecían lanzazos. El escudo siempre alto, imposible tomar la ofensiva. La rapidez del guerrero de ébano se imponía.

Hasta que la espada de éste resbaló contra el *umbo* de la adarga. En realidad, había sido mérito del juego de pies del bergistano, que al retroceder con un pequeño salto provocó que el númera se viera obligado a avanzar y arremeter con un espadazo forzado. Perdido el equilibrio durante un instante, el luchador de Aníbal se vio sorprendido, y el íbero quiso endilgarle la punta de su hoja en el centro de la cabeza. El ahora defensor se movió a la izquierda, pero no logró esquivar el tajo por completo. Le rebanó el costado del cuello, seccionando la carótida.

El estallido de sangre fue inmediato, y coincidió con la exclamación victoriosa de los íberos. El númera cayó al suelo, con las manos en torno a la garganta para tratar de contener la hemorragia. Una reacción instintiva e inútil. Aunque los sanadores

acudieron enseguida, nada pudieron hacer por él. Un suspiro después era un cuerpo inerte.

Se sucedieron las expresiones frustradas entre los oficiales de Aníbal. Un par de resoplidos. Manos frotándose la cara. Alcón tragó saliva. Un mal comienzo. Muy malo. Incluso Tabnit, habitualmente dueño de sus emociones, se mostró preocupado. Sólo una persona continuaba impassible: Aníbal.

Tras retirar el cadáver, el siguiente combate no se hizo esperar. Lucharían allí mismo, sobre la sangre del derrotado y el sudor del campeón.

El segundo elegido de Aníbal se situó en el mismo punto de partida de su antecesor. Alcón no pudo evitar suspirar con verdadera angustia. Pues el combatiente no era un desconocido. Celtíbero. Pelendón. Poco más que un muchacho.

Sobre Leukón recaería el peso de que aquel viaje continuara.

Estrujó la manilla de la *caetra*. Le pareció que el contacto entre piel y metal, aquella fricción producto de la tensión, se adueñaba de todo su ser con una nitidez abrumadora. La correa, que servía para transportar el escudo en bandolera y estaba sujeta a la cara interna, le asía la muñeca con amante rugosidad. Leukón no tardó en darse cuenta de que sus sentidos se habían agudizado por efecto de la tensión: notaba las protuberancias del mango de la espada, el borde de las tiras de piel superpuestas; bajo las suelas percibía el chascar de las piedrecillas sueltas; era consciente de cada bocanada de aire, del sabor que dejaba en sus labios la saliva. El bramido de las tubas le llenaba la cabeza, el corazón y el alma. Las manos... le parecían las de otra persona. Todo el cuerpo le resultaba, de pronto, ajeno, y a la vez más suyo que nunca.

Frunció el ceño, tal cual lo hacía el íbero al que ya enfrentaba. No había tenido mucha suerte, desde luego. Aquel iacetano era de complexión fuerte, recio cual viga de madera, con el aspecto duro de un montañés. La silueta, ancha y grande, se recortaba contra la luz mañanera dándole una apariencia épica. Tenía el rostro marcado por cicatrices varias, provocadas sin duda por furibundas peleas. Imaginó que, si él había quedado con esa guisa, quienquiera que se enfrentara con él tuvo peor suerte.

El iacetano apretó los músculos de la mandíbula, que parecían el cordaje estirado de una alpargata. Dio un paso hacia Leukón. Éste ni se inmutó. Un celtíbero no sentía miedo, y menos un pelendón. Cuando Aníbal le había propuesto ser uno de los combatientes, según dijo por los méritos realizados durante la emboscada en el santuario fenicio, aceptó sin dudarlo a pesar de las reticencias de Tabnit. Ni qué decir tiene que a Tibasté se le llenó el pecho de orgullo ante el honor de que uno de los suyos fuera elegido para semejante tarea.

Sin embargo, ahora sólo tenía una cosa en la cabeza, aquello que le daba fuerzas cada vez que debía enfrentarse a la muerte: el recuerdo de Stena. Pensó en sus cabellos largos y perfumados; en su figura menuda y hermosa a pesar de estar aún a medio formar; en su mirada amorosa; en la... Dudó un momento. La sonrisa. No pudo dar forma en su mente a aquella sonrisa que sabía maravillosa.

Sintió que el corazón se le detenía.

* * *

El cantar de las tubas cesó de pronto. Leukón parpadeó, regresando de su vahído justo a tiempo de interponer el escudo. El golpe de la espada lo hizo retroceder un paso, desatando murmullos entre los espectadores: de júbilo por parte de los íberos, de preocupación en los que servían a Aníbal.

«¡Basta!», se dijo, y así puso fin a ese maldito instante de vacilación. Apretó los dientes, mostrándolos al enemigo, y se dejó inundar por la rabia.

Decidió recuperar la iniciativa. Giró la cintura y estiró el brazo armado hacia atrás. Cobró cuanto impulso pudo y luego lo descargó al tiempo que gritaba, con la mirada reluciente de pura fiereza. Sin embargo, el iacetano demostró destreza, pues detuvo la estocada con facilidad.

Se alejaron un poco el uno del otro, sin bajar sus guardias. Con la rodilla derecha adelantada, se estudiaron de nuevo, en busca de una zona desprotegida que alcanzar. A Leukón no le gustaba la situación. Él prefería un combate de poder a poder, rápido y donde el impulso lo fuera todo. Su padre le había enseñado a utilizar la espada, aunque en las escaramuzas propias de los celtíberos no cabían los enfrentamientos singulares. Caos y furia, ése era su ambiente preferido.

El ulular del viento en el valle le resonó en los oídos. No lograba advertir puntos débiles en la defensa de su rival. Se cubría bien con el escudo, dejando a la vista sólo el cuello. Demasiado alto para alcanzarlo sin exponerse por su parte.

Pero él era un guerrero celtíbero. Sus brazos se movían porque la sangre de un pueblo le daba vigor. «Arrebátales la vida», escuchó en su cabeza. La voz de Pelendonia hecha carne, de aquella que lo amaba en la distancia. Sí, lo haría. Ese desconocido no lo alejaría de su deber de honor. Y, sobre todo, no evitaría que volviera con Stena.

Alcanzaría la victoria.

Sorprendió a su enemigo con una maniobra inesperada. Cargó como un toro, bramando, con el escudo por delante. El iacetano, que podría haber esperado un ataque con la espada, no supo reaccionar ante la embestida. ¿Qué loco se lanzaría así, despreciando su propia seguridad?

Caetra contra *caetra*. El impacto resonó como un trueno. El íbero reuló entre tropezones. Tuvo que poner toda su atención para no dar con los huesos en el suelo.

Descuidó la defensa.

Leukón lo vio: un hueco. El borde del escudo rival y la espada contraria se habían separado lo suficiente. Arremetió con su arma, por encima de la rodela. La punta encontró el hombro del iacetano, allá donde no le cubría el disco de bronce. Como si la hoja estuviera unida a su mano, le transmitió la sensación de abrirse paso entre la carne.

La desenganchó antes incluso de que el íbero se estremeciera de dolor. Éste levantó el escudo mientras el brazo herido dejaba caer la espada. Ahora Leukón tenía espacio por debajo del borde protector, y veía su próximo objetivo: el muslo del contrincante. Volvió a apuñalar. Le espetó la pierna de parte a parte.

Todo había acabado. El íbero, arrodillado, no pidió redención. A cambio, Leukón le ofreció una muerte digna. Le atravesó el corazón.

Tabnit respiró de nuevo cuando Leukón se coronó ganador de su combate. Porque, más allá del sincero alivio ante la supervivencia del muchacho, aquel triunfo significaba mantener las esperanzas de resolver una situación tan complicada.

El resto de soldados, púnicos, númidas y libios lo celebraron con una gran ovación que restalló en el valle. Y luego estaban los celtíberos. Incluso los que no eran pelendones, sino rivales territoriales, empezaron a corear el nombre del clan Okalakom. Porque por encima de los enfrentamientos estaba el reconocimiento del valor. Del guerrero.

Y Leukón había vuelto a demostrar que tenía el espíritu de un jabato. Parecía asombroso que alguien tan joven luchara con semejante garra, incluso sabiendo los poderosos motivos que lo movían. Tibasté lo abrazó, tal cual lo haría un padre, y proclamó que aquél era el espíritu de Pelendonia, la bravura de los suyos. Todos compartieron ese entusiasmo, excepto el vástago del caudillo, Orsua.

—Desbordas valentía, Leukón —le dijo Tabnit al joven cuando dejaron de asfixiarle sus compatriotas—. Disculpa mis dudas cuando Aníbal te propuso. Sólo eran de preocupación por ti.

—No hay nada que perdonar —asintió el flamante vencedor, que a pesar de la victoria estaba serio; incluso creyó ver en sus ojos una sombra de tristeza.

No tuvo tiempo de preocuparse por ello. Indíbil exigió que los gritos de júbilo cesaran. Su potente voz y aquella presencia irresistible convencieron incluso a los soldados de Aníbal, que obedecieron al instante. Tabnit se dijo que tener a aquel hispano como compañero oficial sería un verdadero lujo, si llegara el caso.

El líder ilergete levantó los brazos por encima de la cabeza. Y habló.

—Ya habéis demostrado unos y otros la fuerza de vuestros brazos, el coraje de los espíritus que os alimentan. No habrá vergüenza para quien sea derrotado, así lo afirmo. Pero el desafío debe tener un ganador. ¡Que avancen los siguientes campeones, los últimos!

Amusico eligió a un guerrero de corta estatura, hombros anchos y miembros robustos. Sin embargo, a diferencia de los anteriores contendientes, éste portaba una lanza además del escudo. El duelo sería distinto a los demás.

Así pues, aquel que habría de defender el honor del León de Cartago también eligió la misma arma. Se trataba de un libio-fenicio acostumbrado a luchar con pica, famoso entre su escuadra por haber ganado la apuesta de enemigos abatidos durante el asedio a Arse. Emerbal, se llamaba. Dio un paso adelante para encaminarse al gran destino que le aguardaba...

... hasta que una mano se posó en su hombro y lo retuvo.

La mano de Aníbal.

A Tabnit se le secó la garganta, porque acababa de descubrir qué es lo que había estado tramando el general en secreto. Se dirigió hacia él y, dejándose llevar, olvidando todo decoro, lo tomó del brazo.

—Aníbal, no.

El general intercambió una mirada franca con él, calmada y tranquilizadora.

—Debo hacerlo, amigo mío. No puedo exigir a mis hombres algo que yo no esté dispuesto a hacer. Y, además, ¿qué mejor modo de ganarme a los hispanos? Para ellos el honor guerrero lo es todo. Si lo ven en mí, ganaremos su lealtad.

—No podemos arriesgarnos a que salgas herido, o algo peor —intervino Hanón, que junto al resto de oficiales también había adivinado lo que ocurría.

—Dame la lanza, hermano —se ofreció Magón—. Si un Barca debe luchar, yo puedo hacerlo.

Pero el líder se desprendió con firmeza de la presa de Tabnit.

—No temáis, los dioses están conmigo.

Y dándoles la espalda, se encaminó hacia el ausetano, desatando las exclamaciones del público y el asombro en los semblantes de los caudillos.

El consejero cartaginés maldijo por enésima vez a las divinidades. De nuevo convertían en títere a alguien que apreciaba. ¿Por qué ese maldito encaprichamiento por rendir la voluntad a seres tan lejanos? ¿Acaso ellos sangraban? ¿Arriesgaban? ¿Morían? No, por supuesto que no. Eran sus marionetas quienes exponían lo poco que tenían, su vida, ya de por sí corta.

No. No importaba que fueran hispanos, griegos o púnicos. Los dioses eran criaturas despreciables.

La decisión, sin embargo, había sido tomada. Para Aníbal la búsqueda de una meta grandiosa lo era todo, sobre tal camino se movían sus pies. El fin más elevado, aquél destinado a los héroes legendarios, ése era su objetivo. No se conformaría con menos que llevar a Cartago por encima de lo que nunca nadie imaginó. Y eso le obligaba a estar a la altura de semejante labor. Al igual que Tabnit, era prisionero del maldito orgullo. Un enemigo capaz de esclavizar tanto a un simple soldado como al más grande de los hombres. La única diferencia era que el asesor sí era consciente de su condición, y el León de Cartago, en cambio, vivía un sueño más allá del cual no existía nada.

Tomó la lanza y el escudo de Emerbal. «Mal asunto», se dijo Tabnit. El general era un gran espadachín, cierto, pero como lancero su destreza no daba la misma talla. Le trajeron el yelmo, las grebas y la coraza musculada, que su hermano insistió en colocarle: le acomodó sobre el pecho el peto, grabado con la imagen de Dido, fundadora de Cartago, y de quien los Bárquidas aseguraban descender. Como si de un ritual se tratara, le ató las correas que se cerraban en la espalda. Pasó a anudarle las espinilleras de bronce, y cuando le colocó el casco se quedó un momento mirándolo. Magón no era el más inteligente de la familia, aunque sí quien peor sabía esconder sus emociones.

—Que la memoria de padre te guíe —le dijo al estratega.

Ambos contendientes avanzaron el uno hacia el otro. Aníbal sujetó la lanza en una postura baja, con el brazo armado colgando paralelo al cuerpo, señalando con la punta desde abajo. Mantuvo en alto el escudo, no embrazado, sino aferrado por la manilla, con el borde justo por debajo de los ojos. El ausetano, al que no parecía importarle mucho la identidad del hombre al que enfrentaba, golpeó la contera del arma contra el suelo, y luego entrechocó el fuste con la superficie externa de la *caetra*, acompañando con tan extraña percusión el sonido de las tubas. Aníbal lo imitó. Y todos aquellos espectadores que iban armados hicieron lo mismo.

El clamor del guerrero.

* * *

Los *tubicen* enmudecieron. Silencio. No durante mucho rato.

El hispano dio una larga zancada, una primera acometida. Muy floja y previsible. El general detuvo la tímida estocada interponiendo su asta, golpeando y apartando el rejonazo rival. Respondió sin amilanarse. Lanza a la izquierda para tratar de golpear la diestra del ausetano. Un amago para engañar, mientras movía el escudo hacia delante con la intención de golpear el fuste enemigo, levantarlo y conseguir espacio por el que herir. Inútil. Su contrincante demostró reflejos al bloquear con la rodela. Se retiraron un paso cada uno. El hispano hincó la punta hacia los pies del cartaginés, quien pivotó sobre la pierna izquierda, apartando hacia atrás la otra.

Un respiro. Un momento para volver a buscar fallos en la defensa rival. Caminaron en círculos sobre un centro imaginario. Nadie alrededor se atrevía a respirar siquiera, por no ser causantes de la menor distracción y evitar cargar sobre sus hombros el devenir del combate. Tabnit se pasó la lengua por los labios mientras contemplaba el baile. Tenía la boca reseca.

Se sucedieron varios envites, pero ninguno de los combatientes se impuso al otro: un ataque vertical a la cabeza de Aníbal, este interpuso la *caetra*; el general tomó la lanza por encima del hombro, el estoque se perdió a la derecha del cuello enemigo; un amago a la diestra, cambio a los pies, bloqueo del púnico con su fuste; contraataque hábil, giro de muñeca en el último instante para impactar en la cara, nueva esquivas...

Ninguno de los dos salía herido, y así estuvieron más tiempo del que solía ser habitual en dichos duelos, que por lo común terminaban en los primeros instantes.

De pronto, Tabnit advirtió un inesperado hueco en la guarda del ausetano. Había movido el escudo a su izquierda demasiado, y la lanza apuntaba a la derecha. ¿Cansancio? Tal vez. La *caetra* no era tan ligera como pudiera parecer, incluso la pica podía resultar un peso molesto en el brazo cuando se trataba de luchas tan prolongadas. Aníbal también lo vio, y debió de pensar como su consejero.

Ambos fueron engañados. Porque al enviar la punta hacia el nuevo espacio, el hispano se movió ligeramente a la zurda, avanzó un poco al mismo tiempo, y pudo

así realizar una arriesgada maniobra: atrapó el fuste con su axila derecha. Apretó, hizo presa. Descargó el peso de su cuerpo hacia la derecha, con un tirón tan fuerte que le arrebató el arma a su enemigo.

Ahora Aníbal estaba desarmado, su lanza en el suelo.

Y la vida le pendía de un hilo.

* * *

De haber tenido tiempo para reaccionar, Tabnit habría saltado en ayuda de su general al igual que el resto de sus oficiales, en especial Magón. Sin embargo, las cosas sucedieron con la velocidad del rayo que daba nombre a la familia de los Bárquidas.

Durante un latido todo pareció perdido. Pero el estoque mortal no había sido dado todavía, y si alguien era experto en escapar de la muerte llevaba el nombre de Aníbal. Se había salvado en Hélike, siendo poco más que un niño. En Arse fue herido, pero sobrevivió. Resistió en la emboscada del santuario fenicio en íbera.

Sí, tal vez tenía razón.

Quizá los dioses lo protegían.

El ausetano sonrió, sin duda convencido de que la victoria estaba asegurada. Ni en sueños habría esperado lo que ocurrió entonces. El León de Cartago demostró que era digno de su apelativo. Con gran arrojo y temeridad se movió hacia delante, tomando confiado al enemigo, utilizando la mediana *caetra* como arma ofensiva: golpeó de soslayo contra la lanza del hispano, apartándola, al tiempo que aferraba con la mano el borde del escudo del rival. Dio otro tirón fuerte hacia el exterior, dejando sin protección el cuerpo del guerrero hispano. Y éste no tomó en serio el movimiento, debido a que Aníbal no tenía arma con la que herir. Cometió un grave error. El estratega levantó la pierna, la estiró con cuánta fuerza fue capaz, y golpeó contra el bajo vientre de su contrincante, allá donde no alcanzaba a cubrir el disco de bronce.

El impacto le arrebató el aire al hispano, lo obligó a doblarse. Un momento en el que dejó de atender al líder púnico, en el que la esperanza renació en Tabnit cuando vio cómo el general se agachaba para tomar de nuevo su lanza. El ausetano, sin embargo, trató de impedirselo abalanzándose sobre él; lo alanceó desde arriba, aunque todavía se hallaba medio traspuesto, dejándose caer sobre Aníbal en un ataque desesperado. El cartaginés, arrodillado, se inclinó hacia la diestra para esquivar el hierro rival, mientras interponía la recuperada lanza como lo haría para defenderse de una carga de caballería: hincándola en el suelo y sujetándola con ambas manos tras haber soltado el escudo.

El semblante del hispano cambió por completo cuando la punta lo perforó en el costado, justo donde acababa la coraza protectora. Su ímpetu mientras descendía era tal que no pudo frenarse. El fuste le atravesó por completo, se abrió paso arrastrando carne y sangre y haciéndola estallar por la espalda.

El guerrero jadeó. El rostro se le crispó con la terrible angustia producto de una mezcla entre puro dolor y el conocimiento profundo de que la vida terminaba para él.

¿Qué debía pasar por su mente? No era la primera vez que Tabnit se hacía una pregunta semejante. Todavía recordaba el rostro del hispano que mató aquel día en que se inició en la sangría de la guerra. Al menos, y en eso se escudó para no desmoronarse, lo había hecho bajo el nombre de otro.

El condenado quedó clavado, inmóvil. Escupió sangre, sí, tembló. ¡Pero qué dignidad demostró! Pues en lugar de gemir, retorcerse violentamente entre convulsiones o incluso llorar, alzó la cabeza y sonrió, justo antes de expirar.

El olor a carne asada se mezclaba con los gritos, las risas y las chanzas. Por todo el campamento se alzaban cientos de columnas de humo, nacidas de sus correspondientes hogueras, alrededor de las cuales celebraban el acuerdo entre los pueblos íberos del norte y el León de Cartago.

Alcón observaba a los celtíberos con envidia. Los últimos sucesos hicieron posible lo que ni todas las palabras del mundo: hasta los odios más enconados se habían extinguido en favor de la camaradería. La cerveza pasaba de pelendones a arévacos sin puñetazos ni mofas de por medio. Incluso el provocador Babpo charlaba ahora, entre carcajadas, con aquel celtíbero que le había recibido con los puños el día en que el clan Okalakom se alistó.

Pero el arsetano seguía sintiéndose fuera de lugar. Un extraño entre extraños a pesar de las muchas semanas de viaje compartido. Escuchaba una y otra vez a Daleninar, que le instaba a rendirse, tomar el primer odre que encontrara y beber hasta la extenuación, para así confirmar esa naturaleza débil que lo definía. Su deseo de emborracharse, desinhibirse y unirse al jolgorio general se acrecentaba debido a la necesidad de formar parte de algo.

No lo hizo. Resistió mientras contemplaba la escena desde lejos y pensaba en lo ocurrido. Los caudillos se habían arrodillado ante Aníbal en el preciso instante en que éste venció al ausetano. Así eran, orgullosos para lo bueno, aunque no menos para lo malo. Dejaron clara su admiración ante el valor demostrado por el líder cartaginés, quien ahora contaba con la lealtad más poderosa de todas, la que surge del honor. Mientras Andobales, Atinbelaur y Amusico gobernarán los designios de sus distintas etnias, no abandonarían el compromiso de alianza con Aníbal.

Un caso distinto era el de Indíbil, más comedido en sus muestras de lealtad. Alcón estaba convencido de que tenía una voluntad mucho menos permeable, de que sólo se doblaría ante los púnicos mientras resultara provechoso para su pueblo.

Los jefes íberos ordenaron traer desde los poblados y caseríos más cercanos cabras, ovejas y otras reses para celebrar el compromiso con un formidable ágape. El gesto fue recibido con una alegría desbordante, pues desde que cruzaron el Íber las comidas habían empezado a racionarse, guardando todo alimento resistente al paso de los días y tratando de consumir el que las partidas de cazadores y saqueadores conseguían en sus jornadas de caza.

Entre los más coreados aquella noche estuvo Leukón, quien recibía las alabanzas con auténtico apuro y un cierto sonrojo. Sin embargo, merecía cada elogio por la bravura que había demostrado. Sí, Alcón lo veía, del mismo modo que contempló con admiración a los más enconados defensores de Arse, la juventud de la ciudad, tan fervorosos que aún se estremecía al recordarlo. Algunas personas eran especiales, se alzaban por encima del resto, se ganaban el afecto de la gente corriente. Y aquel

muchacho celtíbero parecía tener las cualidades necesarias para convertirse en un ejemplo a seguir... o a envidiar.

«Sin duda, lo que tú jamás serás, esposo».

Se arrebujó en el manto, pues estaba demasiado lejos de la hoguera para sentir su calor. Y siguió cavilando. ¿Qué ocurriría ahora? Volverían a los caminos, por supuesto, probablemente a la mañana siguiente, aunque aún no se había transmitido la orden. Arrastraban una larga demora, el verano languidecía y debían apresurarse. Tal vez les sobraban días para salvar los Pirene con buen tiempo, pero allá, a lo lejos, esperaban unas montañas que sobrepasaban en todo a la cordillera que separaba Iberia de la Galia: Alpes, nombre que debían a los celtas, y que significaba «altura».

Alcón no sabía mucho de ese lugar, ya que sus viajes jamás le habían llevado tan lejos. Sin embargo, conoció en Arse a varios comerciantes griegos que describían cómo los picos de aquella sierra horadaban las nubes hasta tocar los cielos, del mismo modo que lo hacía el Olympos, donde aseguraban que moraban sus dioses.

Ahora un simple mortal buscaba atravesar algo creado a la altura de las divinidades.

No quería ni pensar qué ocurriría cuando el grueso de la tropa descubriera la locura que su líder se proponía. De momento estaban animados, con el orgullo enardecido después de tan épica competición. No era para menos, habían superado un gran escollo al someter sin bajas a los pueblos íberos. Con las cuatro etnias más poderosas junto a Aníbal, el resto no se opondrían al paso de sus huestes. Los andosinos, que vivían en los Pirene, eran una tribu menor de la que no valía la pena preocuparse.

—No reflexiones tanto, amigo mío —escuchó a sus espaldas. Tabnit se sentó junto a él—. Deberías estar festejando con nosotros.

—Aunque he empezado a apreciar a más de uno, no son mi gente.

—Y así continuará siendo mientras los rehúyas —le recriminó el oficial, aunque sin dureza.

«Tiene razón, padre», le susurró Isbataris.

—Lo dices como si nosotros fuéramos tu gente —comentó el arsetano—. Y no es así. En el fondo sigues siendo un cartaginés.

—Que ha vivido aquí mucho tiempo, y que aprendió el valor de las personas por encima incluso de la patria.

—Pero tú bien que luchas por la tuya. —A Alcón, de pronto, le fastidiaba que un púnico tratara de darle lecciones de moral—. Yo, en cambio, he perdido a la mía. Por vuestra culpa.

«¿Su culpa? ¡No, la tuya!», le espetó Daleninar.

—Las cosas nunca son tan sencillas, es cierto. No puedo defender todo lo que han llevado a cabo los míos. Incluso no pasa un solo día en que no dude de lo que yo mismo hice. —Se encogió de hombros—. Supongo que en eso consiste la vida, en arrepentirse de los errores y tratar de hacerlo mejor la próxima vez.

Ante palabras tan comedidas, de repente el arsetano se sintió culpable por haber sido tan duro con el consejero.

—Discúlpame —murmuró—. A veces incluso a un mediador le pierden las formas.

Tabnit ni se molestó en tomarle en cuenta, dejando claro que no se había enojado. Señaló al grupo de pelendones, concretamente a Leukón.

—Ese muchacho tiene algo especial, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Nos harán falta corazones bravos como el suyo a partir de ahora. Las cosas pronto se complicarán, Alcón. —Lo miró con ojos preocupados—. Además de la lealtad de los hispanos, hemos ganado tiempo con respecto a los mercenarios. Pero descubrirán el secreto tarde o temprano.

—Yo estaba pensando lo mismo. ¿Temes que deserten?

El cartaginés asintió mientras volvía a contemplar a los pelendones.

—Aníbal juega con esa posibilidad y tiene un plan dispuesto, por supuesto. Tú convives con los celtíberos. ¿Qué opinas? ¿Seguirán adelante?

—No me cabe la menor duda.

Tabnit sonrió ante la seguridad del traductor.

—¿Y tú?

El silencio fue la única respuesta que Alcón pudo dar. Hubiera deseado proclamar con un gran grito que seguiría a Aníbal hasta el final, que cercaría con él la mismísima puerta de Roma.

Habrían sido palabras vacías.

«¡Juramenta, no te contengas!», siseó la fantasiosa presencia de su esposa. «Ya has roto una vez tu promesa, hecha a quienes amabas, qué importa si lo vuelves a hacer».

El oficial púnico agradeció que no escondiera sus inseguridades. Posó la mano en el hombro del íbero.

—Para llegar a la conclusión de esta odisea necesitaremos más coraje que espadas afiladas. Encuentra el tuyo ahí donde sé que lo tienes escondido.

Aunque el viaje se reanudó a la mañana siguiente, no levantaron el campamento. Todavía no había amanecido cuando Alcón transmitió a los caudillos celtíberos las órdenes para aquella jornada. Como era ya costumbre, Tibasté se hizo eco de las consignas entre los suyos, y así Leukón supo que parte del ejército se quedaría atrás para mantener la región asegurada. Hanón el Viejo fue el elegido, por su experiencia, como general de los diez mil infantes y el millar de jinetes nómadas que no seguirían adelante.

—Nosotros, por supuesto, continuaremos —aseguró el cabecilla—. ¡Aún nos queda toda la gloria por conquistar!

—¡Como si pudiéramos hacer otra cosa! —bramó un alborozado Babpo—. ¡Sin nosotros, este ejército no podría conquistar ni un pastizal lleno de cabras!

De ese modo, retomaron la senda del río Ibarcar sin necesidad de deshacer la empalizada, con la confianza de que no hallarían enemigos. Ahora bien, el camino que seguía la cuenca no era tan llano como hubieran deseado, ahora que las montañas los rodeaban. El paso entre los montes más cercanos al campamento era angosto, curtido a ambos lados con despeñaderos, laderas empinadas y zonas boscosas. Las tropas, que avanzaban como hormigas en tres finas columnas, tardaron toda la jornada en salvar aquel estrecho en tierra firme.

Al menos el tiempo era claro. El cielo despejado caldearía un poco a mediodía, a pesar de que la mañana se presentaba gélida debido a la altitud. Leukón observó al traductor íbero. Tiritaba entre los pliegues de su capa.

—Aún habrá de helar más —le dijo el muchacho.

—Falta de costumbre —bromeó el arsetano—. Siempre he vivido en una tierra donde el sol abrasa la piel.

Cuando acamparon al atardecer, el terreno alrededor del río se había ensanchado lo suficiente para permitir que el ejército se asentara, aunque fuera apretujando las tiendas. A pesar de que no temían ataques se dispuso una fuerte guarnición, tanto entre el perímetro como en los montes que los guarecían.

Mientras montaban las carpas, Leukón advirtió que existía una cierta agitación en la tropa: hombres que iban y venían, comentarios teñidos de descontento, rostros serios. De pronto, cuando todavía no habían encendido las hogueras, un carpetano llegó a la zona de los pelendones y requirió con vehemencia a Alcón, quien marchó tras él apresuradamente.

—Se avecinan problemas —dijo Corbis, mientras se rascaba la verruga de la nariz.

Y así fue, aunque Leukón se enteraría avanzada la noche, cuando el intérprete íbero volvió de una reunión imprevista en la carpa de Aníbal. Tibasté le interrogó al respecto.

—Supongo que mañana os enteraréis igualmente —dijo, y suspiró—. El principal jefe de los carpetanos ha demandado una audiencia con el estratega. Exige saber el destino de la expedición.

—¡Menuda tontería! —exclamó Orsua—. ¡Vamos a Massalia, a acabar con los aliados de los romanos!

—¡Abre los ojos de una vez, hijo! —le recriminó su padre—. Debes de ser el único del campamento que todavía no ha advertido que cruzar las grandes montañas no es el mejor camino para alcanzar una ciudad situada junto a aguas saladas.

Leukón asintió. Él no sabía mucho de aquellas tierras, aunque Alcón le había explicado días antes que Massalia era una urbe que daba al mar y a la que se llegaba bordeando la costa. No tenía ningún sentido, pues, que trataran de alcanzar dicha ciudad recorriendo las tierras del interior.

El objetivo de Aníbal era otro, no cabía duda alguna. Y por lo visto, muchos mercenarios empezaban a preocuparse por ello.

—Los carpetanos nos abandonan —desveló el arsetano.

Al final los peores temores se hicieron realidad. Cauecas, líder de los carpetanos, perteneciente a la tribu Ikesankom, proclamó a Aníbal que los suyos no darían un paso más. Alegaron que se habían alistado creyendo que el objetivo era conquistar las plazas aliadas de los romanos en Hispania. Pero Roma era un destino demasiado alejado para sus voluntades simples.

—Los carpetanos no tememos a ningún ejército. ¡Y que nadie se atreva a decir lo contrario! —bramó el caudillo, en un feroz intento de salvar el orgullo de los suyos—. Sin embargo, tu empresa va contra la propia naturaleza si pretendes cruzar las barreras que el mundo ha levantado para los hombres. ¡Y no una, sino dos veces! No participaremos en semejante sacrilegio.

Entre los oficiales púnicos hubo reacciones muy dispares ante aquel anuncio. Maharbal tuvo que ser contenido, pues las palabras que pugnaban por salir de su boca sólo habrían provocado la ira de la etnia carpetana. A Magón también le costó mantenerse callado, mientras que algunos como Cartalón, Asdrúbal el Fiero o el otro Hanón simplemente suspiraron.

Aníbal, por su parte, no los miró con la cólera encendida que quizá merecían, sino haciendo gala de una comprensión nacida, según entrevió Tabnit, de quien entiende los temores ancestrales. ¿Habría seguido él adelante sin el apoyo divino obtenido en los santuarios de Gádir e íbera? Conociendo la fidelidad que profesaba a los grandes poderes, el consejero pensaba que no. O tal vez habría ido contra esos estamentos. Con Aníbal, todo era posible.

—Regresad, pues, si así os lo demanda el corazón —le dijo a Cauecas—. Ahora bien, os encomiendo, en virtud de los votos que realizasteis, la tarea de reforzar a Hanón el Viejo. Le vendrán bien vuestros recios brazos.

Complacido por el talante de Aníbal, que no los había despreciado, el caudillo asintió y se retiró con la promesa de que harían tal y como les pedía.

Cuando los oficiales se quedaron solos, Maharbal dejó volar todos los insultos almacenados en su lengua.

—¡Cobardes y traidores que se cagan al ver una estúpida montaña! ¿Y se llaman a sí mismos guerreros?

—Ya basta —atajó el estratega—. Éste es el menor de los males, y además ya estaba previsto. Imagínate si hubiesen continuado con nosotros a desgana. Quizá más adelante habrían desertado para unirse a los romanos después de extender su malestar a las otras etnias. No, lo prefiero así. Al menos Hanón les sacará provecho.

—La parte buena es que tendremos muchas menos bocas que alimentar —adujo Tabnit, siempre práctico en sus planteamientos—. Tres mil hombres no es un ahorro menor. Los depósitos de trigo lo agradecerán.

—De hecho, podemos hacer más —continuó Aníbal—. Hay otros pueblos cuyo descontento es patente. Cuando se enteren de la marcha de los carpetanos querrán hacer lo mismo. Así que también los dejaremos atrás. Lo anunciaremos mañana, antes de partir.

Y de tal modo se realizó la criba. Al día siguiente, tras levantar las tiendas, los suboficiales fueron reunidos, y se les informó, al fin, de la meta final que pretendía alcanzar el líder. Como el rumor había volado ya de unos a otros, no sorprendió a nadie, aunque la confirmación pintó expresiones preocupadas en todos ellos. Sin embargo, la mayoría acabó alabando la valentía del general y juraron seguir adelante.

Tabnit se preguntó si sentirían lo mismo cuando alcanzaran las faldas de los Alpes y éstos escondieran el cielo.



Atrás quedaron los tres mil carpetanos y otros siete millares de hombres a los que la campaña y la perspectiva de su duración devoró el ánimo. En apenas un par de jornadas habían perdido una tercera parte de los efectivos, probablemente más que si hubieran entablado una auténtica conquista en el norte de Hispania. A cambio, la convicción de quienes continuaban quedaba asegurada... Por el momento.

Con menos hombres y un espacio mayor entre las montañas, aquella etapa del viaje transcurrió con relativa rapidez. El viento helado que se abría paso por la vega del río fue un aliciente, pues les invitaba a moverse para conseguir un poco de calor. No resultaba una sensación insoportable, todavía no, pero sí al menos una molestia tras la caída del sol.

El tercer día, una de las partidas que marchaba por delante reconociendo el terreno tuvo un encuentro con un pastor andosino que les contó la situación más allá de los Pirene. Los suyos mantenían relaciones con las tribus galas más cercanas a la cordillera, las cuales se mostraban intranquilas ante los rumores de la llegada de Aníbal. Tal y como habían sospechado desde el principio, las promesas de los mensajeros en invierno quedaban muy lejanas, y la plata entregada ya no parecía suficiente para calmar el temor a ser conquistados. El cabrero aseguró que se estaban planteando tomar las armas y plantar cara.

Tales perspectivas preocuparon profundamente a Aníbal, y así se lo trasladó a sus hombres más cercanos.

—No podemos perder más tiempo en combates y escaramuzas —dijo—. Nuestros espías en Roma nos alertan: la loba empieza a volver su atención hacia nosotros. Los boyos se han retirado de su conato de guerra contra los itálicos al ver el poderío de éstos y ya no les entretienen.

Tabnit asintió. La información les había llegado poco después de cruzar el Iber. Los celtas que vivían al norte de la república, tras rebelarse por la ocupación de los territorios cercanos a los suyos por parte de algunos colonos romanos, les obligaron a huir hacia Mutina. Pero sus intenciones de sitiar dicha urbe habían quedado en un

simple bloqueo para conquistarla mediante el hambre, ya que no tenían la habilidad ni las máquinas adecuadas para un asedio. Por supuesto, la estrategia estaba abocada al fracaso, tal y como pensaba Tabnit. Roma era famosa por su inagotable fuente de hombres y la premura con la que lograban movilizar los refuerzos.

El tiempo le daba ahora la razón: los romanos, lejos de mantenerse quietos, no dudaron en enviar al pretor Cayo Atilio al mando de una legión y varios miles de hombres recién alistados en busca de los boyos, quienes ante tal alud de tropas entraron en pánico y huyeron.

—Vencida esta distracción, al fin miran a Hispania —continuó Aníbal. Sus oficiales ya sabían todo aquello, pero al líder cartaginés le gustaba recapitular la información para que nadie olvidara las particulares circunstancias de tan magna partida—. Han ordenado a Publio Cornelio Escipión, según dicen el mejor de sus generales, que parta hacia Massalia a bordo de sesenta naves. Mientras hablamos tal vez ya haya embarcado.

—Temes que nos intercepte —apuntó Hanón.

—Lo intentará, sin duda.

—Malditos bárbaros —se quejó Magón, refiriéndose a los celtas—. Seguro que quieren arrancarnos más plata.

—Se la daremos —decidió su hermano mayor—. Ahora mi principal interés es llegar al río que llaman Ródano cuanto antes.

—Podría adelantarme con una comitiva y reunir a los jefes celtas. Ganaríamos tiempo —propuso Tabnit.

—Hazlo —consintió Aníbal—. Nosotros acudiremos a la todavía íbera Kerre. Tendrás que convocar a todas las tribus a lo largo de nuestro trayecto. Los sordones son los primeros con los que nos encontraremos; luego están los volcas, divididos en dos grandes etnias: tectósagos y arecómicos. Nuestra última preocupación antes del Ródano deberían de ser los helvios, aunque con éstos quizá no lleguemos a coincidir. Lleva contigo a quien consideres oportuno.

—Será un grupo pequeño, para no despertar hostilidad alguna. —Tabnit sonrió, confiado—. Sé exactamente a quién voy a necesitar.

Las voces despertaron a Leukón. Alzó la cabeza y vio que Tabnit, Alcón y Tibasté discutían junto a la hoguera. Más allá, apartado del resto, Ambón hacía el último turno de vigilancia.

Faltaba poco para el amanecer de aquella nueva noche de acampada, la tercera desde que dejaron el grueso del ejército. Aún le duraba la satisfacción de que el consejero púnico eligiera precisamente a los pelendones —a algunos de ellos al menos— como acompañantes y protectores en una misión tan peliaguda. Para éstos también resultó ser un honor, aunque uno de ellos se había visto obligado a permanecer junto a las tropas de Aníbal. Babpo no escondió su enojo cuando le dijeron que no podía formar parte del grupo, pues una vez más el peso de sus carnes evitaba que pudiera viajar veloz, tal y como se precisaba. Ahora bien, su enfado se volatilizó cuando Tibasté le nombró responsable de los mercenarios del clan Okalakom que permanecieran con la hueste cartaginesa. Leukón se preguntó si quedarían pelendones a su regreso.

Sin embargo, cualquier motivación que pudiera sentir el muchacho se veía empañada por un oscuro sufrimiento que había arraigado en su interior desde hacía días. La mayoría del tiempo se mostraba desganado del contacto emocional con otros, atormentándose por lo ocurrido durante el combate con el iacetano. Ese instante en el que no había logrado evocar la sonrisa de su amada Stena le estaba desgarrando por dentro. ¿Cómo podía ser, si tanto la quería? Durante toda su vida la había contemplado enfebrecido de amor, desde la más tierna niñez; conocía cada rasgo tras recorrer, mediante los ojos y no pocas caricias, el bello e inmaculado semblante.

Y ahora la estaba olvidando. Sí, de eso se trataba, no le cabía duda, y era angustioso conocer el problema y no encontrar una solución. Después del duelo, cuando le permitieron intimidad, se forzó a rehacer ese dulce gesto en los labios de la joven celtíbera. Creyó lograrlo, pero comprendió al cabo que esa imagen sonriente se le antojaba forzada, artificial. Lo más preocupante era que cada jornada que pasaba le costaba más retener la expresión de la chiquilla.

La perdía. Y lo peor era la conciencia de que en su memoria pronto sólo quedaría de ella simple bruma.



Partieron de nuevo con las primeras luces, cuyos rayos dorados se colaban por debajo de unas nubes largas y finas. Cabalgaron deteniéndose apenas para que los caballos descansaran y los jinetes pudieran estirar las piernas o comer algo con cierta calma. Viajaban mucho más rápido de lo que le era posible a un ejército, así que salvaron una gran distancia durante esa parte del trayecto. Corrían en paralelo a las montañas, siguiendo siempre aquella serpiente acuosa y retorcida en que se había convertido el

Ibarcar. Era joven en aquel tramo y, como si el tiempo se hubiera invertido, seguiría rejuveneciendo hasta llegar a ser virgen de las aguas acumuladas por otros afluentes. La presencia de los muros arbolados lo llenaba todo; paredes convertidas en gigantes de roca, aunque no tan altos como los picos situados al norte, de nevadas cumbres incluso en estío. Algunos valles se abrían a izquierda y derecha, introduciéndose con descaro, furtivos se diría, entre las laderas. Abundaban los bosques, pues la región estaba poco habitada y por tanto nadie desgajaba los árboles para ganar espacio en el que cultivar.

El desasosiego de Leukón no pasó desapercibido a sus compañeros. Los pelendones no le dieron importancia a ese distanciamiento, pues pensaban que la añoranza del hogar era una prueba más de la valía del guerrero, y por tanto debía de ser vencida en soledad. Alcón y Tabnit, en cambio, sí se interesaron por la creciente hosquedad del muchacho. Pero éste no dismanteló el muro que lo aislaba del mundo, permitiendo que el dolor siguiera acumulándose y ahogándolo.

Muchos estadios quedaron atrás hasta que, al fin, casi cuando pensaban que seguirían embutidos entre las montañas, se abrió una gran planicie despejada, con unas cuantas arboledas. El río los condujo hasta la ciudad que Aníbal había mencionado, Kerre. Situada sobre una loma, a cuya altura el Ibarcar recibía las aguas de tres afluentes, era la capital de la región, a la que los lugareños denominaban Kerretania en honor a la urbe. Las gentes de la zona eran, todavía, íberos: utilizaban las grafías de dicha lengua, pero la influencia de los celtas en su dialecto tras años de contactos era innegable, hasta el punto de que ni siquiera ellos mismos tenían muy clara su identidad.

En el poblado fueron recibidos por el jefe local. Lisco, se llamaba, y era aquél un nombre celta, una prueba más de la estrecha relación entre ambas sociedades. La cercanía de los galos hacía que las sangres se mezclaran en uniones maritales en ocasiones concertadas para reforzar pactos. Leukón pensó que, en ese caso, a los kerretanos se les podía considerar de algún modo celtíberos.

El jefe se mostró en principio reticente a permitir el paso de Aníbal y sus tropas, alegando que las condiciones habían cambiado y que la oposición de las etnias galas le obligaba a otro tipo de planteamiento.

—Entended que, si lucháis con los celtas y yo os apoyo, muchas represalias podrían recaer sobre mi pueblo —razonó—. Y no sería la menor que nos negaran el comercio.

No obstante, bastó que Tabnit le prometiera plata en abundancia, por encima de lo que los mensajeros enviados meses atrás le habían ofrecido, para que cambiara de opinión. Tiempo le faltó para regalar su lealtad más absoluta, con un tono tan cínico que hasta Leukón advirtió su verdadera naturaleza hipócrita.

Les relató sobre las etnias galas con las que habrían de contactar. Tectosagos, arecómicos y helvios se habían reunido en la capital de los sordones, Ruscino, con sus guerreros bien dispuestos a batallar contra Aníbal en cuanto apareciera la primera

lanza del ejército. Creían que llegaría por la costa, de ahí que se acantonaran en tal ciudad.

—Un golpe de suerte —opinó Tabnit—. Evitaremos visitar sus tierras una por una al tenerlos todos en un mismo lugar.

De tal modo, sin más dilación que la necesaria para que reposaran las monturas y llenar de nuevo los morrales, dejaron Kerre, no sin antes demandar al caudillo que lo tuviera todo preparado para la llegada del ejército del general cartaginés.

Tomaron un sendero que viraba hacia el noreste. Los perfiles de la cordillera quedaron definitivamente a sus espaldas, dando sombra a una nueva región, interrogante en el trato que habría de otorgarles: bienvenida o desprecio. Bandadas de pájaros oscuros volaban allá en lo alto del cielo, tal vez reflejos involuntarios de aquellos viajeros que hollaban nuevos senderos.

—Creo, y no debo equivocarme, que hemos dejado atrás definitivamente los límites de Hispania —comentó Tabnit, en tono solemne.

La verdad era que a Leukón todas las distancias le habían parecido vastas desde que partiera de Okalakom, y cada estadio por delante un lugar que descubrir. Sin embargo, observó la incertidumbre reflejada en el rostro del cartaginés y dejó que tal emoción se le contagiara. Se instaló en él la sensación de que, a partir de ese instante, todo sería distinto, más complicado. Más peligroso.

Porque al fin habían llegado a lo que los griegos llamaban Céltica, y los romanos, la Galia.

La región de los volcas estaba salpicada de infinidad de pequeñas aldeas. Y aunque, por lo que sabía Alcón, los celtas del sur de la Galla tenían costumbres muy similares a los habitantes del norte del Iber —incluso utilizaban las mismas grafías y entendían el idioma—, su apariencia era bastante singular. Aquéllos con los que se toparon a partir de entonces eran hombres altos, de robusta complexión y piel muy pálida. Muchos de ellos portaban largas cabelleras, bigotes, en ocasiones trenzas, normalmente de colores claros. Los pelendones se maravillaron ante el dorado de las hebras, que parecían arder de intensidad. Ahora bien, si algo les fascinó fueron ésas extrañas prendas que vestían ajustadas a sus piernas, a la altura de los tobillos y por debajo de las túnicas de mangas largas.

—Llaman a esa pieza «braca», según tengo entendido —le comentó el arsetano.

—¡Qué incomodidad llevar ropa tan ajustada! —opinó Leukón.

—Nunca la he vestido —dijo Alcón, ladeando la cabeza—. Sin embargo, los pocos galos que he conocido aseguran que es muy práctica y resguarda del frío.

Los celtas también gustaban de adornarse sin medida. Incluso los que parecían más humildes lucían, como poco, un brazalete. Por lo que descubrieron durante el tiempo que anduvieron en aquellas tierras, los aristócratas se ataviaban con collares de oro, pulseras, brazales y, por encima de todo, torques, similares a los que se veían en algunas zonas de Celtiberia. Y qué decir de los chillones colores de sus ropajes, que chocaban con la austeridad propia en Iberia.

Tres jornadas después de partir de Kerre, al poco de encontrarse con el río que los galos llamaban Ruscino, se incorporaron a una senda ancha, trillada por el uso. El hilo de agua clara, guarecido por legiones de apretujados juncos, los llevó a alcanzar el asentamiento del mismo nombre. Se trataba de una urbe fortificada, dentro de la cual asomaban las techumbres humildes de las moradas. Apreciaron que estaba situada sobre un promontorio alargado de escasa altura, demostrando así que los celtas compartían el aprecio por edificar en lo alto de los cerros. No resultaba nada extraño, pues no se conocía mejor método para aumentar la protección de los asentamientos que servirse de las ventajas de un terreno escarpado. Sin embargo, las murallas tenían características particulares en comparación con las fortificaciones íberas al sur de los Pirene.

—Los muros están levantados en dos paredes de piedras talladas, unidas una a otra mediante traviesas de madera entrelazadas —explicó Tabnit, que por lo visto estaba bien informado—. El hueco interior se rellena con tierra y cantos.

—No resulta ninguna tontería. Esa técnica proporciona una resistencia magnífica a cualquier proyectil de asedio —argumentó Alcón, recordando las enseñanzas de un abuelo y un padre que habían sido señores de una de las canteras más prósperas de Arse—. La arena amortigua los impactos.

Encima de los murallones, como complemento, los celtas erigían una empalizada de troncos no más alta que el pecho de un hombre, desde donde se defendían de sus enemigos. El asentamiento estaba rodeado por frondosas franjas de árboles excepto en su entrada principal, que miraba al sur. Por su cercanía con el mar, al que se veía conectado gracias al río, la subsistencia quedaba asegurada gracias al comercio.

No les pasó desapercibida la gran hueste acampada junto al cerro, más allá de los campos recién arados. Alcón, hábil para los cálculos, creyó que habría más de quince mil hombres, tal era la fuerza que pretendía cerrarle el paso al ejército púnico. Infantería en su mayoría, aunque también apreció una buena cantidad de caballos. Al igual que íberos y celtíberos, los galos despreciaban el combate a distancia, signo de cobardía según las costumbres de tantos pueblos.

Cuando se aproximaron, advirtieron que los guardias iban ataviados con grandes escudos ovalados y cascos de hierro de forma alargada, carrilleras, y la cimera coronada por un remate.

—Los celtas son guerreros de fama reconocida —aseguró Tabnit.

—¡Bah! —rezongó Tibasté—. ¡Seguro que no tanto como los celtíberos!

—¡Y no digamos los pelendones! —añadió Orsua. El comentario le valió un gesto de aprobación de su padre, lo que satisfizo claramente al muchacho.

—Por supuesto, no quería menospreciaros —asintió el cartaginés, con un tono que pretendía contentar a los mercenarios; si se dieron cuenta, no se lo reprocharon, pues ya había demostrado cuánto valoraba a los celtíberos—. De todos modos, tenemos que ser prudentes. Estos individuos se han ataviado para la guerra, así que no les demos motivos para la ira, al menos mientras seamos un grupo tan reducido. Ahorraos cualquier altanería, y que ni por asomo vuestras manos busquen las armas.

Alcón pensó que aquellas alabanzas hacia los galos, así como las advertencias, debían tenerse en cuenta.

—Yo he escuchado que... que luchan desnudos, apenas ataviados con sus armas y esos... adornos, que les son más preciados que la vida —dijo el íbero, sin poder esconder su temor.

—¡Pues que nos enfrenten con sus mujeres! ¡Igual podríamos clavarles otra cosa, en lugar de la espada! —La carcajada de Corbis contagió al resto de sus compatriotas, salvo a Leukón.

Siguieron el camino que los llevaba a las puertas de Ruscino. Tal y como había imaginado Alcón, el sendero les hizo pasar muy cerca del campamento de aquella soldadesca tan ávida de muerte ajena, por lo que los nervios y el miedo empezaron a roerle las entrañas. Los batientes estaban abiertos, pero varios hombres con camisolas de mallas, señal de que pertenecían a la élite guerrera de la ciudad, vigilaban con la atención de quienes esperan un ataque en cualquier instante. Los cuatro guardianes afianzaron sus lanzas y los escudos, y regalaron miradas desconfiadas a los forasteros.

—¡Deteneos, extranjeros! —gritaron, en un dialecto que mezclaba palabras íberas y celtas junto a otras que parecían variaciones de estos idiomas—. ¡No son tiempos de bienvenida para los desconocidos! ¿Cuáles son vuestros nombres? ¿Cuál el propósito de que acudáis a nuestra ciudad en tiempos tan intempestuosos?

Alcón tragó saliva, tratando de contener el temblor en sus manos. Le correspondía tomar la palabra, así lo había acordado con Tabnit.

—Venimos precisamente por cuenta de lo que se avecina. Somos emisarios de... —dudó un momento. Si lo decía, ¿no despreciarían su condición de legados, se les echarían encima y los apresarían, o tal vez algo peor? «¡Antepasados, dadme fortuna!», pensó antes de continuar—. Nos envía Aníbal Barca, al que muchos llaman León de Cartago. Y deseamos hablar de paz con vuestro señor.

Una sombra de acritud cruzó los semblantes de los centinelas, y el arsetano notó que se le revolvía el estómago. Semejante hostilidad en las expresiones de los galos aumentó su pánico.

—Me debo a la voluntad de Anaïos, caudillo de Ruscino, y a la gracia del pueblo que lo ampara —respondió el que parecía al mando, de bigotes rubios y gran nariz—. Y fue claro en sus órdenes: nadie franqueará estas puertas, a no ser que sea de sangre sordona o nuestro invitado. No sois ni una cosa ni la otra. Estamos en días de guerra, no sois bienvenidos si pertenecéis a la tropa del enemigo.

Un gesto con la cabeza y sus compañeros bajaron las lanzas en dirección al grupo, apuntando por encima de los caballos. Acudieron más celtas y los rodearon, mientras desde el campamento los guerreros coreaban a los guardias. Alcón sintió que se quedaba sin respiración, sobre todo cuando los pelendones, impetuosos, respondieron desenvainando sus espadas y lanzando un gruñido desafiante.

«¡Ponte a llorar! ¡Gime de nuevo, marido mío!».

—¡Basta! —exigió Tabnit, primero a sus hombres, luego a los celtas. Traspasó al oficial con una mirada profunda—. Mejor sería que, antes de proceder a capturarnos, informaras a tu jefe de quiénes somos y a qué hemos venido. Te conviene, no sea caso que luego pagues las consecuencias de nuestro arresto.

Tan férreo se mostró el cartaginés, tal la autoridad había en su habla, que superó las deficiencias a la hora de pronunciar la proclama en aquel idioma mezclado. Las lecciones que Alcón le impartiera durante el viaje del grupo, aunque someras, bastaron para que el centinela lo entendiera, y dudara. Ordenó al resto que cesaran la amenaza de sus picas.

—Está bien, forastero, haremos como dices —asintió al fin—. Dime al menos a quién debo anunciar.

—Mi nombre es Tabnit —dijo con gravedad—. Y soy la voz de Aníbal el Bárquida. Deseo parlamentar con tu señor y todos los reyes celtas a los que hospeda.

—Así serás presentado —aceptó el guardia—. Esperad y traeré la respuesta del gran Anaïos, sea cual sea ésta, buena o mala para ti.

Se alejó a la carrera, no sin antes dejar claro a sus compañeros que debían vigilar, pero en ningún caso agredir. Cuando regresó, un largo y angustioso rato después, informó de que el caudillo les permitía el paso, siempre y cuando admitieran continuar escoltados. Aceptaron, desde luego, y avanzaron en fila, parapetados por los mismos celtas que los habían apuntado con sus armas.

Una calle ancha partía el poblado en dos, entre casas redondas, de mampostería, con los techos de ramas y forma cónica. El resto de vías eran más bien el hueco que quedaba entre los edificios, por donde deambulaban con toda calma cerdos, varias ovejas y hasta gallinas.

Llegaron a una choza más grande que el resto. Otro celta los esperaba allí, y fue él quien se hizo cargo de las monturas ayudado por un chiquillo.

—Estos caballos son nuestros hermanos. Cuida bien de ellos o sufrirás la ira de Tibasté, señor del clan de Okalakom —le dijo el jefe pelendón—. Así tenga que batirme con todos los habitantes de estas tierras para cumplir mi promesa.

Si el otro le entendió o simplemente adivinó a qué se refería por la expresión de su cara, no lo supo Alcón. El caso es que asintió con la cabeza, en actitud reverencial y mirada temerosa.

El oficial que los había acompañado abrió el portón del edificio. Después de caminar a la luz del día, el arsetano se vio rodeado de lo que se le antojó oscuridad. Sin embargo, en las paredes de la vivienda, que sólo tenía una sala, había hachones ardiendo en dorado. Cuando logró acostumbrarse al juego de sombras y medias luces, reparó en varios detalles. En el otro extremo de la sala advirtió un par de escudos colgados en el muro, junto a otros pertrechos: lanzas, escudos, cuernos, la enorme cabeza disecada de un jabalí... Los trofeos ganados por el caudillo en sus combates y cacerías, imaginó.

Los individuos que poblaban la estancia lucían rostros tan graves como los que habían visto hasta el momento en el poblado. Tres hombres reposaban en otros tantos asientos, sobre un estrado escalonado. Todos ellos tenían cierta edad, excepto uno al que los cabellos todavía no se le habían cubierto de canas.

En lo más alto, en un viejo sitio de madera, estaba Anaíos, señor de los sordones. Era un anciano de piel amojamada, aunque lucía un porte todavía erguido y una arrogante mirada, que relampagueó al posarse sobre el grupo de Alcón. Aquellos ojos tenían el brillo típico de quien se sabe poderoso porque está en su hogar, rodeado de leales que al menor gesto se lanzarían a la lucha para protegerle.

Se situaron frente a la tarima. Se había formado un silencio pesado, durante el cual los forasteros fueron examinados a conciencia. El arsetano se sintió intimidado ante la animosidad que aleteaba en el ambiente. No acertó a reaccionar hasta que Tabnit, a su lado, le propinó un disimulado codazo.

—¡Te saludamos, Anaíos, señor de Ruscino, caudillo de los sordones! —exclamó en lengua celta, del modo más solemne que pudo—. Venimos a ti por cuenta de

Aníbal Barca, para tratar de que las palabras se impongan a las armas en estas horas convulsas.

Contestó el cabecilla galo, con una voz ronca.

—Sed bienvenidos, aunque acudáis en nombre de mi enemigo —tradujo Alcón—. Me acompañan los jefes de nuestras etnias hermanas, en representación de todos los pueblos amparados en sus regiones: Sedulo, señor de los tectósagos; Valeciaco, que gobierna a los arecómicos, y Butuito, a quien siguen los helvios. Todos ellos me han cedido la palabra para discutir, como anfitrión que tengo el honor de ser.

No hubo presentaciones por parte de los tres caudillos, sólo gestos desabridos. Quien más hosco se mostraba era el más joven, Valeciaco. De ojos separados y muy azules, una rareza en Iberia, algo normal en la Galia, daba la impresión de cerrazón, de odiar las deliberaciones y preferir la acción inmediata y radical. «Un extremista», se dijo Alcón, pensando que les traería problemas.

—Nunca mi general ha deseado agriarse contigo —volvió a decir el íbero en el idioma céltico, transformando lo dictado por el oficial púnico—. ¿Acaso no mandó mensajeros con ofrendas de alianza, hace no mucho? Y bien que las aceptasteis.

—Cambia el tiempo a capricho de las estaciones, y también lo hacen los pensamientos de la gente —respondió Anaíos—. Debéis saber, si no estáis enterados todavía, que en nuestras tierras quienes ostentamos el mando no toleramos que los nuestros sean oprimidos. Y tal es lo que esperamos ahora de aquellos que conquistaron Iberia sin mostrar piedad.

Mientras Alcón traducía, reflexionó en lo que sabía sobre la sociedad gala. Cuatro tipos de hombres formaban su pueblo. En primer lugar, los esclavos obtenidos en sus contiendas tribales, cuyo honor era inexistente. Poca importancia más tenían los servidores de los aristócratas, cuya relación era similar a los pactos de clientela entre los íberos, aunque sin el mismo grado de lealtad: se consagraban a un señor cuando la necesidad, por deudas o salvaguarda de un peligro, les obligaba, no por auténtica admiración. Luego estaban los nobles guerreros, aquellos que podían permitirse un caballo, hombres de armas. Los más relevantes formaban un consejo aristocrático, y Alcón supuso que eran los individuos que ocupaban la sala por delante del caudillo. Por último, aquéllos cuya opinión debía ser siempre escuchada, poseedores de una influencia que superaba incluso la de los grandes jefes, pues hablaban representando a los dioses: los sacerdotes, conocidos entre los celtas con el nombre de druidas. Los muy valientes. Los muy sabios.

—Vuestra preocupación no se corresponde con la realidad —dijo de nuevo el intérprete, haciendo suya la proclama de Tabnit—. Aníbal no desea hacerse con vuestra región. Os lo prometió una vez, y ahora vuelve a hacerlo a través de mí. —Señaló al consejero cartaginés, para dejar claro a quién se refería—. No obstante, no diré más, pues es el León de Cartago quien desea confirmaros su juramento en persona. Por eso estoy aquí. El estratega os ruega a los jefes celtas al este del Ródano un concilio, allí donde deseéis.

Los caudillos se miraron entre sí. Nadie dijo nada. Anaïos hizo un gesto con la mano, y de pronto apareció de entre las sombras una figura en la que el arsetano no había reparado. Otro anciano, aunque mayor que el resto. Los ojos, debajo de aquellas espesas cejas, parecían pozos insondables enmarcados por los surcos de un campo arado. Tenía una generosa barba, tan larga y fina que iluminada por las teas parecía paja dorada, aunque en realidad era cenicienta al igual que la piedra fría. Su vestimenta tenía una apariencia similar a la de las togas de los senadores griegos, aunque se cubría la cabeza con una tela que le caía por la espalda al igual que una capa. El rostro era una composición de arrugas y manchas, alrededor de cuyo mirar Alcón percibió una especie de aura, algo difuso, extraño y al tiempo inescrutable. Una mezcla entre autoridad y sabiduría, veladas ambas por el misterio.

¿Qué sabía el íbero sobre los druidas? Muy poco, pues se imbuían en un halo de ocultismo tan intenso que incluso para los suyos eran una intriga. Los secretos que guardaban estaban defendidos por una fidelidad absoluta. Se decía que aquel tipo de sacerdocio era tan exigente que los aprendices iniciaban sus estudios de niños, prolongando la preparación durante décadas. Cuando los muchachos eran elegidos para ser tutelados por un maestro, dejaban de ser quienes habían sido hasta ese instante, convirtiéndose en algo superior. Les transmitían las lecciones mediante versos hablados que debían memorizar, pues tenían a la lengua escrita por enemiga de la sapiencia que deseaban resguardar. De labios de druida a oído de druida, así perpetuaban las enseñanzas, que abarcaban cada aspecto conocido del mundo: seres vivos, espíritus, tierra, voluntad humana... y fuerzas lejanas a la comprensión del hombre. Tan celosos eran que formaban a los discípulos en cuevas, en bosques cerrados por peligrosos sortilegios. O eso al menos aseguraban algunos comerciantes que el arsetano había conocido en el pasado.

—Dame tu consejo, Lucterio, a quien siempre respeto —le pidió Anaïos.

—Estos hombres hablan con justicia, y en verdad no albergan malas intenciones —respondió el viejo, que se sostenía en una vara—. Sin embargo, no puedo saber qué contiene el corazón de su señor. Sería bueno, pues, que aceptarais ese encuentro. Los dioses hablarán entonces.

Nadie se atrevió a contradecir al druida. Nadie, salvo Valeciaco, que lanzó un gruñido. Pero no expresó más enfado salvo en los rasgos, pues las decisiones de los sacerdotes celtas son ley y su desprecio comporta impiedad.

—Se os tiene por sabios, druida —se esforzó por decir el propio Tabnit, tan hábil con los idiomas que ya había logrado aprender lo suficiente para formar unas dignas frases en céltico—. Veo que no son falacias.

Se tomaron de este modo varias decisiones. Los jefes celtas, bajo consejo de Lucterio, ofrecieron un encuentro cerca de la ciudad de Iliberri, al sur de Ruscino. Allí, así lo aseguraban, existía un santuario natural donde las divinidades galas se manifestarían acerca de Aníbal. El druida interpretaría las señales y proclamaría la

voluntad inmortal. Acudirían a las inmediaciones ambos ejércitos, pues si así lo disponían los poderes sagrados habría lucha, a muerte. Tabnit aceptó.

Se les ofreció cobijo para descansar aquella noche, aunque los pelendones se turnaron en la vigilancia, desconfiados por naturaleza. Por la mañana, apenas despuntó el sol, Alcón y sus compañeros dejaron atrás el poblado celta, sumidos en el claro velo del amanecer.

La luna ya estaba alta cuando las tropas se acomodaron al fin en las cercanías de Iliberri, en la llanura. Mientras tanto, las dos comitivas parlamentarias se reunieron a la vera de un lago cercano, rodeado de robledales vetustos. Allí, lamiendo unas aguas tan oscuras como el ónice y apenas rotas por los tallos de las espadañas, había una gran roca. Era tan redonda que no podía ser obra de un escultor. Situada sobre una base de piedra, parecía estar a punto de caer, de rodar sobre el fango y la hierba. El fulgor del ojo celeste, libre del velo de cualquier nube, argentaba la curtida piel de la formación rocosa, otorgándole una especie de vivacidad.

O así al menos lo percibió Tabnit, quien se sintió impresionado ante la soberbia perfección de la esfera. Demasiado inmaculada su redondez para deberse al azar, sin duda, pero a la vez resultaba más exquisita de lo que ningún cantero podría lograr.

Haría las veces de altar un pilar bajo, que tampoco parecía tallado por una mano humana. Primaba la sensación de que se hallaban en un lugar salvaje, ante todo arcaico, cargado de infinitas historias, de una antigüedad por encima de la que poseían los hombres. Una incomodidad se había adueñado del cartaginés, un sofoco producido no sabía muy bien por qué.

El lugar fue elegido en virtud de las costumbres de los druidas, pues éstos no realizaban sus ritos en templos fabricados, sino que elegían parajes naturales, místicos según sus creencias, donde aseguraban que los dioses descendían para escucharles. A pesar de que el escenario era intimidante, el consejero púnico desconfió de nuevo de tales creencias. Tenía sentido que la solemnidad del sitio conmoviera a los lugareños, e incluso a él mismo, y se vieran inclinados a otorgarle importancia religiosa. Pero ¿era posible que allí se reunieran las divinidades? Demasiado a gusto debían de estar los grandes seres en sus palacios celestiales para bajar a este frío paraje, por mucho que se lo pidieran unos insignificantes adoradores. Ni siquiera lo ocurrido en el santuario de íbera había quebrado su escepticismo al respecto.

Hubo una circunstancia bastante más mundana que preocupó a Tabnit. Los arecómicos no se habían presentado a la reunión. Anaïos les explicó los motivos: en cuanto la comitiva comandada por el oficial púnico marchó de Ruscino, Valeciaco se negó la posibilidad de acudir, pues aseguraba que ya sus druidas les habían instado a oponerse al invasor que venía de fuera, y que esa nueva celebración no tenía legitimidad. Sin duda, aquello acarrearía problemas cuando tuvieran que recorrer el territorio de los volcas del este. El general le tranquilizó.

—Los asuntos, de uno en uno —le dijo.

Así que allí estaban: Aníbal con sus oficiales y una fuerte guardia personal, entre los que se encontraban los suboficiales celtíberos y sus mejores hombres. Por parte de los celtas, además de un puñado de guerreros que igualaban a las fuerzas púnicas,

también rendían presencia los tres caudillos: Anaïos, Sedulo y Butuito; sordones, tectósagos y helvios.

Por delante de todos ellos, destacado en el centro de un amplio semicírculo creado en torno a la roca, el druida Lucterio preparaba un gran montón de ramas para hacerlas arder. El fuego tenía un gran simbolismo en muchas religiones, Tabnit lo sabía después de tantos años viviendo en tierras hispanas, pero lo que vio aquella noche le causó un hondo desconcierto y, por qué no decirlo, una fuerte repulsión.

Llegaron al lugar al menos una docena de jóvenes, aprendices de druidas imaginó, portando sobre sus hombros un extraño ídolo con forma de persona, construido a base de mimbre, ramas y cuerdas entrelazadas. El muñeco, que debía de tener la altura de dos individuos y la anchura suficiente para alojar al menos a tres, fue plantado encima de la hoguera.

Una vez afianzado el monigote, los mismos asistentes condujeron a un grupo de individuos, que luego sabría que se trataba de criminales galos. Marchaban como aletargados, sumidos en la ebriedad del alcohol o quién sabe qué sustancias, pues no resistían un ápice. Cuando empezaron a introducir entre los huecos del gigante al trío de condenados, utilizando escaleras para alcanzar la parte superior, Tabnit tuvo una idea clara de lo que pretendían los druidas. Cuando el resto advirtieron lo mismo que él, hubo gemidos de desagrado.

—¿Qué aberración es ésta? —Escuchó que susurraba Alcón, en voz baja.

Pero el líder cartaginés volvió el rostro y, con mirada dura, acalló todos los rumores que empezaban a nacer en los labios de sus asqueados hombres. Porque para los púnicos los sacrificios por cremación no eran desconocidos. Aunque resultaba una costumbre arcaica, caída en desuso, en ocasiones muy especiales todavía se convocaba, allá en Cartago, el llamado *molk*, por el que un padre podía entregar la vida de su primogénito a las llamas divinas a cambio de un gran bien para su patria.

Concluida toda la preparación, al fin Lucterio instó a Aníbal a que se dirigiera a los dioses celtas:

—Ellos te escuchan con atención, pues ésta es la antesala de su hogar —aseguró.

El líder púnico avanzó un paso. Suspiró. Parecía que deseaba conectar con el ambiente.

—Demando paz y alianza con vuestro pueblo, grandes divinidades —empezó a decir, dirigiendo el rostro, solemne, a los cielos—. No soy el enemigo. Jamás he hecho daño a tus hijos. ¿Pueden decir lo mismo los romanos? Ellos han atacado una y otra vez a los celtas que moran al otro lado del gran río, al igual que hicieron con mis hermanos. ¿Cuánto tardarán en reclamar estas tierras en las que vivís? En vuestra omnipotencia, sabéis que no mucho. Llegarán y se apropiarán de todo.

Aníbal cerró los ojos, levantó el rostro más todavía hacia aquel cielo que parecía contemplarlo a él. Solamente a él. A nadie más que a él.

Apretó los puños, la mandíbula.

Se ofreció.

—Así pues, perseguimos lo mismo: la concordia. No la obtendremos mientras esa loba, siempre voraz, viva. Si me apoyáis, yo mismo la mataré.

Todo dicho, el druida prendió fuego al montón de leña. Las llamas, untadas con aceite, ardieron rápido. La columna de humo se elevó, provocando pronto fuertes ataques de tos por parte de los sacrificados. Un pensamiento piadoso hizo desear a Tabnit que murieran asfixiados. Al menos de ese modo se ahorrarían el sufrimiento de arder vivos.

Mientras las flamas cobraban vigor, el druida, situado frente al muñeco, empezó a canturrear una oración que envolvió el corazón del púnico en una red fría, aguda y lacerante. Alcón le traduciría más tarde las palabras, pero incluso sin comprenderlas le alteraron el ánimo, pues le llegaban muy adentro, invadiendo su misma intimidad. Se sintió frágil en espíritu ante un canto aumentado por el creciente griterío de los condenados.

*Cruza, yo te imploro,
la Noche que me cubre,
la Tierra que me sostiene,
el Aire que me rodea.*

*Yo te invoco con humildad,
antiguo Dios del Mundo,
a este Sagrado Lugar.
Y te ofrezco estos Ritos de Honor.*

*Devora esta carne impía,
libera las almas,
que busquen nuevo hospedaje,
que sirvan como mensajeros.*

*¿Deben vuestros hijos ir a la guerra?
¿Es el León nuestro enemigo?
¡Mira en su interior,
aquí se ha presentado!
¡Taranis, entrega tu señal!*

De pronto, se levantó un fuerte viento. Tabnit notó cómo se le erizaba el pelo de la nuca. Aquel soplo llegaba del norte, era frío olía a hierro, y traía consigo un retumbo estruendoso. ¿En qué momento se encapotó el cielo? El consejero hubiera jurado que estaba despejado un segundo antes. ¡Recordaba que la luna gobernaba la bóveda nocturna sin oposición! Y en cambio ahora todo era opacidad, densas nubes que incluso en la oscuridad se apreciaban con absoluta nitidez. Especialmente cuando

empezaron a ser atravesadas por los poderosos fulgores que estallaron, uno tras otro, sobre las cabezas de los presentes. Fuego azul contenido en el velo algodónado, iluminado en súbitos parpadeos. Truenos que se mezclaban con los últimos estertores de los pobres desgraciados que estaban siendo desgajados por aquellas llamas hambrientas, que no tenían bastante con el mimbre y la madera, que deseaban carne y espíritu. Y entonces un latigazo de luz descendió, justo encima de la gran roca redonda. El consejero cartaginés quedó cegado.

La noche. La noche se convirtió en día de nuevo.

Cuando recuperó la visión, advirtió que no era el único conmocionado. Sólo Aníbal se mantenía en pie, pues hasta Maharbal, al que nunca creyó que algo pudiera perturbar, se había arrodillado en el suelo con el ánimo vencido por el sobrecogimiento. Y qué decir de los celtíberos. Todos ellos, junto con Alcón, yacían con las manos sobre las cabezas, temblando. La superstición natural de su pueblo les hizo creer que, en efecto, los dioses se habían manifestado a través de la fuerza de la naturaleza.

El propio Tabnit, por mucho que lo deseó, no pudo despreciar semejante idea. Una rigidez le aprisionaba los músculos, inmovilizándolo. Más acuciante fue la necesidad de llevarse la mano al pecho, donde ahora sentía una herida imaginaria y a la vez demasiado real; una abertura por donde le pareció que sus secretos se filtraban al exterior, hacia oídos quizás indiscretos. Expuesto a miradas para las que la mentira no existía, tuvo que luchar para calmar la agitada respiración y controlar tan repentina angustia.

—Seáis quienes seáis, dejad reposar lo que callo. Es mío, a nadie más debe interesar —murmuró entre dientes, en un susurro que nadie pudo escuchar..., salvo aquellos que sondeaban su alma.

El gigantesco ídolo, convertido en una lengua de fuego que quemaba el rostro a pesar de la distancia, empezó a desmoronarse en un alud de chispas y brasas. El druida, con el rostro rojo, pues no había dejado de contemplar al fuego en ningún instante, miró a Aníbal. Luego a Anaíos y los otros dos caudillos.

—Taranis, el Atronador, ha hablado. Su voz, que es relámpago, así he de interpretarla: el dios acepta que el León pise las tierras de los hijos celtas. Pero que se guarde si alza cualquier arma contra los clanes presentes en este concilio, pues Él mismo le arrebatará el grandioso destino que le ha sido concedido para trocarlo en desgracia. La de la derrota absoluta.

—Sea pues —atajó Anaíos, y con él asintieron el resto de caudillos, aunque sus expresiones eran de fastidio.

Sin duda, no era lo que habían esperado.

Leukón volvía a viajar con el ejército. Y lo hacían rápido, salvada toda oposición hasta que alcanzaran el territorio de los arecómicos. Los designios del druida, que no podían ser desoídos, y el compromiso de no establecer ningún dominio sobre las regiones por las que transitaran, bastaron para que Anaíos, Sedulo y Batuitos ofrecieran al estratega los servicios de varios guías.

—También hablarán en nombre de los jefes celtas, allá por donde vayamos —explicó Tabnit—. Así ninguna aldea se levantará en armas, ni huirán despavoridos. Nos interesa que así sea para comprar suministros.

No obstante, los galos no ofrecieron a sus guerreros. Unos pocos se alistaron por iniciativa propia, movidos por su belicismo o el afán de conseguir un buen botín. Se les admitió, pero no fueron muchos, pues el que los dioses hubieran hablado a favor de Aníbal no convertía en agradable que tantos soldados transitaran por sus tierras. El cartaginés se había ganado su aceptación, y sin embargo todavía quedaba lejos conseguir de ellos verdadera lealtad.

—En realidad, es un alivio. No necesitamos más bocas que alimentar —comentó el consejero púnico—. De hecho, habrá momentos en que sobrarán estómagos.

Así pues, se pusieron en marcha de nuevo hacia el norte. Dejaron atrás Ruscino, siguiendo ahora una ruta paralela a la costa, aunque distante varios estadios. A su diestra quedaba un terreno pantanoso, unas marismas que casi lamían las aguas saladas. El terreno era llano, al menos hasta que alcanzaron el primer gran lago, donde algunas elevaciones de poca importancia les retrasaron un poco.

Aníbal reorganizó el ejército ante la perspectiva de que los arecómicos presentaran batalla, ahora que estaban tan cerca de su territorio. Seguían formando en tres columnas, pero decidió que los soldados más experimentados y capaces fueran delante, tras los elefantes. Los flancos quedaron protegidos por la caballería núpida, que gracias a su rapidez podían responder a cualquier ataque con presteza y efectividad. En la retaguardia dejó a los hombres desencantados, para que si se descolgaban no retrasaran al resto.

Porque todo dependía ya de la velocidad. Aníbal estaba obsesionado con ello, mandaba que los exploradores una y otra vez se adelantaran para prever cualquier contratiempo y poder rodearlo. Avanzar rápido, no dejaba de exigirlo. Leukón sabía gracias a Tabnit que los romanos —ese enemigo que seguía siendo algo abstracto— habían desembarcado ya en Massalia, y que sin duda tratarían de interceptarlos. Pero no podían hacerlo mucho antes de que llegaran al Ródano, pues los celtas, igual como se habían opuesto a los púnicos, también lo harían a los itálicos. El estratega lo apostó todo a un plan concreto: alcanzar el gran río antes de lo que Escipión esperaba, a fin de impedir que organizara un ataque en condiciones y poder esquivarlo.

Algunos oficiales no estaban muy de acuerdo con esa táctica. Maharbal y Magón se oponían abiertamente. La fogosidad movía sus ideas: huir de una batalla no era digno. Leukón opinaba igual, y así se lo dijo a Tabnit una noche que ambos charlaban junto a la cuadra de los elefantes.

—Si derrotáramos a los romanos sería un golpe clave para sus ánimos —opinó—. Además, no es propio de valientes escapar del enemigo.

—No lo tomes como una huida, amigo mío. Tu bravura está fuera de toda duda, aunque debes tener en cuenta que hay caminos más adecuados que la fuerza bruta. No es cobardía aplazar el combate, sino inteligencia, pues lo que Aníbal pretende es llevar la iniciativa. En la guerra hay reglas para alcanzar la victoria, y quizá la más importante es tener la capacidad de elegir el terreno y el momento.

Leukón respondió con un gruñido desairado. Pero al reflexionar sobre ello tuvo que reconocer que eran palabras sensatas, aunque a los celtíberos no les entrara en la cabeza todo lo que no fuera lanzarse al ataque sin remilgos.

Tal vez por ello no eran un imperio poderoso, como los cartagineses o los romanos.



Llevaban casi tres meses arrastrándose desde que el grueso de la tropa saliera de Qart Hadast. La larga marcha pesaba en el ánimo general, incluso en el de los pelendones. Tibasté resistía con estoicismo, en cambio las quejas aumentaban por parte de su hijo. Y Babpo, que siempre se había comportado con descaro, amigo del jolgorio, parecía como apagado. No lo decía, pero el muchacho sabía que era debido al racionamiento. Los celtas con los que se encontraban no se opusieron a abastecerlos, pero ni por asomo tenían suficiente comida para tantos miles de hombres. Y así, aunque el orondo celtíbero seguía ocupando un volumen importante, la ropa le colgaba más que antes. Ahora incluso podía cabalgar al ritmo de los demás.

Y Leukón... Cada día que pasaba se sentía más infeliz. Forzaba la mente tratando de dibujar, línea a línea, lo que su corazón anhelaba: la curva de una mejilla, el color de una negra maraña de cabellos, la silueta de una pequeña nariz, el perfil de unos labios, la miel de unas pupilas cuya hermosura ya sólo podía intuir. Pero no había manera. El retrato que se formaba en su memoria sólo era una amalgama de elementos que no conectaban entre sí, un difuso mosaico sin personalidad ni realismo. Trazos que no se parecían a nadie.

Ya no recordaba a Stena. La quería, sabía que la quería. Ese amor innegable se mantenía en el interior de su pecho, junto a su espíritu. Sin embargo, sólo era una sensación, sin respaldo de un recuerdo claro. ¿Y si también perdía dicha emoción?

¿Y si al final se olvidaba de amarla?

Habían dejado atrás dos ríos cuando, al cruzar el segundo, los guías celtas les anunciaron que ya estaban en zona de los arecómicos. Los nervios se encresparon. Varios mensajeros recorrieron las filas de soldados, cuán largas eran, para trasladar las consignas de Aníbal: máxima atención. Debían estar preparados por si recibían algún tipo de emboscada. Estaba claro que los galos no plantarían batalla campal, pues eran inferiores en número y sus artes de guerra, escasas. El temor residía en tener que soportar un sinfín de emboscadas que les causaran bajas y retrasaran la marcha.

Sin embargo, durante aquel primer día en territorio enemigo no tuvieron ni el menor aviso de problemas. Más aún, las patrullas de exploradores volvían con noticias sorprendentes: los poblados donde investigaban estaban vacíos, de hombres al menos, pues sólo contenían mujeres, niños y ancianos.

—Esto no me gusta —dijo Tabnit a Alcón—. Parece como si estuvieran retirándose.

—Lo cual nos conviene —opinó el arsetano.

—No lo tengo claro. Tiene que haber una intención en todo esto.

Aníbal ordenó que trataran de hacer hablar a los lugareños. Ninguno soltó la lengua, y el general no quiso aprobar la tortura ante el temor de que los dioses celtas le dieran la espalda. Pero intuía lo que todos: los arecómicos aparecerían. La cuestión era cuándo y en qué circunstancias.

Poco a poco cobraron mayor distancia con la costa, alejándose de las marismas y adentrándose en la región. El Ródano, decían los guías, estaba cerca, y no les convenía cruzarlo cerca de la desembocadura, pues eso los acercaba demasiado a Massalia.

Ya cerca del río, mientras avanzaban fueron acumulando toda la madera que pudieron transportar. Con el Ródano ya a la vista, Aníbal encomendó a un nutrido grupo de hombres una misión importante: debían conseguir toda barca que encontraran en los poblados pesqueros del cauce. Era gente pobre, a los que resultó fácil convencer apenas con mostrarles la plata que portaban consigo. Sin embargo, Tabnit pensó que había algo más.

—Desean que crucemos el río —rumió.

Alcón lo vio marchar a la carrera en busca de Aníbal, en quien volcó sus sospechas. Las mismas que más tarde le trasladó a él: que creía haber descubierto el misterio de los arecómicos. Aseguró que los esperaban al otro lado del ancho torrente, y que utilizarían éste como una barrera natural.

—Malditos celtas. Han demostrado ser más listos de lo que pensábamos —dijo el consejero—. Nos han arrinconado tras el Ródano, a sabiendas de que sólo podremos

cruzarlo en pequeños grupos, muy lentamente. Eso anula nuestra superioridad numérica. Nos irán matando conforme pisemos la otra orilla.

Pero todos ellos habían olvidado la mente que los guiaba.

Aníbal Barca ya tenía un plan dispuesto.

Era noche cerrada, mediada la primera guardia. Leukón tiró de las riendas de Bronce mientras oteaba el río más con los oídos que con los ojos, pues poco podía verse en aquella oscuridad. No le llegaron los gritos de los arecómicos. Al fin, después de toda la jornada soportando los bramidos, provocaciones e insultos, los celtas se habían sumido en el silencio reparador del descanso.

Aquella noche, al menos, el muchacho no disfrutaría de ningún reposo. Tenía sus órdenes, al igual que los cerca de mil jinetes que lo acompañaban. El gran papel que habían tenido los celtíberos en aquella distante batalla en territorio iacetano les había valido para ser elegidos como la fuerza principal de la misión, junto con unos pocos nómadas. Los comandaba Hanón, hijo de Bomílcar.

Con disimulo, sin una mísera antorcha para iluminar el camino, la caballería avanzó río arriba, conduciendo a pie las monturas. El sigilo lo era todo, nadie al otro lado del cauce debía saber lo que hacían. No fue hasta que nació la luz mañanera, y los rodeó una serie de arboledas, que optaron al fin por cabalgar a lomos de las bestias. Los oídos celtas habían quedado suficientemente alejados para que no dieran cuenta del retumbar de los cascos.

Se movieron durante una jornada entera. Doscientos estadios después encontraron un lugar adecuado para cruzar, sin vigilancia. Una pequeña isla en mitad de las aguas había amansado éstas y rebajado la profundidad.

Hanón les otorgó un breve descanso para reponerse del trasiego nocturno, pero no fue mucho. Urgía vadear la corriente, así que tomaron con ganas la tarea de talar árboles, cortar la madera y construir las balsas necesarias, del mismo modo que debían estar haciendo sus compañeros mientras entretenían a los celtas.

Trabajaron gustosos, animados por la cercanía del combate que les distraería del tedio acumulado durante tantos días. Leukón, encargado como tantos otros de cortar la necesaria leña, se quitó el sago. No tardó en ponerse a sudar.

Otros se llevaban los troncos ayudados por los caballos, que los arrastraban hasta la vera del río, donde los unían entre sí para formar las barcas. Con tanto ahínco trabajaron que antes de finalizar la tarde ya contaban con suficientes embarcaciones. No necesitaron hacer muchas, pues fue idea de un arévaco utilizar un curioso sistema para cruzar sin necesidad de barcaza alguna, que muchos imitaron: se sirvió de un odre relleno que le hizo las veces de flotador; situando el escudo sobre el pellejo, logró con facilidad alcanzar el islote central, y luego la otra orilla.

—¡Por los huevos de Cosus que me va a ganar un piojoso arévaco! —bramó Babpo, que gracias a su pérdida de peso había podido unirse al grupo.

Sus compañeros lo aclamaron y se unieron a él, que ya se lanzaba al río de la misma guisa que el otro celtíbero.

El resto utilizó las barcas, encima de las cuales llevaron a los caballos. Leukón y Orsua, por imposición de Tibasté, se encargaron de pasar las monturas de los pelendones. Bronce era un animal bravo, al que pocas cosas asustaban, pero se mostró nervioso ante el vaivén de la balsa. El muchacho le acarició el cuello y le susurró palabras de calma, que la bestia transmitió de algún modo al resto de animales de la plataforma.

Acamparon tras cruzar, y Hanón les permitió, esta vez sí, un día entero para recuperarse de los esfuerzos. Ahora bien, Leukón ardía por entrar en combate. De pronto sentía que le bullía la sangre, y mucho tenían que ver los pensamientos que le azotaban, la zozobra relacionada con la pérdida del recuerdo de Stena. Ya no se sentía simplemente entristecido, ahora una ira insoportable le arañaba el interior. Algo debieron advertir los otros pelendones, pues al verlo tan irascible no le increparon y le permitieron sus gestos desabridos. Hacía tiempo que habían dejado de tratarlo como a un chiquillo.

Su enojo parecía alimentarse de la inminente contienda. Los culpaba a todos: a su padre, por obligarle, aunque fuera mediante el orgullo, a partir con Tibasté; al caudillo pelendón, por empecinarse en participar en esa guerra lejana; a Babpo y el resto de los compañeros, por tomárselo todo tan a la ligera, y a Aníbal, cuyo sueño engrandecido era origen de todos sus males.

Pero en un arrebató de control el muchacho dirigió cada voluta de rabia hacia otro enemigo. Uno que, de haber razonado con la cabeza, comprendería que era el menos culpable de todos: los galos. Se empeñó en convertirlos en objeto de esa cólera devoradora, y por eso ansiaba que empezara la batalla. Él mismo se dio cuenta, de forma consciente, de que ya no deseaba acabar con ellos por haberle alejado de su amada.

No, ahora quería matarlos por conseguir que la olvidara.

* * *

Al día siguiente rehicieron todo el trayecto, pero esta vez por la orilla contraria. El último tramo volvieron a realizarlo tomando a los caballos por las riendas, hasta que quedaron muy cerca del grueso de los guerreros celtas. Un bosque los ocultaba, una empalizada brotando de la tierra, aliada sin pretenderlo de la estratagema púnica. Hanón ordenó encender una fogata sobre un cerro cercano. Con ramas mojadas.

El humo negro se elevó presuroso.

Había llegado el momento. Leukón montó en Bronce, que resoplaba tan impaciente como su jinete.

—Ya vamos, amigo mío. —Y retorció los dedos sobre el fuste de la lanza, mientras tomaba aire con los dientes apretados—. Ya vamos.

Tabnit miraba al otro lado del río, hacia esos desvergonzados galos que seguían increpando desde la distancia. Los arecómicos no habían dejado de amenazarles moviendo sus armas, vociferando extraños y rabiosos clamores. Recitaban, además, sus tradicionales cánticos guerreros, que intimidaron a más de un soldado de Aníbal. Por momentos era como si no existiera otra cosa que el estrépito. Una manada de fieras aullantes que los acechaba, con los rostros y los cuerpos pintados con tinte azul, dibujando símbolos tribales de aspecto arcaico. En efecto, Alcón tenía razón: iban desnudos, apenas con el calzado, las armas, sus brazales y torques. Auténticos salvajes, señores del miedo, destructores de las voluntades más endurecidas. Algunos soldados, especialmente los libios, cuyo coraje era menos firme, habían tenido que salir corriendo para encontrar un lugar donde defecar. El estratega, para solucionar esto, decidió que fueran los celtíberos, hispanos y lusitanos quienes participaran en la toma de la orilla. Menudo choque sería aquél, se dijo Tabnit. Dos avalanchas de fuerza y locura guerrera encontrándose en el mismo punto.

Y, sin embargo, el interés de los hombres al servicio de Cartago estaba centrado en otra cosa. Esperaban, con las balsas dispuestas a lo largo de la orilla, cargadas de grupos de asalto. Una culebra de casi un estadio de longitud. Aguas arriba, no muy lejos, habían creado una especie de presa valiéndose de las embarcaciones de mayor calado compradas a los celtas, para calmar la fuerza de la corriente.

Tabnit decidió marchar en esa primera oleada. Sentía que necesitaba entrar en acción, que estaba de nuevo harto de profecías, revelaciones misteriosas y destinos impuestos. Quería demostrarse una vez más —pues nunca era suficiente— que sólo él era dueño de cada paso que daba; que no había un dios blandiendo su espada, sino que era su voluntad la que animaba el brazo. Que por mucho que estuviera viviendo la existencia de otro, las elecciones que tomaba eran suyas.

Aunque con reticencias, Aníbal aceptó tal petición, no sin mostrar cierta envidia. Con gusto el estratega habría subido a una de las barcas, pues era conocida su pasión por participar en las batallas, acompañando a sus hombres, guiándolos con el ejemplo. Pero lo ocurrido en Arse lo había obligado a tomar precauciones, por mucho que le desagradaran. Durante el asedio fue lanceado en una pierna, y casi había muerto a manos de un guerrero edetano en el asalto final. Nadie quería que eso volviera a suceder. Aunque logró evadir las sensatas proclamas de sus oficiales con motivo de la visita al santuario o el duelo a muerte por la lealtad de los hispanos nortños, esta vez aceptó quedarse en la retaguardia, controlándolo todo.

Así que allí estaba Tabnit, en una de las plataformas ya botadas, en el centro de la formación. Varios soldados los sujetaban desde el borde de tierra, esperando la orden de impulsarlos con sus bicheros. Y ésta llegó cuando, allá en el este, tras un bosquecillo situado en el margen oriental, se alzó de pronto una columna de humo,

muy negro, como si el fuego fuera alimentado con ramas húmedas, y que asemejaba un funesto brazo en busca de la pureza del cielo. El mismo Tabnit dio inicio a las maniobras: se soltaron las barcas y los hombres dispuestos a tal efecto empezaron a bogar, esforzándose para luchar contra la corriente, pero también con calma. No tenían ninguna prisa... Todavía.

Al otro lado, los celtas habían enmudecido de repente. El oficial púnico sonrió no sin cierta malicia. Sí, estaban desconcertados ante la parsimonia de los púnicos. Debían de pensar que los movía la locura si se lanzaban así, sin más, al cruce del río.

—Ingenuos —dijo entre dientes.

Las siguientes voces que desataron los arecómicos no fueron nuevos exabruptos contra Tabnit y los suyos. No, hubo bramidos de alerta, un vocerío desatado y tan caótico como el repentino movimiento entre los galos.

—¡Ahora, remad con fuerza! —exigió el consejero.

Los que portaban las palas las hundieron en las aguas con brío. Mientras tanto, el cartaginés reparó en las sombras fugaces que iban y venían entre los volcas. Retazos de muerte que se abatían sobre ellos. El miedo se había trasladado de una hueste a otra, y ahora era el grueso del ejército púnico, que se agolpaba en su lado, quienes clamaban confiados.

—¡Muy bien, muchacho! —exclamó, pensando en Leukón y los pelendones, que debían de estar entre los atacantes a caballo.

La estrategia había funcionado, aunque faltaba rematarla. Los jinetes de Hanón, tras embestir con fuerza la retaguardia de los celtas, quienes hasta el momento se mantenían preocupados por los que llegaban con las balsas, causaron tal destrozo que los galos tuvieron que prestarles atención. Ahora trataban de afianzarse para resistir a la caballería, despreciando a los que llegaban por el río.

Tabnit y aquellos que le acompañaban saltaron al fango antes incluso de que la plataforma se detuviera. Su primer lanzazo fue a parar a un volca que no sabía hacia dónde mirar: si en dirección al ataque de los jinetes o atendiendo al grupo a pie que venía por su espalda. No logró reaccionar a tiempo y el cartaginés le hundió la pica a la altura de la columna. Sin la más ligera protección, con la piel al aire, el hierro abrió herida con facilidad. Un alarido más, entre tantos, se mezcló con la locura reinante.

El caos lo envolvió todo, tal y como era habitual en las batallas. Tabnit advirtió que, a su diestra, un grupo de jinetes celtíberos había sido rodeado por varios galos, que de ese modo cortaron su cabalgada. Eran tres caballos, y entre ellos el oficial reconoció el espléndido alazán de Leukón..., y sobre él, al muchacho. Se le inflamó el pecho de preocupación al advertir el apuro que pasaban, así que reunió al grupo de edetanos que tenía más cerca y los llevó al rescate de sus hombres.

Los celtas no pudieron oponer resistencia, cayeron como pájaros abatidos. Leukón sonrió al oficial, y entre la sangre que salpicaba su semblante y aquella sorda rabia que teñía sus ojos, vio agradecimiento. Se estrecharon los antebrazos durante un instante, y luego volvieron a la tarea de repartir muerte.

Fue un combate sangriento, pero no duró mucho. Los galos se vieron pronto superados y, a pesar de que sus leyes eran crueles contra los cobardes, muchos decidieron emprender la fuga. Los jinetes los persiguieron, y acabaron con algunos de ellos para evitar en lo posible que regresaran. El resto, conocedores del futuro que les aguardaba, escaparon.

No importaba. Tabnit miró alrededor para dar cuenta de la alta mortandad que habían causado: la orilla era un campo de cadáveres, con celtas que aún se retorcían en sus últimos latidos. Agrió el rostro. Aunque no era la primera batalla en la que participaba, ni siquiera la segunda, aquel espectáculo siempre le atormentaba. ¡Cuánto cambiaba la visión de las cosas en apenas unos instantes! Del miedo previo a la excitación del momento. De la fogosidad de la supervivencia al asco posterior. De la repulsión al remordimiento. Así era la guerra, y ni siquiera los más curtidos podían contemplar a los asesinados sin estremecerse, a no ser que fueran individuos de naturaleza cruel. Pues todos veían en aquellos rostros, moribundos o ya fríos, el semblante de un hijo, de un hermano, un amigo o un padre.

A pocos pasos de su posición, un gallo muy joven, que no debía siquiera alcanzar la edad de Leukón, se retorcía de dolor mientras trataba de contener el manantial que brotaba de su vientre. Tabnit se aproximó a él. Lo miró a los ojos, azules, claros, llorosos por un terror que devoraba todas las convicciones propias de un guerrero. Pues, ante la inminencia de la muerte —no una lejana y soñada, sino la que araña el alma, la que atormenta la carne—, los orgullos se desvanecen en la mayoría de los hombres.

El muchacho, rubio y que apenas contaba con un conato de barba, le devolvió el gesto. No hicieron falta palabras, se transmitieron lo que debían con un lenguaje universal.

«Hazlo, por favor».

Fue rápido. Un movimiento brusco con la lanza. Hundir y sacar del pecho.

El celta se llevó la paz final. Tabnit, un regusto amargo en el paladar.

Una vez más, Aníbal impuso su clarividencia táctica. ¿Había algo que aquel hombre no pudiera conseguir, un problema que no fuera capaz de resolver? Fue lo que Alcón se preguntaba a la vez que compartía el estallido de euforia de los soldados que habían quedado en el margen occidental del Ródano.

Sin embargo, el grueso del ejército aún no estaba en el otro lado. Había trabajo que hacer, las balsas construidas no eran suficientes. Tampoco podían plantearse erigir un puente, como hicieran para salvar el Iber, pues éste era un río mucho más caudaloso y ancho.

Así, los que lucharon para conquistar el río descansaron, que bien merecido lo tenían, mientras vigilaban cualquier posible retorno de los galos. Hanón quedó a su cargo, y unos pocos volvieron a cruzar las aguas con las plataformas flotantes para poder utilizarlas de nuevo, entre ellos, Tabnit. Los que habían sido espectadores hasta ese momento se lanzaron a fabricar más botes, azuzados por el estratega y sus oficiales, labor a la que dedicaron toda la noche. Vaciaron troncos que harían las veces de canoas, pero sobre todo se decantaron por crear más jangadas. La abundancia de árboles facilitó la tarea. No hacía falta que fueran grandes construcciones, bastaba con que flotaran y pudieran transportar a los hombres y toda la carga de víveres y demás pertrechos.

Ya amanecía cuando el número de embarcaciones alcanzó lo que precisaban. Empezó el verdadero paso. Cada plataforma portaba al menos veinte hombres, así como cuatro caballos atados por las riendas en la parte trasera y otros a los lados, nadando mientras eran tirados. La hilera de botes se extendía como una serpiente sin fin.

Todo el proceso se demoró una jornada entera. Los últimos en cruzar lo hicieron cuando apenas quedaba luz, pero a la caída de la noche el ejército al completo estaba ya en la orilla occidental.

Excepto los elefantes. Habían decidido dejar lo más difícil para el final, pues, según los cuidadores, la oscuridad ayudaría a que disminuyera el miedo de los paquidermos a la inestabilidad de las balsas. A pesar de todo, ni siquiera el empeño de los naires logró convencer a los animales de que subieran a las plataformas. Se negaron en redondo.

Tenían un problema. Las bestias grises eran imprescindibles para los planes de Aníbal, así que dejarlas atrás no era una opción. Podían buscar un lugar mejor para vadear el Ródano, pero tal cosa los retrasaría demasiado. Los oficiales se reunieron para decidir un curso de acción, aunque fue Ezalces, el cuidador del elefante al que Leukón visitaba casi todas las noches, quien propuso un método factible.

—Ser muy sencillo —dijo—: sólo tener que engañar a los elefantes, hacerles creer que aún están en tierra.

—¿Y cómo lograremos algo así? —refunfuñó Magón.

—Crear un pedazo de tierra que flote.

Y algo así hicieron. Fabricaron una balsa especial, de unos doscientos pies de largo por cincuenta de ancho, que cubrieron con una gruesa capa de tierra, aplastada para simular lo mejor posible un terreno sólido. Aseguraron el extremo posterior a la orilla mediante amarras, que dejaron en nada el vaivén producido por la corriente. Por supuesto, no fue suficiente, así que anudaron una segunda plataforma a la primera, también cubierta de tierra e igual de ancha, si bien era la mitad de larga. Y al final de ésta, otra barcaza, cargada de remeros y separada por largas maromas.

Ahora había que convencer a las bestias. Uno de los compañeros de Ezalces condujo una hembra hacia el primer entarimado. Lo recorrió sin problemas, tomándolo por un camino cualquiera, y se detuvo en el más pequeño. Dos machos más la siguieron, y una vez el trío dispuesto, se desprendieron las cuerdas que sujetaban la jangada con la cabeza de puente.

Fue entonces cuando se desató el nerviosismo de los elefantes. Alcón advirtió cómo se apretujaban entre sí. Temerosos al verse rodeados de agua, bramaban con poderosos barruntos. Sin embargo, estaban tan aterrorizados que se mantuvieron quietos, y la barca que tiraba de ellos llegó a la orilla sin traba alguna.

Satisfechos, repitieron el proceso. En el segundo viaje embarcaron otros tres animales, entre ellos el elefante con el que se había encaprichado Leukón, otra hembra para que los atrajera, y el mayor de todos los paquidermos: Surus, la gran montura de Aníbal. De nuevo todo fue bien, pero en el tercer cruce uno de los elefantes, el más joven, se encabritó demasiado y provocó que la balsa se ladeara y, finalmente, los tres cayeran al río. Uno de los nares logró saltar y aferrarse a la barca con los remeros, pero sus dos compañeros murieron aplastados por los animales. Fue un verdadero caos, aunque los mamíferos no sufrieron daño alguno más allá del pánico, que les hizo nadar mientras con la trompa respiraban por encima de las revueltas aguas. Al final lograron llegar a tierra, al igual que el resto.

* * *

Alcón cruzó el río en la misma balsa que Aníbal y el resto de oficiales. Cuando pisó el barro, adelantó unos pasos y se limpió las suelas en la hierba. Luego alzó la cabeza, y así, de pronto, le azotó una poderosa impresión difícil de identificar. Sobrecogimiento, sí. Con el Ródano a la espalda, era como si hubieran dejado atrás algún tipo de límite, de frontera hacia lo desconocido. No, aquello no era acertado, pues sabía lo que estaba por llegar. Y el grueso del ejército pronto lo sabría también.

Allá, a lo lejos, tras la franja arbolada que seguía el curso del río, se extendía un valle. Y, al final de éste, una hazaña que ningún ejército había emprendido antes. Le salieron unas palabras espontáneas, que sólo Tabnit alcanzó a escuchar, pero que velaron de solemnidad el semblante del cartaginés del mismo modo que el del íbero.

—Los Alpes nos esperan.

Parte 3

LAS MONTAÑAS DE LA DESESPERACIÓN

Publio Cornelio Escipión apuró la copa del fragante vino mientras se asomaba a la terraza de la casa. Palacio, en realidad. Las autoridades de Massalia habían tenido a bien ofrecerle uno de los edificios más grandes de la ciudad, tal era la lealtad que guardaban a Roma: situado en el centro de la urbe, con vistas al magnífico puerto, cuya forma le recordaba vagamente a un anfiteatro. En aquellos muelles habían fondeado barcos de todas las nacionalidades y orígenes: jónicos, macedonios, egipcios, romanos e incluso fenicios o cartagineses, aunque estos últimos hacía tiempo que no se atrevían a acercarse a la aliada de sus enemigos.

—Es un caldo excelente, debo reconocerlo —le dijo su hermano Cneo, sentado en uno de los *kline* de la sala, abierta al balcón gracias a un gran arco—. Cuesta creer que pueda elaborarse un vino de semejante calidad en un lugar tan apartado, tan rodeado de bárbaros.

—El comercio, la mejor arma —asintió Publio.

Massalia podía sentirse orgullosa de su pasado y, sobre todo, de su presente. Colonos focenses llegados de Jonia alcanzaron el lugar huyendo del persa Hárpago. Habían tenido que prosperar, tal y como había dicho su deslenguado hermano, en un territorio hostil, desconocido. Norte, este y oeste estaban ocupados por tribus a los que sólo el beneficio de tener un lugar donde comerciar disuadía de arrasarlo todo. Pero el consejo, compuesto por seiscientos miembros elegidos a perpetuidad, y a los que se les conocía como los *timuchi*, sabía cómo hacer las cosas. La urbe, que se erguía en una costa pedregosa, había extendido y afianzado su presencia en el sur de la Galia. Tierra adentro poseían grandes plantaciones de olivos, y viñedos en abundancia, de donde nacían los frutos para el mayor orgullo de la ciudad, el soberbio vino que era admirado en todo el Medi Terraneum.

Pero tanta prosperidad precisaba también de una férrea defensa. Los massaliotas disponían de posiciones fortificadas desde las que vigilar tanto a los celtas en tierra como a los piratas ligures que pudieran hacer de las suyas llegando desde el mar. Ahora bien, sus espadas y lanzas se limitaban a la protección. Publio recordó la fama que tenían los habitantes de Massalia en Roma: se decía de ellos que preferían rehuir el conflicto directo, que se limitaban a brindar apoyo logístico a sus aliados (lo cual, dicho sea de paso, no era poca cosa). Pero sabía que podían llegar a ser diestros en la guerra si se lo proponían. Muchos años antes, tantos que ya nadie sabía si era verdad o pura leyenda, llegaron incluso a vencer a los cartagineses. Quizá por eso le caían tan simpáticos.

Volvió la vista al puerto. La brisa le arremolinó los cabellos, que ya empezaban a escasear sobre su cabeza. Alcanzaba a contemplar las embarcaciones que los habían llevado desde Pisa: sesenta naves, con capacidad para transportar a una legión entera —alistada a toda prisa para sustituir a la tomada por Cayo Afilio para calmar las

revueltas de los boyos—, y con las que habían bordeado las costas atravesando Etruria, Liguria y el territorio de los saluvios. Sin embargo, sus tropas estaban acampadas cerca, al noroeste de Massalia, en un asentamiento fortificado cerca de la primera boca del Ródano.

Habían llegado un par de semanas antes, y si seguían sin moverse era porque el viaje por mar resultó ajetreado por culpa de un intenso oleaje. Un mal augurio, dijeron algunos, el primero de muchos inconvenientes. Publio no creía mucho en tales designios divinos, no más de lo que debía para aparentar. Era un individuo hecho a sí mismo, fortalecido por los éxitos ganados con sudor y sacrificio. En contra de lo que se decía, pertenecer a una de las dinastías patricias más importante no era un camino enlosado, conllevaba unas exigencias que obligaban a mucho, a más de lo que en ocasiones podía soportarse. ¡Con lo sencillo que sería retirarse a su residencia y dejar que otros trataran los asuntos peliagudos de la guerra! Pero el cónsul había sido forjado a fuego y martillo romano por un padre estricto, del mismo modo que él hizo con su hijo. Precisamente, la única debilidad que se permitía era pensar en su vástago, el mayor, al que había puesto su mismo nombre, y que en aquellos momentos estaría en Roma. Sólo hacía un par de meses que había cumplido dieciocho primaveras, pero ya sabía que anidaba algo grande en él. De hecho, le reservaba planes no muy lejanos.

Sea como fuere, decidió dar un largo descanso a la tropa. No necesitaba apresurarse. Sus informadores hablaban de que el ejército de Aníbal había cruzado los Pireneos al poco de que los romanos zarparan, así que calculaba que al cartaginés le restaría todavía un mes antes de alcanzar el Ródano. La oposición de las tribus galas, aunque sólo fueran bárbaros en comparación con los púnicos, los retrasaría mucho. Tenían tiempo.

Sin embargo, había algo que no encajaba. Seguía dándoles vueltas a los supuestos planes de aquel general cartaginés que tanto temor causaba en Roma. No les encontraba sentido. El Bárquida había realizado movimientos muy extraños, empezando por despreciar la comodidad de la ruta costera en favor de un deambular por el interior de las tierras norteñas de Hispania; lo cual, por otra parte, dejaba claro que los mensajes enviados por su espía en el campamento eran falsos; lo habían descubierto. La explicación aceptada por los mandos romanos había sido que Aníbal quiso alejarse de la zona de influencia de Ampurias para evitar cualquier desgaste de sus tropas. Se reservaba para Massalia, verdadera plaza fuerte de Roma. De todos modos, Escipión no podía dejar de pensar que algo no marchaba bien en ese razonamiento.

Alguien llamó a la puerta del *triclinium*. Cneo refunfuñó, se revolvió con aire perezoso y al fin se levantó del diván. Al abrir la hoja se encontró cara a cara con uno de los lictores que el cónsul había traído consigo.

—Ha llegado un correo urgente.

—¿Urgente? ¿Qué puede haber tan urgente para molestar nuestro bien merecido solaz? ¿Alguno de esos boyos le ha roto una uña a Afilio, y éste precisa que vayamos a hacerle la manicura? —se burló el hermano menor, mientras volvía para tomar un dátíl de la mesilla junto a los sillones.

—¡Qué pase! —ordenó Publio, sin hacer caso de las tonterías de Cneo. A veces le parecía que no se tomaba nada en serio.

Entró un mensajero, custodiado por los lictores, cuyas manos no se alejaban ni un suspiro de las espadas. Una precaución más. No hubiera sido el primer intento de asesinato de un cónsul. Al igual que ellos tenían espías entre los cartagineses, no cabía ser tan ingenuo como para pensar que no pudiera ocurrir lo mismo al contrario. Y si había espías, ¿por qué no asesinos? Aunque no era menos cierto que aquel joven, visiblemente agotado por su cabalgada, no tenía el aspecto de un traidor.

Jamás lo tenían.

—Señor, hemos sabido que el estratega de Cartago ha alcanzado el Ródano. Lo cruzó hace dos días.

Ni el mismísimo Júpiter, descendiendo al mundo y presentándose ante los dos hermanos, habría logrado causarles un estupor mayor. Publio y Cneo se miraron el uno al otro. El cónsul se mostró más impasible, aunque una arruga en la comisura de los labios denunció su preocupación. El otro, sin embargo, lucía una expresión desenchajada.

—¡Pero qué barbaridad estás diciendo! —le gritó al muchacho, y levantó la mano para abofetearlo—. ¿Has estado bebiendo?

—Déjalo en paz —lo atajó el magistrado—. No, no es ninguna locura. Llevo días reflexionando sobre todos esos detalles que no encajan.

El mensajero, atemorizado por el arrebató de ira del hermano del cónsul, les relató cuanto sabía: que los cartagineses habían logrado engatusar a las diversas tribus galas, excepto a los arecómicos, a los que habían derrotado para cruzar el Ródano, a cuatro días de marcha de la desembocadura. Cuando ya no tuvo nada más que decir, lo despidieron.

—Aún no puedo creerlo —repitió Cneo, tras dejarse caer cuán robusto era sobre el diván—. ¿Cómo ha logrado marchar tan rápido?

—Está claro que lo hemos subestimado. Y siguen apareciendo misterios. —Se acarició el mentón—. ¿Por qué ha vadeado el río tan al norte?

—Quizá se ha enterado de que estamos aquí acampados y no quiera acercarse demasiado a Massalia, por el momento. Nos tiene miedo.

—Dudo que sea eso. Dicen que ese hombre es la reencarnación de su padre, mejor incluso. Y Amílcar fue el único general, junto a Jantipo, que puso en apuros a los nuestros durante la guerra por Sicilia. Aquí hay un ardid oculto.

De pronto, se le agrandaron los ojos. Incluso él, tan estoico en sus gestos, abrió la boca asombrado.

—No puede ser... No puede pretender acometer semejante locura...

—¿A qué te refieres, hermano? ¡No todos somos tan listos como tú!

—Que los dioses asistan a ese demente. ¡Su intención es cruzar los Alpes!

Cneo boqueó como un pez fuera del agua. Al principio no acertó ni a responder con una de sus impertinencias. Hasta él comprendió lo que eso significaba.

—Pero... Pero... ¡Se suponía que venía a atacar Massalia! ¡A erradicar a nuestros aliados para dificultar la invasión a Hispania!

—¡Abre los ojos, hermano! —le increpó Publio—. ¡Va a invadir Roma!

* * *

Escipión llamó a sus asistentes de inmediato. Dio orden de poner en alerta al ejército. No obstante, sabía que no podía lanzarse al ataque a lo loco. Aníbal ya había cruzado el Ródano. ¿Dónde estaría a aquellas alturas? Debía averiguarlo. Diez *turmae* de jinetes, sí, eso serviría. Trescientos hombres. Y luego, cuando supiera dónde estaban exactamente, atacaría. Cuanto antes.

Porque como ese loco cruzara los Alpes, y algo le decía al cónsul que bien podía lograrlo, sentirían su aliento en la nuca.

Estaba allí, a cinco pasos, rascándose el costado contra el árbol, haciendo saltar la corteza. Era grande, muy grande, de piel negra, y unos colmillos largos retorcidos hacia atrás, sobresaliendo por debajo del hocico. Leukón, escondido tras unos arbustos, sonrió. «Menuda pieza», pensó de nuevo. De aquel rechoncho y robusto jabalí podría sacar carne para treinta personas, como poco. El muchacho levantó el brazo con la jabalina, poco a poco, buscando que ni siquiera el roce de sus ropas lo delatara. Esta vez no se le escaparía. Apuntó, tomó impulso...

El cerdo salvaje levantó de pronto la cabeza, olisqueó un momento y, justo en el instante en que el celtíbero lanzaba el venablo, salió al trote, gruñendo con lo que, a aquellas alturas, ya le parecía una risa burlona. El asta quedó clavada en una raíz.

—¡Que Lug te maldiga cien veces, bestia inmundada! —gritó, pleno de frustración, levantando el puño.

Se dejó caer sobre la hierba, sin molestarse todavía en recuperar el arma arrojada. En realidad, estaba más enojado consigo mismo que con el jabalí, quien al fin y al cabo tan sólo trataba de sobrevivir.

¡Era increíble que lo hubiera descubierto! El joven pelendón no era precisamente un cazador inexperto. Se había cobrado su primera presa en solitario, cerca de Okalakom, cuando tenía apenas trece años. De tanto vagabundear por Pelendonia sabía qué técnicas utilizar para esconderse de los jabalís: sigilo, desde luego; hallar los lugares que las bestezuelas, de costumbres fijas, utilizaban para sus necesidades —como un charco de barro en el que retozar, o el tronco donde se rascaban—, y paciencia para esperar a que aparecieran. Por supuesto, estaba el asunto del olor: el olfato de los cerdos salvajes resultaba extraordinario, y el único modo de engañarlos era adquirir el aroma natural del entorno del animal. Leukón había tenido que frotarse con diversas plantas aromáticas. Ahora apestaba, y todo para nada, pues el odioso cerdo lo había burlado una y otra vez.

Miró al cielo, que se perfilaba entre las hojas de los robles. El techo de ramas, que a duras penas dejaba pasar la luz en columnas iridiscentes, permitía al menos advertir que el sol ya estaba bajo. Pronto tendría que volver, y lo haría con las manos vacías. Si el resto de cazadores enviados por los oficiales de Aníbal tenían el mismo éxito, aquella noche no comerían carne. Ni siquiera unos pedazos en una triste sopa.

Doscientos hombres peinaban los bosques que el ejército dejaba al este, conforme remontaban el río, para poder conseguir piezas con las que aliviar los cada vez más exigüos morrales. Por supuesto, ni aunque todos ellos trajeran una pieza como la que Leukón había estado a punto de capturar, podrían dar de comer a los miles de soldados. Pero que la comida contuviera al menos unos trozos de carne servía para insuflar un poco de moral en el cada vez más maltrecho ánimo de la tropa.

Desvanecida la excitación tras la batalla del Ródano, se había instalado un ligero abatimiento entre los hombres. Era lógico, después de tantos días de viaje, que la añoranza hiciera más estragos que el hambre. Algunos grupos pequeños habían ido descolgándose incluso antes de llegar al gran río, a lo que Aníbal no puso trabas, pues prefería que quienes continuaran estuvieran comprometidos con la misión.

Resultaba curioso que todo ese desaliento no tuviera nada que ver con lo que estaba por llegar, sino con lo que quedaba atrás. Ya todos habían sido informados por los suboficiales del destino al que se encaminaban, aunque todavía no eran conscientes de lo que suponía. Para la mayoría de aquellos númidas, celtíberos, libios, íberos y celtas los Alpes no dejaban de ser una simple idea en la cabeza. Unas montañas, nada más. Y si habían cruzado con facilidad los Pirene, ¿qué complicación les detendría? Pero algunos, los menos, ya empezaban a hablar de un lugar terrible, repleto de espíritus malvados.

El mismo Leukón no lo tenía muy claro. Sólo los comentarios de Alcón le hacían ver que iban a enfrentarse a un grandioso reto. Lejos de provocarle rechazo, eso le insufló coraje. Era precisamente lo que necesitaba, una hazaña que le apartara del corazón toda la angustia emocional que lo desvelaba por la noche. La melancolía, odiosa herida que se ensanchaba cada día, por la que sentía que su alma se desangraba. Y con ella el cariño por su amada.

De pronto se sobresaltó. Sonido de pies, ramas crujiendo. Unos arbustos se movieron cerca. ¿Había vuelto el jabalí? ¡Y su venablo seguía clavado en el árbol! Demasiado lejos para alcanzarlo sin espantar al animal. Permaneció quieto de todos modos. Sólo faltaba que lo embistiera. Una bestia como aquélla podría matarlo si le hincaba bien esos colmillos.

Y, entonces, vio una silueta, junto a otro roble, a dos pasos de su posición.

Desde luego, era mucho más alto que un jabalí.

Ni siquiera se detuvo a reparar en el aspecto del desconocido, Saltó de su escondrijo, con la daga recién desenvainada, en busca del cuello de quienquiera que fuera. No pretendía degollarlo sin más, sólo inmovilizarlo para interrogarlo sin peligro.

Pero el individuo demostró unos reflejos portentosos y una agilidad que no le iba a la zaga. Antes de que Leukón lograra posar su acero en la garganta, el otro se revolvió y le propinó un codazo en el vientre, que le hizo resoplar, retroceder y quedarse sin aire durante un momento eterno.

Fue en ese instante cuando posó la mirada en su agresor. El blanco de sus ojos creció alrededor de las pupilas negras debido a la sorpresa. No podía ser. Era imposible, debía de haberse vuelto loco. Las palabras apenas surgieron de sus labios.

—¿Stena?

* * *

Parpadeó, y entonces se dio cuenta de que no era ella, aunque durante un primer y fugaz latido así lo creyera. Aquella joven parecía mayor incluso que él, aunque no mucho. Tenía el pelo, castaño y largo, recogido por detrás en un largo y grueso mechón. Su semblante se le antojó realmente salvaje: mirada agresiva, frente y mejillas pintadas con trazos azules, remolinos de color que le otorgaban un aspecto terrible. Vestía como un varón celta, con esa prenda que Alcón llamaba «pantalones».

No fue capaz de distinguir nada más. Ella no le dejó. Se lanzó con un puñal hacia él. El muchacho se movió a la derecha justo a tiempo de evitar ser atravesado por la daga, mientras se maldecía por no haber traído consigo el escudo, lo que habría decantado por completo el combate a su favor. Pero la *caetra*, al igual que la espada, estaban con Bronce, escondido en las cercanías.

Sin embargo, el verdadero lastre se hallaba en su corazón. Contra cualquier otro enemigo Leukón se habría aferrado a su furia para mostrar pelea. Ahora bien, la rabia no acudía a él si debía enfrentarse a una joven que le recordaba a Stena. ¿Cómo buscar la muerte de alguien así?

Por supuesto, ella no se veía restringida por tales emociones. Era rápida. Y poseía una fiereza fuera de lo común: tenía los ojos entrecerrados, apretaba los dientes excepto cuando lanzaba un estoque, momento en el que gritaba con rabia. Acorraló al celtíbero contra un tronco. O encontraba un modo de derrotarla, o sería la joven quien se encargaría de hacerlo.

La gala, pues eso debía de ser, trató de apuñalarle de nuevo llevada por ese ímpetu furibundo. Leukón se anticipó esta vez. Le aferró la muñeca del brazo armado en una tenaza implacable. Su enemiga lanzó un alarido y buscó arañarle el rostro con la mano libre, pero también logró sujetarla. Ella se revolvió, tratando de liberarse de la presa. Fue inútil.

—Y ahora me dirás quién eres —le exigió el pelendón, acercando su rostro al de la joven para intimidarla.

Grave error. La mujer celta cerró los ojos y adelantó la cabeza de modo brusco. El golpe fue tremendo. Leukón sintió que se le nublaba la vista, que el mundo empezaba a girar sumido en un mar de estrellas vagas, danzarinas como el resto de la realidad.

Pero no la soltó. Ni siquiera cuando trató de darle una patada en la entrepierna, lo que logró evitar a tiempo. Ya completamente enfadado, todavía recuperándose del vahído. —¡Cosus, cómo le dolía la frente!—, realizó un movimiento brusco, doblando a su prisionera hasta dejarle las manos a la espalda. La postura forzada de los brazos hizo gemir a la muchacha, que se vio, esta vez sí, indefensa.

Fue entonces cuando estalló su llanto.

Desde luego, no era la pieza que Tabnit había esperado que trajera Leukón.

Al atardecer, cuando el muchacho volvió de su jornada de cacería, se produjo un gran revuelo en el campamento instalado junto al río que habían cruzado aquella tarde. El motivo fue el inesperado jinete que acompañaba al celtíbero, esa joven gala con las manos atadas y la boca amordazada.

El pelendón no se demoró en dar explicaciones a nadie salvo al consejero cartaginés.

—Me atacó con gran ferocidad. Aunque logré reducirla, no sabía qué hacer. Temía que fuera parte de algún tipo de patrulla de exploración, así que pensé en traerla aquí.

«Y no quisiste terminar con ella, por supuesto», pensó el púnico. No le extrañó. Incluso para un guerrero, una cosa era matar en una batalla y otra acabar con la vida de alguien desarmado. Sobre todo, si era una mujer.

Sobre todo, si era tan hermosa.

—Supongo que has hecho bien —admitió Tabnit.

El propio Leukón se encargó de hacerla descabargar. El oficial se acercó a ella. Debajo de aquellos signos trazados en añil, de la suciedad y los chorretones en su faz, producto del llanto, se adivinaba belleza. Transmitía una imagen salvaje, dura; y, sin embargo, pudo entrever un aire de vulnerabilidad escondido, una fragilidad parapetada tras la rabia exterior. «Todos guardamos un segundo rostro, por lo visto», se dijo el púnico, pensando en sí mismo.

Sus ojos lo impresionaron. De un intenso azul, cargados de pena, le resultaron familiares. ¿Dónde los había visto antes?

—¿Entiendes mi idioma?

Hubo una respuesta, anticipada por un movimiento brusco de la mujer, que buscó abalanzarse contra Tabnit. Leukón la sujetó.

—¡Cartaginés!

«Bueno, al menos conoce una palabra».

—No ha parado de repetir eso durante todo el trayecto —dijo el pelendón.

La gente ya se había arremolinado en torno al trío. Tabnit advirtió con preocupación la mirada lasciva de algunos hombres. Muchos días sin catar hembra alguna, desde que las prostitutas abandonaran al ejército.

«Tal vez no haya sido tan buena idea traerla aquí».

—¡Yo podría hacerla hablar! —dijo alguien.

—¡A mí me lo contaría todo por puro agradecimiento! —se burló otro.

—¡Suficiente!

El grito acalló toda mofa. Aníbal se abrió paso hasta alcanzar el centro del corrillo. Tabnit le informó de lo ocurrido, y el estratega decidió que mantuvieran

prisionera a la mujer en una tienda individual, para ser interrogada.

—Quiero que esté bien atendida —dijo, y entonces alzó la voz para que todos le escucharan—. ¡Y nadie le pondrá la mano encima! Si me entero de lo contrario, no tendré piedad alguna.

Así pues, se llevaron a la prisionera, a pesar de un nuevo intento de rebeldía por su parte. Tabnit asignó a Leukón como uno de los vigilantes de la mujer celta, pues confiaba en su integridad.

El muchacho no se negó, por supuesto, pero lanzó un hondo suspiro que el cartaginés no supo a qué achacar.

* * *

Aún no había anochecido cuando la tranquilidad del asentamiento se vio truncada por segunda vez. Los vigías dieron la voz de alerta al advertir una nube de polvo en el horizonte, que llegaba de los caminos del sur.

Pronto comprobaron que se trataba de la gran patrulla de jinetes númeradas que Aníbal había enviado al cruzar el Ródano, con la intención de dilucidar la posición de los romanos. Ahora bien, a Tabnit se le desdibujó el gesto cuando advirtió que, de los quinientos caballos, no quedaban ni la mitad.

Habían tenido problemas. Graves problemas.

Subas, el suboficial al mando de la diezmada fuerza, se presentó enseguida en la carpa del estratega. Aníbal le ofreció agua y pidió incluso que viniera un médico, pues el númerado lucía una fea herida en el muslo izquierdo.

—No es necesario, señor —dijo el soldado—. Sólo es un rasguño, y lo que debo contar es urgente.

Así fue como se enteraron de que Escipión ya sabía sobre el cruce del Ródano. Y, por lo visto, pretendió averiguar la posición del ejército cartaginés. Los númerados se encontraron con una caballería de trescientos romanos, que Tabnit imaginó llegados de las cercanías de Massalia.

—Fue una batalla muy dura, señor —explicó Subas—. Nos tomaron por sorpresa, sus panoplias eran más letales que las nuestras y no nos dejaron utilizar la rapidez. Al final logramos escapar y poner tierra de por medio.

—¡Escapar! —rezongó Maharbal—. ¡Tendríais que haberos quedado a luchar hasta la muerte!

—¡Nada de eso! —le reprendió el León de Cartago—. Hicieron lo correcto, lo que se esperaba de ellos: volver para contarnos la noticia. Y ahora, amigo mío, déjanos deliberar. Te has ganado un merecido descanso. Reposa y que te curen la herida.

Subas se marchó, y Aníbal paseó entre sus oficiales, rumiando. Nadie lo interrumpió, al menos hasta que Magón decidió abrir la boca.

—Hermano, se nos presenta una gran oportunidad.

—Ya he dicho varias veces que no es el momento del enfrentamiento.

—Estratega, te conozco desde que naciste —le dijo Maharbal—. En todo eres digno sucesor de tu padre, pero tenemos que dejar de huir. Los hombres ansían batalla.

Tal vez por primera vez desde que lo conocía, Tabnit vio dudar a Aníbal. Imaginó los motivos: la sangre de los Bárquidas le pedía combatir. No por cuenta de algún infantil juramento de odio hacia los romanos, tal y como se había extendido falsamente desde hacía años, sino porque los itálicos eran esos enemigos a los que derrotar para conseguir que Cartago tuviera un futuro. Pero aquel hombre contaba con la mente de un genio de la estrategia, y sabía que el golpe maestro debía darse en suelo enemigo. Si lograba derrotarlos allí, a las puertas de su hogar, Roma conocería el miedo en un grado tan intenso que no lograrían reaccionar más que con desesperación.

—Debo pensar —concluyó al fin—. Esta noche lo consultaré con mi propia conciencia.

«Muy bien, Aníbal», pensó Tabnit, satisfecho ante la seguridad con que su general había anulado cualquier sensación de debilidad.

—Mañana, antes de que el campamento esté desmontado, sabréis cuál es nuestro siguiente paso.

—Despierta, Alcón —escuchó el íbero, al mismo tiempo que sentía que alguien lo zarandeaba.

Abrió los ojos muy a su pesar. Se encontró con el rostro serio de Tabnit, y se incorporó de golpe pensando que tal vez ocurría algo.

—Tranquilo, todo está bien —le calmó el púnico.

Miró alrededor. Afuera aún estaba oscuro. En el interior de la tienda los pelendones seguían durmiendo entre ronquidos y gemidos producidos por quién sabía qué tipo de sueños.

—Te espero en la tienda donde tenemos a la prisionera gala —le susurró Tabnit—. La que custodia Leukón.

El arsetano asintió mientras se desperezaba. Cuando salió al exterior para remojarse la cara en el barreño de agua, ya se adivinaba el primer fulgor del día.

Llegó al lugar acordado, donde Tabnit y Leukón charlaban. El muchacho se tomaba en serio sus obligaciones: tenía los ojos ensombrecidos por la falta de sueño, se había pasado la mitad de la noche vigilando la entrada, sin aceptar el relevo de otros guardias.

—Quiero que la interrogues, Alcón —le dijo el cartaginés—. En una hora estaremos en marcha de nuevo y debo saber si puedo liberarla. No nos interesa una boca más que alimentar.

Entraron ambos, pero dejaron a Leukón fuera para que la prisionera no se sintiera intimidada por su captor. La oscuridad dentro de la carpa habría sido total de no ser por la lámpara de barro que llevaban consigo. Ella, que estaba hecha un ovillo, se despertó con brusquedad, y al ver a los dos individuos se acurrucó, abrazándose las rodillas. Sin embargo, lejos de mostrarse sumisa o temerosa, les ofreció un rostro desafiante.

Alcón tomó asiento frente a la mujer, en el suelo. Levantó las manos con las palmas hacia ella, indicándole de ese modo que no debía temer nada. Sintió una profunda pena por la joven. ¡A saber qué estaría pasando por su cabeza! Sin duda imaginaría que si dos hombres acudían era para abusar de ella.

«Muéstrate amable, padre», le dijo Isbataris.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó el arsetano, con voz amigable y una sonrisa; trató de utilizar las inflexiones y el acento del dialecto galo que había aprendido en Ruscino.

La muchacha, desconfiada, no respondió.

—No hemos venido a hacerte daño, hija.

Nada. Sin embargo, su mueca se tornó otra: el enojo parecía menor; la boca abierta que mostraba los dientes se cerró, y los labios dibujaron una expresión de tristeza. Algo debió de ver Tabnit en esos ojos lastimeros, porque de pronto se

arrodilló frente a ella, desoyendo toda precaución, y la tomó de las manos atadas. Alcón advirtió claramente cómo ambos cruzaban sus miradas. Los últimos rescoldos de desconfianza parecieron atenuarse.

—Nunn —fue el sonido que salió, tímido, de sus labios.

—¿Nunn? —insistió el íbero—. ¿Así te llamas?

La joven asintió, todavía indecisa sobre si debía relacionarse con esa gente.

—Es un nombre hermoso —continuó el intérprete—. Nunn, debes estar tranquila. No sufrirás percance alguno. Estás bajo la protección de Aníbal Barca.

—La palabra de los hombres se rompe con facilidad.

«Vaya, parece que empieza a perder su aprensión a hablar», pensó satisfecho. Quizá tuviera que ver que Tabnit todavía le sujetaba las manos. A ella no parecía molestarle.

—Dinos por qué atacaste a uno de nuestros soldados. Estoy seguro de que existe una razón.

De repente, Nunn recuperó la fiereza en el gesto, dando nueva fuerza a unas pinturas que ya empezaban a desteñir.

—Los cartagineses son los enemigos de mi pueblo, los arecómicos —dijo, altiva.

—Los tuyos han sido derrotados, me temo —le explicó el traductor—. Aunque no deseábamos luchar con ellos, nos cerraron el paso en el río y tuvimos que combatir para avanzar.

La joven recuperó el gesto triste.

—Lo sé. Yo... —Se le empañaron los ojos, aunque intentó disimularlo—. Buscaba a mi hermano menor. Él no regresó. Soy su única familia, sólo yo puedo reclamar su cuerpo para darle los ritos que permitan a su alma buscar otro cuerpo. Iba en dirección al río cuando me atrapó ese muchacho vuestro.

Se lo contó a Tabnit, lo que no hizo sino grabar en el rostro del cartaginés una expresión de profunda compasión, como jamás había visto antes.

—Alcón, tradúcele mis siguientes palabras, con total exactitud. —Y posando su mirada en ella, capturando toda su atención, empezó a hablar, dejando las pausas necesarias para que el íbero hiciera su trabajo—. Hermosa Nunn, tu dolor es el mío. Entiendo tu pena, y te ayudaré a apaciguarla. Te prometo que te acompañaré hasta la orilla del Ródano en cuanto salga el sol.

La gala demudó su gesto hacia la incredulidad primero, hasta que apareció un brillo húmedo en sus ojos. Era el refulgir de la gratitud no expresada con palabras. Tabnit se acercó todavía más y estampó un casto beso en la frente de la muchacha. Luego se levantó, y junto con Alcón dejó la tienda.

—¿Por qué has hecho ese juramento? —quiso saber el arsetano, desconcertado por el arrebató del consejero—. Habría bastado con liberarla. Está claro que no es una amenaza para el ejército.

El cartaginés levantó el rostro hacia el dorado amanecer. Daba la sensación de que su ser se perdía en ésa lejanía, que todo lo que era se convertía en hálito y echaba

a volar. Sonrió de manera triste.

—Yo también tengo un hermano, Alcón. Y por él... —dudó entonces, rectificando sus propias palabras—. Sé lo que ella está sufriendo.

* * *

De repente, cuando los hombres ya empezaban a levantarse para iniciar las tareas de desmontaje, el fragor de las tubas de los centinelas resonó por todo el campamento.

Tabnit y Alcón acudieron a la entrada de la empalizada, donde ya se reunía Aníbal y el resto de oficiales.

—Los guardias han avistado un grupo de viajeros —le desveló Asdrúbal, que trataba de rehacer su alocada melena—. Son muy pocos para resultar un peligro, pero está claro que vienen en nuestra dirección.

En efecto, la comitiva, compuesta por unos treinta hombres, alcanzó el campamento y pidió audiencia con «aquel que llaman León de Cartago». Resultó ser una embajada enviada por los hoyos, que hablan cruzado los Alpes para encontrarse con quien se erigía como enemigo de Roma.

—Venimos en nombre de nuestro rey Magalo, quien os suplica ayuda para acabar con esos romanos malnacidos —tradujo Alcón. El líder de los galos se había presentado como Gobanitio, y era un individuo de piel marfileña, larga nariz y ojos un tanto hundidos—. Son como una plaga de ratas, no hacen más que extenderse, lo invaden todo. Necesitamos a alguien fuerte, y dicen que tú estás marcado por los dioses.

«Vuelan las noticias», pensó el arsetano. Tuvo que reconocer una vez más la inteligencia de Aníbal al utilizar sus propias creencias para convencer a gentes todavía más supersticiosas que él, y conseguir de ese modo apoyo allá donde iba, o respeto cuando menos. Desde luego, contar con aliados en las tierras al norte de Roma era una ayuda incalculable. Después del paso por los Alpes, que sin duda diezmaría su vigor, tener una etnia que les abasteciera de nuevo era más valioso que recibir a diez mil mercenarios de refuerzo. Y quizá contarían con ambas cosas.

—Antes debemos acabar con los romanos que acampan en las cercanías de Massalia —intervino Maharbal.

Gobanitio negó con la cabeza cuando Alcón le repitió las palabras en céltico.

—No os lo recomendaría de mi parte. Se acerca el otoño, las montañas empiezan a estar impracticables. Si no llegáis a ellas antes de la próxima luna llena, la sierra os enterrará vivos con su nieve.

Aníbal miró a sus oficiales, especialmente a Magón. Éste debió ver sus intenciones, a juzgar por el comentario que lanzó a continuación.

—No pensarás hacer caso de estos salvajes, ¿verdad? —le preguntó, afortunadamente en cartaginés.

—Modera tu lengua, hermano —le respondió el estratega, escondiendo su enojo tras una sonrisa para que el galo no diera cuenta de lo que ocurría—. La ayuda de esta

gente puede significar la diferencia entre la victoria y la derrota. Incluso entre la vida y la muerte de todo el ejército.

En contra de la opinión de sus oficiales, Aníbal aceptó el consejo de Gobanitio. Éste aseguró que el mejor camino para alcanzar los Alpes era remontar un afluente que volcaba sus aguas en el Ródano a cuatro jornadas hacia el norte, el Droma, y que nacía en la gran cordillera. Aquello, además, les alejaría de las tropas romanas que, sin duda, debían estar marchando en su dirección.

De inmediato, al general se le relajó el rostro, que hasta el momento había permanecido tenso. Alcón intuyó que se sentía aliviado, que el destino una vez más encaminaba sus pasos y daba validez a su plan primigenio.

El arsetano no tenía muy claro si habían salido ganando o perdiendo.

El día se nubló a media mañana, mientras Leukón, Tabnit, Alcón y cuatro de los pelendones. —Babpo, Orsua, Ambón y Corbis— cabalgaban de nuevo hacia el sur.

Y, con ellos, Nunn, la muchacha gala. El celtíbero no podía dejar de lanzarle miradas furtivas, una y otra vez. Ella iba sentada tras el oficial cartaginés, con las manos ya libres por orden del púnico. Hubo cierta discusión entre éste y el íbero, que aducía que no era sensato que la desataran, y mucho menos que cabalgara detrás de un jinete al que, si lo deseaba, podría robar la daga del cinto y apuñalarlo. Pero Tabnit no quiso escuchar nada al respecto.

—No va a hacerme nada, tranquilízate —le dijo al intérprete.

Y así había sido, al menos por el momento. Ahora la veía, aferrada a su cintura, y Leukón sentía que se le revolvía el estómago, que unas uñas le rasgaban el corazón mientras el sonido de su propia sangre le daba la impresión de que ésta rebullía en las venas. ¿Por qué tales emociones? ¿Por qué sus ojos no cesaban de buscarla?

Deshicieron el camino que durante casi dos jornadas les había llevado río arriba. A Aníbal no le gustó mucho que Tabnit le pidiera permiso para acompañar a Nunn al lugar donde había tenido lugar la batalla con los arecómicos. Temía que todo fuera una trampa para capturar a un oficial cartaginés que pudiera entregarles información, o por el que pedir rescate como prisionero. El consejero adujo que los galos no eran de naturaleza tan enrevesada, y para calmar la preocupación del estratega aceptó llevar consigo una guardia personal.

—Tú, mejor que nadie, sabes lo importante que es seguir los impulsos del corazón, Aníbal —le dijo, delante de Leukón, quien entendió lo bastante debido a que Alcón le había enseñado un poco del idioma púnico—. Le hice una promesa a esa muchacha.

—Sea pues —consintió al final el León de Cartago—. Pero procura regresar entero, amigo. Tu visión equilibrada me es muy necesaria.

A caballo como marchaban, no tardaron en alcanzar la zona del río donde había tenido lugar la cruel batalla con los galos. Aún quedaban restos del campamento galo, ocupado luego por los cartagineses, pero todo lo que pudiera resultar de algún valor había desaparecido.

—Los arecómicos ya han estado aquí —dijo Orsua, haciéndose eco de lo evidente.

Nunn dijo algo con aquella voz cristalina que poseía. Alcón se encargó de traducir.

—Las viudas han regresado a por sus esposos muertos. Las madres, a por sus hijos.

Dejaron los caballos atados a los árboles antes de adentrarse en el claro junto a la orilla. En efecto, apenas quedaban cadáveres. Tres, contó Leukón, hombres sin

familia a los que nadie echaría en falta. Y entre ellos, paseándose por el lugar como una vieja descarada, moraba la muerte.

No fue difícil encontrar al hermano de Nunn. La joven salió corriendo entre lágrimas hacia un cuerpo tendido muy cerca del agua, desnudo debido a la costumbre gala de luchar sin ropa. Y aunque el cuerpo ya había empezado a ser devorado por las alimañas, no tuvo reparo alguno en tomarlo en su regazo y llorarle. Le aferró la mano, con la otra le acariciaba la cara sin prestar atención a las deformaciones propias de la descomposición.

—¡Sedulo! —gemía, una y otra vez—. ¡Sedulo!

Tabnit se situó junto a la joven, de pie, cabizbajo. Se diría que estaba tan abrumado por el dolor como la muchacha. Alargó la mano y le acarició la cabeza por encima del cabello. Aquella visión provocó en Leukón una punzada de ira, pues acaso él había deseado también acercarse a la gala y consolarla, quizá con un abrazo. Sin embargo, el cartaginés esgrimía una expresión mortificada, apenada. Le hizo una seña a Alcón para que le tradujera.

—Nunn, escúchame —empezó a decir el íbero, poniendo en su boca las palabras del oficial; ella lo sabía, porque observaba con ojos empañados al púnico—. Ahora al fin recuerdo dónde había visto antes tus hermosos ojos azules. Los vi en este muchacho. Yo lo maté.

A la mujer se le quebró el gesto. Dolor y rabia pasaron por su faz en un instante hasta llegar a un gesto serio, pero controlado.

—¿Luchó con valor? —preguntó. La sorpresa vino porque lo había hecho en lengua griega.

Tras recuperarse del asombro, Tabnit asintió y respondió en el mismo idioma.

—Con la más alta bravura. Murió como un guerrero.

Si aquello era verdad o una mentira para aliviar el sufrimiento, Leukón no lo sabía. De todos modos, le gustó cómo reaccionó Nunn.

Sonrió. Con pena, pero sonrió.

—Gracias, cartaginés. Le diste una muerte digna. Se fue como un hombre.

* * *

Tabnit ordenó a los pelendones que reunieran leña para hacer una pira funeraria. Obedecieron, pero no sin mostrar un profundo desagrado.

—Resulta antinatural, un sacrilegio —dijo Corbis, rascándose la verruga como hacía siempre que no estaba de acuerdo con algo—. ¿Qué muerte es ésta para un guerrero? Ser pasto de las llamas está reservado a los viejos y los enfermos. No hay honor en algo así. Si le arrebatas la carne al luchador fallecido, los buitres, sagrados mensajeros de Cosus, jamás podrán llevar su alma al otro mundo.

—Cada pueblo tiene sus costumbres —le replicó Alcón—. Y los dioses celtas demandan este ritual.

—Al menos no le ha dado por embalsamar el cadáver, ni yacer tal cual en una fría tumba para que sea consumido por los gusanos —comentó Tibasté.

Juntaron leña suficiente para formar una pequeña cumbre de troncos y ramas, sobre la que situaron el cadáver de Sedulo.

Debido a la rigidez de los músculos, no les resultó fácil cruzarle los brazos sobre el pecho y obligar a los huesos agarrotados de sus manos a que tomara su espada. Nunn le pidió la daga a Tabnit, quien no dudó en prestársela. Ella misma se cortó el cabello, a la altura del cuello, y depositó las hebras acarameladas sobre el pecho del difunto.

—Llévate contigo una parte de mí hacia tu próxima vida —dijo, según tradujo Alcón—. Y que allí Beleños te reciba como mereces..., hermano mío.

Prendieron fuego a la pira. Los semblantes de los asistentes a tan extraño funeral se volvieron graves, como si aquel que se iba les fuera conocido. El respeto al bravo guerrero. El reconocimiento al honor.

La sinuosidad de las llamas capturó la atención de Leukón. El fuego, que con tanta avidez engullía el cadáver ya medio descarnado, avivó su imaginación. De pronto le pareció que aquellas siluetas danzantes tomaban cuerpo. Las lenguas se convirtieron en belleza, formando una figura al principio borrosa: una muchacha, hermosa. Stena. O el recuerdo ya difuminado de ella, más bien el esfuerzo del muchacho por conservar los últimos vestigios de su amada. Se desvaneció conforme se retorcían las flamas, y fue sustituida por otra imagen mucho más nítida.

La de Nunn.

Cuando la pira se convirtió en un montón de cenizas, Tabnit dio la orden de recoger y preparar la vuelta.

Antes, por supuesto, debía despedirse de Nunn. De repente se dio cuenta de que la idea le sabía amarga en el paladar y le provocaba un profundo desasosiego. Aquella muchacha, no podía negarlo, le había marcado el corazón. De algún modo su pena pasó a ser la del cartaginés, que se vio identificado con el sufrimiento de ella. Hermanos perdidos, familias rotas, añoranzas impuestas... Y al final, los mismos sentimientos: dolor, soledad, añoranza. Pero ¿acababa todo ahí? ¿Era la empatía lo único que hacía que deseara consolarla?

En realidad, no importaba. Él debía seguir con la guerra, dejarla atrás.

Le puso la mano en el hombro, grácil, menudo como ella. No advirtió reacción alguna, así que se puso frente a la gala. Lo que vio le arrancó un gemido de terror.

La joven parecía fuera del mundo, con los ojos vueltos hacia arriba hasta casi mostrar todo el blanco. Tabnit, alarmado, la zarandéó tomándola de los brazos, pero no obtuvo ninguna reacción. Al menos hasta que Nunn empezó a hablar sola. No, no eran balbuceos, vocalizaba claro, y con voz fuerte, pero ni siquiera Alcón entendió el idioma que utilizaba. O tal vez no fuera tal, sino un simple galimatías de vocablos sin sentido.

—¡Está hechizada por algún espíritu maligno! —gimió Babpo, mientras daba un salto atrás, al igual que el resto de pelendones, e incluso el arsetano. Sólo Leukón se mantuvo inmutable.

Antes de que nadie pudiera decir o hacer nada más, la gala parpadeó y volvió en sí. Tabnit la tomó del rostro como si la hubiera recuperado de la muerte, hasta que advirtió su atrevimiento y la soltó.

—¿Qué ha pasado?

—No lo recuerdo —dijo ella, que se mostraba confundida—. ¿He estado ausente?

Tabnit asintió. La joven se frotó el rostro.

—Me ocurre en ocasiones, desde la niñez. Se me va la mente a algún lugar lejano. Por eso... —Se mordió el labio, apenada. Dudó—. Por eso ningún hombre ha querido desposarme. Creen que estoy maldita.

—Yo también lo creo —rezongó Babpo, que por lo visto también entendía un poco el koiné.

Tabnit le dirigió una mirada de enojo. Les ordenó a todos que fueran a preparar la partida, que lo esperaran junto a los caballos. Leukón pareció reticente a moverse de su sitio, los miraba muy serio.

—Estaré bien, amigo. —Le dijo, imaginando que se preocupaba por su seguridad. Se marchó con un gesto arisco y casi diría que lleno de ira.

—¿Y qué haré ahora, despreciada por los míos? —se preguntó la joven—. Antes al menos tenía a mi amado hermano.

—Seguro que encontrarás un destino, y en él a alguien que sepa valorar tu valor. —Pero al decir aquello a Tabnit se le revolvió el corazón, sin saber, o desear saber, el motivo.

Entonces ella lo miró con los ojos brillantes, y le tomó las manos en un impulso.

—¡Llevadme con vosotros! Puedo ser una buena luchadora, tanto como cualquier otro varón. Y si eso no os vale, también conozco las artes de la sanación. —Suspiró y se estremeció—. Me bastaría ser una repudiada, obligada a vivir sola en los bosques. Quizás en la guerra halle mi sitio.

—He oído decir que las galas sois tan hábiles con la espada como vuestros guerreros —rió el oficial, aun cuando lo que tenía que responder no era de su agrado—. Sin embargo, no me es posible satisfacer tus deseos. Una mujer entre tantos miles de hombres colmados de deseo carnal es algo intolerable..., y peligroso para ti.

Nunn bajó el rostro, apesadumbrada, y Tabnit sintió una desgarradora herida abriéndose en su interior.

—O sea, que de nuevo me veo apartada. Habré, pues, de vivir retirada del contacto humano, ya que todos me tienen por un engendro maldito. Tal vez lo esté. Y así permaneceré, sumida en mi pesar hasta que la cordura pierda contra la soledad y me consuma en el lamento de los locos.

El púnico se dejó llevar también por el afecto. Levantó la mano y tomó el rostro de ella entre sus dedos, acariciándola con cariño.

—Cruel es la guerra, sin duda, pues separa a las personas que, en distintas circunstancias, podrían disfrutar de mutua compañía. Porque nadie en el mundo diría que eres un engendro, sino la hermosura hecha carne.

Y lo dijo con verdadera emoción. Tabnit odió entonces sus obligaciones contraídas, más que nunca. Maldijo la responsabilidad, ese monstruo que devoraba al individuo y los sentimientos hermosos.

—Si así lo quieres...

—No, no es así como lo quiero. Pero de este modo debe ser.

Luchando contra sí mismo, el consejero dio media vuelta. Y se alejó en pos de su caballo, dejando sin palabras a aquella muchacha que, sin pretenderlo, había alcanzado su alma, la auténtica.

La de Idnibal.

Gobanitio y los suyos se convirtieron en los guías del ejército, aunque en aquel primer momento el camino seguía marcado por el Ródano. Lo remontaron como si de salmones se tratara, en busca de ese afluente que dirigiría la marcha hacia el este, en busca de las montañas.

Alcón y su grupo alcanzaron la serpiente de hombres, dividida de nuevo en tres columnas, poco después de dejar a la muchacha gala. El regreso había sido parco en palabras, al menos por parte de Tabnit y Leukón, quienes reflejaban un ánimo apagado. En cambio, a los otros pelendones les supuso un alivio alejarse de Nunn, pues tras el extraño episodio del desvanecimiento la habían juzgado como una apestada de los dioses.

Durante el viaje de vuelta Alcón pensó mucho en el asunto. Como hombre instruido gracias a la influencia griega en Arse —y animado por Daleninar—, había hablado con muchos helenos sobre los más diversos temas. Fue un médico llegado de Pérgamo, Antíoco, quien le contó acerca de un sabio llamado Hipócrates y sus discípulos de la Escuela de Cos. Este pensador aseguró en vida, muchos años atrás, que las enfermedades que se atribuían a las divinidades u otros fenómenos sobrenaturales tenían una explicación tan mundana como el simple hecho de morir congelado en una noche de invierno. El caso de Nunn le recordó una de las afecciones de las que le habló Antíoco: la «enfermedad sagrada», a la que Hipócrates prefirió llamar «enfermedad mayor», y que producía convulsiones y pérdida de conocimiento en quienes la padecían.

Ahora bien, pedir a celtas, celtíberos e incluso íberos que razonaran como un griego sabio resultaría infructuoso. Para ellos, al igual que para los compatriotas galos de la muchacha, ella estaba sumida en alguna maldición horrible.

Cuatro días tardaron en alcanzar la región que los lugareños llamaban «La Isla», y que en realidad no era más que un gran pedazo de tierra rodeada de agua, allí donde el Ródano se convertía en dos durante un largo tramo. Para entonces los exploradores ya habían anunciado que los romanos, tras llegar al campamento abandonado en el Ródano, se dieron la vuelta para volver a Massalia. Aquella noticia tranquilizó mucho a Aníbal.

La zona en la que ahora se hallaban era dadivosa para las cosechas, y por tanto no resultaba extraño que estuviera habitada. Era la tribu de los cavares, que se extendían hacia el norte hasta tocar el territorio de los alógobres, y al este, donde alcanzaba los Alpes. Como estaban en tratos favorables con los boyos, la presencia de Gobanitio permitió que el ejército no fuese mal recibido. De hecho, invitaron a Aníbal y a su círculo cercano al poblado donde residían, situado en la llanura aluvial, junto a un pequeño monte que no se alzaba mucho.

Una vez más, Tabnit contó con la presencia de Alcón y Leukón. Tanto el cartaginés como el celtíbero seguían mostrándose un tanto apáticos. En el caso del consejero parecía bastante claro que algo tenía que ver con Nunn, aunque el arsetano no era un experto en las pasiones del corazón como para asegurar algo así. Nunca estuvo realmente enamorado, ya que su relación con Daleninar se inició como un acuerdo contractual entre las matriarcas de ambas familias, tal cual era la costumbre íbera, pero intuía que la gala había calado fuerte en Tabnit. El caso del pelendón era distinto. Su tristeza se remontaba muchas semanas atrás, aunque también debía de guardar relación con los males del amor. Tenía entendido que en su castro había dejado a una muchacha. Añoranza, el más antiguo de los padecimientos del alma.

«¿También tú nos echas de menos?», se burló su esposa.

La gente se agolpaba en las calles de tierra, mientras la comitiva se acercaba a la plaza central. Algunos, los más cautos, se asomaban a las puertas y a las ventanas, desde donde contemplaban a aquellos señores de piel morena con asombro y esperanza. Por libertadores, parecían tenerles, salvadores largamente esperados.

—Veo mucha necesidad en estas caras expectantes —dijo Cartalón.

—Sin duda, admiración —se vanaglorió Magón—. No deja de ser lógico, pues como bárbaros que son se maravillan con nuestra estampa grandiosa.

—Hermano, de nuevo me agravias hablando con tal altivez —le dijo su pariente—. Guárdate tales reflexiones soberbias para ti o, como mucho, para cuando no nos escuchen oídos ajenos a nuestra causa. ¿Acaso pretendes provocar la ira de quiénes te acogen, y que no salgamos vivos de este lugar?

El joven Barca, que era de pasiones volátiles pero a la vez idolatraba a su hermano, aceptó la reprimenda y ya no dijo nada más del tema.

Fueron recibidos por un senado formado por los notables de la ciudad. Extraño fue que no acudiera a presentarles hospitalidad ningún caudillo, lo que provocó la curiosidad de Aníbal.

—Señores, me siento desconcertado —les dijo—. Tenía entendido que cada clan celta se administra a través de un rey.

—No te equivocas, León de Cartago —respondió el portavoz del senado, un hombre tan anciano que no le quedaba apenas cabello en la cabeza, salvo unas encrespadas y finas hebras; un largo bigote le nacía por debajo de la nariz—. Sin embargo, existe un gran conflicto entre los dos aspirantes a ocupar el gobierno del poblado. Así que somos nosotros quienes lo hacen mientras ellos se aclaran. Yo soy Olovicón, la voz del consejo.

—Una lástima, sin duda —afirmó el estratega.

Se sentaron en torno a una gran mesa con forma de herradura. Allí había apetitosas viandas, como ciervos y jabalís asados, que a Alcón le hicieron salivar tras tantos días de parco alimento. Pero si algo le turbó fue el aroma del cuerno rebosante de vino que le pusieron delante. De pronto sintió que los latidos del corazón se le iban a las sienes. Después de tantas semanas de sobriedad, todavía el aroma dulzón le

tentaba como un espíritu sensual. Fue entonces cuando comprendió que aquella lucha no sería algo pasajero, que le acompañaría el resto de la vida. Una batalla constante que no estaba muy seguro de poder afrontar. Mucho menos de ganar.

«Resiste, padre».

La voz de Isbataris, aunque producto de esa sutil locura que lo gobernaba, lo ayudó a rechazar el caldo. Eso no gustó a los celtas. El joven que le sirvió se lo tomó, al principio, como un desprecio, lo que hizo que estuviera a punto de cambiar de opinión. No obstante, le dijo que el vino le sentaba mal, y aquél pareció aceptarlo.

—Acaso se podría hacer algo al respecto, aprovechando vuestra venida —dijo el galo, refiriéndose al conflicto político de la región—. Demasiado dura ya este problema, y tememos que acabe en sangre. Te explicaré el caso, Bárquida, pues quizá puedas ayudarnos.

—Si está en mi mano, así lo haré.

Los senadores asintieron, complacidos.

—Nuestro pueblo estaba regido, en efecto, por un jefe, Braneo. Era un hombre recto, que nos trajo una prosperidad que jamás habíamos conocido. Ahora bien, esta riqueza atrajo las envidias de nuestros vecinos más allá del río, los helvios. Hace cinco lunas nos atacaron, y tan fuerte fue su golpe que lograron arrebatar nos gran parte de la cosecha. Cuando marcharon, mientras nos rehacíamos, el hermano menor de nuestro caudillo, Brendo, adujo que la culpa de todo aquello fue de su pariente, quien, ofuscado por incrementar los bienes de la tribu, desechó la defensa. Así pues, apoyado por sus afines, los más jóvenes e impetuosos, lo expulsaron del poder. Pero a Brendo no le asiste la prudencia, es demasiado impetuoso y dado a la guerra. Por tanto, no estamos seguros de aceptar su gobierno, pues podría suponer una escalada de enfrentamientos con nuestros vecinos que en nada nos beneficiaría. Aunque bien cierto es que Braneo cometió imprudencias que nos han costado muy caras. Nos sentimos divididos entre una opción y la otra. Y si no nos pronunciamos, pronto se desatará la violencia entre dos de la misma sangre.

—Es una situación comprometida, entiendo: derecho contra fuerza —asintió Aníbal—. ¿Y qué puedo hacer yo para solventarlo?

—Hace una luna, el druida mayor de nuestro pueblo bajó de la montaña y nos habló. Es algo extraordinario, pues sólo se entromete en los asuntos de suma importancia. Ese día nos dijo que pronto llegaría la solución para el conflicto: un forastero, al que seguiría una marea de hombres y armas vivientes con forma de montañas; alguien querido por los suyos, tan bravo como ningún otro bajo el sol, con un destino grandioso que habría de lograr tras superar la más terrible de las pruebas. Un león que vendría a lomos de un rayo.

«Un león a lomos de un rayo», se repitió Alcón. No se precisaba una gran inteligencia para desvelar tal profecía: el león hacía referencia al sobrenombre de Aníbal; el rayo, a la palabra púnica Barca. De hecho, lo que no muchos sabían era que aquél en realidad no era el apellido de Aníbal, sino un mote que dieron a su

padre, Amílcar, por la rapidez de sus maniobras durante la guerra de los mercenarios en Cartago. O al menos eso le había contado Tabnit.

—¿Deseáis que yo medie? —preguntó Aníbal, sorprendido—. No conozco bien el caso, ni a los implicados. No podría dictar una sentencia justa.

—Nuestros dioses te han nombrado, según el druida, así que, si ellos creen que dirimirás con rectitud, nosotros lo aceptamos. De hecho, ambos hermanos esperan para comparecer ante ti —aseguró.

Alcón entendió entonces que el estratega se había metido, sin desearlo, en un problema imprevisto. Elegir entre dos individuos que no conocía podía reportarle muchos contratiempos y ninguna ventaja. Aquél a quien rechazara montaría en cólera y se convertiría, tal vez, en enemigo de los cartagineses. Y aunque sin duda no poseería una fuerza que pudiera rivalizar con el ejército de Aníbal, bastaba que le retrasara para causar grandes molestias en su misión. ¿Cómo escaparía el púnico de tal atolladero?

El general aceptó la propuesta de Olovicón, pues no tenía más alternativas si deseaba evitar las iras del poblado. El anciano noble mandó que se acercaran los hermanos que pugnaban por el poder. Poco después se presentaron dos hombres, acompañados cada uno por su guardia personal. No podían negar su parentesco, pues había tal parecido entre ellos que sólo la juventud de uno sobre el otro los distinguía. Tenían los típicos rasgos galos: cabello y barbas largas, de tono pajizo; una gran nariz cada uno, gruesa y abultada, así como ojos claros. Eran de expresión adusta, y se apreciaba la animosidad que los distanciaba como si fuera la llama de una antorcha.

Aníbal les pidió a ambos que expusieran los argumentos por los que deseaban dirigir el poblado. El primero en responder fue Brendo, que, como todos los jóvenes, no sabía controlar sus impulsos.

—Mi hermano es un hombre débil para los cometidos de la guerra —dijo—. Piensa demasiado las cosas, hasta el punto de que, cuando ya ha conseguido una solución, el problema se ha desvanecido por sí mismo o nos ha causado una grave desgracia. Mi brazo en cambio es fuerte, mi mente actúa con rapidez y podría atajar las tropelías de quienes nos roban. Somos un pueblo guerrero y necesitamos a un jefe con alma para las armas.

«Un alegato contundente», pensó Alcón, mientras los leales a Brendo vociferaban exaltados. Cuando se calmaron, se adelantó Braneo. Se le veía mucho más sereno y dueño de sus actos.

—Si los helvios han tenido algo que robar ha sido porque yo he conseguido, con mis decisiones, que la fertilidad reine en nuestras tierras —aseguró el hermano mayor—. Antes de mi gobierno vivíamos con lo justo. Pero ese bienestar ha hecho que te olvides de las penurias pasadas y que dejes de valorar mis esfuerzos —dijo, señalando a su pariente.

—¿Para qué queréis riquezas si vienen otros y toman lo que tanto os cuesta conseguir? —le preguntó entonces Aníbal.

Braneo vaciló. Había, sin duda, sensatez en su mirada, lo que confirmó con su siguiente comentario.

—En eso tienes razón, forastero, y debo admitirlo.

Y, de repente, se arrodilló mirando al consejo, y de un fuerte tirón se desgarró la prenda que le cubría el pecho, dejándolo al descubierto. Se quitó el torques y lo arrojó al suelo. Tenía la expresión de quien se siente desgraciado sin medida.

—¡No he sido un buen defensor de los míos, ancianos! Ha tenido que venir un extranjero para hacerme entender. Me someto a la ley y me retiro de esta pugna.

Y bajó la cabeza, esperando una sentencia.

No fue la que imaginó. Aníbal se levantó de su asiento, recogió el aro de hierro y se lo tendió de nuevo a Braneo.

—He tomado mi decisión, como me habéis demandado —dijo, dirigiéndose a todos los presentes—. He visto ante todo a dos hombres que desean lo mejor para su pueblo, algo que ennoblece a ambos por igual. Dos formas de pensar distintas. Y yo me pregunto, ¿por qué no pueden funcionar en armonía, por el bien de los suyos?

Alcón intuyó lo que iba a suceder. ¡El estratega lo había logrado de nuevo!

—Algunos pueblos, allá en oriente, tenían por costumbre gobernar con dos reyes. Así se hará aquí, si mi voz es como decís reflejo de la voluntad de vuestros dioses. —Miró primero al hermano mayor—. Braneo, tú dirigirás los asuntos mundanos, te encargarás de conservar y aumentar esa prosperidad que has traído a los tuyos, pues sin ella nada tiene sentido. Te confirmo como caudillo de los cavares.

El senado asintió, satisfecho, demostrando que siempre había sido su preferido.

—Pero no gobernará solo —dijo, y ahora atendió a Brendo—. Tu hermano será la cabeza en tiempos de paz, y tú habrás de convertirte en el brazo en los momentos de guerra. Procurarás una fuerte defensa y una milicia poderosa; cuando haya que tomar las armas, tuyas serán las decisiones. Te nutrirás de la riqueza que tu hermano consiga para establecer un poderío militar que os gane el respeto de vuestros vecinos.

El aludido dudó al principio, pero luego miró a Braneo y dio la impresión de que lo veía con nuevos ojos, tal vez apiadado por el gesto que antes había tenido su pariente. Volvió a posar la vista en Aníbal, y sonrió.

—Acepto tu sabia decisión —dijo.

—Acepto tu sabia decisión —repitió Braneo.

—Aceptamos tu sabia decisión —remató Olovicón, en nombre del consejo.

El líder púnico, que sabía muy bien cómo animar a las masas, tomó las manos de ambos jefes y levantó sus brazos, provocando una enorme ovación entre los habitantes de la aldea que se habían reunido para asistir al evento.

Mientras tanto, Alcón volvió a pensar que aquel hombre era mucho más que un simple general.

Tal vez por ello Arse nunca tuvo una posibilidad.

Cuando partieron, a la mañana siguiente, Aníbal y los suyos se fueron con algo más que el profundo agradecimiento del pueblo. Braneo y Brendo ofrecieron cuantas provisiones pudieron aportar, aliviando las casi vacías despensas del ejército. También eligieron a un nutrido grupo de guerreros que los acompañarían hasta las faldas de los Alpes, para que no tuvieran problemas con otras tribus. Eso les hizo marchar con rapidez, pues sabiéndose seguros no fortificaron su campamento en cada parada durante las próximas jornadas.

Tres días después de dejar el poblado de los cavares, alcanzaron el río Droma. Asentaron sus posaderas en el valle que se formaba entre la desembocadura del afluente y una cordillera que quedaba al este. Los cerrados bosquecillos cercanos a la orilla aportarían la madera necesaria para las fogatas, pues nadie podía negar que el clima había empezado a cambiar. El otoño era ya una realidad; las lluvias, aunque todavía finas, ya los habían empapado el día anterior, y rara vez vieron el sol a partir de entonces.

Aquella noche, Leukón acudió una vez más a visitar a Ezalces y Dougga. El elefante le enrolló la trompa alrededor de los hombros, con delicadeza, y barruntó ligeramente. El muchacho le dio de comer del grano con el que alimentaban a las bestias. Resultaba divertido ver cómo tomaba el pienso con la prolongación de su nariz y se la llevaba luego a la boca.

Las visitas al cuidador nómada y al paquidermo le suponían un gran alivio en los momentos en que se sentía deprimido y acosado por todo tipo de dudas y angustias. La culpa por olvidar el aspecto de Stena crecía al entrometerse la imagen de Nunn. La sensación de que estaba traicionando a su amada, de que abandonaba el cariño hacia ella en pos de otra mujer, se había encarnizado en su alma hasta hacerle sangrar por dentro.

Tras pasar un buen rato, regresó a la parcela donde los pelendones tenían sus tiendas. Al hacerlo, pasó por el lugar donde los pocos celtas que se habían unido al ejército en Iliberri tostaban el pan en la hoguera. Vio que uno de los galos troceaba un chusco, apartado de los demás. La soledad, asidua compañera de los mercenarios, bien que lo sabía él. Sin embargo, le llamó la atención el atavío que portaba, en especial el casco. Era una típica celada griega, de bronce desgastado, con innumerables marcas, tan vieja como obsoleta. Contaba con un protector nasal y dos grandes carrilleras cuya función era proteger las mejillas. Un yelmo muy aparatoso en comparación con lo habitual entre los soldados al servicio de Aníbal, y a juicio de Leukón poco práctico. Cubría de tal modo la cabeza del mercenario que apenas dejaba al descubierto los ojos. La fina abertura vertical tampoco permitía advertir los rasgos del soldado, y desde luego sería asfixiante durante un combate.

Pero si eso llamó la atención del pelendón, mucho más chocante fue el hecho de que aquel individuo —de aspecto un tanto escuálido incluso debajo del manto que lo tapaba— comía con el casco puesto.

Fue al pasar junto a él que la curiosidad le llevó a dirigirle una mirada que le heló la sangre. El mercenario apartó la vista un suspiro después, como avergonzado. Leukón siguió caminando, sin dejar de ver en su mente aquellos ojos azules, pensando que le resultaban de algún modo familiares. Y de pronto cayó en la cuenta, y creyó desfallecer.

«¡No puede ser!», se dijo.

Comprendió que no era vergüenza lo que el soldado había sentido, sino algo muy distinto. Temor. A ser reconocido.

A ser reconocida.

Al darse la vuelta la vio de pie, alejándose con paso raudo. Tres zancadas le bastaron para alcanzarla, tras lo cual la tomó del brazo y la obligó a mirarlo de frente. Allí estaba. Entre las aberturas pudo distinguir, esta vez sí, la verdad: una piel, pálida como una mañana aderezada con la nieve invernal, debajo de una postiza barba; unos rasgos delicados y a la vez duros; un par de orbes nacidos con el tono del cielo despejado.

Nunn se había colado en el campamento.

* * *

—¡No me descubras, por favor! —le dijo ella, en un dialecto celta lo bastante similar al idioma de Leukón como para que pudiera comprenderla.

El muchacho la arrastró hasta la parte posterior de una tienda, al tiempo que miraba alrededor, esperando que en cualquier momento apareciera alguno de los centinelas, o tal vez un oficial. La obligó a quitarse el casco, lo cual resultó ser un error, pues al contemplar en todo su esplendor el bello rostro, aún camuflado tras un falso pelaje facial, se le reblandeció el corazón.

—Si alguien se entera de que una mujer está en el campamento, tendrás problemas.

—Llevo días con vosotros, desde antes de que llegarais al poblado de los cavares —aseguró Nunn, con cierto aire orgulloso que, al comprobar que no conmovía a Leukón, transformó de nuevo en expresión lastimera—. Te lo imploro, guárdame el secreto. No me queda ningún otro camino en la vida.

¡En menudo compromiso se veía el pelendón! Si callaba, se convertiría en cómplice. Si alguien se enteraba de su participación, quedaría deshonorado. Y sin embargo había algo peor: que al ocultarlo propiciara la posibilidad de que alguien hiciera daño a la gala.

Aunque tal vez hubiera una opción intermedia. Una de su agrado.

—Lo haré. —No la dejó siquiera expresar su alegría—. Con una condición. Yo te acompañaré siempre que pueda, y tú lo permitirás. Para... asegurarme de que no te

descubren.

Quizá Nunn no advirtiera el instante de vacilación. No, no le movía solamente el que no la desvelaran, sino sencillamente el afán de estar cerca de ella.

—¡Gracias! —Lo abrazó, perturbando más aún el ánimo del muchacho.

Y como la joven se sentía agradecida, tomaron asiento en un rincón entre la empalizada y una de las carpas. En voz baja, para no llamar la atención, estuvieron hablando de muchas cosas. Nunn le contó cómo había logrado introducirse entre las tropas: aprovechó una de las paradas a mediodía para hacerlo, simulando que era un soldado que volvía de hacer sus necesidades. Los mercenarios celtas no se extrañaron: durante el camino se habían ido uniendo a la partida varios hombres, así que supusieron que aquel barbudo enjuto era uno de ellos. Procuró, en todo momento, no acercarse mucho a nadie, ni entablar conversación más que para lo necesario, evitando así que detectaran la finura de su voz.

—¿Has dormido en la misma tienda que ellos?

—Y sin ningún problema —aseguró—. Es muy sencillo: sólo tienes que ensuciarte un poco con boñiga de caballo para que ni siquiera se les pase por la cabeza acercarse.

Sí, era cierto. Nunn olía terriblemente mal.

—¿Y tu casco? —preguntó el muchacho.

—Es una herencia de mi abuelo; lo consiguió como trofeo durante su juventud, en la guerra que el gran jefe Brendo lanzó sobre Grecia. Combatió en las Termópilas y ensangrentó a muchos durante un ataque a Callium. Fue allí, tal y como me contó, donde conoció a una muchacha a la que trataban de violar sus compatriotas durante el saqueo. La reclamó para sí con el afán de protegerla, y nació el amor entre ambos. — Mientras lo explicaba, Leukón advirtió cómo la humedad cobraba fuerza en sus ojos, destellando al atrapar los fulgores de una antorcha cercana—. Cuando la batalla de Delfos acabó en derrota para los celtas, mi abuelo retornó, pero tuvo que hacerlo solo, pues su amada murió por unas fiebres. Se instaló en la región de los arecómicos y rehízo su vida. Él me enseñó el idioma de los helenos.

Y así permanecieron, hablando mucho y de gran provecho para ambos, especialmente para Leukón, a quien de pronto se le animaba el corazón como si recuperara una alegría perdida. De todos modos, cuando se retiró a dormir, pasada ya la hora de medianoche, no pudo dejar de sentir una punzada dolorosa allá donde tenía el corazón. Supo a cuenta de qué. Él mismo proclamó la sentencia.

«Traidor. Traidor al amor que te guarda lealtad en Okalakom».

El ejército dirigió sus pasos hacia oriente, siguiendo el Droma. Dejaron atrás el Ródano, que después de tantos días se había convertido de algún modo en un viejo amigo con un destino distinto. Es extraño cómo funciona la cabeza de los hombres cuando las circunstancias los llevan a lugares extraños, que no son propios, pero que aun así les marcan y acaban por convertirse en tierras familiares.

Tales reflexiones cruzaban la cabeza de Tabnit mientras la lluvia, animada por el viento, le azotaba el rostro cual ramas de un pinar. El cielo estaba tan cargado de nubes que parecía posible alcanzarlo con la mano. En tan grises circunstancias habían salvado el macizo que acababa a la diestra del nuevo río. Se abrió un gran espacio, donde se extendían llanos, praderas y arboledas. Al otro lado del gran valle Tabnit advirtió una alargada cordillera, no muy elevada, ahuecada por la mitad. Quedaba a la derecha de su camino y en nada les estorbaría.

Sin embargo, allí donde sus ojos alcanzaban a distinguir, se apreciaban ya las primeras pendientes de los Alpes, todavía no nevadas como los picos blancos sumidos en la bruma de la distancia. Un enemigo que les retaba a un enfrentamiento desigual.

Pero de momento la marcha era rápida, gracias a la planicie y a la presencia de los cavares. Fueron ellos, junto con los boyos de Gobanitio, quienes apaciguaron a los tricastinos, la primera de las etnias con las que se encontraron. La segunda jornada tras dejar el Ródano, el terreno empezó a elevarse. A mediodía, los celtas de Braneo y Brendo anunciaron que a la mañana siguiente ya no continuarían con Aníbal y los suyos. El rumor se extendió como el fuego en verano y empezaron a cundir las primeras consignas atemorizadas. Muchos de los soldados, que no sabían de lo acordado con aquéllos, pensaron que era el terror a las montañas lo que les movía a abandonar el grupo. Así que esa misma noche, en la carpa del estratega, se discutió el asunto.

—Ya sabes cómo son los celtíberos, los hispanos y los númidas —le dijo Asdrúbal a su general—. No se arredran ante ningún enemigo, salvo que éste sea natural. En este caso, de piedra y nieve.

—No estoy seguro de que yo no sienta lo mismo —dijo Hanón—, y no soy menos civilizado que tú.

—¡Estupideces! —exclamó Maharbal.

—Tal vez, pero para muchos de ellos es tan real como el hambre o la sed —intervino Tabnit—. No creo, en efecto, que haya espíritus y seres maquiavélicos esperando nuestra perdición allá en lo alto, pero lo que yo piense no es relevante. Lo que importa es lo que crean los hombres. —Y miró a Aníbal, que atendía todas las exposiciones con calma, tratando de extraer lo positivo de tanta opinión enfrentada,

tal cual era en él habitual—. Necesitan algo que supere el miedo. Es hora de que sientan la fuerza de tu voluntad.

El León de Cartago alzó la vista y horadó la de su consejero. Un leve levantamiento en la comisura izquierda de sus labios le hizo comprender que aceptaba la idea.

—Así lo haré, pero mañana, para que la impresión no se desvanezca en el sueño.

El amanecer llegó. Se levantaron las tiendas y los cercados, se prepararon todos para una nueva jornada, con semblantes apagados por la somnolencia típica de los primeros instantes del día. Sin embargo, no se dio la orden de avanzar. Algunos hombres, los que estaban enterados de lo que iba a ocurrir, fueron propagando entre las tropas el aviso de que Aníbal daría una arenga. Tabnit, que sabía lo que el líder les había preparado, sonreía junto a Alcón, divertido ante lo que iba a acontecer.

—¿Tantas cosas como me has desvelado y no piensas adelantarme nada de esto? —le preguntó el arsetano.

—Mejor que no, lo disfrutarás más —respondió; miró alrededor, buscando a alguien—. ¿Dónde está Leukón? Hace días que no lo veo.

—Últimamente viaja poco con nosotros. Se pasa la jornada, creo, con los galos de Iliberri.

«Extraño», rumió el cartaginés, pero no se demoró pensando en ello, pues varios libios a caballo empezaron a abrir un amplio paso entre la muchedumbre, hasta alcanzar un espacio en el centro de la aglomeración de soldados. Todos se apiñaban, atacados por la curiosidad, a la espera de no sabían muy bien qué.

Y entonces apareció Aníbal. No lo hizo a pie, ni siquiera a lomos de su caballo. Se formó un gran silencio de admiración, del que incluso Tabnit se vio esclavo, al contemplar cómo avanzaba a lomos de Surus, su magnífico elefante. Se alzaba sobre una torre de postes erigida en la espalda de la bestia orejuda, que era conducida por un guía sentado sobre su cuello. La estampa resultaba fascinante, pues el paquidermo estaba engalanado con telas y un casco de cuero, y en la atalaya ondeaba un estandarte, el símbolo de la familia Bárquida: el rayo de Melqart. Del mismo modo, el estratega se había vestido con sus mejores prendas: el peto dorado, marcado con las formas de un pecho musculado, refulgía al igual que las grebas o el casco de bronce, emplumado; una capa de immaculado lino, blanca como la corta túnica que colgaba por debajo de la armadura, flotaba con cada racha de viento.

Cuando llegó al centro despejado y el elefante se detuvo, el general púnico levantó un cono de latón que portaba en la diestra. Habló, y las palabras surgieron con tal fuerza que hasta el mercenario más alejado a su posición logró escuchar su plática. Un discurso que, cerca de Tabnit, Sósilo trataba de grabar en su memoria, pues al igual que el consejero imaginaba que sería algo digno de transcribir en las crónicas de aquella aventura.

—Me puede el asombro, mis leales —empezó diciendo—. Sí, me supera, al darme cuenta de que vuestros corazones, siempre intrépidos como me habéis

demostrado una y otra vez, se rinden de pronto al temor. ¿Es que acaso ya no recordáis, aquellos que más tiempo lleváis conmigo, las muchas campañas terminadas en triunfo? ¿Por qué no habláis de ellas a los nuevos, haciéndoles disfrutar de la gloria que atesoráis? ¡Hemos superado todo obstáculo! Atrás hemos dejado Hispania, ya nuestra, ya de Cartago. Y ahora marchamos para enfrentar a esos romanos, que siguen empeñados en demandar nuestras cabezas por la legítima conquista de Arse. —Tabnit miró a Alcón por el rabillo del ojo; el hispano tragó saliva ostentosamente—. Salvamos el Íber, derrotamos con el ingenio a cuantos se nos opusieron al norte del río, y cruzamos los Pirene con arrojo. ¡Y qué decir del Ródano! Allí ganasteis buena parte del éxito de esta misión, enfrentando a tantos miles de celtas, venciendo a la impetuosa corriente. ¡Seguro que esa imagen no la olvidaréis jamás!

Hubo un grito unánime. Decenas de miles de voces en una. «Funciona», pensó el oficial púnico. Los semblantes de cada individuo a su alrededor estaban de pronto llenos de voluntad, de auténtico amor por el hombre al que seguían. Sí, claro que funcionaba. Nada ni nadie podía resistirse al atractivo de Aníbal.

—Y ahora que casi rozáis con la mano los Alpes, ¿decís que sentís fatiga anímica? ¿Con nuestro objetivo tan cerca, guardado tan sólo por unos muros de piedra? ¡Conquistamos los murallones de Arse, guardados por grandes y valerosos defensores! ¡Meses nos costó, y no pocas vidas! Nada puede ser peor que aquello. ¿Qué creéis que son los Alpes, aparte de altas montañas? Tal vez, no os lo negaré, se alcen mucho más que los Pirene. Pero si es posible que allí vivan los celtas, como bien sabemos, si éstos lo han transitado desde tiempos remotos, ¿por qué habría de ser una empresa imposible para vosotros, que sois más fuertes y bravios? ¡No, digo yo! ¡No toleraré que inmortales de corazón como vosotros se achiquen! Si los celtas tomaron en su día esas tierras, y ninguno de los que marcháis conmigo sois inferiores en ímpetu e iniciativa, el honor os exige terminar el viaje. ¿Lo haréis? ¿Me demostraréis que vuestra alma es digna de los dioses y el destino? ¿Ganaréis conmigo la eternidad?

La respuesta fue un rugido ensordecedor, el trueno rasgando el mundo y llenando de grandiosidad la existencia. Incluso Tabnit alzó el puño cerrado, y coreó hasta desgañifarse el nombre de aquel que, extasiado por el entusiasmo, le parecía estar más allá de lo humano. Aníbal. Aníbal. Una y otra vez sonó, preñada cada voz de una emoción que unía pueblos y razas, distintas lenguas, en pos de un gran ideal.

Aníbal. Aníbal.

El Droma torció hacia el norte durante unos cincuenta estadios, para luego volver a dirigir sus aguas al este, ya en territorio de los voconcios. La marcha se ralentizaba casi a cada paso, al tiempo que los montes cobraban altitud y el terreno en torno al río se estrechaba.

Sin embargo, los hombres viajaban con el ánimo envalentonado. La arenga de Aníbal no había dejado ni un solo espíritu maltrecho, y durante aquella primera jornada se sucedieron los cantos viajeros y las risas. El tiempo pasaba, cierto; la alegría ya no era tan evidente, pero nadie decayó.

Hubo un día en que Alcón levantó la vista y sólo pudo ver montañas. Ahora transitaban por un cauce cada vez más angosto, en una fila de hombres tan delgada que el ejército se había convertido en una cuerda extendida sobre muchos estadios. Los bosques, todavía verdes, no ayudaban al paso ligero, pero al menos los resguardaba del viento helado.

El íbero sintió que los sentidos se le embotaban. Aquellas tierras eran tan desconocidas para él que le pareció estar viajando por otro mundo, uno donde las distancias no tenían significado y el final era sólo algo informe, quizás inalcanzable. Montañas a un lado, montañas al otro. El río ya no era más que un hilillo de agua, uno que podía salvarse a pie, de orillas pedregosas y blancas.

—El otoño ya languidece; camina a pie mientras que el invierno se prepara a cabalgar en sus caballos de hielo —dijo Tibasté, quien en los últimos días parecía un tanto sombrío; terminaba las jornadas más cansado de lo habitual, y Alcón temió que estuviera albergando alguna enfermedad.

El caudillo celtíbero le tendió el odre de vino al arsetano, quien una vez más volvió a rechazarlo.

—Cuando estemos allí arriba, íbero, más te vale apartar tus remilgos con el alcohol. Lo necesitarás para sobrevivir.

* * *

Ya estaban en los Alpes, todavía en su parte más baja. El Droma, de pronto, había desaparecido entre las peñas, allá donde nacía. Encararon un momento delicado, pues sin la ayuda de Gobanitio y los suyos se habrían perdido sin remedio entre tantas quebradas y barrancas. La roca viva era ya una realidad, pese a que aún se encontraban con arboledas aquí y allá, partidas por muchas torrenteras. Los boyos aconsejaron, al alcanzar el primer paso de montaña, que ofrecieran un tributo a los dioses que gobernaban la sierra. Aníbal decidió entregar una buena cantidad de plata, que enterraron en una ladera y regaron con la sangre de una cabra sacrificada. Marcaron el terreno para que cualquiera que pudiera encontrar el tesoro supiera que

no debía tocarlo, a riesgo de despertar las iras de los espíritus. A los celtas les pareció bastante y dieron el visto bueno para seguir adelante.

El terreno dejó de albergar senderos por los que transitar y pastos con los que alimentar a las bestias, lo cual preocupó mucho a los oficiales.

—El forraje que llevamos para los caballos y los elefantes es escaso —le dijo—. Y no esperamos que conforme subamos la cosa mejore.

Sólo quedó aceptar y abandonarse al destino, al menos en ese aspecto. Porque en otros Aníbal no dejó nada a la improvisación. Los batidores seguían adelantándose cada día, y gracias a ello detectaron a un grupo de lugareños, voconcios montañeses si cabe más bárbaros que cualquier otro pueblo con que se hubiesen cruzado antes. Vigilaban desde las alturas del paso al que se dirigían, con aviesas intenciones. El general decidió no seguir avanzando con todo el grueso de las tropas, por temor a sufrir una emboscada. Necesitaban un grupo pequeño con el que infiltrarse y atacar a la resistencia celta, y así se lo trasladó a los suboficiales.

—Según nuestros hombres de avanzadilla —explicó en una reunión, tras acampar en la explanada de un valle, próxima a un desfiladero—, durante la noche estos bárbaros se retiran a su poblado, en la convicción de que no viajaremos caída la noche, y sólo dejan a unos pocos centinelas. ¿Qué haremos? Sorprenderemos a quienes pretendían sorprendernos.

El general formó un grupo con quinientos hombres, entre númidas y celtíberos, dejando instrucciones concisas en el campamento: simularían que nada pasaba para que los celtas no advirtieran su estratagema.

—Mañana, a primera hora, partiréis como es habitual. —Y se dirigió a Magón—. Y tú te ataviarás como yo, y harás de mí.

Cuando la oscuridad se convirtió en un manto denso, desatendiendo las exigencias de todos sus oficiales, el propio Aníbal marchó a pie con los elegidos para la emboscada. Hacia las cúspides de las montañas.

Muchas sendas subían la ladera del monte, pero todas eran caminales creados por la Madre Tierra, pues en peña viva no había pico que pudiera formar calzada alguna. Aníbal y sus hombres, con los que marchaba Leukón y una Nunn todavía camuflada como varón, subieron con paso sigiloso aquella altura, guiados por los exploradores. Habían enrollado sus armas con estopa para evitar el menor tintineo, y nadie tenía permiso para abrir la boca bajo ninguna circunstancia. Manos y gestos se convirtieron en el medio de comunicación entre ellos.

El guerrero pelendón ya le había dejado claro a la joven celta que no debía separarse de él. Al principio, Nunn se sintió un tanto ofendida: adujo que, en batalla, no necesitaba que nadie la protegiera, que era bien capaz de luchar con el arrojo de cualquier soldado.

—Tenemos un acuerdo —le exigió el muchacho—. Si no lo cumples, se lo contaré todo a Tabnit.

Aquello cerró la boca de la gala. Ahora marchaba junto a su amigo, ascendiendo sin antorcha alguna, asegurando cada zancada en aquel terreno poco conocido y por tanto traicionero. Cuando alcanzaron las cornisas desde donde los voconcios pretendían emboscarlos, Aníbal dividió la partida en varios grupos menores. A una señal suya, se lanzaron contra los montañeses que, somnolientos y con la guardia baja, guardaban las repisas.

Eran pocos, tanto que Leukón sólo logró dar un tajo. Cuando su enemigo acertó a parpadear ya le sobresalían las vísceras por la herida del vientre, y bastó un empujón para despeñarle ladera abajo. La contienda duró tan poco que Nunn ni siquiera tuvo que alzar el brazo.

Tal y como habían acordado, se posicionaron allí y descansaron mientras algunos hacían guardia para esperar al resto de voconcios, que debían llegar con las primeras luces por los senderos que ascendían desde la vertiente opuesta a la utilizada por Aníbal y su avanzadilla. La idea era cambiar las tornas: cuando llegaran con la intención de lanzar un ataque desde las alturas, serían ellos quienes se encontrarían con un caluroso recibimiento.

Nunn se recostó a su lado para compartir el calor. Se permitió quitarse el casco, pues entre la oscuridad y la barba postiza no corría el riesgo de que nadie advirtiera que era una mujer. Durante un instante, el pelendón estuvo tentado de arrancarle los falsos pelos, que según le había contado sujetaba con sendos cordones por detrás de la melena y afianzaba con un engrudo en las mejillas. Le pareció una injusticia que algo ocultara su bella faz.

Dormitó hasta que empezó a clarear, momento en el que todos se prepararon. Allá abajo, ahora que la luz crecía, se podía divisar el estrecho desfiladero que descendía en pendiente, y al otro lado un abismo. En algunos puntos no tenía más anchura que

una carreta, lo que sin duda provocaría un paso lento y angustioso del ejército. Precisamente éste se puso en marcha cuando las tubas sonaron, comandados por un Magón disfrazado de Aníbal. Más o menos cuando la cabeza de la masiva comitiva se adentró en el camino, llegaron los voconcios. Los primeros en alcanzar las cornisas fueron recibidos espada y lanza en mano.

Nunn pudo acabar así con su primera víctima, cargando con el escudo como lo haría un hoplita griego. Aunque no era muy fuerte, tomó por sorpresa a su contrincante y lo hizo caer. El montañés redoló senda abajo, provocando la caída de otros compañeros y aumentando la confusión. Leukón se maravilló ante su resolución.

Pero al echar un vistazo hacia abajo comprobó que el ejército no estaba pasándolo tan bien como esperaban. La columna avanzaba nerviosa debido a que los animales de carga, incluso los caballos, se asustaban al tener que pasar tan cerca del precipicio. Pensó en Bronce, que había dejado en manos de Alcón, y tuvo miedo de que acabara como algunos de los jamelgos: encabritándose y cayendo por el despeñadero.

Al ver el apuro de los hombres de Magón en el estrecho, los voconcios que aún no habían ascendido hasta las cornisas se envalentonaron y cambiaron de estrategia. Empezaron a lanzar sus jabalinas, y cuando se les acababan despedían peñascos que provocaban más locura entre las bestias y los mercenarios púnicos. Conocían tan bien el terreno que algunos incluso cargaron hacia abajo aprovechando los salientes y escalones que sobresalían de la ladera.

Aníbal no quiso permitir aquello. Dio la orden y todos los que estaban situados arriba descendieron en busca de los montañeses. Así, los celtas se encontraron luchando en dos frentes: al nivel del desfiladero, contra hombres bien armados que después de la locura inicial ya se habían posicionado con firmeza, y por arriba, recibiendo la acometida de los nómadas y celtíberos, que los masacraban aprovechando el desnivel a su favor.

Una vez más, Leukón luchó enrabiado. Más tarde se preguntaría cómo era posible que la ira aún restallara con semejante ímpetu en su corazón, cuando ya reconocía que la memoria de Stena se había desvanecido casi por completo. La respuesta no llegaría tan pronto, pero de momento seguía poseyendo la agresividad que lo convertía en un temible guerrero. Como un cuchillo cortando una tierna rebanada de pan, hendía su espada entre los voconcios. Tal era su fuerza que algunos nómadas, poco acostumbrados a las montañas, perdían pie y caían redolando. Pero los habitantes de la Pelendonia vivían entre montículos, sabían cómo moverse.

—¡Cosus! —bramó Leukón, antes de caer sobre uno de los celtas, engañarlo con un amago por arriba para agacharse ante la defensa de éste y subir la espada desde abajo, apuñalándole el vientre.

Siluetas que iban y venían. Brazos bajando, otros subiendo. Gritos, gemidos. Esquivar, bloquear con el escudo. Tajar con la hoja, degollar, clavar. Los cuerpos muertos, la mayoría galos, eran como guijarros que se desprendían de la montaña, un

alud que descendía sobre los que abajo se defendían, provocando más caos, más traspiés y más caídas en el barranco.

Al fin, los voconcios comprendieron que tenían la batalla perdida. Los que pudieron escaparon entre las rocas, como cabras, dejando a sus heridos sin siquiera cuidar su espalda. Aníbal dio orden de no perseguirlos, pues aquél no les era un terreno propicio.

Leukón se arrodilló, agotado hasta la extenuación, tratando de recuperar el resuello. Sintió una punzada en un costado: lo habían herido. Nada grave, pero sangraba bastante y tras el desgaste físico eso podía ser un problema. Entonces una mano le desgarró el sago. Nunn le limpió la herida con un trapo arrancado de su propia capa, humedecido con el agua del odre que portaba.

Aquellas manos, que instantes antes habían repartido muerte, actuaron con una delicadeza estremecedora. Una ternura que hizo de la cura un momento de doloroso placer para la cada vez más atormentada alma del muchacho.

En cuanto los voconcios se retiraron todo fue más sencillo. Los hombres se dedicaron a apartar los cadáveres que habían caído desde arriba y bloqueaban el paso, mientras otros calmaban a las bestias y trataban de salvar los equipajes que todavía no se habían perdido por el precipicio.

Tabnit, que marchaba a la cabeza, respiró más tranquilo cuando alcanzó el otro extremo y el paso quedó atrás. Había luchado en muchas batallas, pero aquélla sin duda era una de las más angustiosas en las que se había visto involucrado: con una hueste de enemigos casi salvajes desmoronándose sobre ellos cual proyectiles, y un abismo a sus espaldas; la situación había sido realmente caótica. No necesitó combatir en persona, pues habían situado una línea de falange para resistir la embestida celta, pero sí tuvo que protegerse de los venablos que llovían desde las alturas y hacer malabares para evitar despeñarse. Uno de los pedruscos que los salvajes arrojaban desde los salientes le pasó rozando el yelmo y golpeó a un libio que marchaba a su lado. Aunque el mayor apuro había sido provocado por un caballo desbocado que estuvo a punto de arrollarlo. Un salto en el último suspiro lo salvó de ser pateado o dar con sus huesos en el vacío de la garganta.

El ejército, reunido ahora en una hondonada, esperó a que Aníbal regresara con su avanzadilla. E hicieron recuento. Advirtieron que, si bien las bajas humanas habían sido escasas, no así la pérdida de provisiones y bestias.

—Muchas mulas han caído por el barranco —informó Asdrúbal, encargado máximo de la intendencia—. Lo pasaremos mal para llegar al final del viaje.

—Bien, eso sólo nos deja una opción —dijo el estratega, después de reflexionar unos momentos—. Nuestros informadores aseguran que los voconcios se han retirado a un poblado cercano. Lo saquearemos para reabastecernos.

Maharbal y Magón se alegraron de tal decisión. Lo prepararon todo, pero dieron dos días de descanso a las tropas, pues el paso por el desfiladero había agotado pies y corazones. Era la hora de reparar heridas y asegurar el reposo de los muertos.

* * *

La toma de aquella aldea no supuso un gran reto para Aníbal y los suyos. El combate en las laderas había dejado sin hombres a los voconcios, y la empalizada tras la que se protegían era débil. Lograron llevar los elefantes hasta la zona, y fueron ellos quienes sumaron poder y terror para destrozarse las defensas con suma facilidad. La recompensa fue jugosa: en los depósitos que los montañeses tenían excavados en la roca encontraron grano en abundancia, diversos frutos secos y cecina. En total, los intendentes contaron tres días de suministros, que compensaron lo perdido durante el paso. También se agenciaron varias mulas, y algunos propusieron dar buena cuenta de las mujeres y aliviar así el ayuno carnal de los hombres. Pero había pocas féminas,

en ningún caso para todos, así que en previsión de que hubiera contiendas por acostarse con ellas, Aníbal no consintió esta petición.

Y el viaje continuó. Encontraron más resistencia unas jornadas después, durante el cruce de otra garganta. De nuevo montañeses celtas, los mismos que un día antes se habían presentado ante el estratega ofreciéndole lealtad, buscaron emboscarles. Se vivieron momentos de tensión cuando, atacando por los flancos, lograron partir la columna en dos. Pero eran pocos enemigos, tan débiles y desorganizados que su vigor inicial se extinguió ante la rabia del León, que si algo no toleraba era la traición. A partir de entonces los ataques empezaron a decrecer. Cuando se presentaban, quedaba claro que eran grupos pequeños de asaltantes, más bandidos que guerreros, y que buscaban la retaguardia. Por eso Aníbal decidió situar a la infantería pesada detrás, y a los elefantes y la caballería al frente, para espantar a los agresores.

Alcanzaron un valle entre los blancos picos donde el terreno se ensanchaba. Salpicado de formaciones aquí y allá, entre las que gemía el viento, era más bien una plataforma de roca atravesada por pequeñas grietas, donde apenas crecían unos apáticos hierbajos. Aquel lugar, al igual que todos por los que habían marchado desde su llegada a la cordillera, tenía un aspecto salvaje. Y, sin embargo no se hallaba exento de una impactante belleza, acrecentada por la hazaña que tantos y tantos locos abordaban. ¡Menuda estampa debían estar presenciando los dioses, si tal y como Aníbal aseguraba, atendían sus asuntos! Una marea de mortales enfrentándose a lo imposible. Como poco, una visión admirable.

Habían arribado a la región habitada por los tricorios, donde alcanzaron un río llamado Durian, en el sur. Vertía sus aguas cerca de la ahora lejana desembocadura del Ródano, aunque nacía en los Alpes, y por tanto les sirvió de guía y alivio para las cantimploras. Tabnit, como tantos otros, se refrescó el rostro en la corriente. La punzada de frío le despejó de golpe.

—No bebáis así sin más —les aconsejó Gobanitio—. El agua está demasiado fría, os congelará las entrañas si no la calentáis un poco antes, aunque sea con vuestro propio cuerpo.

Y una mañana, tras cruzar el río, tarea de por sí penosa, ya que se había desbordado en muchos puntos, mientras serpenteaban de nuevo angostos caminos con el paso cansino de la fatiga y el desánimo, cayó un copo helado. Tabnit, fija la mirada en el vaho que escapaba por su boca, sintió cómo se posaba en la nariz. Extendió el brazo, abrió la mano y dejó que más de esos diminutos grumos se acumularan en su palma.

Las primeras nieves llegaron, suaves estrellas cayendo al compás de las plumas. Una estampa novedosa, que reportó cierta alegría a los hombres, pues no dejaba de ser algo hermoso, agradable. Algunos soldados, al igual que harían los niños, amasaron aquel polvo albo, formando bolas, que lanzaban contra sus compañeros. Los libios y los númidas, que jamás habían visto nada parecido, se mostraron al principio atemorizados, e insistían en quitarse los granos blancos de encima como si

les quemaran. Ante la imposibilidad de ello, y al comprobar que nada malo les reportaba, acabaron por contagiarse de la hilaridad general.

A media tarde ya nadie reía, y el solaz se convirtió apenas en un buen recuerdo. Lo que unas horas antes era el fino descenso de lluvia congelada se había transformado en una densa cortina, pesada y movida por los vientos alpinos, que cortaban la piel más que una hoja recién afilada. Mucho peor resultaba el simple hecho de respirar, pues el aire era tan frío que el pecho se quejaba con espasmos de dolor. Para colmo de males, conforme ascendían suponía un mayor esfuerzo llenar los pulmones.

—Es por la altitud —aseguró Gobanitio, cuando le preguntó—. Aquí arriba el aire es más escaso.

El mundo se volvía en su contra, no había otra explicación. Tabnit, al igual que el resto de los hombres, caminaba como amodorrado. Tenía que sacudirse el manto asiduamente, porque la nieve se acumulaba sin reparo hasta formar una gruesa capa, muy incómoda. El único modo de combatir la gelidez era mediante el ejercicio físico, pero a la vez las energías decaían más rápidamente, así que el avance se resintió.

Sólo un hombre permanecía pletórico de fuerzas. Tal era la voluntad de Aníbal, que fue en esos momentos de extrema dureza cuando se multiplicó para animar a las tropas. Cabalgaba de un extremo del ejército al otro, bramando y exhortando a los hombres. No pocas veces descabalgaba y zarandeaba a los que parecían más cansados; les palmeaba la espalda, alababa su coraje y les preguntaba el nombre, dándoles conversación tal que a viejos amigos, logrando que se sintieran importantes. No cejaba de repetir el gran botín que tendrían cuando llegaran a territorio romano, y mencionaba las prostitutas que acudirían a ellos.

—¡Habrán ninfas para todos, hijo! —le aseguró a Orsua, arrancándole una sonrisa.

Así era el estratega. Su visión bastaba para que uno cobrara nuevo ímpetu, como si irradiara el poder de animar los corazones. Una luz ardiente que fundía las heladas voluntades, un sol que en su proximidad calentaba, si no la piel, sí el alma.

Por desgracia, no podía estar en todas partes.

—Maldito viaje —se quejó Babpo, en una de las paradas—. Cada vez que intento mear se me hiela la tranca.

Alcón, refugiado debajo de una capa velluda, tiritaba junto al cartaginés, calentándose las manos con el calor que le transmitía la escudilla de sopa recién hecha. Seguía sin aceptar siquiera un vaso de vino.

* * *

El ejército se había convertido en una sarta de individuos cabizbajos; espíritus pálidos y abatidos condenados a avanzar por alguna voluntad ajena. Y todos con el mismo rostro: los labios cuarteados y los ojos hundidos, la expresión torturada de quien sólo existe en un mundo de dolor. Empezaron a darse casos de hombres a los que se les amorataban los dedos de las manos, y sobre todo de los pies. Los que estaban

acostumbrados a los climas cálidos, como los nómadas y los libio-fenicios, fueron los que más sufrieron. Durante las paradas, algunos ni se preocupaban por comer, pues se pasaban todo el rato dándose friegas para recuperar la circulación de la sangre. Los boyos aconsejaron a Aníbal que untaran a los elefantes con grasa conseguida de los animales muertos, pues así los aislarían del frío, pero el ejemplo cundió entre los hombres también.

Ayudó, pero no lo suficiente. Hubo quienes, tan entumecidos por el frío, no hacían más que tropezar o resbalar en las capas de hielo que había justo debajo de la nieve. Fue el caso de Alcón, quien, mientras conducía a su caballo por las riendas, dio un traspies y acabó sobre la blanca capa de polvo. No era la primera vez que le ocurría, pero en esta ocasión no se movió. Tabnit se apresuró a ayudarlo, y advirtió que estaba como borracho, aletargado por el frío que había roto toda sensibilidad. «Mal asunto», se dijo. Le abofeteó para sacarle del desmayo, y mal que bien fue capaz de levantarlo.

—No está en condiciones de seguir —entendió que decía Tibasté, que como el resto de pelendones había acabado por trabar amistad con el intérprete.

En realidad, éste cada vez era menos necesario, pues el cartaginés, diestro para los idiomas, era capaz de entender y hacerse entender con los celtíberos. Si no lo había enviado de nuevo a Hispania era, sencillamente, porque lo tenía por una especie de confidente. Ahora, desde luego, era demasiado tarde.

El mismo Tabnit lo llevó hasta uno de los carros donde cargaban a los heridos leves; a los graves se veían obligados a sacrificarlos. Allí, escondidos bajo un toldo, transportaban a quienes la nevada había arrebatado las fuerzas y no podían ya seguir por sí mismos. Se aseguró de que estuviera bien abrigado.

Aquel hombre era importante. Él lo había convencido para acompañarlo. Si ahora fallecía, sería otra carga sobre sus hombros.

Un peso añadido que no estaba muy seguro de poder soportar.

Alcón recordaría poco de aquella parte del viaje. La mayor parte del ascenso a los Alpes lo pasó tiritando entre mantas, enfebrecido, delirando. El mundo daba vueltas mientras él se sentía como un pedazo de carne inmune a cualquier sensación, salvo un poderoso entumecimiento, constante, mareante. «Arse, Arse», decían una y otra vez sus labios. Y la mente le llevó lejos, en el espacio y en los días, a tiempos remotos.

A los tiempos de su vergüenza.

* * *

Volvía a estar en su ciudad. ¡Qué bella estaba Arse! ¿Por qué había soñado que se extinguía el blanco de sus avenidas? ¡Qué estupidez! Una pesadilla, aquel asedio donde morían tantos arsetanos sólo había sido una pesadilla. Los muros se alzaban de nuevo intactos, y allá en el puerto seguían arribando barcos de velas esplendorosas. Las aguas del Mar Interior eran tan azules como siempre.

Vio que a su lado tenía a Daleninar, que sujetaba a un Isbataris en los inicios de su niñez. De pronto, la mujer le miró con una dureza penetrante, que le hizo retroceder espantado.

—No te concederé el placer de evadir tu culpa, esposo.

La visión se le tiñó de rojo. La placidez desapareció tras un velo de horror y sufrimiento, rasgado por gritos, llantos y ruido de acero abriendo carne. Se dobló sobre sí mismo, vomitó pequeñas culebras que se retorcían en la bilis sangrienta.

—Sufre tu traición —dijo la íbera—. Sufre, sufre... ¡Sufre!

La muerte estaba allí, lo rodeaba todo, se adueñaba de la ciudad a lomos de sus cientos, miles de soldados de armaduras negras y lanzas supurando veneno.

Algo lo atrapó: los ojos de Isbataris, fijos de repente en él. Y, aunque era poco más que un recién nacido, le habló.

—Lucha por nosotros, padre. ¡Recupera tu honor!

Y dio inicio a una loca carrera... ¡Tenía que hacerlo! Sintió que en su mano estaba la salvación de la urbe, que sólo él podía entrevistarse con el general de ese ejército invasor que reclamaba tanta muerte.

Llegó al líder, que tenía el aspecto de un formidable león, de garras y colmillos negros, de faz ansiosa de gloria. «Detén tu espada», le imploró. «Tuya será nuestra voluntad, mas no nos arrebatas el hogar». Y su contestación fue un rugido inapelable: «No se puede frenar lo imparable. Quédate conmigo o vuelve con los tuyos y muere». Alcón deseó regresar, acompañar sus últimos momentos con los de otros tantos arsetanos. Pero entonces apareció el verdadero enemigo, aquel que tenía más fuerza que todos los elementos del mundo. Ni rayo, ni riada, ni fuego. Nada rivalizaba en poder destructor con el miedo.

Aquel que le obligó a traicionar el hervor de su sangre. De la sangre de Arse.

«Fracasas de nuevo, marido. Es lo único que sabes hacer».

* * *

Desgarró el interior de la tienda con un grito desesperado. La realidad fue al principio un suave colchón en el que refugiarse de la angustia recibida en sueños, aunque sólo hasta que la lucidez volvió a su cabeza. Comprendió entonces que, aunque exagerado por el desvarío de la fiebre, lo que le había descorazonado era un pasado verdadero.

Se sentía anquilosado, con los músculos doloridos. Resultó que eso le complació de alguna manera, porque significaba que estaba recuperando la sensibilidad de su cuerpo. A la izquierda tenía a un soldado libio que temblaba sobre una estera. Ya no estaba en la carreta, sino en una carpa donde se hacinaban los heridos. Debían de estar acampados.

Pero cuando levantó el rostro y lo volvió a la derecha, pensó que el delirio aún persistía en él. No podía ser que lo que sus ojos le mostraban fuera verdad. Allí, arrodillada junto a él, había una muchacha que le frotaba el pecho con algún tipo de sustancia tan fragante que le destapó las vías respiratorias. El tacto era agradable; una calidez nacía en la zona donde ella masajeaba. Sin embargo, no era eso lo que le extrañaba, sino la familiaridad del rostro.

Era la chica gala. Nunn. Portaba una postiza barba colgando del mentón, pero no cabía posibilidad de yerro.

—¡Tú! —Logró decir, aunque su voz fue más un susurro, mientras trataba de incorporarse—. ¿Qué haces aquí?

Entonces vio a alguien más, parado en la entrada de la tienda, oteando al exterior con mirada vigilante: Leukón. Cuando el muchacho apreció que el traductor había despertado, se acercó a él.

—Calma, Alcón.

—No debería estar aquí. Si los hombres lo descubren...

La joven recostó su peso sobre el íbero para que volviera a acostarse.

—Si no me hubiera colado en el campamento, ahora mismo estarías a punto de dejar el mundo de los vivos —le dijo ella.

—Amigo, fue idea suya venir en cuanto supo que estabas enfermo —le explicó el celtíbero—. Lleva desde que levantamos el campamento cuidando de ti. Sus manos tienen el arte de la curación.

Sí, así debía de ser, pues no podía negar que sentía que el cuerpo era suyo de nuevo.

—Alcón, nadie debe saberlo, ni siquiera Tabnit —le pidió Leukón, y el tono con que lo dijo era de súplica sincera—. Si la echan no logrará sobrevivir sola en estos parajes.

—Te lo pido como pago por este servicio —añadió la gala—. Es lo único que me queda.

«Más compromisos», pensó el arsetano. A mal individuo le pedían cumplimiento. «Al peor de todos», escuchó que decía Daleninar. Pero entonces recordó lo que su hijo le había dicho en aquella pesadilla: «Recupera tu honor».

—Así será —asintió al fin—. Pero tened clara una cosa: si te descubren, seremos tres los que acabaremos vagando por este erial.

Nueve jornadas. Ése fue el tiempo que tardaron en alcanzar el paso más alto de la cordillera. Extenuados, algunos incluso más muertos que vivos, los soldados se dejaron caer en aquella tierra sin árboles y congelada por los hielos. Al menos, el viento había amainado y la nieve cesado casi por completo.

Incluso Leukón, de piernas fuertes y acostumbrado a las montañas y al frío de Celtiberia, dio gracias a Lug por el descanso. En su mente permanecería grabada para siempre la angustia de la ascensión, tal vez la experiencia más dura a lo que nunca se había enfrentado. La última etapa de la subida fue un deseo constante de que la siguiente loma se convirtiera de una vez en esa maldita cumbre que jamás llegaba. Cuando quedaba confirmado que no era así, el desengaño resultaba tan intenso que ira y pena se entremezclaban dilapidando su entereza.

Tal vez fue Nunn quien le guardó de la locura sin que ella lo pretendiera. Su presencia lo animaba a dar un paso más, a soportar mientras la gala lo hiciera. ¡Y era resistente, desde luego! No se quejó ni una sola vez, aun cuando no poseía un caballo y sólo gracias a que Leukón le permitía subirse en Bronce lograba un poco de descanso.

No todos estaban en tan buen estado. Aunque llegaron antes del mediodía a aquella explanada en las alturas, se tomó la decisión de montar el campamento junto a una pared de roca, en lugar de seguir avanzando. No levantaron protección alguna, pues tenían poca madera y era más acuciante utilizarla para alimentar las hogueras que en una empalizada.

La orden de detenerse, que había partido de Aníbal, extrañó tanto a los hombres que empezó a circular un rumor: Magón, el hermano del estratega, había enfermado de gravedad. De hecho, al líder púnico no se le veía desde hacía un par de jornadas, después de pasarse toda la ascensión animando a las tropas. Poco después, cuando ya los celtas de Iliberri habían levantado las tiendas, con los que ahora viajaba para estar con Nunn, vieron llegar a Alcón, casi recuperado por completo de su dolencia. Sin embargo, el gesto del íbero parecía tan rasgado por la preocupación que al celtíbero le produjo una mala sensación.

—Debo hablar con vosotros —les dijo, y los apartó hasta un lugar solitario, tras el cercado de los caballos—. Se os necesita. Bueno, más bien a ti.

Señaló a la gala. Leukón se imaginó lo peor.

—¿Nos has descubierto? —Y siguiendo un impulso lo tomó por el manto peludo que cubría al intérprete.

—¡No, claro que no! —se defendió el otro—. Os di mi palabra. Pero he venido a proponeros que seáis vosotros quienes acabéis con este secreto por una causa mayor.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Nunn.

—Ya lo habréis escuchado: el hermano de Aníbal se muere. Los médicos del ejército no logran aliviarle las fiebres. Es el mismo mal del que me liberaste. —Miró con fuerza a la joven—. He venido a pedirte que hagas lo mismo con Magón.

—¿Por qué habría de atender tu petición y exponerme? —preguntó ella.

—Muchacha, no importa cuánto trates de engañarte, tus manos no son las de un guerrero —le dijo el íbero—. Son las de una sanadora. Si tal don te han dado los dioses, deberías entregarte a él y no dejar que quien te necesite muera por inacción. Quién sabe las recompensas que ello podría traerte.

—¡No! —insistió Leukón—. ¡El riesgo es demasiado alto!

Pero la joven lo tomó del brazo y negó con la cabeza.

—Él tiene razón.

Entonces se quitó el yelmo heleno, y luego arrancó de un tirón la falsa barba justo antes de encaminarse hacia el centro del asentamiento. No escondió sus naturales andares de mujer, ya no más, y marchaba con el rostro bien alto. Se acabaron las mentiras, parecía clamar con su repentina actitud. Ahora bien, por donde pasaba se sucedían las expresiones de asombro y no pocas exclamaciones desconcertadas. Leukón la siguió ante el temor que aquellas miradas se tiñeran de lascivia.

Pero el mayor gesto de asombro fue, por supuesto, el de Tabnit. Lo encontraron junto al resto de oficiales, en la zona central del campamento. Todos ellos se mostraban cabizbajos a la espera de las peores noticias en relación a Magón. Nunn irrumpió entre ellos. Al consejero cartaginés se le marcó una expresión de desconcierto: abrió los ojos, arrugó la frente, la boca le quedó entreabierta, incapaz de articular palabra alguna.

—Tengo entendido que precisáis un sanador —le dijo en lengua griega.

—¿Qué significa esto? —acertó a decir al fin el oficial—. ¿Qué haces tú aquí?

Alcón intercedió por la joven.

—Amigo mío, no es momento de preguntas. Baste decir que Nunn me curó cuando lo necesité. Ahora puede hacer lo mismo por Magón.

Tabnit miró a la gala. A Leukón le pareció curioso que ella, siempre tan altiva, rehuyera el escrutinio del consejero en favor del rubor.

Fue un momento tenso, un instante en el que el celtíbero llegó a pensar que el oficial reaccionaría en contra de la presencia de la muchacha. Sin embargo, en un repentino impulso la tomó de la muñeca y se la llevó consigo con pocos miramientos. Los siguió, acompañado de un renqueante Alcón, hasta alcanzar la tienda de Aníbal, donde habían trasladado a su hermano. Tabnit, a quien se le reconocía autoridad, logró acceder al interior sin dar explicaciones. El pelendón y el intérprete se aprovecharon de la confusión y también lograron adentrarse en la carpa.

Los primeros en mostrarse airados fueron los médicos, en cuanto se dieron cuenta de lo que pretendía el consejero. Todos ellos eran griegos entregados a las ciencias aprendidas en su país, así que negaron las artes curanderas que pretendía utilizar la

gala. El entremezclado vocerío resultó ininteligible para Leukón, aunque estaba claro que sólo Tabnit defendía a la muchacha.

—¡Ya basta! —exigió entonces Aníbal, harto del escándalo formado junto al lecho del enfermo. Permaneció un momento mirando a Nunn, para luego posar su mirada implacable en los sanadores—. Ningún daño puede hacer que esta joven pruebe lo que sea que tenga en mente. No ahora que vosotros lo habéis desahuciado.

Y de ese modo despejaron la tienda. Allí sólo quedaron Aníbal, Alcón, Tabnit, Leukón y, por supuesto, Nunn. Lo primero que hizo la mujer fue pedir algún tipo de recipiente que pudiera utilizar como bañera, así como agua caliente suficiente para cubrir al enfermo hasta el cuello. El León de Cartago se encargó de que las exigencias se cumplieran con rapidez.

La celta se apresuró a desvestir a Magón, que ardía entre fríos sudores. Siempre resultaba extraño ver cómo actuaba la enfermedad: dejaba a sus víctimas ateridas, pero al mismo tiempo la fiebre les consumía entre llamas interiores. Fuego y hielo que destemplaban la resistencia de la carne.

Poco después trajeron un barril que alguien había cortado transversalmente y recubierto de cuero hasta los bordes. Tras llenarlo de agua recién calentada, cuatro hombres introdujeron al enfermo en el interior. Éste se estremeció al contacto del cálido líquido, aunque después de unos primeros temblores se calmó. Cuando el agua empezaba a enfriarse, devolvieron al paciente a su catre y lo abrigaron a conciencia.

—Es fuerte —dijo la gala—. Si logramos bajarle la fiebre lo salvaremos.

Se volcó en ello, en cuerpo y alma. Extrajo de su bolsa un paquete envuelto en lino, que guardaba unos pedazos de corteza. Ella misma machacó un poco en un cuenco y luego coció los corpúsculos hasta conseguir un caldo que filtró utilizando una tela. Aquél era el saber de su familia: de una madre, de una abuela antes que ella y de unos antepasados que ni siquiera tenían rostro; la ciencia que entregaba la tierra y la simple observación.

El mismo Aníbal le dio de beber el caldo al enfermo.

—El extracto de sauce rebajará la calentura —aseguró ella.

Y así fue. Cuando cayó la noche, después de consumir el brebaje un par de veces, nadie albergaba dudas de que Magón se salvaría. La frente ya no le ardía, y dormía con la placidez de un niño.

—Que no se destape —dijo la muchacha celta, antes de hacer ademán de retirarse.

Aníbal le ordenó que se detuviera antes de dejar la tienda. Leukón se puso tenso, al igual que Alcón y Tabnit. ¿Qué haría si el estratega decidía echar del ejército a Nunn? ¿Sería capaz de enfrentarse al líder que había seguido hasta el momento, y romper con ello el pacto de devoción que tenía con Tibasté?

Casi sin darse cuenta, la mano se le fue a la daga que pendía de su cinto.

—No comprendo qué avatares te han llevado a colarte en mi campamento... —El pelendón dejó de respirar durante ese instante de pausa en la frase del cartaginés—. Y

no quiero saberlo. Has salvado a mi hermano, y por esa acción tendrás de mí cuanto desees.

Tres resoplidos de alivio se escucharon al mismo tiempo, para diversión de Aníbal, que esgrimió una leve sonrisa al tiempo que miraba a Alcón, Tabnit y Leukón.

—Sólo deseo seguir con los tuyos, León de Cartago —respondió Nunn, de nuevo con gesto orgulloso—. Pues, aunque tu ejército provocó la muerte de mi hermano, no tengo otro camino que tomar en esta vida.

—Así será —aceptó Aníbal—. Sin embargo, no lo harás enarbolando una espada, pues tus manos son demasiado valiosas para dar muerte. —La gala quiso protestar, pero al escuchar el resto de la proclama toda oposición se desvaneció—. Quedarás a cargo de Tabnit, mi consejero, y te alojarás en su tienda, pues sé que no es un bruto y te respetará. Él tendrá ahora la responsabilidad de protegerte de la impetuosidad de los soldados. De todos modos, mañana haré un anuncio: nadie te pondrá una mano encima, bajo pena de ahorcamiento.

Leukón salió de la carpa con una expresión de derrota en el semblante.

La noche envejecía, pero Tabnit no conseguía dormir. La fuerte ventisca que se había levantado a medianoche y que golpeaba con fiereza la lona de su tienda, no ayudaba a que el sueño llegara y le arrebatara la inquietud que se había apoderado de él. Fue incapaz de contener una risa agridulce. ¿A quién quería engañar? El motivo de su desvelo no era ni el clima, ni los nervios ante la cercanía del final del viaje, ni el estado de salud de Magón... No, su desasosiego nacía al otro lado de la tela que él mismo había colgado en mitad de la carpa, sujeta a una cuerda.

Y se llamaba Nunn.

La tienda era pequeña, tanto que, cuando el viento se tomaba un respiro, alcanzaba a escuchar el suave resuello de tan inesperada compañera. Todavía trataba de recuperarse del impacto que le había producido verla, aunque a decir verdad no había dejado de pensar en ella desde que la abandonara en el Ródano.

Se restregó la cara con las manos antes de incorporarse. Permaneció sentado en el borde del camastro, apenas un bastidor de madera elevado para evitar la humedad y el frío del suelo. Más de lo que atesoraba la mayoría de soldados, que dormían en simples sacos, de cuero por fuera y velludos por dentro.

Y mientras reflexionaba buceando entre absurdos planteamientos, nació una pregunta: ¿por qué aquella muchacha lo perturbaba tanto? El púnico ya no era ese niño que tonteaba con las chiquillas de los barrios residenciales de Cartago, ni el joven mujeriego en busca de pasiones robadas para satisfacer la carne. Aunque el Idnibal que moraba prisionero en su interior escapara algún día, aquellas cuarenta añadas cargadas de tormentos habían acabado con cualquier atisbo de tan voluble personalidad. Desde que tomó su decisión apenas se había permitido los ocasionales momentos de placer que algunas cortesanas le brindaron, pues hasta el hombre más circunspecto debía satisfacer ciertas necesidades.

El pensamiento le llevo inevitablemente hacia la gran herida de su vida, y surgió de pronto una terrible duda: ¿y si Tabnit, el verdadero Tabnit, hubiese tenido razón aquel día?

¿Y si el amor era tan poderoso como le había asegurado?

Hélike, 230 a. C.

—La amo, hermano —dijo Tabnit—. No puedo evitarlo.

Idnibal negó con la cabeza, a medio camino entre la frustración y el enfado. Lo miró de nuevo, buscando transmitirle con mayor vehemencia su oposición a lo que estaba planeando. Era como contemplarse a sí mismo en unas aguas claras y

tranquilas. Ambos hermanos, gemelos nacidos del mismo parto, eran idénticos en lo físico. Ni mucho menos en otros aspectos.

—¡El amor es una gran mentira, Tabnit! En el mejor de los casos, es efímero. Pretendes arriesgar tu vida por una mujer con la que sólo has estado una noche.

—No espero que lo entiendas, siempre has sido tan superficial en ese aspecto... Pero ella llegó a mi corazón cuando acudimos a la ciudad para tratar de negociar una alianza. Yo sólo era un simple escolta, como tú, y sin embargo Nisunin me atendió con un cariño y una inocencia que me cautivaron.

—¡Eres un soldado cartaginés, maldita sea! —insistió Idnibal—. ¡Miembro del Batallón Sagrado! ¡Éste es tu lugar!

Y señaló hacia el promontorio donde se alzaba la íbera Hélike, con sus muros rodeados por las tropas al mando del gran Amílcar Barca. El asedio había comenzado una semana antes, un objetivo más del ansia conquistadora del líder cartaginés, vital por ser un emplazamiento clave para el control de las ricas minas de la región.

—No me atraparán. Tengo un acuerdo con los centinelas que custodian la urbe. Me ha costado todos mis ahorros, pero la dejarán salir por una poterna secreta cuando los ojos de nuestros guardias estén adormilados, a medianoche.

—Vaya, veo que lo tienes todo planeado. ¿También has pensado en cómo escaparás de los asesinos que envíen en tu busca? La desertión de un miembro del Batallón Sagrado es una afrenta demasiado grande para dejarla pasar. Eso por no mencionar el desprestigio que aportarás a nuestra familia.

—Tú nunca has creído en el honor.

—Pero padre y madre, sí. Siempre fuiste su preferido, lo cual nunca me ha importado aceptar: les he dado motivos para sentir vergüenza de mí. ¡Sólo soy un traficante de vino y cerveza que sigue al ejército de Amílcar para hacer negocio! Pero tú... Tú tenías que dar lustre a nuestra casa. Ha sido tu destino desde que éramos niños. No sólo les romperás el corazón cuando se enteren de que has traicionado a Cartago, sino que perderán el favor de los nobles más poderosos. Serán despreciados.

Tabnit dudó un instante. La angustia se veía reflejada tan claramente en su rostro... Estaba entre dos mares, que golpeaban contra su alma amenazando con destruirlo. Pero al final, una de las embestidas se sobrepuso a la otra.

—Debo hacerlo, hermano. Jamás me lo perdonaré si la dejo morir. El suicidio será entonces mi final.

Idnibal se llevó las manos a la cabeza, rendido.

—Y yo no puedo permitir que la familia caiga en desgracia, ni que tú seas perseguido hasta la muerte, si ésta no llega por tu propia mano.

—Esto es cosa mía. No permitiré que te involucre.

Idnibal sonrió con acritud.

—Ya lo estoy. Desde niños siempre te he protegido, no voy a dejar de hacerlo ahora. Aunque deba renunciar a mi vida.

Se calzó tras abrigarse a conciencia y, tratando de pisar con sigilo para no despertar a Nunn, levantó la lona de la entrada y salió al exterior. El golpe de la cellisca en la cara lo despejó por completo. ¡Debía de estar loco para pasearse por el campamento en una noche así! Pero tenía la cabeza llena de confusión, de emociones encontradas que no lograba ordenar.

Saludó al guardia que custodiaba su tienda, un libio-fenicio de la confianza de Hanón. Trataba de calentarse las manos en una hoguera sofocada por el temporal, con escaso éxito. Tabnit sintió lástima al verlo tiritar, envuelto en un grueso vellón y más preocupado de no congelarse que de cualquier tarea de vigilancia. Menuda labor, la de los centinelas que hacían guardia aquella noche. El cartaginés se acercó hasta el montón de leña que había cerca. Tomó dos leños, los echó en la fogata, y se sentó junto al hombre. Aquél le sonrió para agradecer su compañía, pero ninguno de los dos despegó los labios.

Poco después una silueta se recortaba entre los vaivenes del viento, acercándose a la extraña pareja. ¿Quién, aparte de los guardias, se atrevería a salir de su carpa? Algún otro loco insomne, como él. Tras los copos furibundos, que apenas se dejaban ver un instante a la luz de las llamas, quedó revelada la identidad del caminante: Leukón. «Un muchacho de costumbres», pensó Tabnit, imaginando que el pelendón volvía de visitar al elefante con el que había trabado amistad. Al pasar junto a ellos, el celtíbero dudó, y el púnico percibió una rara mezcla de sentimientos en su rostro: rechazo combatiendo contra aprecio.

—Siéntate, amigo —lo invitó con un ademán de la mano—. Cobra un poco de calor antes de volver al lecho.

El celtíbero le hizo caso y se situó frente al oficial. Éste no tuvo reparos en hablar, pues el guardia no tenía ni idea del idioma norteno. Quizás el mejor modo de apaciguar las turbulencias que le amargaban fuera debatir con alguien con inquietudes semejantes.

—Este viaje ya languidece, Leukón. El final no tardará en llegar. Pronto empezarán las contiendas.

—Mi alma perturbada las ansia —dijo el muchacho.

—Sí, hace mucho que te noto con el ánimo desarreglado.

El joven dudó. Se le veía con ganas de abrir el corazón y relatar sus penurias, pero le habían criado con las leyes del guerrero. La mayor de todas: que no debía mostrar debilidad. Para transmitirle su apoyo, posó la mano en el hombro del pelendón. Éste levantó la cabeza, agradeciendo el gesto con una mirada ahora menos agresiva.

—He perdido la imagen de mi amada Stena —confesó, después de tragar saliva—. Ya sólo es una figura informe. Sé que era la más bella de Pelendonia, pero no logro evocarla.

—Y eso te mortifica, ¿verdad? —Leukón asintió—. Respóndeme a una pregunta. Dices que has olvidado su aspecto físico. ¿Qué hay del sentimiento? ¿Lo conservas todavía?

Leukón torció los labios, frunció el ceño, y se hundió en su propio silencio. Daba la sensación de que se exploraba a sí mismo, que buscaba una verdad escurridiza cual anguila. Su desconcierto era patente.

—¿Crees que eres el único con un problema similar? —decidió continuar el cartaginés—. El tiempo borra hasta los rostros más queridos. Yo tampoco soy capaz ya de recordar a mi padre, más que de forma vaga e inexacta. Sin embargo, me basta con revivir lo que sí es imborrable. Jamás olvidaré los días en que nos enseñó a cabalgar a mi hermano y a mí; cómo descendíamos por la pendiente de Byrsa, allá en mi ciudad, compitiendo los tres. Él siempre nos ganaba, por supuesto. —Cerró los ojos, y sí, por un momento, fue de nuevo Idnibal; recreó el viento que le acariciaba la cara, producto de la velocidad del trote; la calidez del sol bañando su piel; la tensión en sus músculos ante cada zancada del caballo... Hasta que volvió a la realidad—. Al hacerlo así, me envuelve el amor que nos profesaba, y la admiración que por él sentía a pesar de que siempre estaba desafiando su autoridad. Nada apagará ese sentimiento, no importa cuántos estadios nos separen, ni el tiempo, ni la muerte...

Aquellas palabras abocaron al celtíbero hacia la reflexión. Tras un rato, agrandó los ojos y le temblaron los labios.

—Yo... Sí, todavía me brinca el corazón al recordar nuestro primer beso, aunque ya no pueda rehacer su rostro.

—Aférrate a ello, amigo mío. Pues será lo que te dé fuerzas en los días que están por venir.

* * *

El pelendón había marchado hacia su carpa con aire meditabundo. Tras el cambio de guardia, Tabnit entró de nuevo en su tienda con el consejo que le había dado a su joven amigo rondándole en la cabeza.

Aferrarse. A algo verdadero, no a una mentira.

La vista se le fue al separador de tela. Escuchó a Nunn revolviéndose en el jergón, tal vez presa de alguna pesadilla. Apartó un poco el lienzo colgante y se introdujo en aquel espacio que se había prometido no violar. El corazón le dio un vuelco al verla, tan hermosos sus rasgos incluso cuando parecían sufrir. Sobre todo, cuando parecían sufrir.

Le acarició las mejillas, tratando de calmarla. Ella se revolvió al primer roce, ronroneó como un cachorrillo agradecido y lanzó una exhalación profunda, como si

expulsara todo lo que truncaba su descanso. Tabnit se fijó en el modo en que temblaban las aletas de su menuda nariz.

De pronto, la gala abrió los ojos. Lejos de sentirse invadida, lo observó con tranquilidad, mientras dibujaba una media sonrisa.

—Lo siento —se excusó el cartaginés—. Te escuché gemir y pretendía tranquilizarte.

Retiró la mano, o trató de hacerlo, pero la muchacha se la cogió, entrelazando los dedos. Miradas encontradas. Vio sus pestañas, donde ardía una humedad emocionada.

—No te vayas. Quédate conmigo.

Y tiró de él, movimiento que Tabnit siguió mecido por una sensación onírica. Se inclinó sobre Nunn, al tiempo que ella le ofrecía los labios, contra los que se fundió.

Ya estaban envueltos el uno en el otro, piel contra piel, rodeados por mantas y el calor que desprendían sus cuerpos. La abrazó, temiendo que alguno de esos dioses que tan lejos creía que vivían sintiera el capricho de acercarse al mundo y arrebatarse ese regalo de carne y alma. Estaban en las alturas del mundo, rodeados de hielo, y, sin embargo, ardían como ascuas en llamas.

Y aquello era real. No una mentira.

Permanecieron dos días en la cima, esperando a que el temporal remitiera. Un par de jornadas en las que murieron varios de los enfermos a pesar de los esfuerzos de Nunn, quien además tuvo que soportar la intransigencia de los médicos. Los griegos sentían que invadía sus competencias con sanaciones que etiquetaban de supercherías propias de salvajes. Pero la orden de Aníbal era rotunda, y Tabnit se encargó de hacerla cumplir. La amenaza de prescindir de sus servicios —y de la paga que les correspondía— bastó para que recapacitaran y prestaran la ayuda que la gala necesitaba, aunque fuera a regañadientes.

Incluso entre tanto infortunio, hubo buenas noticias. Algunas bestias de carga y otros tantos jamelgos rezagados, perdidos durante las hostilidades pasadas, lograron reincorporarse al ejército para desconcierto general.

—Es algo fabuloso que hayan encontrado nuestro rastro —dijo Alcón.

—No comprendo vuestra sorpresa —comentó Tibasté—. Los caballos, a su modo, son muy inteligentes.

Cuando escampó la tormenta y el aire se volvió claro, desmontaron el campamento. Aníbal rompió su propia costumbre e inició la marcha montado en Surtís, que dejaba enormes huellas en la nieve. El líder los condujo durante las primeras horas, hasta alcanzar una peña cercana, cerca del descenso, tras la cual no había ya siluetas de más montañas.

Y se detuvo.

Alcón observó a ambos, hombre y elefante, recortándose contra un cielo azul apenas teñido de nubes. Siguió la dirección del dedo que señalaba, y apareció ante su vista una estampa que el arsetano jamás olvidaría.

Un valle se abría a los pies de la cordillera, abrupto. Allí, cual mar plácido, se extendía una vega tamizada por fértiles pastizales. Tomaba su nombre del río que lo surcaba, al que los griegos llamaban Erídano, como aquel que cruzaba su Hades. Alcón desconocía cómo sería conocido entre los nativos del lugar o los romanos.

El intérprete contempló los semblantes de los soldados a su alrededor. Al igual que él, durante un instante todos habían apartado el fastidio acumulado, y sus expresiones relucían maravilladas. Porque comprendían entonces cuán grande era la hazaña realizada, y vieron su resolución tan cercana que ya no pudieron albergar más dudas. La promesa estaba a punto de hacerse realidad.

El León de Cartago volvió a hablarles. ¡Qué magnífica estampa, allí erguido sobre el gigante paquidermo! ¡Y cuánto poderío en su voz! Era un titán, un auténtico titán.

—¡He aquí las fronteras de las tierras itálicas, y con ellas las de Roma! —exclamó, gracias de nuevo al cono metálico—. ¡Sentios orgullosos, porque habéis

tocado el cielo y demostrado vuestra grandeza! ¡Demos el último paso hacia nuestra victoria! ¡Los hoyos, nuestros amigos, nos esperan con succulentos manjares!

Gobanitio y los suyos fueron los primeros en lanzar un bramido de apoyo. Y tras ellos, el resto de espíritus, apagados tras luchas, miserias, hambre, desazón y pérdidas de compañeros, se encendieron de nuevo. Alcón se unió a la masa enfervorizada sin detenerse a pensar, y creyó que la victoria no sólo era posible, sino que ya nada se la arrebataría.



Sin embargo, las dificultades estaban lejos de acabar. El descenso hacia el valle del Erídano resultó ser realmente complicado, pues la pendiente era muy abrupta por el lado itálico. El mismo Alcón lo pudo comprobar de primera mano al llegar al sendero, en el que apenas podían marchar cuatro hombres uno al lado del otro. Cuando le tocó el turno de empezar a bajar por la cuesta, ya la nieve había desaparecido, deshecha después de tantas pisadas. Conducía a su caballo por las riendas, ya que cabalgar era una caída segura. De todos modos, al pisar el hielo que cubría el barro, el calzado resbaló de tal manera que no pudo evitar dar con el trasero en el suelo. Se aferró a un saliente para no seguir cayendo de forma incontrolada, mientras escuchaba de fondo las risas de Babpo, que marchaba tras él. Pero el pelendón se despreocupó tanto de sí mismo que también perdió pie y se desplomó, deslizándose hasta golpear a Alcón. La hilaridad de sus compañeros fue tal que incluso contagió al arsetano.

Así ocurrió que las caídas y topetazos fueron una constante. En ocasiones resultaba divertido, ayudaban al jolgorio general y al buen ánimo. Sin embargo, no podía negarse la gravedad del asunto. Algunos hombres murieron al caerles encima sus caballos, o rodando por la pendiente hasta abrirse la cabeza contra alguna roca. Por fortuna, los elefantes marchaban delante para aprovechar la firmeza que proporcionaba la nieve. Alcón se imaginó a las moles grises resbalando y llevándose por delante a cuantos soldados encontraran a su paso. El daño habría sido formidable.

Tabnit había dejado a Nunn bajo la custodia de Leukón, Alcón y los pelendones, quienes todavía la miraban con recelo y temor. ¿Qué mejores guardianes mientras el cartaginés atendía las labores encomendadas por Aníbal? Los celtíberos le tenían demasiado miedo al creerla maldita, jamás la tocarían. De hecho, al bajar por la pendiente enfangada y congelada la joven celta sufrió un nuevo desvanecimiento. Leukón y el traductor tuvieron que llevarla en volandas mientras permanecía en ese particular estado ausente. Por fortuna, se recuperó muy pronto y pudo volver a caminar por sí misma.

A todo esto, se sumó un contratiempo inesperado con el que se topó la vanguardia del ejército. Entre paredes altas, tan verticales que nadie podría escalarlas, un enorme peñasco les cortaba el paso. Aníbal se mostraba muy contrariado.

—Parece un desprendimiento reciente —opinó Cartalón.

—Tendremos que dar un rodeo —decidió el estratega, ante la falta de opciones.

Se tomó la precaución de enviar primero a los batidores para que hallaran algún sendero apropiado, aunque fuera angosto. Pero, cuando éstos volvieron, hablaron de terrenos tan vírgenes como impracticables.

—A pie podríamos pasar —anunciaron—, quizás incluso los caballos lo lograrían, no sin muchas penurias. Pero no existe espacio material para los elefantes.

Sólo quedó la alternativa de detener el avance y montar un campamento provisional en el llano donde nacía la dificultad. A los grupos que esperaban más arriba se les ordenó que hicieran lo mismo y se reunieran donde pudieran, mientras allí abajo buscaban el modo de resolver el problema.

Los oficiales y suboficiales discutieron la situación, que no parecía muy halagüeña. Se plantearon soluciones de todo tipo, algunas absurdas y otras prometedoras pero inviables por no disponer de lo necesario para llevarlas a cabo. Cuando las ideas se agotaron, la reflexión se tornó silenciosa. El viento, que iba y venía en rachas, rezumaba silbidos al pasar entre las rocas. Se escuchó un aullido en el oeste, que produjo un tembleque en Alcón. Una reacción nacida de la sinrazón, pues ninguna camada de lobos se atrevería a atacar a un grupo tan numeroso de hombres.

«Ni aun tan cerca del final, rodeado de tanto valor, dejas de tener miedo», creyó que le decía Daleninar.

—Tal vez podamos hacer algo —dijo de pronto Tibasté, a quien tradujo el arsetano—. En Pelendonia, cuando construimos nuestros castros, en ocasiones el asentamiento elegido cuenta con rocas que estorban. Para desmenuzarlas utilizamos fuego y agua.

El caudillo celtíbero explicó tan sorprendente técnica que el intérprete no estaba muy seguro de su traducción. A Aníbal también se le vio dudar.

—¿Qué opinas, Tabnit? —le preguntó a su consejero.

—Creo que no tenemos nada más y que merece la pena probarlo.

Se dieron, pues, las órdenes oportunas. Tuvieron la fortuna de encontrar un bosquecillo de pinos en la explanada donde se había detenido la cabecera del ejército. Los árboles eran raquíticos, cierto, pero servirían para sus propósitos. Motivados por el frío, varios hombres se afanaron en talar varios de los ejemplares.

Conforme iban cortándolos, otros se encargaban de podarlos, para luego amontonarlos contra el enorme pedrusco.

No tuvieron que esperar mucho a que el viento soplara en la dirección correcta, momento en el que prendieron la yesca. Las flamas no tardaron en cobrar ímpetu, en caldear la piedra hasta que ésta tomó tal temperatura que primero fundió la nieve y luego carbonizó los líquenes adosados. El fuego, bien alimentado, calentó la roca durante horas. Cuando se quedaron sin leña emprendieron la siguiente fase del plan.

—¡Ahora! —Dio la orden el propio Tibasté, que junto a sus principales pelendones dirigía las tareas.

Varios soldados volcaron sobre la roca algunos barriles que habían rellenado con nieve derretida, mezclada con todo el vinagre que les quedaba. Alcón dudó de que el ácido fuera útil, aunque según decían los sabios griegos podía disolver la piedra. Sin embargo, le pareció más lógico que el aparente milagro estuviera motivado por el brusco cambio de temperatura: la roca crujió al mismo tiempo que el agua se evaporaba en una columna de vapor.

La fuerza de los elementos resultó tan poderosa que el peñasco quedó surcado por hendiduras a cada cual más profunda. El resto fue cuestión de fuerza bruta: los hombres hicieron palanca hasta desgajar la roca. Un grito de victoria pronunciado al unísono se elevó hacia el cielo, como si hubieran derrotado al mayor de los ejércitos. Tras aquello trocearon los pedazos más grandes y los arrojaron por el precipicio.

Esa misma noche, y por mandato de Aníbal, los pelendones recibieron una generosa ración del vino personal del estratega, a quien no le importó agotarlo como recompensa.

* * *

Una vez el camino estuvo lo suficientemente ensanchado, atacaron la última etapa del descenso. La pendiente fue moderándose poco a poco, y por tanto todo resultó mucho más sencillo.

Así, cuando al fin pisaron el valle, quince días después de adentrarse en esos Alpes que habían demostrado ser los peores contrincantes de cuantos habían enfrentado, los caballos y los elefantes se abalanzaron sobre los pastos y las ramas de los árboles. Ni dueños ni guías se opusieron, pues también ellos se vieron sometidos al estallido de las emociones acumuladas tras tanto sufrimiento: vítores, agradecimientos a los dioses, lágrimas de alegría entre individuos de aspecto duro. Algunos besaron ese suelo que tanto les había costado pisar. Leukón tomó un puñado de tierra y se la guardó en el zurrón, según le dijo al arsetano para no olvidar el esfuerzo del viaje. Nunn olió el aire mientras dejaba que el viento le acariciara el rostro, y Tabnit miraba hacia atrás con aspecto satisfecho, se diría que incluso emocionado. Mucho había puesto de su parte para ver el sueño de Aníbal realizado.

Pero si algo le estremeció fue reparar en cómo el estratega se apartaba de todos, incluso de su ya recuperado hermano, y caminaba un trecho en solitario. En un momento dado, se arrodilló y, mirando a las nubes, oró a Melqart mientras dejaba que el llanto corriera por sus mejillas.

«Lo has conseguido, padre», le dijo Isbataris.

—Sí, aquí estoy —comentó en voz baja, para que nadie pudiera escucharle.

Y se sintió pleno de orgullo, porque por primera vez en su vida había enfrentado y superado un desafío.

«¿Ya te crees un héroe, como ellos?», trató de restarle importancia Daleninar. «Tan poca cosa no te va a devolver la dignidad, marido».

Decidió, por una vez, no atender a la eterna voz acusadora. Prefirió disfrutar de la llanura itálica postrada a sus pies. Ya pensaría más tarde en el siguiente paso. Ya pensaría en que, al fin, había llegado el momento de la guerra.

Parte 4

LA LLANURA ENSANGRENTADA

Pisae quedó atrás, más allá de la nube de polvo originada por los cascos de los caballos. Tan oculta como el futuro al que Sexto Aurelio Buteo se encaminaba.

Años de parsimonia ante los tejemanejes de los púnicos y ahora todo eran prisas.

La partida comandada por Publio Cornelio Escipión estaba formada por sus doce lictores, la hueste de jinetes con los que había vuelto de Massalia, pasando antes por Genua, y él mismo, el tribuno de mayor confianza del cónsul. Los otros cinco oficiales superiores, al igual que el resto de las dos legiones que en principio le asignaron, marchaban hacia Hispania bajo el mando del hermano del magistrado, Cneo. Una elección no exenta de riesgos, pero inapelable debido a las circunstancias. Resultaba imperativo mantener ocupados a los cartagineses que defendían los territorios recién conquistados, o de otro modo dispondrían de vía libre para enviar refuerzos al mayor de los Bárquidas. Además, la infantería habría retrasado el regreso de Escipión tras el desembarco en Pisae. Y si de algo no disponía era de tiempo.

Las últimas noticias recibidas en la ciudad portuaria no eran muy buenas. Aníbal hacía días que vagaba por los Alpes.

—Ese loco... Las montañas lo derrotarán sin duda, señor —dijo Buteo.

—Ojalá pudiera compartir tu confianza —comentó el cónsul.

Escipión, según le había dicho durante el viaje, estaba convencido de que el general púnico lograría su meta. O al menos él pensaba actuar como si así fuera a ocurrir. El plan era el mismo que había utilizado el estratega: velocidad.

Marchaban a Plasencia, donde los esperaban las tropas de los pretores Lucio Manlio y Cayo Atilio, quienes habrían de entregar el gobierno de sus dos legiones a Publio Cornelio. De allí viajarían al encuentro de Aníbal, para atacarlo antes de que sus hombres se recuperaran del cruce de la cordillera alpina y pudieran encontrar apoyo en los galos, descontentos con el avance de Roma por el norte. Contaba Escipión que ese descanso se prolongaría, al menos, una semana. Ésa sería la clave para vencerlos. Extenuados por el tránsito por las montañas, los aplastarían contra los mismos muros de los que habían bajado.

Aníbal Barca. Su nombre estaba en boca de todos, en la cabeza de cada ciudadano romano. Aún no había pisado suelo itálico y ya su presencia era una realidad, aunque sólo fuera en los ánimos de la gente. Nadie lo tenía más presente que Escipión, cuya preocupación estaba a la par que la admiración por las genialidades del estratega. Hasta había quienes se mostraban despreciativos hacia el cartaginés. «Que se entretenga en Hispania, que recoja en la tierra de los bárbaros la plata que Cartago nos debe», decían en el senado. Ingenuos y estúpidos todos ellos, en opinión del magistrado, quien pensaba que jamás se habría tenido que permitir que Aníbal conquistara Saguntum, y mucho menos que oliera el río Hiberus. Pero así eran los senadores, siempre preocupándose de lo inmediato, sin visión de futuro. ¡Y todavía

persistían en mantener en Sicilia a Tiberio Sempronio Longo, el cocónsul! Allí estaba desde hacía semanas, preparando a sus tropas para desembarcar en Libia. Seguían ciegos. El problema no se hallaba en Cartago, donde su consejo estaba más desunido que el romano.

La amenaza moraba a las puertas de la república.

* * *

Hicieron escala en Mutina, ya asegurada tras la retirada de los hoyos. Pero sólo se detuvieron para pasar la noche y cambiar las monturas por otras frescas, como ya habían hecho en algunas colonias. La previsión de Escipión de enviar mensajes antecediendo a su marcha para prepararlo todo y que nada lo retrasara resultó ser providencial.

Cuatro jornadas después de salir de Pisae, el grupo de Buteo alcanzó al fin el campamento cerca de Plasencia, concretamente al sur de la urbe, cerca del río Trebia. Allí se encontraba el ejército, veinticinco mil hombres. Pero no fueron recibidos por Atilio o Manlio, sino por un muchacho que los esperaba en el camino, junto a su caballo. Iba ataviado con una flamante coraza, una capa roja y un yelmo tan brillante que saltaba a la vista que jamás había sido utilizado en combate. El tribuno lo reconoció, aunque la última vez que lo viera apenas alzaba cinco palmos del suelo.

—Padre, sé bienvenido —le dijo a Escipión.

El cónsul descendió del animal y abrazó al joven Publio. No con mucha efusividad, cierto, pues ambos eran dados al trato formal. Sin embargo, el aprecio mutuo resultaba innegable. Escipión siempre hablaba con orgullo del mayor de sus vástagos.

El patriarca posó las manos en los hombros del adolescente.

—¡Desde luego que has crecido! —lo alabó—. Me alegra saber que los entrenamientos han servido para cincelarte como es debido.

Publio era en verdad una imagen espejada de su progenitor, aunque envuelto todavía en la juventud: tenía una frente amplia y, aunque llevaba el pelo recortado con pulcritud, se apreciaba ya que, a no mucho tardar, el cabello empezaría a retroceder.

—Me alegra verte, hijo mío. ¿Cómo está tu madre?

—Orgullosa de que me incorpore a tus órdenes y pruebe mi valía en la guerra. O al menos eso dice en público. Pero sus ojos rojos cuando me despidió indicaban otra cosa.

—¿Qué esperabas, si es mujer y madre? Sin embargo, que llore de preocupación no significa que su orgullo hacia ti sea menor.

—Sí, lo sé.

Ambos montaron en sus bestias y, a trote lento, se dirigieron al campamento, donde según el adolescente esperaban los pretores. Buteo, que marchaba inmediatamente detrás de ellos, escuchó toda la conversación.

—¿Qué noticias hay por esta zona?

—Muchas, y pocas buenas. El enemigo alcanzó el valle, tal y como aseguraste. Han logrado lo inimaginable: cruzar los Alpes.

—Mermados, imagino.

—Sí, bastante. Emergieron con vida unos veinte mil soldados de infantería y otros seis millares de jinetes. ¡Ah! Y la mayoría de sus horribles elefantes.

—Es increíble que tantos lo hayan logrado. Deben estar recuperándose. Es el momento de avanzar, elegir un buen lugar y atacarles.

—Ése es el problema, padre.

Escipión detuvo el caballo y cruzó una mirada de preocupación con su hijo. Rara vez encontraba noticias que le asombraran tanto como para perturbar su expresión habitualmente sobria, pero allí estaban aquellos ojos engrandecidos y aquellas cejas arqueadas.

—Sólo han descansado durante dos días. Ayer tomaron la capital de los galos taurinos, Taurinum. Cinco jornadas en total desde que pisaron tierra itálica.

«¡Júpiter Optimo Máximo!», se dijo a sí mismo Buteo, compartiendo el gesto de sorpresa del cónsul. «¡Ese condenado cartaginés lo ha vuelto a hacer!».

—De nuevo, nuestros pronósticos quedan en nada —repuso Escipión.

El tribuno se preguntó por enésima vez qué daba fuerzas a aquel hombre. Ahora ya no albergaba duda alguna: Aníbal era el enemigo más peligroso al que Roma se había enfrentado jamás. Uno que doblegó a toda una pléyade de pueblos guerreros de gran bravura, que había derrotado a la mismísima naturaleza.

Y, sin embargo, tenía un rival a la altura. Publio Cornelio Escipión lo vencería, estaba convencido de ello. Y con ello acabaría su mandato, tan cercano a expirar, colmado de victoria y gloria.

Ya fuera en vida... o en la muerte.

Taurinum había caído en apenas tres días. Sus varones yacían en piras carbonizadas, las mujeres y los niños camino de varias ciudades de los boyos, que los habían reclamado como esclavos. Un primer gesto hacia el reyezuelo Magalo, como recompensa por la ayuda que Gobanitio les dispensó.

Desde el campamento púnico Tabnit contemplaba una de esas montañas de restos humanos ennegrecidos. Le hubiese bastado con acercarse para sentir el calor, a pesar de que las llamas ya se habían extinguido. Contra el ocre del atardecer todavía se advertía el blanquecino humo que despedía cada uno de los cadáveres. Un poco más allá, un grupo de soldados libios ordenaban los trofeos rescatados: armas, yelmos, escudos, lanzas que permanecían enteras... Sería la recompensa de aquéllos que conquistaron los mayores méritos durante la batalla, tal y como solía hacerse cuando el botín era escaso. El verdadero premio estaba en los graneros y corrales dentro de la ciudad: alimento para saciar el hambre acumulada durante la travesía por los Alpes.

El consejero dirigió sus reflexiones hacia lo acontecido desde su llegada al territorio itálico: Aníbal les había dado dos días de descanso al llegar a la llanura. A pesar de que la fatiga reinante demandaba un reposo mayor, la necesidad obligaba: el invierno estaba al caer, y en las despensas del ejército sólo quedaban telarañas. Precisaban reabastecerse, y aunque sus tropas apenas eran la tercera parte de las que salieron de Arse, la cantidad de alimentos a consumir no podía conseguirse mediante simples saqueos.

Eso fue lo que provocó que el estratega señalara a Taurinum como objetivo. Resultó ser una conquista sencilla: los taurinos, que estaban enfrentados con los insubros, tenían puesta su atención en aquellos enemigos tradicionales. No sabían todavía nada acerca de la bestia púnica que les respiraba en la nuca. Por tanto, no la vieron venir hasta que llovieron las balas de los honderos baliárides y embistieron los elefantes, quienes se habían recuperado gracias a los nuevos pastos.

Una mano de dedos finos le apretó el brazo. Tabnit se volvió para encontrarse con la mirada siempre clara de Nunn, que le robó un beso fugaz. Resultaba difícil para ambos contener la pasión cuando estaban juntos, algo que por desgracia no sucedía tan a menudo como deseaban. Desde que pisaran el valle, la celta se había pasado todo el tiempo atendiendo a los heridos y enfermos. Congelamientos, pies destrozados por la bajada, huesos rotos debido a las caídas... A los sanadores se les acumulaba el trabajo, en especial en el caso de la muchacha, cuya habilidad la había convertido en la preferida de los pacientes. Ni siquiera sus desmayos ocasionales empañaron un ápice el aprecio y respeto que los soldados le profesaban. Tanto era así que Tabnit dejó de temer por la integridad de la gala, aunque todavía le encargaba su vigilancia a Leukón cuando sus obligaciones como consejero le impedían atenderla.

—Estoy deseando que llegue la noche —le susurró Nunn.

—No eres la única —respondió él, con una sonrisa—. Pero ahora tengo que irme. Aníbal ha convocado una reunión de oficiales para cuando esconda el sol.

—Te esperaré despierta.

Se llevó el sabor de sus labios de camino a la tienda de mando, donde se encontraron rostros satisfechos y una alegría apenas contenida. Los más allegados a Aníbal, sentados en los taburetes, bebían vino y picoteaban de las tiras de cecina que los asistentes habían dispuesto. ¡Qué imagen tan diferente a la de hacía unos pocos días! Aún podía recordar el gesto apagado de Asdrúbal, los ojos hundidos de Hanón y la palidez en la tez de Cartalón. Que hasta los oficiales de más alto rango padecieran privaciones daba buena cuenta de lo cerca que habían estado del desastre.

Ahora tenían comida en abundancia de nuevo, al menos la suficiente para pasar un tercio del invierno. Resultó que la pérdida de tantos hombres tenía la ventaja de menguar las necesidades de manutención, así como otros aspectos positivos, entre ellos, la experiencia acumulada por los soldados supervivientes. Éstos se habían curtido —aquellos que aún no lo estaban—, y adquirido una lealtad hacia Aníbal que ni la amenaza de todas las legiones de Roma lograría romper. ¿Cómo iban a fallar a quien les había hecho partícipes de la mayor hazaña jamás realizada? El orgullo era ahora la argamasa que unía al ejército del León de Cartago.

Encima de la mesa central destacaba un pellejo de cuero donde se había dibujado, con cierta tosquedad, un mapa de la región. La información corría a cargo de los boyos de Gobanitio, cedida antes de regresar a sus aldeas para hablar de las bravuras realizadas por el ejército cartaginés y demandar apoyo.

Aníbal dio un par de palmadas para solicitar silencio a los oficiales, que charlaban despreocupados de asuntos sin importancia.

—El resto de poblados de los taurinos ya se ha rendido, como sabéis.

—Deberíamos avanzar sobre esas aldeas —apuntó Maharbal, de nuevo defensor de las acciones agresivas—. Con el invierno a punto de caer sobre nosotros, nunca está de más tener las despensas bien repletas.

—No —dijo el estratega—. Ya les hemos demostrado de qué somos capaces. Ninguna tribu celta nos molestará a partir de ahora. A no ser que amenacemos de tal modo su mundo que se vean obligados a aliarse contra nosotros.

El veterano soldado de origen nómada frunció el ceño y resopló. Cualquiera que no lo conociera creería que su lealtad pendía de un hilo, pero la realidad era que aquel hombre siempre arisco había servido a los Bárquidas desde los días de Amílcar. Y lo admiró tanto que se comprometió a seguir junto a su hijo pasara lo que pasara. Por ello se mostraba siempre tan crítico con el estratega, y bien que lo agradecía el líder. Le gustaban las personas que tenían puntos de vista distintos a los suyos. «Sólo se aprende abriéndose a la visión de los otros», solía decir Aníbal.

—Entonces, ¿cuál será nuestro próximo paso? —preguntó Magón, al que se veía ya totalmente recuperado de su enfermedad.

—Los batidores informan de que Escipión ha llegado a Plasencia, y de que está construyendo un puente sobre ese río al que llaman Ticino, el afluente del Erídano. — El estratega señaló el trazo que daba forma al accidente natural en el mapa, aquel que daba paso a las tierras de los ínsubros—. Dicen que, gracias a una serie de barcazas, unidas entre sí por troncos, quiere dar forma a una pasarela flotante. Es de esperar que erigirá un fortín para defenderlo, llegado el caso. Vamos a tener que empezar a preocuparnos de él.

Los gestos de los oficiales se transmutaron: del fastidio de pensar en maniobras menores, a la emoción de, por fin, enfrentarse al verdadero enemigo, aquél por el que habían recorrido tantos estadios.

—Es un hombre ingenioso y, por tanto, peligroso —apuntó Tabnit—. No creo que haga lo que los galos en el Ródano. Tiene tropas para atacar de frente.

—Y si las cosas le van mal y necesita retroceder, podrá hacerlo con la seguridad de una fortificación desde la que mantener el dominio del río —comentó Cartalón—. En cualquier caso, convertirá el Ticino en una frontera infranqueable.

—Pienso como vosotros —asintió el gran general—. Estoy convencido de que buscará el enfrentamiento directo. Escipión quiere, necesita, una victoria que anime a sus hombres y a toda Roma.

—Sí, uno de nuestros espías en la capital de la república nos informa de que muchos entre sus senadores se muestran contrarios a que el cónsul haya decidido por su cuenta dejar en manos de su hermano la mayoría de las tropas que le encomendaron en un principio —dijo Asdrúbal—. Su orden era alcanzar Hispania, y en cambio ha vuelto para contenernos. Senados... Son todos iguales, no importa si púnicos o romanos.

—Bien, pues, al fin hemos alcanzado lo que deseábamos: la guerra. Y esta vez no enviaré a unos cuantos jinetes nómadas. No volverá a pasar lo de la Galia. También nosotros precisamos una demostración de fuerza para que todos los celtas se nos unan. —Aníbal sonrió del modo que lo hacía cuando tenía en mente una de sus sagaces estrategias—. Sé exactamente cómo lograrlo. Vamos a explotar la mayor debilidad de estos romanos, algo que nosotros tenemos en abundancia y de calidad.

«Ha llegado el momento», pensó Tabnit.

—Os lo aseguro: cuando volvamos a encontrarnos con ellos, otro será el resultado.

«Lo sientes, ¿verdad? El miedo de nuevo te reconcome las entrañas. ¡Ya te advertí que volvería! Deberías huir, sí. Es lo que mejor se te da».

Le resultaba imposible luchar contra la sentencia de Daleninar. No todas las locuras estaban a la vista, y él llevaba tan adentro la suya que le dolía como una astilla clavada en el dedo, encarnizada. Cada vez que se enfrentaba a un cambio, a una decisión, le carcomía. Tras dejar atrás los Alpes había pensado que ella —esa conciencia podrida con forma de esposa muerta— enmudecería para siempre. ¿Qué mayor demostración de valor que cruzar un Tártaro de hielo? Sin embargo, ante la inminencia de la auténtica guerra, quedaba claro que esa coraza de valor se había convertido en simple herrumbre.

Cinco jornadas tardaron en alcanzar la posición que ahora ocupaba el campamento, en las cercanías de Victumula, un poblado ínsubro. Los lugareños, acobardados tras lo ocurrido con Taurinum, y en parte agradecidos por la caída de sus enemigos ancestrales, no se opusieron al tránsito del ejército ni a que se asentaran en la región. Incluso les estaban surtiendo de alimentos dentro de sus posibilidades. Aníbal, al poco de tomar sus resoluciones en la conquistada ciudad de los taurinos, envió a Maharbal con sus númeridas para atemorizar a los ínsubros y conseguir la lealtad de los jefes.

Sí, la primera batalla estaba cerca, era una certeza que casi podía paladearse. Las últimas nuevas decían que un numeroso contingente de caballería romana, acompañado de un millar de vélites, estaba cruzando el puente del Ticino hacia la llanura. Alcón no participaría en ella, por supuesto. De hecho, la mayor parte de la tropa cartaginesa permanecería en el campamento. Pero los exploradores de Aníbal ya habían detectado al enemigo, y era de suponer que éste también estaría alertado de su posición. Lo que significaba que, si fallaba el plan del cartaginés, el asentamiento sería el siguiente lugar donde se combatiría.

Y entonces se vería envuelto directamente en el conflicto, lo quisiera o no.

Sin embargo, el temor más inmediato no era por su propia seguridad. Acudió al lugar, frente a la entrada de la empalizada, donde se preparaban los hombres que tomarían parte en el primer enfrentamiento. Seis mil jinetes. Ni un solo hombre a pie. La apuesta de Aníbal había sido firme y arriesgada: iba a utilizar a todo soldado montado del que disponía. Si caían, más le valdría al resto del ejército volver a las montañas. En territorio enemigo, sin caballos, no tendrían la menor posibilidad de resistir a las legiones romanas.

El sacrificio que el estratega siempre realizaba antes de cada gran batalla ya había sido consumado. El mismo Aníbal tomó un borrego y, tras orar a Melqart, Baal y Tanit, realizó una ofrenda personal.

—¡Si hoy no os llevo a la victoria, así muera yo del mismo modo que este cordero!

A continuación, degolló al animal, y se movió a lo largo de la línea frente a los jinetes, creando con la sangre un límite. Cuando lo cruzaran, serían parte de su juramento, y éste se tornaría vinculante, a fuego y carne.

Los celtíberos formaban con la caballería pesada. Y entre ellos, los arévacos y los pelendones destacaban por encima del resto. Alcón se acercó al clan de Okalakom sin saber muy bien si debía animarlos o despedirse de ellos. Qué extraño. Él, que tras su caída en desgracia en Arse no había intimado con nadie, ahora sentía preocupación por unos individuos brutos, odiosos en ocasiones..., pero después de tantas experiencias juntos, amigables. El insigne Tibasté, el joven Orsua —siempre tratando de agradar a su padre—. Corbis y esa gran verruga coronando la nariz, o incluso el liante Babpo, que trataba de recuperar su oronda figura de las privaciones sufridas en el viaje.

Pero de entre todos esos guerreros severos, uno era especial. Leukón todavía se afianzaba el casco sin carrilleras cuando Alcón se situó frente a él acompañado de Tabnit y Nunn. Tras revisar su panoplia —coraza de cuero, espada, caetra, jabalina y lanza—, le dirigió una mirada de afecto al íbero.

—Que la jornada te sea propicia, muchacho —fue lo único que le dijo, atravesado de pronto por una extraña emoción.

—Regresaré con tantas cabezas cortadas que Bronce a duras penas podrá cargarlas. —Y palmeó el grueso cuello del alazán, que pifió agradecido.

—Me conformaré si vuelves con la tuya, amigo —le transmitió Tabnit, y lo saludó intercambiando un estrechamiento de antebrazos.

Por su parte, Nunn se limitó a estampar un sentido beso en la mejilla del joven, cuya piel pálida se ruborizó al instante.

* * *

Lo vio montar con soltura sobre el caballo. Aníbal, que comandaría la partida junto con Maharbal, Hanón y Magón, dio la orden de partir. Babpo lanzó un sonoro grito de desafío, y fue imitado primero por sus compañeros pelendones, luego por los siempre competitivos arévacos, y más tarde por el resto de celtíberos. El bramido se propagó cual ola hasta atravesar todo el grupo.

Y, mientras los jinetes se iban haciendo más y más pequeños, Alcón sintió algo parecido a la envidia.

«Llegará tu momento, padre», escuchó que le decía Isbataris.

«Habrás que ver si estás a la altura», espetó su esposa.

Hubiese querido no hacerles mucho caso.

No vieron ni oyeron señal alguna de los romanos durante los primeros momentos de su avance. Todo sonido alrededor quedaba apagado por el ruido de los cascos equinos, aunque era un fragor contenido, ya que avanzaban al trote por orden de Aníbal.

—Los animales tienen que llegar frescos a la batalla —dijo Tibasté, que ya tenía sus órdenes al igual que el resto de suboficiales.

La planicie era tan amplia que les permitía viajar en cinco columnas. Tenían la atención puesta en el paisaje que les rodeaba, de modo que no abrieron la boca salvo en momentos esporádicos. La posibilidad de una emboscada era exigua en un lugar tan llano, pero no dejaban de ser instantes de tensión donde hasta lo imposible parecía plausible.

Curiosamente, a Leukón la mente no se le iba hacia la batalla, como cabría esperar, sino en dirección al beso que Nunn le había regalado unas horas antes. Y no porque el gesto le hubiera calado más allá de una lógica turbación, sino más bien por todo lo contrario.

La charla con Tabnit, todavía en la cima de los Alpes, había cambiado muchas cosas. «Aférrate a ello», le dijo, refiriéndose a las sensaciones y vivencias junto a Stena. Y al tratar de poner en práctica aquel consejo advirtió maravillado que el cartaginés llevaba razón: una vez más no lograba recordar con exactitud el rostro de su amada, pero descubrió que mantenía bien arraigados los momentos maravillosos vividos con ella. La fuerza de los días de verano junto al río Claro todavía le llegaba a través de la memoria, y volvió a temblar al recordar la ternura que le embargaba cuando la dulce chiquilla recogía flores en la orilla o bailaba para él; la calidez compartida durante las tareas de la cosecha, cuando escapaban durante los descansos para entregarse el uno al otro caricias y besos, caldeaba su corazón con la misma intensidad que antaño.

Todo seguía dentro de él. Ni el más pequeño estremecimiento producido por Stena se había perdido por el camino, solamente habían quedado velados momentáneamente por la distancia y un estúpido encaprichamiento por Nunn.

Ya no más. Su amor volvía a ser fuerte. Su misión, diáfana.

Matarlos a todos para poder volver con Stena, Hija de Pelendonia.

* * *

Ocurrió cuando se acercaban al río, al quedar a su izquierda. Alguien lanzó un grito de advertencia e, imitando al resto, Leukón dirigió la mirada hacia el sur. Vio algo que se recortaba en el horizonte y emborronaba la parte donde cielo y tierra se encontraban.

Una nube de polvo. Similar a la que ellos mismos iban dejando tras de sí.

Aníbal dio el alto. Se adelantó un poco con su caballo, pero pronto se dio la vuelta y miró a la soldadesca montada. Esta vez no tenía ningún instrumento para que su voz sonara más fuerte, y sin embargo ningún jinete se quedó sin escuchar su poderosa proclama.

—¡Ahí están! ¡Nuestros enemigos! ¡Nuestro destino! ¡Al fin! ¡Méritos de sobra habéis hecho para reclamarlo, y ahora podéis empezar a hacerlo! ¡Pero si junto con el honor deseáis más, lo tendréis! ¡Tierras en Libia, Italia o Hispania! ¡Y sin impuestos para vosotros y vuestros hijos! ¡Luchad con distinción y no habrá recompensa demasiado grande!

«¡Aníbal! ¡Aníbal!». Tal fue el clamor. Unánime. Convencido. Apasionado.

No se dictaron más órdenes. Todo estaba dicho. Todo hablado. Cada destacamento tomó su posición: los númidas, en los flancos con Maharbal, un poco retrasados; el resto de grupos, al frente, en formación compacta. Leukón y los pelendones, comandados por Magón —con quien habían entrenado durante meses—, se situaron en el segundo bloque desde el centro, a la derecha del que guiaba el estratega.

El muchacho preparó la jabalina en su mano, aferrando al mismo tiempo con fuerza las riendas de Bronce. Miró a su lado. Babpo, a la diestra, rió casi como un demente; Ambón, al otro lado, temblaba de emoción. Una fila por delante, Tibasté animaba la fogosidad de su hijo clamando que, en aquel día, el clan Okalakom se ganaría de nuevo, y bien, sueldo y honor.

Observó al contingente enemigo, cuya silueta ya se recortaba en la distancia, manchas que pronto cobraron individualidad. Eran menos, muchos menos. Estaba ocurriendo tal y como Aníbal anunció: el cónsul romano, a pesar de esa inferioridad numérica, había decidido atacar. Estaba confiado. No era la primera vez que luchaba en desventaja; le amparaba la victoria contra pronóstico cerca del Ródano. ¿Se repetiría la historia?

Luego contempló el cielo, y por un instante mente y alma se fundieron en el gran espacio sobre el mundo. Las nubes, grises contra el frío azul del mediodía, venían de poniente. Quizá, quién podía saberlo, habían pasado por encima de un pequeño castro en Pelendonia; y tal vez una hermosa muchacha las contemplara también.

Los jinetes que portaban los estandartes soplaron las tubas. El sonido se propagó sobre la llanura como el cuerno de Lug. Pero donde arraigó fue en el corazón de los hombres de Aníbal.

Cuando se dio el aviso, avanzaron de nuevo al trote, reservando a las bestias.

«Vamos, hermano mío», le susurró al caballo. «Llegó nuestra hora». Las distancias se reducían con rapidez, porque también los romanos se habían puesto en marcha. Sin embargo, éstos se detuvieron pronto, porque de las entrañas de las *turmae*, conforme Alcón le había explicado que se llamaban los grupos de caballería latina, habían brotado los vélites. Cuando la proximidad los colocó casi al alcance de

los venablos enemigos, la infantería ligera de los republicanos preparó una primera andanada de jabalinas.

Cayó el primer proyectil. Alguien gimió, varias posiciones a la derecha de Leukón. Un arévaco, seguramente, pues el joven mantenía la mirada fija en el enemigo. Aníbal ni siquiera tuvo que dar la orden. Los jinetes se lanzaron hacia delante a galope tendido, para acortar el espacio y reducir la cantidad de lanzas enemigas con posibilidades de dar en un blanco.

El tronar de los cascos se apoderó de toda razón. Y entonces, volvió una imagen a su cabeza.

Ahora sí.

Ahora sí.

De nuevo recordaba el semblante de Stena.

Cuando el sol desapareció tras el dorado del ocaso, cuando la espera en el campamento se tornó casi insoportable, la gran partida de jinetes regresó en cabalgata. Se les veía extenuados, signo inequívoco de la dureza de la batalla. Y aunque mermados en número, habían sobrevivido los suficientes hombres para que Tabnit comprendiera que portaban consigo del triunfo.

Los médicos, con Nunn a la cabeza, se aprestaron a atender a los heridos, mientras un incansable Aníbal anunciaba, con voz ronca, lo que todos imaginaban.

—¡Oídmme, todos! ¡Hoy es el primer día de la victoria de Cartago!

El ejército entero estalló en nuevos clamores, ebrios de una exaltación sólo comparable a aquella vivida tras dejar atrás los Alpes. Y acaso fuera mayor, pues habían logrado dar forma al auténtico objetivo de toda aquella misión. O al menos dar un primer paso: vencer a los romanos en su propio terreno.

Tabnit y Alcón buscaron de inmediato a Leukón y el resto de pelendones. El muchacho, para solaz de ambos, estaba ileso y venía cargado con otras tres cabezas decapitadas. Pero no portaba en su cara alegría alguna, tan sólo gravedad.

Tenía motivos para ello. En unas parihuelas toscas, atadas entre los caballos de Corbis y Ambón, reposaba el cadáver de Orsua, hijo del caudillo de Okalakom. El rostro, bañado en calma; los brazos, cruzados sobre el pecho; sus armas, y la de los enemigos abatidos, junto al cuerpo sin color. Tibasté trotaba al lado del vástago perdido. A pesar de la congoja que demudaba sus facciones, aquella mirada que no se apartaba del caído rebosaba orgullo. No era para menos. Tabnit contó cinco espadas distintas. Cuatro romanos abatidos. El mismo Aníbal se arrodilló ante el joven guerrero caído y transmitió sus condolencias a Tibasté.

Sin embargo, aquél era un momento para los pelendones. Más tarde, del mismo modo que hicieran el resto de clanes celtíberos con sus abatidos en combate, se reunieron fuera del campamento para proceder a los ritos funerarios. Los hombres de Okalakom construyeron una tarima con piedras, y sobre ella dejaron el cuerpo de Orsua, que reposaba con sus trofeos y armas. Según sus creencias, los buitres devorarían su carne y transportarían el alma allá donde debía estar: con los grandes poderes, en las esferas celestiales de la existencia; entre los señores celtíberos que lo habían precedido y que ahora lo acogerían con merecimiento.

La primera estrofa de un canto ancestral se elevó desde los labios del padre, henchido a la par de pena y honra. El resto de compatriotas se unió al cántico, poniendo en ello todo el énfasis de que fueron capaces. Una despedida plena de honores.

El tronar de tantas voces sentidas sobrecogió a Tabnit, que lo observaba todo desde una respetuosa distancia. Volvió a maravillarse con aquellas gentes en

apariencia bárbaras, pero en cuyo interior anidaba una grandeza que para sí quisieran griegos, romanos y cartagineses.

* * *

Aníbal había vuelto a conseguir una victoria. No barata, cierto, pero valía el doble porque era la primera en territorio enemigo. Tabnit casi podía imaginar los pavores que habría sembrado entre los romanos, a quienes les hizo pagar su exceso de confianza y la vanidad que de común atesoraban.

Y al regresar lo hicieron con recompensas añadidas al importante triunfo. Entre los prisioneros que lograron hacer, alrededor de treinta, algunos eran de gran categoría, en especial un individuo de mediana edad y mirada desafiante que portaba, nada más y nada menos, los atavíos de un tribuno.

El tiempo de las interrogaciones llegaría, y esperaban que las revelaciones fueran jugosas, pero de momento era hora de descansar para los hombres de armas. Aníbal, sin embargo, demostró una vez más su fortaleza al convocar una nueva reunión de oficiales, que hizo coincidir con la cena.

—¡Lo tuvimos! —rugió Magón, tan frustrado que soltó con malos modos en el cuenco su muslo de pollo—. ¡Tuvimos a ese maldito cónsul en nuestras manos! ¡Si no hubiera sido por sus tropas de refuerzo...!

—Cálmate, hermano —trató de atemperarlo el estratega—. Así son las batallas, ya deberías saberlo.

—Tengo entendido que se salvó gracias a su joven hijo —dijo Tabnit.

—Eso han asegurado algunos prisioneros mientras volvíamos —confirmó Maharbal.

El veterano narró lo sucedido a aquellos que se habían quedado en el campamento de un modo tan acalorado que Tabnit fue capaz de dibujar una imagen mental del combate: los vélites, al advertir el empuje y velocidad de la carga enemiga, no tuvieron más remedio que retroceder, perdiéndose entre los escuadrones de équites, permitiendo que la lucha se limitara a jinetes contra jinetes.

—Debo reconocer que esos perros aguantaron bastante bien la primera acometida, aunque quizá fuera porque tenían el apoyo de un buen puñado de galos —siguió contando el oficial de origen númera—. Muchos, de los nuestros y de los suyos, echaron pie a tierra, pues la aglomeración impedía controlar a los animales.

—Sí, tuvimos que combatir cara a cara —añadió Magón.

—Hasta que mis dos grupos hendieron por los flancos y luego por la retaguardia de los romanos —apuntó Maharbal, al que le gustaba destacar el trabajo de las tropas que comandaba.

—Bueno, si no hubiera sido por mis celtíberos de nada te habría valido. Lidiamos con lo más duro —replicó el hermano de Aníbal, un tanto fastidiado por las ínfulas de Maharbal.

—El caso es que los rodeamos —dijo el capitán de los jinetes de Libia—. En honor a la verdad, esas ratas demostraron lealtad con su lugarteniente. Se fortificaron en torno suyo para protegerlo, y aun así alguien logró herirle la pierna de un lanzazo. Uno de los tuyos, por cierto.

Magón asintió ante el reconocimiento. Más tarde Tabnit se enteraría de que el venablo que a punto estuvo de matar al gran cónsul de Roma partió de la mano de Orsua. Buena hazaña para que la guardara Tibasté en su corazón.

—La intervención de sus tropas de refuerzo nos confundió, provocando más daño entre los nuestros del que habíamos sufrido hasta el momento —volvió a tomar la palabra Maharbal—. Eso les permitió retroceder a galope tendido y ganar una distancia que ya no logramos reducir.

Por lo visto, lo que quedaba de aquella gran partida romana alcanzó el Ticino con el tiempo justo de desmontar el puente flotante después de cruzarlo. Incapaz de vadearlo debido a las aguas crecidas, Aníbal tuvo que dejarlos marchar.

—Imagino que ya estarán en su campamento, lamiéndose las heridas, llenos de dudas —se carcajeó Cartalón—. ¿Cuál será nuestro próximo paso?

La pregunta, por supuesto, iba dirigida al cartaginés. Al menos fue él quien recibió todas las miradas. Aníbal, que parecía agotado, suspiró.

—Por ahora, descansar —respondió—. Mientras tanto, tengo algunas ideas que debo macerar. Mañana empezaremos a interrogar a los prisioneros. Te encomiendo esa tarea, Tabnit. Tu buen carácter funcionará mejor que las amenazas. Sabrás decir las palabras justas para sonsacar alguna cosa.

El consejero asintió, a la vez que agradecía la confianza, y luego todos dejaron la tienda. Quienes habían combatido apenas se sostenían en pie; los que no, debían de estar pensando en el mañana, que tras aquella victoria lucía radiante.

Futuro. Algo que últimamente le rondaba mucho por la cabeza.

* * *

Rió cuando Nunn trató de hacerle cosquillas en la planta de los pies con los dedos de los suyos. Contuvo su travesura abrazándola más fuerte, besándola en el cuello y arrancándole con ello un ahogado suspiro.

Yacer con ella le hacía olvidar las tribulaciones que, más que nunca, pesaban sobre su conciencia. La muchacha gala era capaz de darle al mismo tiempo paz y olvido con un simple beso, de hacer que el mundo dejara de existir durante sus pasiones nocturnas.

Pero también de causarle nuevas preocupaciones.

Nunn debió de notar su estado de ánimo mientras jugueteaba con el vello rebelde que crecía sobre el pecho del cartaginés. Acercó sus labios al oído de Tabnit y formuló mediante susurros una inesperada pregunta:

—¿Por qué esconderse bajo la piel de otro hombre?

Tabnit parpadeó desconcertado.

—¿A qué viene eso? Ya te expliqué los motivos. Eres la única que conoce mi verdad.

—Sí, pero no es eso a lo que me refiero. Me gustaría saber por qué sigues haciéndolo. Todos estos años de conflictos y batallas... Te habría costado muy poco escabullirte, fingir tu muerte y ser de nuevo Idnibal.

—Te dije que no me llamaras así. Alguien podría oírte.

—¿Aparte de ti, y que eso te haga sentir mal? —Lo miró con un mohín de fastidio—. Lo guardaré en secreto delante de otros, pero no aquí, donde sólo estamos tú y yo.

Tabnit o, mejor dicho, Idnibal, frunció el ceño en un gesto de resignación.

—Te lo dije, el honor me impulsó a hacer lo que hice y a mantenerlo todos estos años.

Buscando el modo de romper el amargo rumbo hacia el que caminaba aquella conversación, apartó las mantas mientras se incorporaba del lecho hasta quedar sentado sobre el borde. El aire nocturno que, inevitablemente, se colaba entre las pesadas telas de la tienda se le antojó una mortaja helada sobre el sudor que perlaba su piel, producto del fogoso sexo disfrutado. Sintió que el dulce embotamiento propio de la pasión se desvanecía.

Nunn, en cambio, no.

—¡Oh, vamos! Podrás engañarte a ti mismo, pero no a mí. He saboreado tu alma del mismo modo que tú la mía. —Ella lo rodeó con los brazos por detrás; sintió sus senos contra la espalda—. El honor nunca fue la razón, porque tú no crees en ello. Al menos no como la mayoría de hombres. Prefieres mirar dentro de las personas. ¿Por qué, si no, le diste una oportunidad a Alcón, al que tantos tenían por un cobarde y le despreciaban? No, la decisión que tomaste hace tantos años llegó por amor.

—Razón de más para seguir firme en mi actitud, ¿no crees?

La joven sacudió la cabeza para transmitir un «no» sin palabras.

—Pienso que simplemente te has pasado tanto tiempo siendo otra persona que tienes miedo de derrumbar los muros tras los cuales has escondido a Idnibal. No quieres abandonar una mentira que nunca fue tal porque estaba basada en un sentimiento noble.

Quiso replicarle, aunque no encontró argumentos.

—No te enojas conmigo por ser tan sincera —le dijo, ofreciéndole un beso.

Tabnit no contestó. Se mantuvo en silencio, pensativo. Las palabras de Nunn empezaron a abrir puertas en su mente, posibilidades jamás planteadas antes. La más poderosa, quizá, que aunque los pasos de un hombre no le pertenecen, que éstos son propiedad de aquéllos con los que se encuentra por ese camino llamado vida, tal verdad no es sinónimo de cautiverio. Es sacrificio.

¿Y acaso el sacrificio no es una acción libre?

Lo vio entonces, todavía de modo fugaz, aunque lo bastante claro para maravillarse: Idnibal jamás fue prisionero en la piel de otro.

Sintió un poderoso alivio.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella al fin.

—En lo mucho que me maravillo cada vez que te contemplo —bromeó él, volviendo la cabeza para mirarla a los ojos. Observarla era desatar un misterio, pues parecía a la vez fuerte y vulnerable; decidida, aunque también inocente—. Algo nuevo ha germinado en mí desde que te cruzaste en mi camino. Antes de ese día el pasado e incluso el presente estaban teñidos de reproches y angustia.

—¿Ya no opinas igual? —le preguntó Nunn, mientras jugueteaba con el mechón atado en el colgante del que Tabnit jamás se desprendía.

Volvió a bebérsela a través de la mirada, mientras subía su caricia por el muslo, fino y torneado. Alcanzó la cintura, esbelta. Todavía delgada, pronto ya no tanto. Terminó posando los dedos en el vientre de ella.

—Todo es distinto. Veo sentido en lo que me has dicho. Tal vez deba empezar a aceptar sin amargura lo que hice. Sobre todo, ahora, que tengo algo propio por lo que sobrevivir, desear la paz y encontrar un lugar donde echar raíces. Algo por lo que recuperar mi nombre.

La joven torció el gesto; sabía que no le gustaba escuchar lo que necesitaba decirle. Aun así, no se lo calló.

—Nunn, amor mío, un ejército no es lugar para parir y criar a un niño.

La mañana siguiente a la batalla de Ticino, como la llamaron los soldados, mientras los hombres preparaban las gachas del desayuno, Tabnit acudió en busca de Alcón. El íbero lo había esperado, pues, aunque no era el único intérprete del ejército, imaginó que el cartaginés le confiaría a él la tarea de interrogar al oficial romano capturado.

—Sí, lo has adivinado —le dijo el oficial, adivinando sus reflexiones.

Se le veía de algún modo más afable de lo común. La presencia de Nunn, sin duda. A aquellas alturas la relación entre ambos era ya conocida en todo el campamento. Una relación, a qué negarlo, tan insólita como rondar por el país del enemigo.

Tiempos extraños. Situaciones extrañas.

El íbero y el cartaginés se adentraron en la carpa donde custodiaban al tribuno. Sentado en un taburete, los miró de inmediato con ojos desafiantes. No estaba siendo maltratado, incluso se le había alimentado y curado las heridas, aunque lo mantenían maniatado de pies y manos.

—Dame tu nombre, romano —tradujo Alcón al latín, atendiendo a los requerimientos de Tabnit.

—Sexto Aurelio Buteo, tribuno a las órdenes de Publio Cornelio Escipión, cónsul de la insigne República de Roma —respondió, teñida su voz de solemnidad—. Nada más diré.

—Te interesa colaborar, oficial. O descubrirás que Aníbal no sólo dispone de buenos soldados, sino también de excelentes torturadores.

Un silencio prolongado acompañó a la sonrisa desdeñosa de Buteo.

—¿Qué creéis que obtendréis de mí que no podáis descubrir en breve, o no sepáis ya? ¿Número de tropas? ¿O que en estos momentos otras dos legiones, comandadas por nuestro otro cónsul, Tiberio Sempronio Longo, marchan hacia aquí? —Rió entre dientes, no con intención de burla, sino para demostrar su confianza en sus legiones—. Vuestra tan cacareada victoria se resume a acabar con un puñado de nuestros équites. Una fracción de las fuerzas que atesoramos.

Y ya no habló más, tal vez porque tenía razón y no quedaba mucho que desvelar. Tabnit le hizo un gesto a Alcón. Salieron de la tienda.

—Nos ha dicho lo del nuevo ejército con la intención de que actuemos con precipitación —opinaba el consejero—. No podemos confiar en lo que salga de su boca. Creo que lo único positivo que sacaríamos de él sería en algún tipo de intercambio. Se lo propondré a Aníbal. Mientras tanto, trata de sonsacarle algo más, pero procura no revelar nada, por si el estratega accede a mi consejo.

El arsetano asintió y, tras ver cómo se marchaba su amigo, regresó al interior de la carpa. Ahora estaban solos, intérprete y prisionero. Alcón pidió otro asiento a uno de

los dos centinelas que custodiaban la tienda. Cuando se lo trajeron, simplemente se sentó frente a Buteo.

—Cualquier cosa que puedas decir y sirva de algo a los cartagineses irá en tu favor —le dijo—. Aníbal puede llegar a ser muy generoso.

El tribuno lo contempló con aire de suficiencia.

—No eres romano, desde luego. Tu acento te delata. Déjame adivinar: hispano. —Alcón asintió, a la espera de que mostrarse tolerante le valiera alguna información—. Y si entiendes ambos, púnico y latín, no puedes ser un cualquiera. Mi padre visitó Hispania, ¿sabes? Siempre decía que la mayoría de lugareños eran bárbaros sin ningún tipo de cultura, excepto aquellos que mantenían tratos con los comerciantes de países civilizados.

Aquella lengua afilada cortaba como una daga. El íbero se sintió como una cebolla a la que estuvieran arrancando capa tras capa, dejando al descubierto sus intimidades.

—Tampoco pareces un hombre de armas. Más bien un alto cargo, o lo fuiste en su tiempo. Alguien que tenía que relacionarse con enviados que hablaban otras lenguas. Pero ahora estás aquí, en medio de una guerra. Por tanto, si no eres un mercenario, tu presencia en estos lares viene dada por la obligación de no tener ya un hogar. Un hombre cuya ciudad ha caído. Sólo se me ocurre una: Saguntum.

El arsetano no supo cómo reaccionar ante la perspicacia y las dotes de deducción de aquel hombre. Se quedó mudo.

—¡Ah, veo por tu expresión que he acertado de lleno! —continuó—. Curioso que, después de lo que hicieron con tu urbe, trabajes para ellos. Rendido a quien masacró a los tuyos. Eso, en mi tierra, tiene un nombre. Traidor.

«Fíjate, esposo mío. Al fin alguien dice una verdad».

La acusación de Buteo y la frase letal de Daleninar se mezclaron en la cabeza de Alcón. Y la vio de nuevo, presente en carne viva, o al menos lo que la mente perturbada del íbero le hacía ver. La observó paseando alrededor del romano, con el mismo gesto desdeñoso que tuvo en vida. Tragó saliva. Era tan real: la túnica, exquisita como las que solía llevar en vida, ondeaba con cada paso; el color natural de sus mejillas era el de alguien por cuyas venas corría sangre, y sus ojos parpadeaban tal que cualquier otro. Incluso sintió el tacto de la maliciosa caricia que le regaló en el cuello.

Alcón se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor. «Este romano me cae bien», le susurró ella, como si de verdad pudiera hablarle al oído.

No fue capaz de soportarlo más. Se levantó de modo violento y salió de la tienda resollando, con la mano aferrando el pecho dolorido. El corazón. El corazón le iba a estallar.

Pero por mucho que corriera no había lugar al que huir, y lo sabía. La culpa lo perseguiría allá donde fuera, pues la tenía cincelada en el alma.

Leukón apenas se había recuperado del combate del día anterior y de nuevo montaba sobre *Bronce*. Sin embargo, en esta ocasión lo acompañaba todo un ejército.

Como era costumbre, las órdenes de Aníbal llegaron a través de Alcón. Las reflexiones del estratega le llevaron a la única conclusión posible: no podían dejar que los romanos se recuperaran. Debían de estar desanimados tras la derrota, con la caballería mermada hasta casi la extinción y su cónsul herido de cierta gravedad. Y aunque el descanso había sido demasiado corto para los jinetes participantes en la reciente batalla, el ánimo de la victoria y la confianza en su líder suplieron cualquier remedo de fatiga.

Viajaron hacia el este, río arriba, buscando un vado en el Ticino. Tuvieron fortuna, pues, aunque las aguas bajaban crecidas hallaron una zona donde la profundidad y la fuerza de la corriente permitían el cruce. A pesar de ello, tuvieron que utilizar una técnica que a Leukón le pareció en verdad muy curiosa: colocaron a los elefantes en fila, formando una barrera gris que debilitó todavía más el ímpetu del caudal.

Los oficiales demandaron a los hombres que se apresuraran. Quienes iban a pie marchaban a paso vivo para no retrasar en exceso a los que cabalgaban. Los númidas, como en ellos era habitual, iban por delante, aprovechando su maniobrabilidad y ligereza para anticipar cualquier peligro.

Llegaron al campamento romano poco después del mediodía, pero lo encontraron vacío.

El enemigo había huido.

—Aníbal está sorprendido —les contó Alcón, a quien Leukón había notado especialmente desanimado durante todo el día, como cruzado por algún dolor interior—. Cree que Escipión ha dejado el asentamiento por la noche para poner distancia de por medio. Estas llanuras no le son propicias para el combate sin una caballería fuerte, así que lo más probable es que busque refugio en Plasencia.

—¡Menuda sarta de cobardes! —rió Babpo—. Qué desengaño, pensé que estos romanos serían un poco más aguerridos. Pero ya veo que todo eran habladurías.

—No confundas miedo con estrategia —le dijo el intérprete, con el tono airado de aquél a quien han ofendido—. Se han retirado en busca de un territorio más favorable.

—¡Bah! —exclamó el orondo celtíbero—. Al guerrero bravo no le importa el lugar, sino la fuerza de su brazo.

—Bravura y estupidez van de la mano —soltó el arsetano.

Babpo se enderezó y dio un paso hacia Alcón, con el rostro cruzado por una repentina ira.

—¿Me llamas estúpido, íbero?

Tibasté dio una orden seca y ahí acabó todo conflicto. Nunn y Leukón alejaron al traductor del otro pelendón, para evitar males mayores.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la celta—. Suelen ser un hombre comedido.

Pero aquél no respondió. Se sumió en un silencio que al joven mercenario no le gustó nada.

* * *

Apenas tuvieron tiempo de saquear lo que había quedado en el campamento romano, abandonado apresuradamente y por lo tanto cargado de un botín más succulento de lo que hubiese sido habitual en otras circunstancias. El estratega se apresuró en dar la orden de seguir los pasos de las tropas romanas, con la clara intención de atraparlas antes de que logaran cruzar el río Erídano.

Confirió de nuevo en los nómadas y los celtíberos para adelantarse y hostigar al ejército rival. Bajo la bandera de Magón y Maharbal, Leukón y los suyos volvieron a cabalgar como si no hubiera un mañana. Bronce pifió, agradecido. El animal adoraba galopar; parecía que las fuerzas le llegaran a través de los dioses. Acaso fuera así, pues según aseguraba la tradición de su pueblo, cada caballo era hijo de la divina Epona. Y su alazán debía de encontrarse entre sus preferidos.

De pronto, el hermano del estratega dio el alto. El río estaba a menos de doscientos pasos; sólo unos arbolillos lo escudaban de sus miradas. Pero había que asegurarse, no fuera caso que todo aquello se tratara de una emboscada. En un acto de prudencia poco acostumbrado en él, envió a un arévaco, a pie, para que no pudieran escuchar los cascos de ninguna montura.

—Mandar a un arévaco para que haga una tarea es el mejor modo de estropearla —dijo Babpo, tras resoplar.

No fue así, desde luego. El mercenario volvió poco después con la información deseada: el ejército ya había cruzado el río, pero una gran cantidad de romanos se afanaban en ambas orillas por desmontar el puente. Magón abogó por matarlos a todos. Sin embargo, Maharbal, que al cabo era quien llevaba el mando de la partida dada su veteranía, creyó más conveniente para sus intereses capturarlos.

Cargaron, pues, con decisión, tomando por sorpresa a los legionarios, quienes apenas lograron reaccionar. Al verse rodeados entendieron que cualquier resistencia resultaría inútil y sólo les reportaría el exterminio inmediato.

Soltaron sus armas al instante.

Aníbal se mostraba contrariado, lo cual era toda una novedad. Tabnit no recordaba la última ocasión en que lo había visto tan frustrado, pues rara vez se le negaba el éxito de los objetivos que emprendía. Estaba tan acostumbrado a ganar que los grandes contratiempos le producían una profunda desazón... Hasta que hallaba la solución al problema.

Pues al detenerse a analizar la situación, Tabnit advirtió que su cara recuperaba poco a poco esa expresión apasionada que le provocaban los desafíos.

—Escipión se nos ha escurrido de entre las manos —dijo a sus oficiales, mientras paseaban en grupo por la orilla del Erídano—, pero aún podemos alcanzarlo. No será capaz de mantener ese ritmo, no cuando él mismo está herido y la mayoría de su ejército marcha a pie.

—¿Qué propones? —quiso saber Cartalón.

—Buscaremos un lugar apropiado donde tender un nuevo puente.

—¿Por qué no aprovechamos esta zona? —preguntó Asdrúbal—. Todavía quedan algunas tablas instaladas por los romanos, sería trabajo adelantado.

—El caudal es demasiado ancho. Según los batidores, a dos días al oeste hay una zona más estrecha.

—Para entonces Escipión ya estará muy lejos —rezongó Magón.

—Cierto. —Y los ojos de Aníbal brillaron con la picardía de quien tiene un plan en mente. Fijó su mirada en Tabnit—. Por eso creo que es el momento de plantear una demanda de rescate a los romanos, tal y como propusiste. Tenemos a más de seiscientos prisioneros, y uno de ellos es el tribuno preferido del cónsul. De este modo, conseguiremos dos triunfos al mismo tiempo: detener o ralentizar el avance de su ejército, pues habrán de organizarse para el encuentro, y, si aceptan el intercambio, plata con la que sobornar a los celtas que viven al sur del Erídano. Las reservas que traíamos desde Hispania casi se han extinguido.

—¿Vamos a pagar a esos bárbaros? —se quejó el hermano menor—. Deberíamos obligarlos por la fuerza.

—Y lo haremos cuando no sirvan los tributos —le explicó el estratega—. Sin embargo, nos interesa perder el menor tiempo posible. El dinero es más rápido que la espada a la hora de ganar lealtades. En cualquier caso, es un suicidio viajar por la región que se extiende al otro lado del río dejando aliados romanos a nuestras espaldas.

—Por no hablar de que nuestras despensas merman con rapidez y así podríamos reabastecernos —apuntó el mismo Tabnit.

—Así es —asintió el general.

Magón tuvo que rendirse de nuevo al sensato razonamiento. ¡Cuánto se alegraba el consejero cartaginés de que el hermano mayor fuera Aníbal, y no al revés! Aunque

voluntarioso y valiente, el menor de los Bárquidas seguía siendo demasiado alocado.

Por tanto, al reanudar el viaje el ejército se encaminó hacia poniente hasta encontrar el punto más estrecho, aquel del que habían hablado los exploradores. Dos jornadas les costó alcanzarlo, y luego consumieron otro par construyendo el puente. Entre tanto, un mensajero había cruzado el río en balsa y se dirigía hacia el campamento romano en busca de parlamento.

Estaba por ver si lo dejarían volver con vida... y cuál sería la respuesta que traería con él.

* * *

Había en aquel joven una dignidad natural que iba más allá de aquella postura regia y la seguridad a la hora de hablar. Tabnit se asombró por enésima vez de que existieran hombres, como Leukón o aquel que ahora tenía frente a sí, que a edades tan tempranas destilaran semejante aura de honorabilidad.

Publio Cornelio Escipión hijo fue quien acudió a la convocatoria de parlamento. Lo hizo en nombre de su padre, que seguía convaleciente, y sin duda era un interlocutor que estaba a su altura a pesar de la juventud. El gesto, a la par solemne y altivo, denotaba una voluntad tan férrea como la de su progenitor. No, no se amilanó ante Aníbal, y no existía mayor prueba de valía que enfrentarse a la estampa del Bárquida.

Mientras Asdrúbal se hacía cargo de que el ejército cruzara el río, los dos mil jinetes que acompañaban al estratega custodiaron a los prisioneros hasta el lugar de la reunión: una región llana a medio camino entre ambos campamentos, donde no existía la posibilidad de ataques por sorpresa. La comitiva romana ya los esperaba allí, con una fuerza de legionarios igual a la que portaban los cartagineses, tal y como había dispuesto el mensajero.

Era el momento de negociar. Los parlamentarios avanzaron con sus oficiales hasta quedar enfrentados, portando cada bando el estandarte de rigor. Los cartagineses lucían con orgullo el rayo Bárquida, y los romanos seis fustes con otras tantas criaturas que simbolizaban a las distintas unidades: el caballo, para los équites; el jabalí era el distintivo de los vélites; el toro representaba a los asteros; el minotauro era el orgullo de los príncipes, y la loba, que según la tradición amamantó a los fundadores de Roma, reposaba en los brazos de un veterano triario. Por último, la enseña de un águila aglutinaba a toda la legión como un mismo ejército.

—Ante vuestra demanda de parlamento, me presento como la voz de mi padre, cónsul de Roma —dijo el joven Escipión, saludo tras el cual Alcón comenzó a traducir—. ¿Quién, entre los que estáis aquí, tiene autoridad para hablar? —interrogó, aunque muy bien conocía la respuesta.

—Yo la tengo —respondió con aire grave el general púnico—. Soy Aníbal Barca, hijo de Amílcar, sucesor de Asdrúbal, estratega de Cartago. Y traigo conmigo unos

prisioneros a los que, quizá, querréis recuperar. Al menos uno de ellos es muy querido por tu señor, si estoy en lo cierto.

El romano volvió a hablar.

—Di un precio, y entonces decidiré. Porque por mucho afecto que exista, hay pagos que no pueden aceptarse —tradujo el hispano.

—¿Doscientos talentos te parecen justos por la vida del tribuno de tu padre y otros seiscientos compatriotas?

Y Aníbal hizo un gesto con la mano. Un soldado acercó a uno de los cautivos: Buteo.

—Ni todas las riquezas del mundo pagarían la vida de hombres leales a Roma, y menos la de tan fiel amigo —dijo el joven—. Pero ¿acaso debo plegarme a tus exigencias y permitir que utilices esa fortuna para aumentar tus fuerzas? Mañana estarían en peligro muchos más de los que hoy pudiera salvar con este acuerdo.

—Es tu decisión, como bien has dicho, hijo del cónsul.

El enfrentamiento entre ambos era tan vivo que Tabnit se sintió de algún modo empequeñecido ante la fuerza de aquellas dos personalidades superiores. ¡Que existiera alguien en el mundo capaz de sostener la mirada de Aníbal no era algo habitual! Pero aquel jovencito aprendiz de líder militar tenía fuego en su interior, desde luego.

Tampoco entraba dentro de lo previsto que fuera Buteo quien rompiera el mutismo.

—Permíteme, León de Cartago, que hable a solas con el hijo de mi señor —pidió.

El estratega consintió a cambio de que la conversación se llevara a cabo en terreno neutral, jamás entre las tropas romanas. No estaba dispuesto a dejar que se apoderaran del oficial, su gran baza para las negociaciones.

El tribuno y el vástago del cónsul se alejaron unos pasos e intercambiaron palabras entre susurros, escondiéndose la boca con la mano para que nada delatara lo que se decían. Buteo, que doblaba en edad a Escipión, le explicaba algo con gran énfasis; el joven cabeceaba, poco convencido. Mientras tanto, Tabnit no pudo dejar de observar la inquietud que demostraba Alcón, ora reposando el peso del cuerpo en un pie, ora en el otro.

Cuando concluyó la charla privada, los parlamentarios volvieron a reunirse. Publio Cornelio declaró al fin sus intenciones.

—Tendréis la plata que exigís. Se os enviarán los carros necesarios cuando reunamos la cantidad acordada, y entonces liberaréis a los prisioneros. Bien espero que hasta ese momento los tratéis con decencia y cumpláis vuestra palabra. En caso contrario, juro debajo de este cielo y ante todos los dioses que Roma caerá sobre vosotros.

De otro hombre, aquella amenaza habría sonado a bravata insulsa. ¿Acaso no estaban ya en guerra? ¿Es que, si pudieran, no tendrían ya a todos los romanos

atacándolos? Pero aquel joven oficial sabía imprimir corazón y fuerza a sus discursos. En sus labios la promesa ardía amenazante, real.

Algo le decía a Tabnit que, después de tanto tiempo, Aníbal había encontrado al único rival digno de su grandeza.

Volvió el rostro durante un instante y contempló las empalizadas del campamento, a las que sólo el fulgor de las antorchas daba forma. Pero por donde Alcón caminaba no había luz alguna, salvo la de una luna a medio abrir que apenas bañaba los árboles.

«¿Habría alguien a quien no traiciones, esposo?».

Apartó a Daleninar de su cabeza, o lo intentó al menos. Le angustiaban demasiadas emociones, y de nuevo el miedo era la más poderosa. Ella tenía razón. ¿Por qué de pronto tomaba un riesgo que no le correspondía? No debía nada a nadie. Cartagineses y romanos habían despreciado a los arsetanos. Cada uno de un modo distinto: los primeros, aniquilándolos; los segundos, dándoles la espalda cuando más los necesitaban. Y ahora él estaba arriesgando su vida para complacer a una de las partes.

¿Cómo había acabado convirtiéndose en un espía?

Avanzó hacia el sur, tal cual lo acordó con Buteo al aceptar aquella locura. El ejército cartaginés había acampado tras cruzar el Erídano mediante un puente de balsas, a la espera del rescate pagado por el hijo de Escipión. La plata llegó dos días después y, ya con la bolsa llena, Aníbal se reunió con los líderes galos de la comarca que quisieron acercarse. A todos se los ganó gracias a las monedas romanas, convirtiendo a su causa a los habitantes de la región, aunque sólo fuera para proveerlos de alimento y otras necesidades logísticas. Una estrategia perfecta, porque había sido pagada por sus enemigos.

Pero éstos tenían un motivo para aceptar tan, en apariencia, desventajoso acuerdo.

El arsetano avanzó abriéndose paso entre los matorrales, atento a cualquier ruido, temeroso de todo. De alguna bestia salvaje que apareciera de pronto; de que lo interceptara un explorador púnico, e incluso de que aquéllos con los que debía encontrarse hubiesen cambiado de opinión y ya no les interesaran los servicios de un infiltrado.

Llegó hasta una especie de sendero rural bastante descuidado que recorría el interior de una arboleda de alcornoques. De pronto, una mano le cubrió la boca. Antes de que se revolviera por instinto, el helado tacto de un puñal le acarició el cuello. Sintió tal terror que apenas advirtió la cálida humedad de los orines bajando por sus piernas.

Pero no lo degollaron. Sin dejar de amenazarle con la hoja, el asaltante se situó frente a él. Iba cubierto con un manto de tono pardusco que mantenía en incógnita su identidad: tanto podía ser un galo itálico como un romano, quizás incluso un explorador celtíbero enviado por Aníbal. Aquella faz anodina no dejaba entrever los rasgos de ningún pueblo en concreto.

Aparecieron dos hombres más entre los arbustos. Vestían igual, aunque uno de los rostros sí le resultó conocido. Sexto Aurelio Buteo. Había acudido tal y como exigió

Alcón. Porque si debía dar información vital, sería a alguien conocido o no lo haría.

—Te has meado encima —dijo el tribuno, señalando las piernas del íbero. Éste, avergonzado, simplemente se limpió con la capa que llevaba.

—Hablemos rápido. Me he arriesgado mucho para salir del campamento. —Y pasó a exponer todo lo que había ido a contar—: Ayer mismo Aníbal se reunió con los galos de la zona. Todos los que se presentaron aceptaron sin mostrar reticencias, incluso algunos a los que teníais por leales. Es el caso del gobernador de vuestra guarnición en Clastidium, un tal Dasio, natural de Brundisium.

—¡Maldito bastardo corrupto! —Gruñó Buteo.

—Aníbal volverá a marchar contra vosotros mañana mismo, ya está decidido. Quiere atraparos antes de que alcancéis el río Trebia.

—Bueno es saberlo. Ahora que conocemos sus planes, no nos dejaremos sorprender de nuevo —asintió el oficial romano—. En estos lares somos vulnerables sin una caballería fuerte, al menos hasta que lleguen las legiones de Sempronio. Imagino que el cónsul ordenará partir de inmediato.

Hizo una señal a uno de los exploradores para que se acercara.

—Éste es Tito Pullo, centurión encargado de los batidores, de mi absoluta confianza. —Y el individuo se apartó la tela con la que se cubría el rostro por debajo de los ojos; como los otros, no tenía nada de especial, salvo una nariz un tanto pronunciada—. Te entrevistarás de ahora en adelante con él para darnos tus informes, pues yo no estaré disponible. Ya sabes, cualquier noticia trascendente deberás comunicárnosla cuanto antes. Camina siempre hacia el sur de tu campamento hasta que mis hombres te encuentren.

Alcón asintió, pero tenía el corazón cargado de emociones contradictorias. Buteo, al comprobar su incertidumbre, posó la mano en el hombro del íbero.

—Destierra tus dudas, saguntino. Has tomado la decisión más justa. La venganza por lo que esos malnacidos le hicieron a tu ciudad pronto será consumada. Te lo prometo.

«Sí, marido mío», escuchó que le decía Daleninar. «Déjate engañar. La mentira siempre te ha sabido dulce, ¿verdad?».

Las primeras luces del día dieron inicio a una nueva jornada de viaje para Leukón y la miríada de compañeros con los que se movía. Una más, anodina y pesada, como ya tantas otras. A los guerreros celtíberos que le relataban sus batallas cuando era un niño se les olvidó mencionar los momentos de tedio de las campañas, que para colmo acrecentaban la añoranza. Ahora que de algún modo había recuperado a Stena, aunque sólo fuera en su corazón, pensaba de nuevo en Pelendonia, en Okalakom. En su amada.

Jamás lo confesaría, sobre todo delante de sus hermanos pelendones, pero empezaba a sentirse hastiado de aquella interminable aventura.

Recorrían tierras de aspecto inmutable, muy similares a las regiones íberas cercanas al mar, cuyas elevaciones en ningún caso eran tan agrestes como los montes de Celtiberia. A la izquierda dejaron una franja de árboles que escondía el río Erídano, y a la derecha, tras la planicie que se extendía hacia el sur, unas colinas bajas. Ni siquiera las lloviznas de los dos últimos días habían logrado erradicar esa sensación de seco que transmitía el paisaje.

El ejército se movía en columnas, cada una de ellas protegida por la caballería pesada en su delantera y en la retaguardia. La teoría dictaba que, tras los pagos realizados por Aníbal, los nativos del lugar se mantendrían neutrales en el peor de los casos. Sin embargo, la disposición de las tropas indicaba que los oficiales no se fiaban mucho de esa buena voluntad.

Leukón esperaba que el hartazgo concluyera en cuanto dieran alcance a su presa. De nuevo, perseguían a los romanos. Y la orden principal era que las tropas enemigas no lograran alcanzar un río que, según Tabnit, quedaba al este. Al otro lado de esas aguas todo sería desfavorable para los intereses de Aníbal y los suyos. El mayor inconveniente sería la oposición de las tribus galas aliadas con Roma, a las que no habían podido sobornar.

El día transcurrió con pocos descansos, así que, tras detenerse y preparar el campamento nocturno, pocos eran los que tenían ganas de chanza.

—Ya deberíamos haber dado alcance a esos perros cobardes —comentó Tibasté—. Según dicen los cartagineses, su general está herido. Eso debería retrasarlos.

—Tienen los huevos en la garganta —dijo Babpo—. Por eso corren tanto.

El caudillo asintió. Todavía se le veía taciturno. La muerte de su hijo quedaba demasiado reciente en la memoria, su ausencia todavía se hacía notar.

Sin embargo, el muchacho no comprendía los motivos por los que, desde hacía unos días, Alcón se había distanciado de todo y todos. El íbero, que tanta conversación le había dado durante el largo viaje, ahora hablaba poco y siempre con evasivas.

—Algo lo carcome —opinó Nunn cuando Leukón le transmitió su preocupación.

La relación con la celta también había sufrido un cambio drástico tras comprender que lo que creyó sentir por ella era un artificio producido por la ausencia de Stena. El falso enamoramiento se convirtió en sincera amistad, en un estrecho entendimiento debido a la juventud de ambos.

Nunn irradiaba júbilo cuando no estaba preocupada atendiendo a los heridos. Se sentía útil, había encontrado una tarea, un objetivo. Y más, mucho más, a tenor de la confesión que le hizo unos días atrás: esperaba un hijo de Tabnit.

Leukón entendía su felicidad. La venida de una nueva vida era uno de los acontecimientos más celebrados entre los celtíberos.

* * *

Era mediodía del día siguiente cuando el ejército realizó una parada imprevista. Tabnit se acercó poco después para explicar a Alcón lo ocurrido, y que así éste pudiera informar a los caudillos celtíberos. Leukón, que viajaba con el íbero para tratar de averiguar su desazón, lo escuchó todo.

—Anoche, los celtas itálicos que luchaban al lado de los romanos se rebelaron. Alrededor de dos mil soldados de infantería y doscientos jinetes provocaron un buen altercado en su campamento, en plena noche. Tras matar a los centinelas, desertaron. Y ahora han venido a prestarnos juramento.

—Es una buena noticia, ¿verdad? —intervino el muchacho, ante la parca afirmación del arsetano con la cabeza.

—Sí, aunque Aníbal ha decidido actuar como con los boyos y enviarlos a sus hogares para que extiendan nuestra generosidad —argumentó el consejero—. La verdad es que no necesitamos a mercenarios que no estén familiarizados con nuestras tácticas. El verdadero regalo ha sido la información que nos han transmitido: los romanos están a punto de cruzar el Trebia.

—¿Cómo es posible que nos lleven tanta delantera? —quiso saber Tibasté, que se había unido a la conversación.

—Levantaron el campamento de nuevo en mitad de la noche. El propio Escipión, a pesar de las fuertes dolencias provocadas por su herida, así lo dispuso. En contra de nuestras suposiciones, han forzado la marcha a pesar de la convalecencia de su líder. Según los desertores, su intención es acampar en un terreno elevado que queda más allá del río, y que resultaría impracticable para nuestra caballería. Si llegan, perderemos nuestra principal ventaja.

—No les daremos alcance con este ejército tan lento —apuntó Leukón.

—Cierto —dijo el cartaginés—. Por eso Aníbal ha dado una orden. Jinetes de Okalakom, preparaos para cabalgar de nuevo.

* * *

Abandonado. Así encontraron el campamento del enemigo. No quedaba nadie allí, sólo las tiendas y un perímetro defensivo que ni siquiera había sido desmontado. Calderos con sopa que nunca fue repartida, ropas, enseres personales dejados de lado debido a la premura...

—¡Fijaos en esto! ¡Vino! —dijo un exultante Babpo, exhibiendo un odre de piel del que no tardó en beber un buen trago—. ¡Y del bueno!

A pesar de las consignas de Magón y Maharbal, los hombres se dejaron llevar por las ansias de saqueo. Después de la conquista de Taurinum no habían tenido la oportunidad de aumentar sus bolsas, así que la tentación de perderse en aquel campamento lleno de fruslerías fue superior a cualquier orden.

De pronto, a Leukón se le pasó por la cabeza que aquélla era la reacción que habían pretendido provocar los romanos al dejar montado el asentamiento. ¡Querían que sus perseguidores se entretuvieran recogiendo todas las baratijas despreciadas!

Después de no pocos gritos, los dos mandos lograron hacer entrar en razón a sus jinetes. De mala gana, aceptaron volver a cabalgar y dejar para la vuelta la recolección de los tesoros.

Azuzaron a los caballos como pocas veces lo habían hecho. Caían los estadios, pasaban los pastos tronchando la hierba al estruendo de los cascos equinos. Pronto olvidaron lo ocurrido; los unía un afán común: alcanzar y destrozar a esas ratas que huían.

Antes de que empezara a descender el sol dieron con un grupo de rezagados que corría movido por la desesperación. Los aplastaron. Leukón sintió cómo las patas de Bronce pasaban por encima de varios hombres, triturando huesos y moliendo la carne.

Estaban cerca. Casi podía verlos, allá a lo lejos, una forma indefinida que cobraba fuerza a cada latido.

La retaguardia de las mermadas legiones consulares.

—¡Cargad, por vuestras madres! —bramó Magón, que parecía fuera de sí.

El muchacho le pidió un último esfuerzo a Bronce, y éste respondió con la nobleza acostumbrada. Jinete y alazán. Dos que en ese instante eran uno. Ambos ardiendo por el mismo afán.

Alcanzar un destino.

De pronto, un grupo de legionarios se detuvo y formó para contener el ataque de la caballería. Los asteros de los tres manípulos afianzaron la posición tras sus escudos ovalados, a pesar de que debían de saber que no resistirían la carga. No sin lanzas de falange, no cuando eran tan pocos. Se sacrificaban por los suyos. Un acto que Leukón alabaría tras la batalla.

Pero ahora llegaba el momento de matar.

Los romanos descargaron sus pilum. La primera andanada recayó sobre los jinetes celtíberos, que marchaban en el centro mientras los númidas ya se escoraban para envolver al enemigo por los flancos. Llegó la segunda acometida de proyectiles.

Leukón vio el dardo, fijó la vista en él como si de algún modo estuviera hechizado y le robara toda la atención, incluso a pesar de que era uno entre cientos. Parecía que no existiera nada más en el mundo que esa línea que se acercaba más y más, con lentitud, o tal vez fueran los sentidos del muchacho, en armonía con un tiempo que avanzaba muy despacio. Y, en el último suspiro, cuando el zumbido de tantos agujones letales se adueñó del mundo, tiró de las riendas de Bronce. El animal torció a la izquierda. El jinete se inclinó hacia el mismo lado. El venablo perforó el espacio que había ocupado un instante antes, hincándose en el compañero que trotaba detrás del joven.

Los estragos de la muerte voladora no frenaron el ímpetu celtíbero. Un grito se elevaba en la llanura, y de pronto Leukón advirtió que él mismo se había unido al bramido de pura furia que brotaba de cada garganta.

Ya podía distinguir la decoración de los escudos romanos, en uno de los cuales fijó la mirada. El sol brilló en aquellas celosías que formaban un jabalí justo antes de que el alud celtíbero sepultara a su portador.

* * *

La acometida fue breve y no quedó un solo romano en pie. El mismo Leukón acabó con un infeliz que no sabía muy bien si escapar o lanzarse a un último enfrentamiento que en nada cambiaría su suerte. El pectoral de cuero resultó ser escasa armadura para el filo pelendón. Una nueva cabeza para su colección.

Sin embargo, lo que debiera ser una victoria resultó todo lo contrario. Pues aquella distracción sirvió para que la retaguardia del ejército consular lograra cruzar por completo el río.

La caballería se detuvo. Maharbal, e incluso Magón, entendieron que realizar una carga sobre orillas embarradas era un suicidio. Leukón se sintió tan frustrado como el menor de los Bárquidas al apreciar cómo los romanos se perdían en la distancia.

No le gustaba bajar la cabeza y admitir la derrota.

El ejército de Aníbal no se detuvo hasta que los jinetes regresaron de su infructuosa misión. Instalaron el campamento a ocho mil pasos del Trebia, a cuarenta estadios de la posición que según los informadores ocupaba ya Escipión. Fortificado sobre unas colinas al sur de Plasencia, montó una férrea vigilancia en el único paso cercano del río, que además bloqueó con tropas.

Y a partir de entonces se dedicaron a dejar pasar el tiempo mientras el cónsul sanaba y esperaban la llegada de Sempronio. Los romanos se sabían seguros a ese lado. Los anamaros, una tribu celta de origen ligur, les proveían alimentos.

La situación se estancó de tal modo que desató fuertes discusiones entre los oficiales. Una vez más, Magón encabezó a los que pensaban que debían atacar cuanto antes.

—Si esperamos a que el otro cónsul llegue con sus legiones, todo será más complicado. ¡Escipión es ahora débil!

Pero Aníbal fue tajante.

—No caigas en la imprudencia. Sí, los romanos serían débiles en campo abierto, pero se bastan para defender el paso del río. Es un cuello de botella.

—De veras que no te entiendo, Aníbal. Después de tanto tiempo proclamando que en la rapidez radica la victoria, ¿ahora tenemos que dedicarnos a esperar que el enemigo se refuerce? —preguntó Cartalón—. Entonces tendremos frente a nosotros no a dos legiones mermadas, sino a cuatro con los ánimos renovados.

Tabnit tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no sonreír. Los secretos no siempre eran fáciles de mantener. Nadie lo sabía mejor que él.

—Esperar, tal vez, pero no permanecer quietos —respondió el León de Cartago—. Nos interesa que los romanos cobren de nuevo confianza. De nada nos serviría atacar en tromba, pues ellos volverían a retroceder. Y así nos pasaríamos los días, persiguiéndolos por territorios que conocen mejor que nosotros, sólo para conseguir victorias insulsas. Necesitamos que la próxima batalla contra las legiones sea la definitiva. Para conseguirlo, empezaremos debilitando a los aliados galos que tienen en su lado. Confiad en mí como habéis hecho todos estos meses. Os he dado motivos.

Nadie osó contradecir aquel comentario, aunque algunos de los mandos se mostraron molestos por tanto secretismo.

* * *

A la mañana siguiente el campamento tuvo motivos para la alegría: los boyos, licenciados temporalmente tras la hazaña de los Alpes, regresaron al ejército. Tabnit recibió con un abrazo a Gobanitio, quien, sin embargo, ya no ostentaba el gobierno del destacamento de guerreros.

Magalo, el rey de su clan, era un hombre poco dado a las sonrisas. Arisco y orgulloso hasta extremos casi enfermizos, vestía pieles gruesas y varios brazales de oro, lo que daba cuenta de lo insigne de su posición. Y a pesar de ello compartía el aspecto ajado de los celtas gracias a aquella cabellera que más parecía paja que pelo.

Aníbal le dio la bienvenida con honores, pues no cabía negar la importancia que había tenido la ayuda de los boyos en muchos momentos del viaje. Y lo colmó de plata y otros regalos, a los que el caudillo respondió entregándole al cartaginés una curiosa ofrenda: tres prisioneros romanos. Resultaron ser los magistrados enviados para hacer la división de las tierras del norte, donde la república pretendía instalar nuevas colonias, a la postre el motivo de que los galos entraran en la contienda. Ahora bien, el estratega devolvió el obsequio a Magalo, asegurándose de hacerlo con la pompa necesaria para no ofender al monarca.

—Mantenedlos en vuestro poder en señal de mi amistad y confianza, gran rey. Ajusticiadlos como dicten vuestras leyes, que a diferencia de otros yo sí respeto —aseguró.

Una vez más, Aníbal supo complacer a quienes le juraban lealtad. Al fin y al cabo, tras meses en poder de los boyos, poco más podría sacarle el cartaginés a tan infelices cautivos. Si sus compatriotas romanos no habían pedido rescate por ellos, escaso valor tendrían.

Los celtas se instalaron en el campamento, lo cual comportó ciertas incomodidades. Comían a deshoras, eran más ruidosos de lo habitual entre los íberos y celtíberos, y no respetaban la quietud de la noche. Tanto fue así que apenas unas horas después Tabnit se cuestionó si aquellos brutos eran en verdad un refuerzo o un estorbo.



Esa misma velada, Aníbal lo llamó a su carpa privada. El consejero tuvo que cancelar el momento que había planeado a solas con Nunn, a quien todavía trataba de convencer de que debía abandonar el campamento. Su preñez aún no era visible más allá de la incipiente hinchazón en su vientre, pero a Tabnit le carcomía el miedo a que la guerra se desviara de lo previsto y madre e hijo corrieran peligro. La gala seguía mostrándose reticente, aseguraba que por primera vez en su vida se sentía parte de algo, y que no deseaba dejar de ejercer como sanadora.

Aníbal percibió su preocupación cuando se recostó en el diván, junto a una mesilla donde habían dispuesto un cuenco de fruta y dos escudillas con el guiso que sería la cena aquella noche.

—Mujeres y guerra son preocupaciones demasiado desoladoras para permitir que actúen al mismo tiempo en la mente de un hombre, amigo mío —le dijo.

—Mi compromiso sigue estando contigo, ya lo sabes.

—Desde luego, no pretendía cuestionarlo. Era más bien una reflexión personal. ¿Crees que a mí no me asalta cada noche el deseo de volver con mi añorado hijo? A

veces pienso que, cuando vuelva de esta contienda, Aspar habrá crecido tanto que no me reconocerá.

Tabnit tomó la copa de vino y se la bebió de un trago. Aquélla era una noche para embotar la cabeza, al menos tanto como podía permitírsele un oficial. Aníbal, convertido ahora en confidente, siguió hablando:

—Pon en orden tus cosas cuanto antes, para que tu corazón esté en la batalla. Se avecina nuestro primer gran combate y te necesito centrado, sobre todo teniendo en cuenta la estratagema que llevamos entre manos. Mientras tanto, tengo otra tarea que encomendarte. No es gran cosa, pero tal vez te permita airearte.

—Tú dirás, mi general.

—Las provisiones empiezan a escasear una vez más, así que es hora de confirmar las negociaciones emprendidas días atrás —comentó, mientras daba buena cuenta del estofado en su escudilla—. Quiero que comandes un destacamento hasta Clastidium y le exijas a Dasio lo acordado. Vuelve con cuantos carros de grano puedas. Lleva contigo una escolta no menor a cincuenta hombres. No me fío nada del gobernador; tiene el aspecto de una rata traicionera que cambia de bando al son de las monedas.

—Partiré mañana, a primera hora.

—Bien, Tabnit —dijo Aníbal, y se recostó un poco más en el sillón, tras sorber el caldo—. ¡Ah, qué dulce y a la vez insoportable resulta la espera que antecede a la batalla!

—Creía que, tras tanto vivido, esas sensaciones ya no te afectaban.

El estratega lo miró con aquella intensidad a la que uno jamás lograba acostumbrarse.

—Ni aunque pasara cien años guerreando sin fin, amigo mío. Y que no se desvanezca, pues nada hay que me haga sentir tan vivo. Nada.

Cuando Tabnit dejó la tienda lo hizo pensando en cuán diferente era de su líder. Porque para el consejero sí había algo que le hacía arder el corazón mucho más que la guerra.

Algo que debía salvar, aunque tuviera que volver a pagar un precio insoportable.

Alcanzó el tupido cañaveral que crecía en la orilla oeste cuando la noche ya había dejado atrás la media. Los altos tallos leñosos de los carrizos y las ramas de pardo rojizo de los arbustos, cubiertas de hojas estrechas y verdes, sobrepasaban la altura del hombre más corpulento. Era el lugar perfecto para un encuentro furtivo.

El lugar perfecto para que un traidor se reuniera con el enemigo.

Alcón no vio a nadie, ni escuchó sonido alguno, salvo el de las ranas que croaban cerca del agua. Ni el menor lamento de la hierba al tacto de una suela, hasta que de pronto una figura emergió de la espesura como si de un espíritu en pena se tratara. Al íbero casi se le salió el corazón por la boca.

—Calma, saguntino —dijo el individuo, en latín.

Se quitó la capucha y ahí estaba, el gesto abrupto y el prominente tabique nasal de Tito Pullo. Sin duda, alguien de quien habría huido incluso en las calles de Arse.

—¿Qué traes para mí? —preguntó, directo al grano. Era la primera vez que se encontraba a solas con él, y si Buteo ya imponía, qué decir de un hombre que parecía hecho de sombras y misterio.

Alcón carraspeó. Estaba nervioso. De hecho, hacía tanto tiempo que vivía en un permanente estado de caos anímico que ya debería de estar acostumbrado. Pero no era así, tanto que le hacía mella incluso en el físico. Su extrema delgadez estaba motivada en gran parte por las privaciones alimenticias propias de una expedición como aquella, y también por su enfermedad durante la ascensión de los Alpes. Sin embargo, no era lo único que le carcomía la carne cual gusano hambriento. Preocupaciones y angustias personales, miedos y culpas, le consumían lentamente.

«Una sanguijuela que tienes bien merecida, marido», le dijo Daleninar.

«No hagas caso, padre. Estás haciendo lo que debes». Las palabras de Isbataris, aunque inexistentes en realidad, lo calmaron un poco. ¡Lástima que la demencia no le trajera más veces la voz de su hijo! Era mucho más amable que la de esa esposa siempre desgarradora en sus juicios, aunque seguramente, de nuevo, tuviera razón. ¿En qué momento pensó que estaba haciendo lo correcto? La traición siempre era reprochable.

Traición. En eso parecía basarse su vida, a ello acababa volviendo una y otra vez. Ahora, por culpa de Buteo y su propuesta de convertirse en un espía de Roma, se había metido en un bucle del que se veía incapaz de salir. Maldita fuera su existencia. No hacía más que andar a trompicones en busca de la salvación de un alma que, quizá, ya estaba perdida por completo.

—¿Vas a hablar? —le recriminó Tito Pullo, al advertir que Alcón andaba distraído con sus cavilaciones.

—Sí, lo siento... Mañana partirá una comitiva hacia Clastidium. Aníbal quiere que sea su granero mientras estemos... estén... en la región. —El batidor

simplemente cabeceó, sin hacer caso a los tartamudeos del íbero, que ya no sabía ni a qué bando pertenecía—. Hoy también ha llegado un numeroso grupo de galos boyos para unirse al estratega. Pero lo que más os puede interesar son los planes del general a medio plazo: quiere organizar partidas de caballería para atacar a los anamaros y mermar vuestras vías de suministros.

—Interesante... ¿Tiene algún objetivo fijado?

—Todavía no, pero en cuanto sepa algo os lo diré. Pero no podéis responder de inmediato, o sospecharán de mí.

—Las estrategias son potestad del cónsul. Mi labor es llevarle la información. De todos modos, Buteo me ha pedido que te transmita su satisfacción. Gracias a tu aviso el ejército pudo cruzar el Trebia a tiempo y salvarse del ataque cartaginés.

—Sólo cumplo lo que prometí.

Tito no respondió, pero su media sonrisa estaba cargada del clamoroso desprecio que merecía cualquier miserable desleal.

Durante buena parte de la mañana, la comitiva comandada por Tabnit recorrió las praderas, cuyas únicas redondeces provenían de las suaves colinas de hierba alta. Entre ellas se dibujaba un viejo sendero, según les dijeron transitado por los comerciantes que viajaban entre los poblados, siendo Plasencia el punto de referencia de la región.

El consejero había elegido una vez más a Leukón y los pelendones para formar parte de su escolta, junto con algunos otros celtíberos. Sin embargo, le llamó la atención que el intérprete que los acompañara no fuera Alcón. El oficial cartaginés alegó que el íbero estaba indispuesto.

—El guiso de anoche —bromeó Tabnit—. De hecho, yo también siento ganas de salir corriendo en busca del primer arbusto.

—¡Bah! ¡Cuánto estómago remilgado! —se burló Babpo.

Pero, mientras el resto de pelendones hacían chanza con los apetitos voraces del gordinflón, que empezaba a ganar peso de nuevo, Leukón se mantuvo reflexivo.

No podía dejar de pensar que algo no marchaba bien con el arsetano.



El sol apenas caldeaba. La luz, pálida y poco reconfortante, no traía ningún consuelo consigo en aquella mañana fría.

Entonces uno de los guías celtas que llevaban consigo señaló hacia el sur, pues habían llegado por la zona más cercana al Erídano con la intención de evitar los montes. En uno de los altozanos que salpicaban la región, lamiendo las planicies que alcanzaban el río, se erigía la ciudad de Clastidium. Un pequeño arroyo pasaba cerca de la urbe, al noroeste.

Cuando estuvieron más cerca, Leukón alcanzó a distinguir algunos detalles de la urbe. Estaba fortificada, pues la colonia romana se hallaba en un territorio que ya había sido invadido antes y todavía permanecía hostil. El perímetro se cerraba tomando forma rectangular, alzándose como una robusta construcción de sillería, lo que daba cuenta de que se trataba de un punto estratégico al que se pretendía proteger a toda costa. Resultaba extraño, por tanto, que su gobernador lo hubiera rendido a la primera oportunidad.

—Clastidium fue una ciudad de los anamaros, muchos de los cuales todavía viven entre sus muros —les explicó Tabnit, que se había informado antes de partir—. Al tratarse de una colonia tan alejada de su capital, y siendo una región inestable, pocos ciudadanos romanos desean establecerse en la zona. Hace cuatro primaveras fue asediada por los ínsubros y, de no ser por la intervención de un tal Marco Claudio Marcelo, habría caído. Pero el cónsul romano, que mandaba las tropas junto a Cneo Cornelio Escipión...

—¿No es ése hermano del actual magistrado? —le interrumpió Tibasté.

—Así es, gran caudillo. El mismo que ahora lucha en Iberia —respondió el cartaginés, tratando de esconder el fastidio producido por la interrupción—. Como decía, las tropas consulares rompieron el cerco. Y Marcelo ganó grandes honores al enfrentarse durante la batalla al líder de los ínsubros, Viridomarus. Fue un combate singular en mitad de la gran reyerta, o al menos eso dicen estos romanos, aunque ya sabéis que les gusta mucho hinchar la verdad hasta hacerla irreconocible. Sea como fuere, Marco Claudio derrotó a su enemigo, consiguiendo así el trofeo que ellos llaman *spolia opima*, y que consiste en los pertrechos personales del rival caído. Dicen que luego se lo ofrendó a uno de sus dioses, Júpiter.

—Una buena historia para contar frente a una hoguera —dijo Ambón—. ¿Será posible que entre estos blandengues haya también honor?

—¡Apuesto a que no es más que una bravata! —aseguró Babpo.

Tabnit se encaró con él.

—Poco importa lo que pensemos. Pero, a partir del momento en que entremos en esa ciudad, quiero que mostréis respeto. Incluso los traidores tienen orgullo y saltan cuando se les insulta. Y gran parte de los que están ahí dentro, aunque miserables que se pliegan al dinero, también son romanos.

Los viajeros se encontraron con una senda que subía hasta lo alto del montículo y que les llevó hasta las puertas de Clastidium. Los lugareños que guiaban a sus mulas cargadas, los campesinos... todos se apartaban con prontitud del paso de la comitiva, sorprendidos y atemorizados.

En la entrada les esperaba un comité de bienvenida, donde destacaba un hombre vestido con una ancha toga, bordada con celosías blancas sobre la tela púrpura. Leukón no tenía ni idea, pero más tarde Tabnit le contaría que el tinte para que una prenda tomara ese color se obtenía a partir del tratamiento de cierto molusco marino, y era extremadamente costoso porque se necesitaba una gran cantidad. Un signo de distinción muy apreciado entre los romanos, aunque según el consejero había sido puesto de moda por los fenicios a partir de las costumbres de los primeros cretenses.

—Sólo los considerados ciudadanos pueden utilizar la toga —le narraría durante el viaje de vuelta—. Me temo que a Dasio le queda poco tiempo como tal, ahora que lo suyos saben de su traición.

El vestido, enrollado al cuerpo de un modo que al muchacho le pareció muy complicado y enrevesado, otorgaba a ese personaje un aire distinguido. Sin embargo, era un toque de dignidad demasiado leve, incapaz de esconder la delgadez extrema de aquel individuo de cuello largo y cabeza grande cual ave carroñera. Un buitre, sí, aunque no como los enviados por los dioses para llevarse el espíritu de los caídos. Más bien tenía la apariencia de una criatura enfermiza en cuerpo y alma.

Alguien de quien desconfiar.

—¡Yo te saludo, amigo cartaginés! —exclamó Dasio en un griego que Tabnit pudo entender perfectamente y que hizo innecesario al intérprete. Abrió los brazos en un saludo cargado de falsedad, e incluso llegó a abrazar al consejero como si de un hermano se tratara—. ¡Bienvenido a Clastidium!

—Un placer estar aquí para confirmar la amistad entre tu ciudad y Aníbal, León de Cartago. Yo soy Tabnit, y vengo en su nombre.

—Sí, sí, todo eso está muy bien, pero debéis estar agotados tras el viaje —respondió el otro, haciendo aspavientos con las manos—. Y yo no sería un buen anfitrión si no os atendiera como es debido.

La comitiva se dejó conducir al interior del poblado, en el que se adentraron a través de una de las dos calles principales del asentamiento. Las vías partían el lugar en cuatro cuadrículas y se cruzaban en un punto central. Allí se erigía el foro, rodeado por un pórtico, y muy cerca se hallaban las termas y un santuario. Comodidades todas estas muy romanas, imprescindibles para guardar la apariencia de civilización y mantener contentos a los colonos.

Dejaron en la plaza a la mayor parte del contingente cartaginés, mientras que Tabnit y sus hombres de confianza siguieron a Dasio hasta el interior del foro. Allí habían dispuesto una carpa para protegerse de la llovizna que, a ratos, caía sobre la región. El consejero y el gobernador tomaron asiento en uno de los divanes, y este último ordenó a varios sirvientes que trajeran las viandas.

—¿Vuestro viaje ha sido plácido? —quiso saber el brundusi— no. —Espero que ninguno de esos galos brutos os haya molestado.

Tabnit asintió, poco convencido de la aparente amabilidad de aquel personaje. Era en sí mismo una incongruencia: un romano, con aires de romano, amante de las costumbres romanas..., que se vendía al enemigo de los romanos. Un miserable de alma mezquina, capaz de utilizar el dolor de su propio pueblo para satisfacer las ambiciones de riqueza que le dominaban. Resultaba frustrante verse en la obligación de negociar con un ser así, a pesar de que había conocido a muchos hombres cuya verdadera patria era el dinero.

Entre ellos, a sí mismo.

—Honorable Dasio —dijo, callándose lo que realmente opinaba—, aunque tu hospitalidad es digna de elogio, desearía que nos centráramos en lo que nos atañe. He venido a hacer honor al pacto que contrajiste con Aníbal. Necesitamos grano. Mi deseo es llevarme vuestros excedentes en cuanto preparéis los carros.

—¡Ah, eso! —Y habló como si lo que exponía fuera algo sin importancia, con un desparpajo insultante—. Por supuesto que cumpliré mi palabra, faltaría más. Pero hay alguna cosa que cabría negociar...

Tabnit entrecerró los ojos con suspicacia. «Maldito avaro aprovechado».

—Creía que todo estaba cerrado...

—Sí, aunque el tiempo hace que uno vea las cosas de otro modo. Me dejé llevar, quizá sin apreciar el verdadero riesgo de mi lealtad a Aníbal. Me he convertido en enemigo de los romanos, creo que eso merece una compensación mayor.

—Cuatrocientas piezas de oro me parece que son bastantes.

—Otras tantas serían bien recibidas —dijo, con descaro y sin mostrar vergüenza alguna—. Mejor que sobre, ¿no crees?

El consejero cartaginés se revolvió en el diván. Había dos maneras de solucionar el asunto sin plegarse al chantaje de aquella rata, y le tentaba utilizar el idioma de las armas. Aníbal no se lo habría reprochado, pues, aunque tenía inclinación a negociar al igual que su antecesor Asdrúbal, no miraba con malos ojos valerse de la fuerza y demostrar así su poder, al estilo de lo que hiciera su padre en el pasado.

Sin embargo, Tabnit optó por la otra vía: la amenaza.

—Sí, desde luego. Mejor que sobre. Pero eso vale para todo, amigo Dasio. También para las armas.

El gobernador se rió. No pareció tomarse muy en serio el comentario.

—¡Mi buen cartaginés! ¡Esas amenazas no tienen fundamento! Todos sabemos que Aníbal no perderá el tiempo atacándonos cuando tiene tan cerca a Escipión. Debe centrarse en su vigilancia y estar preparado para cualquier movimiento.

—Sin duda. Pero algo me dice que si Aníbal le pidiera una tregua al cónsul para aniquilar al traidor que ha dado la espalda a Roma, Escipión aceptaría sin dudarlo. —La palidez de Dasio fue evidente; entreabrió los labios, manchados con el caldo de un grano de uva—. Tengo entendido que planean poner precio a tu cabeza. Quién sabe, es posible que gracias a ti los enemigos se convirtieran en amigos.

El brundusino tosió.

—Te tienes por sagaz, Dasio, pero tras todas esas palabras vacuas no existe más que avaricia —arremetió Tabnit, ya sin más velos—. Un mal que ha acabado con muchos de los que ahora moran en las necrópolis. —El gobernador arrugó la nariz, crispó los labios, entreabrió la boca para replicar; el consejero no se lo permitió—. ¿Sabes lo que harás? Darás por bueno ese oro que te entregamos en su día, y ordenarás de inmediato que carguen los carros que te he pedido. Dejaré un pequeño destacamento para que te vigile, que nos mantendrá informados de tu actitud. En el momento en que algo nos disguste, o que dejemos de saber de estos hombres, vendremos a por ti. Piénsalo bien, porque tu situación no es buena: ni romanos ni galos acudirán a defenderte.

El gobernador apretó la mandíbula, se le enrojeció el rostro. ¡Cuánta ira debía sentir en esos instantes! Por un momento Tabnit pensó que bien podía cometer una locura y arremeter contra todos ellos. Seis decenas de soldados no bastarían para salir con vida de una ciudad hostil.

Sin embargo, la rabia no pasó de los gestos. El romano traidor comprendió que había mascado más de lo que podía tragar. Se mordió el labio inferior, apretó los

puños, volcó el taburete donde reposaba la comida... y nada más.

—Tendrás tus suministros antes del mediodía.

Tabnit sonrió, y esta vez fue él quien lo hizo con un deje de burla.

—Bien, ahora, si quieres, podemos hablar del viaje.

Las nubes blancas se agolpaban con rapidez. La jornada había amanecido triste, zarandeada por un viento helado que obligaba a los hombres a refugiarse en sus mantos mientras realizaban las tareas asignadas.

«Qué apropiado a tu ánimo, ¿verdad, esposo?».

La burla de Daleninar era, una vez más, certera. La depresión había hecho mella en él de nuevo con tanta fuerza que lo devolvió a los días de la caída de Arse. Demasiada tensión. Insoportable hasta tal punto que pudo con su voluntad, destrozando los esfuerzos de los últimos meses.

Sujetaba en la mano un pellejo con vino. Lo había sustraído de los víveres que Tabnit trajo consigo a su vuelta de Clastidium. Había dudado un poco a la hora de alzarlo para verter el contenido en su boca.

En realidad, fueron dudas muy endebles.

Cuando sintió en el gaznate el dulzor del caldo, el primer chispazo de embotamiento, se le saltaron las lágrimas al comprender que había vuelto a fracasar. Pero en cuanto la mente quedó entumecida ya no le importaron aquellas réplicas propias disfrazadas con la voz de su mujer. Acurrucado tras una de las tiendas, junto a la empalizada, siguió dando largos sorbos al odre mientras pensaba en los últimos acontecimientos...

Sempronio ya descansaba en el campamento romano con sus tropas, aunque por lo visto era un hombre inquieto que no toleraba las esperas. Algo que sabía tanto por Tabnit, que seguía informándole de los acontecimientos, como a través de Tito Pullo. Gracias a estas reuniones clandestinas, el nuevo cónsul se había enterado de cada ataque planeado por Aníbal sobre los anamaros, que querían mantenerse neutrales. En contra de la opinión de Escipión, que prefería dejar pasar estas escaramuzas para que los púnicos se confiaran, el otro cónsul ordenó responder a las provocaciones. Algo, o más bien todo, tendría que ver el hecho de que la temporada estaba a punto de expirar, y con ella el mandato de ambos generales. Sempronio debía de tener prisa por conseguir un gran éxito que le permitiera retirarse con honores.

Así pues, los romanos lograron rechazar todos los saqueos gracias a los datos suministrados por Alcón. Al campamento cartaginés llegó el rumor de que el cónsul se pasaba el día henchido de orgullo, alardeando de las victorias. Aseguraba que el rumbo de la contienda ya había cambiado gracias a él, y que antes de que acabara el año los invasores serían barridos del mundo.

La verdad es que tenía el poder para lograrlo, pues su ejército estaba fresco y pleno de moral.

Una voz le devolvió a la realidad, ya deformada por los vapores del vino. Al volverse se encontró con la hermosa Nunn, envuelta al mismo tiempo en la

delicadeza femenina y la dureza de quien convive con la muerte. Estaba de pie, y lo observaba con un gesto lastimoso.

—Te buscaba, Alcón —dijo la joven—. Pero advierto con pena que sigues empeñado en refugiarte en la soledad. Y ahora además con algo que te aplaque las penas. A Tabnit le entristecería, después de todo lo que ha luchado por ti.

—No sabía que debía rendir cuentas acerca de lo que bebo o dejo de beber —respondió, malhumorado por el reproche.

La gala se sentó en el suelo, junto al íbero. Éste la miró de reojo: su maternidad era cada vez más evidente, y ya se apreciaba en la caída de la túnica que portaba.

—¿Por qué insistes en refugiarte en ti mismo? ¿Por qué no te dejas ayudar? Muchos estaríamos dispuestos a escucharte, a compartir el peso que portas a tus espaldas. ¡No nos rehúyas!

—Quizá se deba al orgullo, muchacha. O tal vez porque las angustias de un hombre le pertenecen a él, sobre todo si están manchadas de sangre y pérdida.

—No me hables como si jamás hubiera conocido tales pesares, cuando sabes por lo que he pasado —dijo ella, negando con la cabeza—. La diferencia es que yo grité demandando auxilio y encontré a quien me escuchó. Ahora vuelvo a necesitar un oído que me atienda y un amigo que me aconseje.

—En mal momento llegas, pues.

—Eso dices tú, pero te tengo por alguien cabal, así que aun así te plantearé mi problema.

Alcón escuchó la risa sarcástica y maliciosa de su mujer: «Cabal, dice. ¡Qué poco te conoce!».

—Tabnit desea que deje el campamento, que retorne a la Galia. No quiere que nuestro hijo nazca en mitad de una guerra.

—Y tú dudas.

—Así es. He encontrado mi lugar aquí, ayudando a sanar a los heridos —confesó Nunn—. Me gusta sentirme útil, que se aprecie lo que hago.

¿Qué podía decirle él, que había renunciado a todo orgullo hacía tiempo? ¿Quién era para aconsejar sobre elecciones?

—Y luego está... Tabnit —continuó la joven—. Por primera vez me parece que formo parte de algo más grande que yo misma. No quiero dejarlo atrás, que muera y jamás vuelva a verlo.

Le habría dicho que era estúpida, que lo mejor que podía hacer era largarse de aquel lugar, correr sin mirar atrás. Salvar su cuello y el del hijo por nacer. Tal era la desesperanza que le corroía, la apatía que le llenaba el corazón. No le veía ya sentido a ninguna acción, pues todas causaban daño. El sacrificio dolía, la cobardía también. Si el final era el mismo, mejor elegir el camino fácil.

Pero entonces vio de nuevo a Isbataris. Estaba a la derecha de Nunn, mirándolo con ese gesto de risueña sinceridad. Era real, se lo pareció al menos, aunque esta vez no le hablara. Se llevó las manos a la cara y de repente empezó a sollozar,

sorprendiendo a la gala. Arrojó el recipiente con el vino cuán lejos fue capaz, en un acto de rabia.

—¿Qué te ocurre, Alcón?

El íbero alzó la cabeza y la tomó por el brazo, casi con violencia, desesperado.

—No huyas, niña, te diga lo que te diga. Permanece a su lado hasta el final, no cometas el mismo error que yo. Porque cualquier otra cosa te reconcomerá las entrañas durante el resto de tu vida.

Empezó a llover, despacio primero, con fuerza al poco rato.

Mañana iba a ser el día. Así se lo había dicho Tabnit. Llegó al final de la tarde acompañando a Magón, quien convocó a todos los caudillos celtíberos de los distintos clanes. A cada uno de ellos se les pidió que eligieran a sus nueve mejores hombres, entre jinetes e infantería. Y cuando fueron reunidos, los dos mil mercenarios se situaron en un lugar apartado del asentamiento, separados del resto del ejército.

Pero no fue el hermano menor quien explicó el motivo de tal selección, sino el mismísimo Aníbal, que acababa de ordenar que la cena y la hora de sueño se adelantara en todo el campamento. Con gran ahínco les transmitió lo que esperaba de ellos.

—Aquí os tengo, y veo en vosotros lo mejor de mi tropa. Y aun así, habréis de ser poderosos en valor más que en número. Magón os mostrará lo que debéis hacer. Mediante la astucia, arma tan letal como la fuerza, nos aprovecharemos de las pobres artes bélicas de nuestro ignorante enemigo. Y ahora, id a comer y descansar. Sé que es temprano, pero resultará esencial que lo hagáis así.

El ágape, con el sol todavía en el cielo, fue frío, pues se dispuso que ninguna hoguera se encendiera hasta las horas habituales. Después de llenar el estómago, los soldados se refugiaron en un descanso que parecía desear evadirles, debido al extraño horario y a la intriga de lo que estaba por ocurrir.

Leukón, incapaz de conciliar el sueño, vagó en busca de cansancio. Sus pasos le llevaron sin ser consciente de ello hasta el corral de los elefantes. Pensó entonces que estaría bien visitar a un amigo, más teniendo en cuenta lo que podía deparar el día siguiente para ambos. Ezalces estaba allí, tan insomne como el muchacho. Aprovechaba para escampar el grano en los comederos.

—Estas bestias agradecer tener siempre un mismo horario —le dijo. Leukón sonrió, porque de pronto advirtió que el dominio del idioma celtíbero del nómada había mejorado muchísimo desde que lo conociera—. Ya haber un par con el vientre flojo, mejor no empeorar la situación.

Cierto. El olor a excrementos era bastante fuerte, de ahí que existiera un amplio espacio libre entre el corral y el resto del campamento, aunque al pelendón no le molestaba mucho, pues había crecido correteando por los establos de Okalakom. Caballos o elefantes, sus defecaciones olían del mismo modo.

—Mañana ser la gran batalla —dijo el cuidador—. ¿Estar tú preparado?

Leukón asintió, al tiempo que acariciaba los cuartos traseros de *Dougga*, que comía junto a los otros paquidermos con aquella técnica tan curiosa: con la trompa tomaba el forraje, a modo de cuchara, y se lo llevaba a la boca.

—Ardo en deseos. —Y así era; demasiado tiempo había pasado descansando desde la última vez que tomó las armas, lo cual había cimentado en él la sensación de

que perdía el tiempo. Estaba en esos lares para luchar y, cuanto antes lo hiciera, antes podría volver con Stena... Si sobrevivía.

—Tú ser prudente, joven amigo —le pidió el nómada, con esa cálida sonrisa que el celtíbero había aprendido a apreciar—. Yo desear volver a verte. ¡Y Dougga también!

Como si pudiera entenderles, el elefante, ya saciado, se volvió y reposó la trompa por encima de los hombros de Leukón. Era su particular abrazo, y esta vez al muchacho le pareció más sentido que nunca. Aquella bestia, tan humana en muchos sentidos, también entraría en combate. Y marcharía en vanguardia, recibiría los primeros golpes. Las posibilidades de que muriera no eran menores que las que tendría él.

* * *

Magón reunió al grupo elegido en plena madrugada, cuando el resto del campamento todavía estaba cubierto de ronquidos y sueños. «Con cuidado, no arméis escándalo», les habían ordenado.

En el sigilo de la noche formaron en el lado oeste del asentamiento, sin antorchas, con mantos oscuros y los cascos de los caballos envueltos en estopa para amortiguar su sonido.

Hubo pocas palabras de despedida. Sólo Tabnit y Nunn acudieron. Al joven le decepcionó que Alcón no se presentara. Pero el sentimiento de la celta bastó para que dejara de pensar en el íbero: ésta abrazó con gran cariño al pelendón, y le dio un cálido beso en la mejilla que le hizo estremecerse. ¡Ah, por mucho que hubiera recuperado el amor hacia Stena jamás le sería indiferente esa joven tan bella! En un pequeño rincón del alma siempre le guardaría una emoción apasionada.

—No te diré que luches con valor, pues algo así es innato en ti. Lo has demostrado muchas veces —le dijo Tabnit, mientras le aferraba los hombros con las manos, mirándolo a los ojos—. Tan sólo te pediré, en virtud de nuestra amistad, que seas prudente. Mata, pero no mueras. Si llega el caso, recuerda que retirarse no es una vergüenza, pues servirá para que puedas luchar en otra ocasión.

De haber nacido tales palabras en boca de cualquier otro, Leukón las habría despreciado. ¡Que aceptara huir si las cosas salían mal! ¡Un guerrero celtíbero jamás haría algo así! Al menos uno verdadero, uno que poseyera orgullo que conservar. Ahora bien, aquel hombre era especial. El muchacho percibió la sincera preocupación, y de pronto lo sintió como algo que jamás había tenido: un hermano.

—No os prometo que me retiraré, salvo que así me lo ordenen. Mi juramento será otro: volveré, con vida y victoria. Por quien me espera en la lejanía y por vosotros, mis amigos, a los que aprecio como si fuerais de mi sangre.

Nunn derramó llanto. Tabnit asintió con la expresión cruzada por la admiración.

—Sea de este modo.

Los dos millares de hombres se dejaron engullir por la oscuridad, sin proclamas ni el cantar de las tubas, camino al destino que les habían marcado.

Y, con ellos, un joven de las tierras interiores de Iberia, que de pronto se sentía más viejo que nunca.

La mano, el vaivén que ejerció sobre su hombro, la voz fuerte que lo reclamaba... Sexto Aurelio Buteo se vio arrancado del sueño con una brusquedad tal, que su primera acción fue buscar la espada. La sombra dio un salto atrás, y bien que hizo en identificarse, porque de otro modo lo habría apuñalado.

—¡Soy Aulo Servilio, señor! —dijo, levantando las manos como si eso le brindara alguna protección; y tal vez así fuera, porque le dio tiempo suficiente al tribuno para reconocer al lictor de Escipión—. El cónsul te requiere de inmediato.

No necesitó saber más. Tras asegurar al oficial que acudiría al instante y despedirlo, Sexto Aurelio Buteo apartó la manta con un ademán enojado por tan desapacible vuelta al mundo. Pero de inmediato aquella sensación fue reemplazada por un miedo confuso. Miró por la apertura de la tienda. Todavía no se distinguía claridad alguna, aunque intuía que faltaría poco para el amanecer. Si Publio Cornelio exigía su presencia antes de que los encargados tocaran a despertar, es que algo ocurría.

Con la destreza propia de la experiencia, se vistió a toda prisa la coraza corta con faldilla a tiras, decorada con el indispensable lazo ritual a la altura de la cintura, que indicaba su rango, la capa, las grebas y el casco. Ni siquiera se lavó la cara. Cuando salió de la carpa le sorprendió el profundo silencio que aún reposaba en las ordenadas calles del campamento, aguadas por el rocío. Sin embargo, el trasiego producido por Servilio había despertado a algunos hombres de sueño ligero, que se revolvían entre las mantas para tratar de volver a recuperar la inconsciencia.

Buteo marchó con largas zancadas hacia la cercana tienda de mando. Se fregó las manos, ateridas, que ya empezaban a dolerle debido a las bajas temperaturas. Siempre había padecido de ello: cuando el tiempo cambiaba a peor los dedos se le llenaban de frieras, lo que podía llegar a ser un verdadero suplicio.

Los guardias le abrieron paso de inmediato al interior del entoldado. Allí se encontró a ambos cónsules: Escipión, todavía con la pierna herida, recostado en uno de los divanes; Sempronio, con el gesto contrariado, paseaba nervioso por la estancia. No vio a ninguno de los tribunos mientras, por decoro, se quitaba el yelmo. A diferencia de Escipión, que valoraba la opinión de sus subordinados, él era menos dado a dejarse aconsejar.

También se hallaba presente el joven Publio, hijo y salvador del cónsul. Mucho más entero que los otros dos, amparado por la fuerza de la juventud y una voluntad que parecía incrementada tras las recientes vivencias. Quizá pareciera poco más que un muchacho, a simple vista, pero en su interior bullía un general tan virtuoso como su padre..., o tal vez más. Buteo no tenía ninguna duda.

Sin embargo, toda la atención del oficial se fue directa hacia el cuarto personaje presente en el triclinium. Vestía con las ropas de aspecto anodino propias de los

batidores. Cuando se volvió, alertado por el saludo de Buteo, su identidad quedó clara: Tito Pullo, centurión de los exploradores.

—¡Habla ya! —le exigió Sempronio.

—Hace muy poco he recibido la visita de nuestro espía en el campamento púnico —explicó, sin más dilación—. Se le veía tan nervioso que incluso despreció el protocolo de nuestros encuentros y se puso a dar voces antes de alcanzar el punto de reunión acordado. Tenía sus razones: me contó que Aníbal, harto de las recientes derrotas, había decidido de la noche a la mañana lanzar un ataque sobre nuestro asentamiento.

—¡Es demencial! —exclamó Sempronio, y se dirigió entonces a Escipión—. ¿Y éste es el gran estratega del que tanto se habla en el sur? A mí me parece un hombre desesperado. Nos prepararemos para darle una buena bienvenida en cuanto amanezca...

—Señor, me temo que no me he explicado con acierto —se atrevió a interrumpirle Pullo—. El ataque ya ha empezado. Las tropas cartaginesas se están movilizanado en estos mismos momentos.

Un grupo de caballería númida viene hacia aquí con ademanes de entablar combate. Por eso he venido tan rápido.

Buteo vio rostros desencajados en los asistentes a la reunión, y el suyo no debía ser más sereno. No era para menos.  An bal atacaba antes de que hubiera luz?  Pretend a tomar el asentamiento bajo el manto de la oscuridad!

* * *

Los legionarios fueron movilizados y obligados a tomar las armas sin tener la oportunidad siquiera de desayunar. Buteo observó las caras cruzadas por el fastidio, incrementado debido al intenso frío. Pero tal era la profesionalidad entre ellos, que no hubo una sola queja. Se comportaron como se esperaba: firmes y obedientes, con la disciplina habitual.

No tardaron mucho en estar perfectamente pertrechados, cada tipo de unidad con sus atavíos clásicos: los vélites, apenas armados con venablos ligeros y vestidos con simples t nicas abiertas en el hombro, coronados con yelmos de cuero, aunque algunos, para distinguirse, lucían gorros que imitaban la cabeza de diversos animales; los asteros, con su indumentaria ligera formada por las pila, la espada y el escudo ovalado, cuya única protección era un pectoral de bronce cuadrado; los príncipes, jóvenes pero a la vez más experimentados, bien por bot n o debido a las soldadas acumuladas, podían costearse una efectiva cota de mallas, y al fin los triarios, veteranos que se dispondrían en la retaguardia, y que hacían las veces de falange gracias a sus lanzas largas. Suya sería la tarea de contener al enemigo creando un muro de p as si el resto de las tropas se veía obligada a retroceder.

Sonaron las trompetas. Se dio el aviso: una gran partida de númidas llegaba desde poniente. Habían cruzado el Trebia y, descarados, daban buena cuenta de los

centinelas apostados entre el río y la empalizada.

Pero los équites ya estaban preparados para reaccionar. Sempronio los llamó a cabalgar, a salir al encuentro de los agresores y así ofrecer a la infantería el tiempo necesario para formar en el exterior del asentamiento. El joven Publio estaba entre los jinetes, con Buteo a su lado, a quien el cónsul herido le había encomendado el cuidado de su hijo.

—Permaneced alerta —les dijo a ambos antes de partir, y aunque el tribuno era poco más joven que el general, lo vio como a un padre ante tan sincera preocupación—. Hay algo que no me convence en todo esto.

Avanzaron a galope tendido. Y nadie estaba más inspirado que el cónsul Sempronio, henchido de vigor hasta el punto de que no cesaba de elevar al viento orgullosas proclamas:

—¡Cargad con ardor! ¡Que nuestro ímpetu acongoje a estos cobardes! ¡Roma victoriosa!

No hubo quien contuviera el rugido de tal consigna bajo el compás del fragor que arrancaban los cascos de los caballos sobre la tierra escarchada. La luz diurna, que por naciente resultaba esplendorosa, vistió a cada legionario con un aura dorada.

Empezaron a caer copos de nieve, finos.

A quinientos pasos de distancia, los númidas detectaron al enemigo, y se cumplió lo que Sempronio había vaticinado: escaparon al verlos llegar. Ahora bien, reaccionaron con tanta lentitud que encendieron aún más el atrevimiento del cónsul.

—¿No os lo dije? ¡Huyen como vulgares ratas ante una riada! ¡Y a las ratas se las extermina! —Tomó del brazo a uno de sus lictores—. ¡Vuelve al campamento y transmite mi orden! Que las legiones sigan nuestros pasos. ¡Hoy acabará todo!

Se lanzó en busca de sangre, dando inicio a una fiera persecución que exaltó los ánimos de todos sus hombres. Buteo observó a Publio. Sonreía mientras dejaba escapar el vaho entre los dientes, llevado por el éxtasis del momento. Era entonces cuando quedaba al descubierto su inexperiencia, pues el veterano tribuno todavía pensaba en lo desconcertante de la maniobra púnica. ¿Una escaramuza tan cerca del puesto romano? Un atrevimiento excesivo, tal y como había dicho Escipión. ¿Es que Aníbal era tan obtuso como para no darse cuenta de que las legiones responderían de inmediato? Pero Sempronio estaba al mando, y a quien ostenta la vara no se le puede replicar en pleno movimiento.

Estuvieron a punto de dar caza a los númidas, pero éstos lograron vadear el río en el último instante. Aquello no frenó al cónsul. Cruzaron las aguas. Y entonces la gallardía de los legionarios montados se enfrentó con el golpe helado de la corriente. Algunas bestias acusaron el cambio de temperatura y cayeron rotas, atravesadas por intensos dolores musculares.

La mayoría, fortalecidos por la excitación, soportó el trance. Cuando el cauce quedó a sus espaldas, se encontraron en la lejanía con el ejército cartaginés. En formación.

Dispuestos para la lucha.

Ni siquiera Sempronio era tan alocado como para seguir adelante y enfrentarse a tantos enemigos con la única fuerza de la caballería. Para alivio de Buteo, detuvo la carga mientras los nómadas se reunían con los suyos. Una impresionante colección de mercenarios se extendía ahora frente a ellos, unos veinte mil infantes, según los informes recibidos de boca de Alcón y los batidores. Y se habían situado en el centro, formando una línea recta intimidante. Sobre todo, debido a la presencia, en los flancos, de esos mastodontes grises llegados de Libia. Por lo visto, la intención de Aníbal era utilizar a los elefantes como punta de lanza de la caballería. Junto a los soldados de a pie también estaban los famosos honderos baliárides, así como la sarta de galos desertores. Treinta veces mil hombres. Quizá más.

Los romanos aguardaron a que llegara el resto de tropas consulares, protegiendo mientras el vado ante los amagos de ataque de los nómadas. ¡Qué atrevimiento el de esos jinetes de piel negra! Y cuánta habilidad, qué ligereza en su cabalgar que les permitía moverse como un solo cuerpo; eran como una culebra que se acercaba, lanzaba sus jabalinas y huía antes de que los équites pudieran pensar en responder. Hubo pocas bajas por ambas partes; era en realidad un juego para poner nerviosos a los legionarios, pero se malgastaron muchos venablos.

La infantería alcanzó al fin el paso del río, y Buteo empezó a comprender la magnífica estrategia de Aníbal. Así se lo dijo a Publio:

—Nos han engañado, desde el principio.

—¿A qué te refieres, tribuno?

—Observa a los hombres que cruzan el Trebia. —El joven dirigió la mirada hacia donde señalaba el oficial, justo por donde la riada de individuos salvaba el cauce. Allí, el agua casi cubría el pecho de los legionarios—. La corriente no porta fuerza, pero, si está tan fría para debilitar a los robustos caballos, ¿qué no hará con individuos recién sacados de su descanso y sin alimento alguno en el estómago?

Escipión asintió con la cabeza. Captó la idea al momento.

—Una treta para hacernos salir del perímetro fortificado y mermar nuestras energías. Mi padre tenía razón al sospechar. ¡Debemos alertar a Sempronio!

—De nada serviría ya. El mal está hecho. El cónsul jamás aceptaría retroceder, aunque sólo sea por orgullo. No, los dados han sido lanzados. Lo que tenga que ocurrir queda en manos de los dioses.

Los manípulos formaron tras la caballería. Cada una de aquellas piezas humanas resultaba una estampa preocupante: no había ni un solo legionario que no temblara cual hoja frente a la ventisca. Jabalinas, espadas, escudos y armaduras tintineaban al compás del tiritar de sus portadores. Algunos, incluso, entre los más jóvenes y viejos, no pudieron resistir mantenerse en pie y se desplomaron. Los compañeros más enteros los apartaron a un lado y, como nada más se podía hacer, los dejaron a su suerte. Fueron los menos, cierto, pero en general la fogosidad impuesta por

Sempronio quedó en nada. Sólo los galos, robustos y acostumbrados a las heladas, parecían más enteros.

Buteo cabeceó, intranquilo. «El peor comienzo para una batalla», se dijo. No sólo les habían quitado la fortaleza, sino que además estaban en terreno propicio para los cartagineses, una zona llana. Y si existía una regla decisiva en la guerra era la de no dejar nunca que el enemigo eligiera el escenario de la contienda.

No fue capaz de apartar de su mente una poderosa sensación de culpa. Pues el primero en dejarse engañar había sido él. Quien hubiese dicho que aquel hispano, de voluntad tan débil, lograría hacer tanto daño sin ni siquiera empuñar una espada.

—Maldito seas, saguntino. Maldito seas.

Y ahora, al fin, llegaba el primer gran momento de aquella guerra. Todo lo que habían pasado hasta ese instante, cada paso entre el polvo y la nieve, cada combate previo, quedaba en el olvido. El paso por las tierras hispanas, la batalla del Ródano, los encontronazos con los montañeses en los Alpes, incluso la conquista de Taurinum o el enfrentamiento en el Ticino, se convirtieron en simples escaramuzas.

No existía un ayer, ni tampoco un mañana. Sólo el presente y el siguiente suspiro.

Tabnit, situado en el centro de las tropas al igual que Aníbal, a quien nadie había logrado convencer de mantenerse en la retaguardia, era tan consciente de esto como el resto de soldados. Hasta el mercenario más ajeno a la cadena de mando debía pensarlo, a tenor de las expresiones austeras que veía en cada rostro. Se habían acabado las chanzas, los gestos banales. El largo viaje acababa allí, en una anónima llanura que lamía un río cualquiera.

Victoria o derrota. Cuando la batalla concluyera daría inicio la siguiente etapa.

Se habían dispuesto buenos mimbres para que dicho futuro inmediato fuera bueno, pero Tabnit sabía muy bien las vueltas que podía dar un combate de tales dimensiones. Una decisión mal tomada en el fragor de la lucha, un simple soldado que desfalleciera cuando no debía, y todo se desmoronaría, más ante semejante rival. Entonces la brillante estrategia ideada por Aníbal quedaría en nada.

Observó una vez más la magnífica disposición de las legiones romanas, organizadas en tres líneas: asteros en primer orden, príncipes y triarios detrás, ordenados en manípulos de dos centurias cada uno. Desde la distancia, rodeado de hombres y lanzas, no se apreciaba bien, pero el consejero cartaginés calculó que cada grupo debía contar diez legionarios de frente por dieciséis de fondo. Habían tomado la típica formación de quincunce, siempre práctica y flexible; cada grupo se hallaba separado del que tenía al lado por un espacio vacío idéntico a la anchura de un manípulo, para que en caso de precisar un relevo los que formaban la línea trasera pudieran avanzar mientras la vanguardia retrocedía.

Un enemigo sólido. Temible. ¿Imbatible? No con la mente privilegiada para las estrategias de Aníbal de su parte y lo que había aportado el más inesperado de los miembros del ejército, del último del que se esperaba nada.

Alcón.

Cuando el arsetano le confesó que Buteo, el tribuno romano, le había ofrecido convertirse en espía para vengar la caída de Arse, se sintió profundamente conmovido. Cualquier otro en su situación no sólo habría aceptado, sino que hubiera tomado la tarea con ímpetu. Ahora bien, si el hispano guardaba rencor hacia los cartagineses, más fuerte era el desprecio hacia quienes dieron la espalda a su ciudad después de jactarse de una alianza que al final sólo resultó ser de palabra. De nuevo,

la apatía de los romanos durante el asunto de Arse, esa deslealtad con los pactos adquiridos, fue la perdición de los latinos.

Aunque quizás hubiera algo más en la actuación de Alcón. Resultaba agradable pensar que una emoción más sana que el odio le había llevado a tomar su decisión: la amistad establecida entre ambos tras tantas experiencias juntos.

Sea como fuere, el púnico vio pronto la posibilidad de aprovechar la tentadora oferta de Buteo. Cuando se lo contó a Aníbal, éste se mostró de acuerdo e ideó un plan: utilizarían a Alcón como agente doble. El traductor se ganaría la aceptación de los romanos proporcionándoles información válida, aunque ello supusiera aceptar derrotas menores, como las recibidas en las razias contra los celtas. El objetivo final no sería otro sino que el nuevo cónsul, del que se decía que era especialmente impetuoso, cobrara confianza y pudieran atraerle a terreno favorable. Tal y como al final había ocurrido.

El mérito era de Alcón. Tabnit fue consciente en todo momento del peso emocional que le supuso aceptar la misión, pues sabía que era un hombre atormentado y siempre temeroso. Fue un castigo para el arsetano, que no pudo evitar caer en una honda depresión similar a aquella que le flagelaba cuando lo había encontrado en la Arse conquistada. ¿Llegó a dudar de que se pasara al bando romano? Se mentiría a sí mismo si dijera que no. Sin embargo, el cartaginés sabía que Alcón quería ser un buen hombre, y eso era algo que no se veía mucho en los tiempos que corrían. Deseaba salvar su alma del omnipresente miedo, de la tentación de seguir el camino más fácil.

Así que allí estaban, después de un viaje que en algunos instantes había resultado interminable. «Todo acaba», se dijo Tabnit, y tan certero axioma le produjo un repentino, extraño e inidentificable desasosiego.

Lo apartó de su cabeza con rapidez. Los prolegómenos de una gran batalla no son buenos momentos para divagar, a no ser que los pensamientos reafirmen las razones que te permitan soportar la tensión y el riesgo que estás a punto de emprender. ¿Qué le motivaba, pues? La fidelidad a Aníbal, sin duda. No una lealtad ciega y fanática, sino el aprecio a un hombre que a pesar de lo que muchos creían no era un conquistador terrible y sanguinario. Se valía de las armas, sí, porque aquél era un mundo violento donde para conseguir grandes cambios se precisaba utilizar el acero. No obstante, el ejército que lo seguía era la prueba más firme del carácter del estratega: una miríada de pueblos enfrentados entre sí en otros tiempos, y que sin embargo bajo su mando habían aprendido a convivir en armonía, a crear lazos de verdadera amistad... A luchar juntos.

Pero ahora era consciente de que había algo más por lo que ir a la batalla. Volvió la cabeza y, entre el trigal de lanzas, apreció a lo lejos el montículo donde se levantaba el campamento. Allí estaba la mujer que amaba, la que el destino le había puesto en el camino contra todo pronóstico. Y en su vientre llevaba al hijo de ambos. La idea resultaba abrumadora: su hijo. ¡Qué sensación tan poderosa, visceral y

apasionada! Lo aplastaba todo, cualquier otra percepción de la realidad se desmoronaba ante el ímpetu de un sentimiento semejante.

Sólo aquel grupo de soldados y mercenarios bajo la bandera púnica se interponía entre la madre, el hijo y un rival que no tendría piedad ni de uno ni de otro.

Y si aquél no era el mejor motivo para luchar, no existía ningún otro.

—Ha llegado la hora —dijo Aníbal, cerca de la posición de Tabnit—. Demostremos ser dignos del favor de Melqart.

No, esta vez no elevó ningún discurso. Todo había quedado dicho en el campamento. Pero en la gelidez de la mañana, la estampa del León de Cartago cobró una fuerza especial. Estaba en su elemento, había nacido y sido criado para afrontar momentos épicos.

Para ser el guía de su camada de leones.

La tensa espera previa al combate fue rota por Sempronio, que de nuevo dio muestras de su impaciencia. Los vélites, reunidos al frente en una sola línea, avanzaron a la carrera seguidos por el resto de legionarios a, paso más lento. Si el ejército romano contaba con una desventaja, era su previsibilidad. A juicio de Buteo, aquél era un problema ubicado en el mando, porque las tropas consulares eran flexibles en su concepción. La tarea de un buen general era sacarles partido utilizando su imaginación en la elaboración de tácticas y estrategias varias. Pero si de algo andaba escaso Sempronio, un hombre lastrado por las costumbres, era precisamente de inventiva.

No resultó extraño, pues, que los oficiales púnicos reaccionaran con presteza. Se dieron las órdenes oportunas. Los baliárides cargaron sus hondas para, acto seguido, lanzar una primera salva de proyectiles. Demostraron entonces el motivo por el que se los tenía en tan alta estima: su distancia de tiro era mucho mayor que la de cualquier lancero. Antes de que la infantería ligera romana pudiera plantearse siquiera enviar sus venablos, les llovió una densa pedrada. Los pequeños escudos de madera que portaban resultaron inútiles para cubrirse de semejante tormenta. Los cantos atronaron al golpear contra las rodela, astillando la madera. Y cuando las protecciones se volvieron inservibles, le tocó el turno a las cabezas, piernas y brazos. Una armonía caótica de bramidos, huesos rotos y cuerpos cayendo sobre el fango lo inundó todo.

Tan preocupados estaban cubriéndose del ataque que los vélites no advirtieron el siguiente movimiento de Aníbal. Buteo sí, y se lo transmitió al cónsul. Pero no hubo tiempo para emprender un contraataque, pues no tenían unidad alguna que pudiera igualar la velocidad de los jinetes nómadas. Desde los flancos se lanzaron a por los vélites y, sin quedar expuestos a la lluvia de piedras, los hostigaron desde la media distancia con sus propias jabalinas. Los legionarios fueron incapaces de reaccionar a la agresión a dos bandas. Caían uno tras otro.

Sempronio, al fin, dio orden de repliegue a la primera infantería. En su lugar avanzaron los asteros. Mucho mejor preparados, sus escudos les cubrieron con mayor efectividad.

Y así pudieron salvar la distancia con el ejército enemigo.

Con la aparición en escena del siguiente grupo de legionarios, los númidas y el resto de la caballería púnica buscaron un nuevo objetivo, pues los romanos que formaban los manípulos estaban bien protegidos gracias a esas grandes tejas que llevaban en las zurdas.

Maharbal y Cartalón, cada uno por su lado, se encararon con los équites. Pero de su capacidad no había duda, así que Tabnit se fijó en lo que hacían los elefantes. Aníbal volvió a demostrar su sagacidad al elegir el objetivo de los paquidermos: las tropas auxiliares de las legiones. Celtas, sabinos, samnitas y otros pueblos itálicos aliados de la república, jamás habían visto criaturas semejantes. Al cartaginés no le costó hacerse una idea de lo que debía de suponer observar la fiera carga de aquellas bestias gigantescas. Tal y como había predicho Aníbal, los mercenarios de los romanos se dejaron llevar por el pánico y deshicieron la formación. Los elefantes irrumpieron entre sus filas sin encontrar oposición. Los pocos que tuvieron la entereza suficiente como para lanzar alguna jabalina no consiguieron más que enfurecer a las criaturas, que, cual ola embravecida, aplastaron a todo ser viviente.

Mientras todo aquello pasaba, en el centro seguía el combate. Los asteros lograron alcanzar distancia de tiro para descargar una andanada de venablos. Los baliárides, una vez hecho su trabajo, se habían retirado, y ahora la primera línea púnica tomaba el relevo. Tabnit formaba parte de la que sería la segunda oleada, la infantería pesada, y por tanto pudo ver con nitidez el primer embate real entre ambos ejércitos: un estallido de hierro contra hierro, de voluntades más que de hombres.

El intercambio de aceros habría sido igualado, o incluso ventajoso para los romanos, de no ser por la innegable baja forma física de éstos. Debilitados ante el cruce del río y la falta de energías al no haber desayunado, sólo el inherente afán de seguir y proteger a los estandartes —el alma de cada manípulo— impedía que retrocedieran.

En vista de aquello, el cónsul decidió lanzar un nuevo grupo, más fresco y potente. Se sucedieron los gritos de los centuriones, tanto de los que se volcaban al ataque como de los que debían retroceder. Los príncipes llegaron a la refriega en ayuda de los maltratados asteros. Consiguieron, más que un respiro, cambiar el sentido de la lucha, pues aquellos hombres eran de madura juventud, ya diestros en la batalla aunque todavía no acomodados. Eran vigorosos y combatían con denuedo, mezclando sangre fría con un toque de pasión guerrera. Sus armaduras, más recias, soportaban mejor los golpes y tenían el cuerpo entrenado para imponerse a las debilidades de la carne.

Al ver que la infantería ligera púnica perdía terreno, Tabnit supo que llegaba su hora, y pronto así lo ordenó Aníbal. El estratega bajó del caballo y formó junto a los soldados. Su sola presencia entre los hombres, la demostración de que estaba

dispuesto a compartir el mismo destino que el mercenario más anónimo, dibujó expresiones de admiración y conjura contra los enemigos.

La infantería pesada avanzó para compensar la nueva acometida romana. Tabnit se encontró apretando los dientes, alzando el escudo con la intención de proteger su costado izquierdo. Trató de no dejar hueco con el compañero de su lado mientras con la otra mano aferraba casi con violencia la lanza. Aquella falange era una fuerza arrolladora. Cada soldado era la anilla de una armadura, engarzadas todas ellas gracias a la experiencia de anteriores combates y una aventura en común que convirtió convivencia en lealtad.

Tabnit comandaba la escuadra compuesta por los miembros del Batallón Sagrado, los mejores al servicio de Aníbal, los únicos soldados cartagineses de nacimiento salvo unos pocos oficiales. Ellos, más que nadie, representaban a su ciudad, a su patria. Y al pensar en ello, Tabnit recordó a sus padres, ancianos a los que hacía años que había dejado atrás. ¿Estarían orgullosos de él si pudieran verlo en esos momentos? Si conocieran todo cuanto había sacrificado durante años, ¿pensarían al fin que era un hombre íntegro, y no el irresponsable joven que abandonó de malos modos el hogar?

Un paso, luego otro. La distancia hasta el enemigo se reducía. Tabnit lo vivió con la sensación de que estaba en el cuerpo de otro. Treinta zancadas para entrar en combate. Fueron recibidos por una primera salva de jabalinas ligeras. Algunos de sus compañeros cayeron, otros perdieron el escudo. Veinte. Aquéllos sin protección quedaron vendidos a la siguiente oleada de proyectiles; el consejero recibió un impacto indirecto; su defensa, de mayor calidad, resistió el golpe. Diez. La última lluvia de venablos, en este caso las pesadas pila, fue todavía más mortífera; el oficial tuvo suerte y no se vio afectado, por lo que pudo mantener toda su panoplia. Cinco. Ya podía advertir los rasgos del legionario que lo esperaba, sus ojos, la mueca en aquel gesto decidido. Dos. Hizo retroceder el brazo para cobrar impulso.

Un paso.

Grito y lanzada compartieron un instante en el que el tiempo dejó de tener significado. Quedó paralizado, en suspenso. Fue un extraño momento de euforia. Aunque durante la carga había pensado en los seres queridos, en cuanto se asestaba el primer lanzazo la cabeza del soldado quedaba centrada en una sola cosa: matar.

Lo primero que notó fue el terrible impacto entre escudos, que le hizo temblar todo el cuerpo. Pero su lanza había logrado clavarse en el disco cóncavo del legionario, lo que fue en parte bueno: el romano tuvo que abandonar la defensa porque no podía con el peso añadido de la pica. Quedó así a merced del arma del compañero que marchaba inmediatamente después de Tabnit, quien por encima del hombro del consejero logró herir de muerte al rival.

No había tiempo para recuperar el arma, así que Tabnit desenvainó la falcata y, al hacerlo, le recorrió una nueva emoción. Empuñaba su propia arma, la auténtica.

Aquel hierro negro, damasquinado en plata y forjado en Hispania, era un pedazo de sí mismo, pues ya le pertenecía cuando todavía no había renunciado a su identidad.

De repente, se dio cuenta de que existía algo más importante que un nombre.

* * *

El cartaginés se encontró de pronto en el interior de la gran refriega, rodeado tanto por amigos como por enemigos. Encaró a otro de los príncipes, que hizo alarde de su juventud mediante rápidos movimientos de su espada. Atrevido, pero con la cabeza fría, se cubría bien con el escudo, aunque tuvo el ingenio de intentar una maniobra sorprendente: hincó con la hoja por encima de su escudo, salvando el borde en busca del rostro de Tabnit. Éste lo vio venir, levantó la protección y evitó que le atravesara la cara.

El oficial se movió a la diestra, un simple paso, todo cuanto le permitía el compañero que tenía a su lado. En ese suspiro tras la acometida del legionario, fue capaz de conseguir un buen ángulo para alcanzar el costado del legionario. La falcata, hecha tanto para apuñalar como para tajar, rozó el muslo de su rival sin llegar a seccionarlo. Bastó para que, tras el alarido de dolor, el romano desatendiera la defensa. Sabedor de que incluso un enemigo herido podía ser fatal si se le dejaba vivir, Tabnit le envió un golpe bajo, penetrando el vientre del infeliz y poniendo fin a sufrimiento y resistencia.

La carga inicial había logrado adentrarse lo suficiente para que la locura reinante provocara situaciones propicias para los púnicos. Algún lance de la contienda había causado que uno de los centuriones romanos quedara prácticamente al descubierto, cuando lo habitual era que estuvieran protegidos en el centro de los manípulos. Tabnit reconoció su cargo por la cresta decorativa sobre el casco, y fue como una señal que lo espoleó.

—¡Batallón Sagrado, cortemos la cabeza de nuestro enemigo! —gritó.

Y así, aquel grupo de ciudadanos de Cartago perdidos tan lejos de su hogar, se adentraron en la masa amorfa de cuerpos conectados con un aullido escapando de sus gargantas. Llegaron hasta el oficial y el mismo Tabnit se enfrentó él. Era un legionario tan alto como el púnico, aunque su robustez era mayor. Consciente de la situación, el centurión demostró el honor de aceptar aquel reto realizado sin palabras, a grito y mirada desafiante. Plantó sus pies entre el barro ensangrentado, mientras el cartaginés saltaba por encima del cadáver de un legionario con las tripas desparramadas.

El centurión tiró un estoque bajo y lateral, pero Tabnit lo detuvo con el borde del escudo. Un soplo de fortuna disfrazado de aparente desgracia. Tabnit resbaló en el enfangado terreno, perdió el equilibrio y cayó sobre el hombre que lo seguía. El centurión vio entonces su oportunidad: se abalanzó sobre él con todo su ímpetu, descuidando el resto. Ajeno a la lanza que todavía empuñaba el compañero situado tras su presa. Y ese hierro fue el que le atravesó el hombro, pero la muerte le vino de

Tabnit, quien no dudó en pasarle el filo de la falcata por el cuello. El rival desencajó la faz, olvidó las armas y se llevó las manos a esa garganta por la que perdía irremediablemente la vida.

Los miembros del Batallón Sagrado se permitieron un grito triunfal.

Ahora bien, la victoria todavía no era suya. Tras el estallido de excitación de aquel breve duelo, el consejero sintió sobre sus hombros la pesadez de la fatiga. Le ardían los músculos, le costaba respirar. Rápidamente demandó relevo y se cambió a la segunda fila, luego a la tercera, para poder tener unos momentos de descanso. Más sosegado en esa posición, pudo advertir que en realidad no estaban causando tantos estragos entre los romanos como había imaginado. La férrea disciplina de los príncipes sirvió para resistir, y sólo en algunos puntos se había logrado hendir. Más allá de los flancos, donde la caballería núpida y celtíbera sí se imponía, la mayoría de manípulos resistía en su posición.

«Son muy ordenados, actúan como una sola entidad y eso les hace fuertes», pensó.

No podían dejar que la situación se prolongara. Los romanos empezaban a advertir que tenían posibilidades de aguantar el envite. Redoblaron sus esfuerzos, olvidando de pronto frío, hambre, cansancio y heridas.

«Tiene que ser ahora, Magón. Actúa ya de una vez por todas o todos estaremos perdidos».

Y, entonces, cuando el turno de volver a la primera línea le llegó de nuevo y se vio dispuesto a enfrentar a la muerte, los dioses escucharon su plegaria.

El canto de una tuba se escuchó por encima del entramado de gritos de mando y dolor, del fragor de las armas entrechocando. Venía del sur, y traía para unos asombro y miedo; para otros, esperanza.

El hermano de Aníbal acudía al rescate. Y con él, aquel muchacho celtíbero digno de la sangre de Hispania.

Llegados desde las frondas de cañaverales junto al río, los refuerzos alcanzaron la retaguardia del enemigo, cerrando así el cepo. Los hombres de Magón habían permanecido agazapados en la ribera del río durante horas, escondidos a la vista pero observando entre los juncos. Un grupo de dos mil individuos entre caballería e infantería. Pocos para alertar al enemigo, los suficientes para marcar la diferencia amparándose en el arma más efectiva en la guerra: la sorpresa.

Los soldados montados precedían a los mercenarios a pie. El hermano del estratega cabalgaba al frente, fiel heredero del ardor de su familia. Y, tras él, Celtiberia. Una hueste de jinetes formada por bravos pueblos que dejaban atrás sus diferencias en pos de la victoria. Para ellos la batalla era honor, y la muerte, eternidad. Arévacos, lusones, titos, belos... Allí había grandes caudillos, y entre los más furibundos, Tibasté, señor de los pelendones, transmutada la faz con la brutal ira de los dioses mientras en sus labios sólo existía lugar para dos gritos: «Okalakom» y «Orsua». Patria y sangre.

A su alrededor, los mejores entre los suyos: Ambón el leal; Corbis, el de la verruga; Babpo, cuya chanza se había tornado en rabia guerrera. Y no faltaba Leukón, más fiero que ningún otro, a lomos del aguerrido Bronce, quien vestía las cabezas colgantes de algunos de los caídos bajo la espada de su jinete y hermano. Rugía éste con la fuerza del trueno restallando en los cielos tormentosos; un vendaval desatado que, por su parte, revelaba una palabra: muerte. «No muestres piedad», escuchó que le decía de nuevo Stena. ¿Habría de despreciar la petición de su amada? Nunca. En aquel estado de frenesí incontrolable no había otra cosa en su mente y corazón que acabar con el mundo entero para poder volver con el amor de su vida.

Y el alazán embistió a esos hombres que para el jinete sólo eran figuras que abatir. La lanza se hundía en unos y otros, provocando la perdición que deseaba transmitir a los legionarios. De ese modo desbarataron la línea de romanos, establecida a toda prisa en su retaguardia. Fueron uno de los tres martillos. Los otros dos, la caballería que golpeaba por los flancos, y el yunque, la infantería pesada.

Pronto quedó Leukón bañado en sangre rival. Cuando la embestida cesó y los caballos dejaron de tener utilidad, el guerrero hizo como tantos otros y descabalgó. Palmeó al bueno de Bronce, le instó a que se alejara de tal marabunta de seres, a que se perdiera por la llanura. Más tarde volvería a él, cuando todo hubiera acabado de un modo u otro.

Le salió al paso uno de esos veteranos de los que Tabnit le había hablado, los triarios. En teoría, debían ser los últimos en entrar en combate en caso de que los príncipes y asteros fracasaran, por eso formaban en la retaguardia. Pero el ataque por la espalda los había obligado a participar en la liza de manera imprevista. Eran duros, buenos lanceros, con sólidas defensas; utilizaban la cabeza y no era fácil

sorprenderles. Babpo se las veía también con uno de ellos, a su lado, demostrando, no obstante, que la pérdida de peso le había venido bien para mejorar en agilidad.

Pero Leukón no perdió tiempo observando lo que otros hacían, más que aquel fugaz vistazo. Tiró un golpe con su escudo para partir la lanza del enemigo que tenía enfrente. Lo consiguió. Ahora que tenía la ventaja de la distancia, avanzó el brazo armado logrando evadir la teja ovalada del otro. Pinchó con su asta en la armadura de malla, que habría sido una gran protección contra tajos de espada, si bien poco podía hacer contra una punta tan aguzada. Ésta se adentró entre los anillos sin verdadera oposición, empujada por la voluntad más convencida de cuantas mataban y morían en aquella llanura. El legionario trató de tomar el fuste y desclavárselo cuando aún no había hurgado mucho, pero no logró igualar el ímpetu del celtíbero. Cayó hacia atrás, estorbando a otro compañero, que de un manotazo hizo a un lado aquel cuerpo moribundo, impasible al dolor de quien le había precedido y escudado.

Leukón frunció el ceño y aceptó el reto.

No importaba cuántos planes se hicieran, cuántas estrategias se urdieran. Por muy organizado que estuviera un ejército, la confusión siempre se imponía en las grandes contiendas. Filos abriendo heridas, sangre empapando las túnicas, gritos lacerando los oídos... Sexto Aurelio Buteo se vio rodeado de pura locura. Era casi imposible concentrarse en algo más allá de los rivales que les acosaban en oleadas, mermándolos estoque tras estoque.

Estaban recibiendo un severo castigo, sobre todo desde los flancos, donde los équites no estaban dando la talla: elefantes, jinetes nómadas y galos los hostigaban formando una media luna imparable. Sólo el centro parecía robusto, sólo allí los legionarios resistían. ¿Por cuánto tiempo? Tarde o temprano cederían.

No tendría que ser así. No lo hubiese sido con Escipión al mando. Él habría anticipado la estrategia púnica y asegurado la retaguardia, donde esos malditos hispanos estaban ganando la partida. ¿De dónde habían salido? Debían de ser dos mil hombres, la mitad a caballo y la otra a pie, venidos de alguna zona del río para saltar sobre ellos. El ataque resultó tan inesperado que apenas lograron formar a los triados en la parte posterior.

La batalla había sido un cúmulo de despropósitos desde el primer instante, y ahora suponía un lastre insalvable. Los hombres estaban extenuados por el frío, el hambre, el desánimo. El aguanieve los había calado hasta los huesos; muchos luchaban tiritando, con movimientos lentos y pesados, haciendo dudosa gala de una falta de eficacia que los mermaba. Cada enemigo parecía valer por dos romanos, por tres en el caso de esos hispanos medio salvajes con el frenesí de una avalancha.

El combate era de los cartagineses, sólo un ciego no lo advertiría. Tenían que recular, necesitaban retirarse o acabarían devastados por completo. No porque lo ordenara Sempronio, que a esas alturas se veía incapaz de proclamar una orden coherente, sino porque así lo dictaba el sentido común. Algunos lo vieron, algunos alzaron la voz. Uno de ellos tenía la autoridad que el cónsul, superado por la situación, había perdido.

—¡Retroceded en orden, legionarios! —gritó el joven Publio Cornelio Escipión.

Lo repitió varias veces. La consigna se extendió con rapidez, de boca en boca cuando su voz no fue suficiente para imponerse al fragor. Y así, toda la hueste entre los príncipes que luchaban al frente y los triarios en la retaguardia empezó a retroceder paso por paso. Fue como cuando uno llena demasiado un odre: al final, el recipiente no puede retener al contenido, que acaba por desbordarse. Se olvidaron de los flancos. Estaban perdidos, no podía hacerse nada por ellos. Pusieron toda su fuerza en ese grupo de hispanos que los angustiaba por el costado que daba al oeste, hasta que al fin lograron abrirse paso entre ellos sin perder la formación. Poco a poco, fueron retirándose en busca del Trebia.

Sin embargo, los cartagineses seguían atacándolos por la que ahora se había convertido en la parte trasera. Un brazo de soldados púnicos logró adentrarse entre la maraña de escudos cual barco rompiendo las olas, amenazando con dividir en dos el ejército manipular. Llegaron hasta la posición de Buteo.

Le tocaba al fin luchar.

Blandió la espada frente a uno de los mercenarios, un galo de trenzas pajizas con más músculo que cabeza. El romano amagó a la diestra, una engañifa, porque lo que en realidad hizo fue cargar con el escudo. Al tomarlo por sorpresa, el individuo trastabilló lo suficiente para que un nuevo empujón lo hiciera caer de espaldas. Fue entonces presa del hierro hambriento, que el tribuno se encargó de satisfacer hendiéndolo en su cuello.

No a todos les iba tan bien. Cerca del oficial, Publio estaba teniendo problemas a manos de un cartaginés especialmente diestro con las armas. Su atavío debía de ser lujoso bajo aquellas manchas de sangre y barro: una coraza dorada sobre túnica blanca, un estandarte grabado con el busto de una mujer. Buteo sabía a quién representaba: Astarté, una de las diosas púnicas. Por tanto, aquel hombre no podía ser más que un miembro del cuerpo de élite de Aníbal, el Batallón Sagrado, los únicos ciudadanos de Cartago que luchaban en aquella guerra. Hijos de nobles, no solían servir fuera de su país, donde hacían las labores de guardia personal del estratega. Pero allí estaban algunos, un destacamento menudo entre tanto extranjero, una presencia testimonial que se hacía visible merced a, no podía negarlo, un tesón admirable. De algún modo daban la razón al pensar del oficial romano, que siempre había aborrecido el sistema de contrata de mercenarios. El pueblo que necesita buscar fuera de su país quien luche por él demostraba, a su juicio, debilidad y falta de compromiso. ¿Quién, si no, combatiría con más ahínco, sino los que debían proteger su hogar y seres queridos? ¿No era ese aliciente mayor que el más jugoso de los botines?

Buteo tenía un juramento que cumplir. Salvó los cadáveres, rivales y aliados por igual sobre escudos y lanzas rotas, en ayuda de su protegido. Sorprendió al cartaginés cuando éste ya había superado al joven Publio y se disponía a darle muerte. El tribuno no se delató descargando un grito de rabia como haría un novato, y de ese modo su espada logró lamer el costado del púnico. La herida no era mortal; su contrincante se rehízo tras dibujar una mueca de dolor. «Un soldado de verdad», pensó Buteo. De pronto, al intercambiar una profunda mirada con él, se dio cuenta de que lo conocía.

Era el consejero de Aníbal que le interrogó.

—¡Lucha conmigo, Tabnit! —le desafió el romano.

—¡Basta ya de nombres! —respondió de pronto el otro, y su voz se tiñó de un orgullo tan poderoso que hizo vacilar a Buteo; el cartaginés se pasó el dorso de la mano por el corte recién abierto, manchándose de carmesí para luego mostrarle la sangre al romano—. ¡Éste soy yo!

Y aquel hombre apasionado se lanzó hacia delante, desoyendo los quejidos que sin duda su cuerpo debía de estar regalándole debido a la herida. Tiró un golpe a la cara de Buteo. El tribuno logró levantar el escudo a tiempo, pero se encontró con que Tabnit no tenía reparos en utilizar movimientos más típicos de un camorrista que de un soldado disciplinado. Aprovechando que había dejado un hueco en la zona inferior de su cuerpo, el cartaginés le propinó una patada utilizando la suela tachonada de sus sandalias atadas. Buteo sintió un ramalazo de intenso dolor en la espinilla izquierda. Un gemido surgió imparable de su garganta mientras perdía pie e hincaba la rodilla.

Sólo el escudo evitó que se desplomara definitivamente, pero al volver la vista hacia su rival vio que su falcata volaba hacia su cara, inclemente. Se apartó hacia la derecha, porque levantar la defensa le habría dejado sin apoyo. Justo a tiempo, pues el filo del arma pasó rozando la parte superior de su casco, chirriando primero y luego rasgando la sien y parte de la mejilla. Notó que algo cálido se deslizaba por la piel hasta gotear sobre el hombro.

Debía actuar, dar la vuelta a aquel duelo que se había formado entre la locura reinante. Se cubrió con el escudo de nuevo, agazapado, mientras el cartaginés descargaba un golpe tras otro. Sentía temblar la madera, que se astillaba poco a poco una vez resquebrajado el recubrimiento exterior de bronce. Y entonces se le ocurrió que, si Tabnit era capaz de servirse de estrategias extrañas, también él podía hacerlo. Tal vez aquella maldita pierna no le permitiera levantarse, pero nada le impedía lanzarse hacia delante. Así lo hizo, y su arriesgado movimiento hizo que el oficial púnico trastabillara hasta caer al suelo. Descargó entonces el escudo sobre su cabeza, aturdiéndolo.

Y lo derrotó.

Logró levantarse y, cojeando ostensiblemente, caminó alrededor de Tabnit. Lo observó; algo le impulsó a ofrecerle un momento de respeto, de admiración a su valor. Quizás en otras circunstancias, podrían haber sido amigos.

—Será rápido, no sufrirás. —Y levantó la espada para proceder a decapitarlo.

El acero jamás llegó a descender, al menos no aquel que guiaba la mano de Buteo. No, se le cayó de entre los dedos cuando el tribuno sintió una intensa conmoción. Con la boca y los ojos abiertos en una mueca a la par asombrada y aterrada, miró hacia abajo. Su coraza aparecía abollada, pero para afuera. Algo la empujaba desde el interior, algo que había atravesado de parte a parte el pecho del romano llegando por la espalda. Ni siquiera sintió dolor al principio, pero cuando ese algo afilado retrocedió, el sufrimiento fue tan intenso que lo llevó al paroxismo.

Al tocar el fango, retorciéndose por los espasmos que le arrancaban de la vida, vio a su verdugo. La niebla que antecede a la muerte le mostró un joven titán hispano que empuñaba una lanza ensangrentada.

Dejó que Leukón le ayudara a auparse. Y, al realizar el esfuerzo, un latigazo de dolor le hizo llevarse la mano al costado. La herida, casi la había olvidado en el fragor de la lucha. Al observar con disimulo, para que el pelendón no reparara en ello, vio que su túnica estaba teñida de rojo alrededor del corte.

La mancha se hacía grande a cada suspiro.

—Qué bueno que estés entero —le dijo el muchacho.

—De nuevo me has salvado... —respondió, tratando de obviar la debilidad que poco a poco se adueñaba de él, de luchar contra el temblor en sus piernas.

Más allá de sí mismo, la batalla estaba decidida. Los hombres de Magón se habían afianzado en la retaguardia enemiga, cercada ya por todos lados. Escipión hijo, que le debía la salvación al tribuno Buteo, había sido rescatado y puesto a salvo junto al cónsul, al que rodeaban los soldados en afán protector mientras bregaban por abrirse camino hacia el río para huir.

Y, al fin, los romanos rasgaron la barrera cartaginesa por la parte oriental, asistidos por la fuerza que otorga la desesperación de una muerte cercana. Al advertir la situación, Aníbal dio una nueva orden: de nuevo era la hora de los jinetes números, quienes habrían de acosar al enemigo que escapaba y masacrar a los rezagados. Quizás el río acabaría con otro buen puñado, con aquellos debilitados y heridos.

La victoria del León de Cartago era tan inapelable como el grito de triunfo de sus hombres, y pronto sería conocida en toda la república romana. Así sería, tomarían conciencia definitivamente de que la amenaza no sólo era real, sino la peor de cuantas hubieran enfrentado.

Mañana, Roma sentiría de verdad la cercanía de un coloso.

Pero Tabnit no lo vería. Lo sabía. Reconocía la flojera que se había instalado en sus miembros como lo que era, la antesala del fin. Le fallaron las rodillas y se fue al suelo sin remedio. Leukón no lo advirtió al principio; fue Babpo quien le dio aviso mientras todos ellos coreaban la retirada de los legionarios. El joven acudió junto a su amigo enseguida.

—¡Tabnit!

—Tienes que... llevarme al campamento... con Nunn... —le pidió, aferrándose a su sago para hacerle ver la urgencia.

Leukón asintió. Se llevó los dedos a la boca y silbó. Una, dos, hasta tres veces. Y presto apareció el magnífico caballo del muchacho, abriéndose espacio entre la muchedumbre. Sí, en verdad existía una conexión entre esos celtíberos y sus animales.

El muchacho aupó a Tabnit de inmediato sobre la montura. ¡Por Baal, qué dolor tan intenso! Le pareció que le desgajaban la carne. El pelendón subió detrás y azuzó al alazán, quien entendió la demanda de rapidez y galopó con furia, alejándose de la

batalla de nuevo hacia el este. El vaivén incrementó el sufrimiento de Tabnit, a quien por momentos le cegaba la oscuridad.

«No todavía. Si estáis ahí arriba, dioses, permitidme unos momentos. Hay secretos que deben ser desvelados».

Se sorprendió a sí mismo al compartir el grito de triunfo con los guardias que habían quedado en el campamento. Encaramados en la empalizada, reunidos otros frente a la entrada, todos saltaron de alegría al advertir cómo las legiones romanas se retiraban.

La euforia invadió a Alcón. Él, que había visto su hogar conquistado por los cartagineses, se dejó llevar por la euforia de sus éxitos. Quizá fuera porque aquella victoria era en gran parte responsabilidad suya, que de su mano había llegado la posibilidad de engañar al enemigo y conseguir una ventaja que, a la postre, se demostró decisiva.

Aquél era su triunfo, y desde luego sabía dulce.

«Bien hecho, padre», le dijo Isbataris, con una voz más presente y real que nunca. Lo vio aupado sobre la cerca de troncos, a su lado, como si en realidad estuviera allí. «Has demostrado lo que siempre supe: que hay valentía en ti».

Sí, era cierto. Ahora sabía que si se esforzaba podía imponerse al miedo. Y, quizá con un poco de fortuna, lograra ayudar a que la guerra se alejara de Arse. Allá en Iberia pronto sabrían de esta terrible derrota romana. Tal vez entonces, ante semejante urgencia, los ejércitos enviados allí por Escipión regresaran para reforzar a las tropas ahora diezmadas. Lo cual significaría tranquilidad para su ciudad. Así lo esperaba.

«Está bien, esposo», escuchó entonces que decía Daleninar. «Reconozco que le has puesto voluntad. Pero ¿qué se siente dando la victoria a quienes mataron a los nuestros?».

Alcón negó con la cabeza, y respondió sin importarle que los mercenarios alrededor suyo lo vieran hablando solo.

—Nunca te cansas, mujer. ¿Hubieras preferido que me aliara con los romanos, como Buteo me pidió? Peor deslealtad habría sido, pues fueron ellos los que nos abandonaron tras alegar alianza. Y sólo un amigo puede ser un verdadero traidor.

«Así es, madre», intervino Isbataris. «Ya basta de recriminar. Padre se ha ganado el derecho a recuperarnos. Ha tomado de nuevo las riendas de su vida».

«¡Oh, no! ¡Yo aún tengo mucho que decir!».

—Nada que yo quiera atender —dijo Alcón—. Vete.

Y, de pronto, ya no estaba allí. Se había ido, esfumado. Su hijo, en cambio, todavía lo observaba. Una sonrisa, una maravillosa sonrisa. «Tú puedes quedarte», pensó su padre.

«Prefiero que vengas a buscarme», le respondió éste, «pero antes tienes otras tareas que cumplir».

El niño señaló hacia la llanura que se extendía frente al campamento. De pronto vio una silueta montada a lomos de un caballo. Galopaba presuroso. No lo reconoció al principio, hasta que su cercanía reveló al alazán de Leukón. Sin embargo, portaba a dos jinetes.

Uno no se movía.

Un grito de urgencia se le escapó entre los labios.

—¡Nunn!

* * *

A nadie le importó que la carpa donde tendieron a Tabnit no fuera la enfermería. La extrema palidez con la que había llegado era tan preocupante que todos comprendieron que no podían perder tiempo. Sin embargo, la realidad se impuso al retirar la improvisada tela que Leukón había anudado para detener la hemorragia.

Era una herida terrible. No muy profunda, pero grande y sobre todo abundante en sangre derramada. Nunn trató de contener el inmisericorde vertido de savia vital, pero la posición del corte impedía realizar un torniquete. Siguió presionando, colocando más trapos sobre el corte. Los ojos le lloraban mientras trabajaba.

—Déjalo ya, mi amor... —dijo entonces Tabnit, que había despertado.

—¡No! —Y arremetió contra uno de los asistentes médicos—. ¡Ve y tráeme cuánta ruda de monte encuentres! ¡Haremos un emplasto!

—Ya me has salvado, Nunn... —Era una voz débil, pero todavía había voluntad en ella—. Además de tu amor, me has hecho comprender que... lo que yo creí una mentira no fue en realidad tal. Ahora, tan cerca del final..., siento que no he desperdiciado la vida, que siempre tuve un objetivo digno: proteger a los que quería. Y qué importa... bajo qué nombre lo haya hecho. —Sonrió, y realizando un gran esfuerzo, levantó la mano para acariciarle las humedecidas mejillas—. Más allá de un simple apelativo, son nuestros actos, y la conexión con otros, lo que nos define.

Y entonces bajó el brazo y rozó el vientre de ella, ya claramente abultado.

—¿Habrá de crecer tu hijo sin un padre? —le reclamó.

—Así... ocurren las cosas. —Y volvió la vista hacia Alcón, quien se estremeció ante la intensa mirada de Tabnit; ¿cómo alguien podía mantenerse tan sereno y fuerte al borde de la muerte?—. Amigo mío, llévatela lejos de aquí, a algún lugar donde haya paz y nada amenace a madre e hijo. Es lo último que te pido.

—De tal modo lo haré —asintió el arsetano, quien de pronto se dio cuenta de que él también lloraba.

—¡No! —insistió la gala.

Tabnit dirigió su agotado hilo de voz hacia Leukón.

—Acércate, guerrero celtíbero. También tengo... una tarea para ti, si deseas cumplirla.

—Iré a buscarte al otro mundo, si me lo pides —dijo el muchacho.

—Sé... sé que lo harías, pero otra cosa quiero encomendarte. Algo... mucho más importante.

El pelendón se inclinó sobre Tabnit hasta dejar su oído junto a los labios del cartaginés. Le susurró una última voluntad que nadie más sabría, arrancándole al joven un gesto de auténtico asombro.

—Por mi honor que así lo cumpliré —juró Leukón al incorporarse de nuevo.

—Y ahora, dejad que... comparta mis últimos instantes con la mujer a la que amo.

Nunn se recostó sobre el oficial púnico, y lo besó mientras dejaba que sus lágrimas cayeran sobre él. Todo fueron caricias y abrazos, hasta que él cerró los ojos.

Y ya no volvió a abrirlos.

* * *

Allí mismo se arrodilló Alcón, doblado por el dolor, a los pies de su amigo. Amigo... Una palabra hermosa pero que también contaba con un filo hiriente. A su lado estaba Leukón, con la expresión igualmente compungida, pero apretando los labios en un rictus orgulloso, decidido a luchar hasta con semejante sufrimiento. ¡Cuánta razón y cuán amarga la verdad que Tabnit había proclamado! Que la vida de un hombre va más allá de sí mismo, que cada uno es lo que es gracias a los demás, quienes moldean a la vez que reciben forma de otros.

Y aquel individuo que ahora se iba, sin duda, lo había cambiado a él para siempre.

Nunca sabría cuánto tiempo pasó hasta que Aníbal Barca se presentó en la tienda, pues había perdido toda noción del mundo. Pero el estratega todavía llevaba puesta la armadura, sus ropas aún estaban sucias y la carne llena de pequeños legados de la batalla. Sus ojos, ahora profundamente apenados, se posaron en el caído. Y sin pensar en orgullo o posición de mando alguna, se arrodilló junto al cadáver y le cubrió la frente con la mano. Cuando habló, fue con la congoja en los labios.

—Parte, Tabnit, hijo de Cartago, que me eras tanpreciado como un... hermano.

—Volvió la vista hacia Alcón y Leukón.

—Su último deseo fue realizar un viaje —se atrevió a decirle el joven.

—Tendréis mi permiso para marchar.

Epílogo

Promesas cumplidas

El camino recorría la hondonada lamiendo las verdes faldas de un cerro escarpado hasta adentrarse en un valle profundo, entre las cimas de aquella región por la que Leukón y Alcón llevaban viajando durante días. Las instrucciones que les habían dado en los distintos poblados cántabros por los que pasaron fueron de gran ayuda para alcanzar su destino.

Era un paisaje de robles nevados, en pleno corazón de la tierra de los plentusios, donde no se oía otra cosa que el rugir del viento y el ulular nocturno de los lobos; un lugar tan agreste como la tierra del muchacho, donde la profesión más importante era la de pastor. Sus habitantes, hombres rudos y hechos a la intemperie con mucho en común con los celtíberos, rebosaban amabilidad. Allí donde detuvieron sus pasos encontraron cobijo y comida.

Una vez en el valle, vislumbraron un cerro que antecedió una larga cordillera, al norte. La parte superior no era picuda e impracticable, sino que se extendía plácida en una meseta, sobre la cual se alzaba el imponente poblado fortificado que habían estado buscando durante semanas.

Bergida.

De su importancia les hablaron todos a los que consultaron en la región, pues era lugar de paso hacia el mar norteño; del mismo modo, conectaba con los caminos que se extendían de este a oeste, algunos de los cuales alcanzaban los Pirene.

Desde luego, resultaba imponente, mucho más que la mayoría de pueblos que habían conocido durante el viaje. Las altas murallas cerraban una enorme ciudad, a la que se podía acceder por una cuesta abrupta. Leukón imaginó lo complicado que sería atacar una urbe así, pues a las dificultades del terreno se sumaba la gran visibilidad que tendrían los defensores desde su privilegiada posición. Nadie podría tomarlos por sorpresa.

Pero lo mismo decían de Arse, y ésta había caído.

Subieron por el sendero enlosado hasta dejar atrás la cantera de la que se nutrían los constructores del poblado. El celtíbero y el íbero alcanzaron así el portón situado al sur del muro defensivo, donde los recibieron de nuevo con afabilidad. Se mezclaron con los lugareños, y ofreciendo sonrisas preguntaron por aquél al que buscaban.

Nadie supo darles razón.

Ambos estaban desconcertados, no sabían muy bien qué hacer. Leukón miró al cielo y vio que el sol menguaba. Su compañero decidió que lo mejor sería pedir asilo

para pasar la noche y esperar a que el día siguiente fuera más afortunado en su búsqueda.

—¿Vienes del este, forastero? —les preguntó uno de los guardias plentusios, a lo que Alcón asintió como respuesta—. Pues entonces buscad el hogar de Korribilo. Siempre está encantado de dar alojamiento a los que llegáis desde oriente, tal vez porque él también vino hace un tiempo de allí y le gusta saber qué pasa en esas tierras.

Tomando por bueno aquel consejo, condujeron sus caballos de las riendas mientras se solazaban contemplando el agradable trasiego de los habitantes del pueblo. La vida entre aquellas gentes era muy similar a la de los pelendones: trabajaban la tierra allí donde era fértil, pero sobre todo criaban bestias a las que pastoreaban en largas distancias para encontrar buena hierba. De todos modos, aunque a simple vista parecían individuos felices y pacíficos, Leukón sabía con certeza que todas aquellas tribus andaban ocupadas con una eterna guerra de saqueos, del mismo modo que era costumbre entre los celtíberos.

Alcón preguntó por el tal Korribilo, y gracias a las señas que les dieron llegaron hasta una vivienda de adobe como cualquier otra. Un grupo de chiquillos se perseguían unos a otros, tan metidos en su juego que ni les atendieron. Hasta que una niña de cabellos castaños, y que reía tanto que se le saltaban las lágrimas, tropezó con Leukón yendo a parar al suelo. Lo miró entonces con el ceño fruncido, pero sólo hasta que el joven la tomó de las axilas y la puso de pie. Luego, con una sonrisa en la boca, le limpió el polvo de la humilde túnica.

—Lo siento, pequeña dama. —Ella lanzó una pizpireta risita entre los dientes, mientras se cubría la boca con la mano; el celtíbero le tocó la nariz con el dedo, y luego señaló a la casa—. Estoy buscando a Korribilo, el dueño de este hogar, según tengo entendido.

—¡Oh, es mi padre!

Leukón ladeó la cabeza. Había algo en aquella chiquilla, algo que le resultaba familiar.

—¿Me llevarías con él?

Ella asintió con fuerza y, desvergonzada de un modo adorable, le tomó la mano y tiró de él hacia la vivienda. Alcón los siguió, tratando de contener las risas. Justo antes de que entraran, les salió al paso un hombre fornido, de cabellos cortos y negros, y barba mucho mejor cuidada de lo que era habitual entre los cántabros. Aunque vestía ropa similar a la de los lugareños, saltaba a la vista que su origen era muy lejano.

Tan lejano como la propia Cartago.

Lo supo al instante. Y no fue sólo cosa suya. Alcón parecía tan abrumado como él mismo. Habían encontrado al hombre que buscaban.

Habían hallado al auténtico Tabnit.

—Sed bienvenidos, forasteros —les dijo, con un acento distinto al de los autóctonos de la región.

Leukón tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse, pues por un instante le pareció que veía un espíritu encarnado, el del amigo fallecido que volvía a tomar cuerpo. «Sabrás que es él cuando lo veas», le había dicho Idnibal, al que durante tanto tiempo había conocido con el nombre del individuo que ahora tenía frente a él. Y tenía razón.

El muchacho estaba tan desconcertado que no encontró palabras, así que tuvo que ser Alcón quien asumiera dicha tarea.

—¿Eres tú Korribilo, del que me han dicho que gusta acoger a viajeros cansados en su hogar? —preguntó, sin desvelar todavía lo que sabía.

—Así me hago llamar en estos lugares, sí. Y tal como aseguran, mi casa está abierta a quien requiera descanso y calor.

Sin preguntarles nada más, los condujo al interior de la estancia, después de atar a Bronce y al otro caballo. En el centro de la sala ardía un alegre fuego en un hogar de piedra, cuya chimenea atravesaba la techumbre de ramas y paja. Korribilo instó a su hija a que fuera en busca de su madre para atender a sus invitados. La niña se fue dando saltitos y entonando una cancioncilla en los labios.

—No deseamos causar molestia alguna —dijo entonces el íbero, sentándose junto a las llamas—. Basta con un rincón donde tendernos y un plato de sopa caliente.

—Amigo mío, no quieras evitarme el placer de ser un buen anfitrión —bromeó el otro, mientras les ofrecía un cuenco con frutos secos—. ¿Cuál es vuestro nombre y qué os trae a estas tierras? Por vuestro aspecto diría que tú eres celtíbero, aunque no logro identificar tu tribu. —Señaló a Leukón y, luego, se dirigió a Alcón—. Y por tu parte, percibo sangre íbera.

—Me llamo Alcón, nacido en la antaño grandiosa Arse. Y mi silencioso compañero es Leukón, hijo de Letondón.

—Pelendonia es mi hogar, y Okalakom mi clan y poblado —se atrevió al fin a decir el joven—. Me hallo aquí para cumplir una promesa. Ambos lo estamos. Y para ello necesitamos encontrar a una persona.

—Honrosa tarea, sin duda. Quizá yo pueda ayudaros.

—Busco a...

No llegó a decirlo, porque en ese momento regresó la niña, y con ella iba una mujer. No era extremadamente hermosa, aunque sí agradable a la vista. Por su pelo azabache y la piel blanca podría haber pasado por cántabra. Sin embargo, Leukón sabía que era tan íbera como Alcón.

—Amigo, estas dos chiquillas son mi razón de ser: Elisa, a la que ya conoces, y Nisunin, mi esposa.

—Los dioses son caprichosos, desde luego —dijo el guerrero pelendón, mientras rebuscaba algo en su zurrón—. He encontrado a quien requería cuando menos lo esperaba.

Korribilo parpadeó un tanto confuso.

—¿Acaso me buscabas a mí? —preguntó, y el celtíbero vio cómo tanteaba el mango de un cuchillo que tenía cerca.

—Nada debes temer, cartaginés —se apresuró a calmarle Alcón—. Somos hombres de paz.

Se instauró de pronto un tenso silencio, apenas roto por el crepitar de las llamas y el sonido de las manos de Leukón rebuscando en su bolsa. Al fin sacó una urna y un plomo. Y también tomó un colgante que pendía de su cuello, por debajo del sago. Se lo mostró a la familia. Korribilo se lanzó hacia delante con un gemido naciendo en sus labios, al tiempo que le arrebatava el collar.

—Dime de dónde has sacado esto —le exigió, aunque el dolor en sus ojos, fijos en el recipiente funerario, intuían la amarga verdad—. Se lo entregué a alguien a quien amaba; unas hebras de mi cabello. Una parte de mí para que me recordara. Escaso pago por el sacrificio que realizó en mi nombre.

—Es tal cual sospechas, por desgracia. Traigo un mensaje, Tabnit, hijo de Cartago. —Y les entregó la placa escrita.

El matrimonio se reunió alrededor del plomo y leyeron mientras lloraban. «Te devuelvo tu nombre, hermano». Palabras recitadas por Tabnit con una congoja que, de algún modo, también era de Leukón.

—Se fue como un guerrero, en el campo de batalla, con honor —explicó el joven celtíbero—. Yo mismo, y quienes llegamos a quererlo aun sin saber su verdadero nombre hasta el final, le dimos el ritual que mandan las costumbres cartaginesas.

—El mismo Aníbal Barca ofició la ceremonia. Pero Idníbal quería que sus cenizas estuvieran contigo —le aseguró Alcón.

—Grande debía ser vuestra amistad si habéis viajado tanto para cumplir su voluntad —logró decir Tabnit.

—Así fue —asintió Leukón—. Me entregó su amistad, me llevó a hacer grandes cosas y aprendí mucho de él. Jamás lo olvidaré. Jamás. Se llamara Tabnit o Idníbal. Ahora entiendo que el verdadero nombre yace en el interior de cada persona. En su alma.

El muchacho bajó la cabeza, también apenado. Debería estar contento por el fallecido. Así era cuando alguien marchaba del mundo tras grandes hazañas. Allí, donde fuera, los dioses lo recibirían y lo colmarían de agasajos. ¡Sería feliz durante toda la eternidad!

Sin embargo, ¿qué ocurría con quiénes se quedaban atrás, con aquéllos a los que se privaba de su compañía?

—Fue mi culpa, todo fue por mi culpa —se derrumbó entre lágrimas Tabnit.



Al día siguiente dieron digno sepelio a los restos de Idnibal. En el cementerio, en las afueras del pueblo, alzaron un montículo hecho con piedras, y debajo enterraron la urna, apropiadamente acompañada por los habituales amuletos protectores que utilizaban los cartagineses. En la estela que el propio Tabnit grabó, unas simples palabras.

«Idnibal, quien también fue conocido como Tabnit. Dejas a tu hermano sin alma».

Leukón se dejó llevar y recordó los momentos compartidos con su amigo cartaginés. Y lo tuvo presente; una visión llena de vida venciendo a la incommovible corriente del tiempo.

—Fue idea suya, aunque mía la culpa por consentir semejante plan —dijo Tabnit—: intercambiar nuestras identidades para que yo pudiera escapar sin que nadie lo advirtiera, pues él iba y venía cuando lo deseaba. Así me protegió, a la vez que mantenía el honor de nuestra casa. Mis padres deberían saber quién fue el verdadero héroe de la familia.

—No debes cargar con ese peso —le comentó Alcón—. Sufrió durante años por guardar vuestro secreto, por no poder ser él mismo. Pero al final se marchó comprendiendo la grandeza de la vida, así nos lo dijo. Su camino fue una batalla constante por las personas queridas. ¿Acaso existe algo más noble? Es la mejor lección que he aprendido de él.

—Se esforzó por convertirse en lo que yo tendría que haber sido, y al final fue mejor hombre de lo que jamás seré —asintió el cartaginés—. Siento vergüenza, más que nunca, por mi cobardía.

Leukón miró a Nisunin y la pequeña Elisa. También a Alcón, quien sonrió.

—Se necesita mucho valor para renunciar al honor, aunque sea con la intención de salvar a la mujer que amas.



Unos días después de haber descansado con la familia de Tabnit, y tras aceptar de buen grado la tésera de hospitalidad que sería señal de una nueva amistad, se despidieron de ellos.

Después de muchas jornadas de viaje avistaron las lomas del cerro de Okalakom. Alcón, que durante todo el viaje se había mantenido callado respecto a sus planes de futuro, suspiró, y de este modo Leukón vio que era el momento de preguntarle al fin.

—¿Qué harás ahora, amigo? Sabes que mi pueblo te aceptaría sin reservas. Te nombraríamos hijo de Pelendonia, como a Nunn. Éste podría ser tu hogar.

—Y sería feliz, sin duda —asintió—. Sin embargo, hay cosas que debo hacer. Me quedaré un tiempo, por supuesto, hasta que nazca el niño. La cuidaré mientras lo necesite. Y cuando ya no sea así, marcharé.

—¿A dónde irás? —quiso saber el joven.

La mirada del arsetano vibró, ilusionada.

—Ahora que he restablecido mi honor, vuelvo a ser digno del cariño de mi hijo. Y pienso recuperarlo.

A las puertas del castro los recibió Nunn y su nueva hermana, Stena, quien ya tenía a punto el casamiento. Mientras entraba en el poblado, Leukón sonrió mirando al cielo despejado. El mundo era bueno, se dijo, y él debía disfrutarlo siendo feliz junto a su amada, en honor del amigo ausente.

Le dedicó un pensamiento de cariño, allá donde estuviera. Luego miró a la muchacha que pronto sería su esposa y la besó.

—Estoy de vuelta.

NOTA DEL AUTOR

Si en algún momento pude pensar que tras escribir *El espíritu del lince* sería más sencillo encarar una nueva novela histórica, desde luego estaba equivocado.

Leones de Aníbal fue concebida como una continuación no directa de mi primera obra publicada, aunque durante el proceso de creación tomó personalidad propia. Resultaba lógico que a la hora de abordar un nuevo proyecto se me pasara por la cabeza la idea de contar qué ocurrió tras el asedio de Sagunto por parte del ejército de Aníbal Barca. Pero quise hacerlo utilizando un formato distinto. Así, de la primera persona he pasado a una tercera, con tres protagonistas muy diferenciados entre sí y que son el vehículo por el que conoceremos esa gran aventura que fue el viaje de los hombres de Aníbal hasta Italia.

Una historia de esta envergadura exigió, si cabe, que el proceso de documentación fuera más exhaustivo (aunque ya contara con una sólida base inicial gracias a mi anterior trabajo). No hubo facilidades para ello: la gran hazaña de Aníbal está fielmente documentada sólo en algunos tramos, sobre todo a partir del instante en que deja atrás los Pirineos. Pero ¿qué ocurrió desde que partió de Cartagena hasta entonces? La información es escasa y vaga, muy vaga. Ni siquiera los historiadores se ponen de acuerdo por completo en la ruta que utilizó para llegar a la cordillera. Tito Livio y Polibio, los historiadores antiguos en los que me he basado principalmente para narrar esta historia, pasan de puntillas por esa parte del viaje, lo cual me obligó a fabular más de lo habitual.

Por tanto, veo necesario un apartado donde comentar algunos detalles que durante la novela no he querido valorar mediante notas a pie de página, al entender que éstas lastrarían la experiencia del lector, y que también han quedado fuera del glosario al final del libro.

Al principio de la historia, Alcón hace suya una frase que no nació de mi imaginación: «El hombre que no se contenta con poco, no se contenta con nada». Se trata de una cita de Epicuro de Samos, filósofo griego fundador de la escuela del epicureísmo. Vivió entre el 341 a. C. y el 270 a. C., así que teniendo en cuenta que Alcón, por capricho de su esposa, era un hombre instruido en la cultura llegada de Grecia (a una helenizada Sagunto), bien podría ser que el intérprete hubiera leído alguna obra del sabio.

Otra frase utilizada en un contexto distinto al original es la leyenda inscrita que Leukón, Aníbal, Tabnit y Alcón se encuentran en el santuario fenicio donde acuden para recuperar la confianza divina: «Ha hecho y dedicado este santuario Abdesmún, hijo de Baalat, el sacerdote; para nuestra señora, para Tanit, la grande y poderosa, a quien adoramos por encima de todas las cosas». Esta inscripción corresponde en realidad a otro santuario de origen fenicio, situado en Ibiza, conocido como Cova des

Culleram. De hecho, me he basado en dicho recinto como ambientación para el que describo en mi novela.

Al igual que ocurrió en mi anterior novela histórica, ha habido momentos en los que me he encontrado problemáticas contradicciones en los textos de los historiadores antiguos. Uno de los casos más destacados es el número de soldados que Aníbal reunió para marchar hacia Italia. Aún hoy sigue siendo tema de debate. Tito Livio habla de noventa mil soldados de infantería, una cifra claramente inflada y que los historiadores actuales prefieren dejar entre cuarenta y sesenta mil. Algunos incluso hablan de veinte mil. Yo he decidido optar por sesenta mil, un término medio que resulte creíble a la par que da fe del gran ejército que comandó el estratega cartaginés.

A veces incluso he decidido nadar en contra de las teorías aceptadas por los especialistas y arriesgarme con hipótesis todavía no demostradas. Ha sido el caso de la mención al Delta del Ebro. La comunidad científica siempre ha sostenido que su formación fue muy posterior a la época en que transcurre la novela. Los geólogos aseguran que no fue hasta el siglo XIV cuando el río empezó a expulsar de forma notoria, debido a fuertes riadas, los materiales que en diversas fases darían lugar al delta. Sin embargo, recientemente un estudiante de la Universidad de Cambridge, Eliot Cáster, ha postulado la teoría de que la creación del Delta es muy anterior, como ocurrió con otras formaciones similares del Mediterráneo, fechadas hace más de cinco mil años. El Museo de las Tierras del Ebro inició en 2012 una serie de proyectos arqueológicos que podrían demostrar dicha teoría. En el momento de la escritura de la novela, el año 2012, decidí adelantarme a estos resultados y apostar por esta tesis. De manera acertada, pues en 2015 otro estudio, esta vez de la Universitat Rovira i Virgili, confirmó mediante la datación de sedimentos que el Delta podría existir desde hace ocho mil años.

Otro caso de licencia por mi parte: Tito Tivio asegura que el conflicto de los dos hermanos galos tuvo lugar en territorio de los alóbroges. Sin embargo, teniendo en cuenta que Aníbal nunca pasó del río Drôme (si aceptamos que fue éste el que siguió para llegar a los Alpes, como yo he hecho), cabe pensar que en realidad tampoco alcanzó la región de esta tribu gala. Me parece más factible que este suceso tuviera lugar en un poblado de los *cavarii*, que ocupaban las tierras al sur del mencionado río.

Por supuesto, en ocasiones la escasez de datos obliga a inventar por completo, especialmente durante la parte del viaje de Aníbal que transcurre antes de llegar a los Pirineos. Así, el episodio donde son atacados por la noche es ficticio, de modo que la elección del punto donde acampa el ejército es personal, en función de que esta región formaba parte del extremo más suroriental del territorio iacetano. Se trataría de la actual Organyà, en la comarca del Alt Urgell (Lleida).

Algunas aclaraciones más: la mención a las Termópilas no se refiere a la famosa batalla de los trescientos espartanos, comandados por el rey Leónidas. Transcurrió

mucho después, en el 270 a. C.

Es posible que algún lector amante de la histórica se pregunte por qué he huido la mayoría de las veces de utilizar algunos términos latinos, como por ejemplo las denominaciones de las unidades romanas. He preferido utilizar las aprobadas por la Real Academia de la Lengua Española porque en la mayoría de los casos resultan más comprensibles para el lector no acostumbrado a este género. Entiendo que la función de un hastati es más fácil de imaginar si se le llama astero, por ejemplo. Amén de que el lector podrá consultarlo en un diccionario cualquiera.

Para terminar, me gustaría de nuevo pedir perdón a los especialistas en Historia por los más que probables errores y las licencias tomadas en pos del argumento. En el fondo, esto es una novela.

DRAMATIS PERSONAE

Personajes históricos

- ALCÓN: exmediador del consejo de Arse. Intérprete y traductor, íbero.
- ANÍBAL BARCA: estratega de Cartago. Cartaginés.
- ASDRÚBAL BARCA: hermano de Aníbal Barca. Cartaginés.
- ASDRÚBAL «EL FIERO»: oficial del ejército de Aníbal (distinto al anterior). Cartaginés.
- BRANEO: cabecilla de los cavares. Hermano mayor de Brendo. Galo.
- BRENDIO: hermano menor de Braneo. Galo.
- CNEO CORNELIO ESCIPIÓN: general romano, hermano de Publio Cornelio Escipión padre.
- DASIO, EL BRUNDUSINO: gobernador de la guarnición romana de Clastidium, natural de Brundisium.
- HANNÓN, EL VIEJO: oficial cartaginés.
- HANNÓN, HIJO DE BOMÍLCAR: oficial cartaginés (distinto del anterior).
- INDÍBIL: rey y caudillo de los ilergetes. Íbero.
- MAGON BARCA: general y hermano menor de Aníbal Barca.
- MAHARBAL: oficial en el ejército de Aníbal Barca. Númida.
- MANDONIO: hermano de Indíbil. Íbero ilergete.
- PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN «EL AFRICANO»: general romano. Hijo de Publio Cornelio Escipión. Su mote no lo recibiría hasta años después de los hechos ocurridos en esta novela.
- PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN: cónsul romano.
- SÓSILOS: sofista espartano de Aníbal.

Personajes ficticios

- AMBÓN: guerrero pelendón del clan Okalakom. Celtíbero.
- ANAIOS: caudillo de Ruscino. Galo de los sordones.
- AULO SERVILIO GEMELO: lictor del cónsul Escipión. Romano.
- AUNIA: madre de Leukón. Celtíbera.
- BABPO: guerrero pelendón. Celtíbero.
- BILINOS: padre de Stena. Celtíbero pelendón.
- BIURBETIN: hijo de Biurtibes. Íbero ilercavón.
- BIURTIBES: rey y caudillo de la ciudad de íbera. Ibero ilercavón.
BUTUITO: caudillo de los helvios. Galo.
- CARTALÓN: oficial cartaginés.
- CORBIS: guerrero pelendón del clan Okalakom. Celtíbero. DALENINAR: esposa de Alcón. Íbera.
- EZALCES: guía y cuidador del elefante Dougga. Masilio.
- GOBANITIO: embajador de los boyos.
- HIEMPSAL: soldado númida del ejército cartaginés. Personaje ficticio, aunque el nombre es real. Pertenece al rey de Numidia que gobernó en el siglo II a. C. nieto del famoso Masinissa.
- TABNIT: oficial y consejero cartaginés. Su verdadero nombre es Idnibal.
- IDNÍBAL: oficial y consejero cartaginés. Es la verdadera identidad de Tabnit.
- ISBATARIS: hijo de Alcón. Íbero.
- LETONDÓN: padre de Leukón. Celtíbero pelendón.
- LEUKÓN: joven guerrero celtíbero, del pueblo de los pelendones, perteneciente al clan Okalakom.
- LISCO: caudillo de Kerre. Íbero kerretano.
- LUCTERIO: druida de Ruscino. Galo sordón.
- MAGALO: reyezuelo de los boyos. Galo.
- NUNN: sanadora del pueblo de los arecómicos. Gala.
- OLOVICÓN: portavoz del consejo de los cavares. Galo.
- ORSUA: hijo de Tibasté. Celtíbero pelendón.
- SEDULO: caudillo de los volcas tectósagos. Galo.
- SEDULO: hermano menor de Nunn. Galo arecómico.

- SEXTO AURELIO BUTEO: tribuno de confianza de Escipión. Romano.
- SOSINTACER: miembro del senado de íbera. Íbero ilercavón.
- STENA: prometida de Leukón. Celtíbera de los pelendones, del clan Okalakom.
- TIBASTE: caudillo pelendón del clan Okalakom. Celtíbero.
- TITO PULLO: centurión romano, encargado de los batidores.
- VALECIACO: caudillo de los volcas arecómicos. Galo.

TOPÓNIMOS Y GENTILICIOS

- ADEBA: Ciudad íbera, mencionada por Ptolomeo, que el historiador moderno Müller sitúa entre las actuales Benicarló y Vinarós, junto al río Cérvol.
- AMPURIAS: Colonia griega situada en el norte de Iberia, en territorio de los indiketes, en la actual comarca catalana del Empordá.
- AREVACOS: Pueblo celtíbero situado entre el Sistema Ibérico Central y el Valle del Duero.
- ARSE: Antigua ciudad íbera. Actual Sagunto. Los griegos la llamaban Zakynthos. Los romanos se referirían a ella como Saguntum. Arse se cree que es la denominación íbera.
- AUSETANOS: Pueblo prerromano de origen íbero, situado en la actual Plana de Vic.
- BASTETANOS: Pueblo íbero. Su capital era Bastí, cerca de la actual Baza, en la provincia de Granada.
- BELOS: Etnia celtíbera situada aproximadamente en el Sistema Ibérico Central.
- BERGIDA: Castro perteneciente a la etnia celta de los cántabros.
- BERGISTANOS: Etnia íbera situada en la actual comarca del Alt Llobregat.
- BOYOS: Etnia gala situada en el sureste de Francia y norte de Italia.
- BRACA: Término en latín («braccae» en plural) que hace referencia a una prenda que se considera antecesora de los pantalones. Curiosamente, el término acabó definiendo a la prenda interior femenina.
- BRUNDISIUM: Ciudad romana, actual Brindisi.
- CELTIBERIA: Territorio situado en el centro de la península Ibérica que reunía a un grupo de pueblos antiguos influidos tanto por la cultura celta como por la íbera debido a su proximidad con estas etnias. Aunque su extensión fue cambiante a lo largo del tiempo, podría decirse que se situaba en el Macizo Ibérico; ocupaba al norte el nacimiento del río Duero, al sur la Serranía de Cuenca, y al oeste las sierras de Ayllón y Pela.
- CERETANOS: Pueblo íbero ubicado en la región de los Pirineos, concretamente en la actual Cerdanya.

- **CLASTIDIUM:** Colonia romana fundada sobre una ciudad de los galos anamaros.
- **CRISO:** Río que se correspondería con el actual Guadalete. Su nombre antiguo fue una denominación dada por los colonos griegos asentados en su desembocadura, una denominación derivada de «Chyses», el apelativo de Gerión. Dichos helenos estuvieron a punto de entablar batalla con los fenicios de Gádir, pero la diplomacia resolvió el conflicto.
- **DROMA:** Río que correspondería con el actual Drôme.
- **DURIAN:** Río que corresponde con el actual Durance.
- **EDETA:** Capital de los íberos de la región de Edetania, los edetanos. Está identificada con las ruinas del Tossal de Sant Miquel de Lliria, en la Comunidad Valenciana.
- **EDETANIA:** Región de Iberia controlada por la ciudad de Edeta. Edetania se extendía por buena parte de la costa meridional levantina. Sus fronteras no están del todo claras, pero sus límites suelen considerarse el río Júcar, al sur, y el Udiva, al norte.
- **ERIDANO:** Río mencionado por Heródoto que, presumiblemente, se corresponde con el actual Po.
- **GÁDIR:** Antigua ciudad fundada por los fenicios, en lo que hoy es Cádiz.
- **HELIKE:** Nombre griego de la antigua ciudad íbera situada cerca de los límites de la Oretania, en el interior del sur de la península. Su ubicación se discute si coincide con Elche (Alicante) o Elche de la Sierra (Albacete). Para esta novela se ha elegido esta última ubicación.
- **HELVIOS:** Tribu gala cuyo territorio se hallaba en las inmediaciones del río Ródano.
- **HIBERUS:** Denominación en latín con la que los romanos conocían el río Ebro.
- **IACETANOS:** Pueblo prerromano situado en el norte de Aragón, en los Pirineos. Estrabón establece que la región que dominaban se extendía hasta Lleida y Huesca.
- **IAKKA:** Capital de la etnia de los iacetanos.
- **IBARCAR:** Río que se correspondería con el actual Segre. La denominación que he utilizado es ficticia, debido a la falta de datos; es una construcción ficticia. He combinado un elemento preindoeuropeo como es «kar» («peña, montaña, pedra») y la raíz íbera «ibar» («río, agua»).

- ÍBER: Probable denominación antigua del río Ebro.
- ÍBERA: Ciudad mencionada por Tito Livio. Los datos para situarla son insuficientes, pues sólo dice de ella que estaba cerca del Ebro. Actualmente se consideran como ubicaciones más probables las actuales Tortosa (también llamada Dertosa) y Amposta. He elegido esta última por motivos argumentales.
- IBUSITANOS: Gentilicio de los habitantes antiguos de Iboshim, colonia fundada por los fenicios en la actual isla de Ibiza.
- IKENSAKOM: Tribu carpetana, no confirmada por los historiadores. La inscripción «Ikesankom-Konbouto» aparece en una moneda que los expertos numismáticos aseguran carpetana. Aunque el lugar del hallazgo no está demasiado claro, algunos estudiosos apuntan la teoría de que «Ikesankom» sea el nombre de una tribu carpetana, y «Konbouto» el oppidum que acuñó la moneda. Del mismo modo, se comenta una similitud entre «Konbouto» y «Complutum», la antigua ciudad romana sobre la que se alza hoy en día Alcalá de Henares, que hace especular con que Konbouto pudiera ser la ciudad carpetana prerromana, aunque sin prueba fehaciente alguna por el momento.
- ILERCAVONIA: Región habitada por la etnia íbera de los ilerjavones. Ocupaba las zonas alrededor de la depresión del Ebro, extendiéndose entre las actuales provincias de Castellón y Tarragona.
- ILERGETES: Pueblo íbero situado, aproximadamente, en las provincias actuales de Huesca y Lleida.
- ILIBERRI: Ciudad gala situada al sur de Ruscino, que correspondería con la actual Elna, habitada por los galos tectósagos. No confundir con el oppidum íbero situado en la actual Granada.
- ILICI: Ciudad íbera, en la región de los contéstanos. Actual Elche.
- ILTIRTA: Capital de la etnia íbera de los ilergetes. Actual Lleida.
- INSUBROS: Pueblo galo que habitaba el norte de Italia.
- KELIN: Ciudad íbera, situada en el yacimiento de Los Villares (Comunidad Valenciana).
- KERRE: Capital de la antigua región de Kerretania. Se correspondería con la actual Llivia, en la comarca de la Baixa Cerdanya.
- LUSONES: Pueblo celtíbero. Estrabón los sitúa en las fuentes del Ebro y el Tago.
- MAR INTERIOR: Mar Mediterráneo.

- MASILIOS: Agrupación de tribus de Numidia, en el norte de África.
- MASSALIA: Ciudad fundada como colonia griega, aliada tradicional de Roma. Corresponde a la actual Marsella.
- MONTES PIRENE: Los Pirineos.
- MUTINA: Ciudad al sur de la Galia Cisalpina, en los tiempos de esta novela ya considerada romana (probablemente una colonia). Sería la actual Módena.
- NUMIDAS: Pueblo seminómada que vivía en Numidia, en el norte de África. Se dividía en distintas tribus, como los masilios y los masesilos. La palabra «númida» es griega, y significaba «nómada».
- OKALAKOM: Castro celtíbero en la región de Pelendonia, hogar de Leukón. Okalakom es un nombre aparecido en una moneda datada en el siglo I a. C. El as pertenece a una ceca hallada en la actual Oncala, en Soria, así que es bastante probable (por similitud) que se tratara del nombre íbero del lugar. Pero, en realidad, el poblado de Leukón estaría situado al sureste de Oncala, a escasos kilómetros, en la actual Castilfrío de la Sierra, en el yacimiento del castro de Castillejo.
- ONUSA: Ciudad íbera con fuerte influencia griega, situada en la región de Ilercavonia. Mencionada por Tito Livio, no está clara su ubicación. Se sabe que fue una población costera de Levante, en la comarca valenciana del Maestrazgo probablemente. Algunas localidades actuales propuestas son Benifazá, Vinaroz, Benicarló y Peñíscola. Esta última es en la que me he basado para mi relato.
- ORETANOS: Pueblo prerromano, habitualmente considerado íbero, aunque con influencias célticas. Ocupaba parte del territorio de Ciudad Real, Córdoba, Albacete y Jaén.
- ORLILTIR: Ciudad íbera, ambientada en el importante yacimiento arqueológico de la Punta d'Orleyl, situado en el término del municipio castellonense de La Vall d'Uixó. El nombre es ficticio, tomado por la falta de datos sobre el término íbero utilizado en la época. He utilizado una composición típicamente íbera valiéndome del elemento «—iltir», conocido por formar parte de numerosos topónimos ibéricos.
- PELENDONLA: Región donde habitaba el pueblo celtíbero de los pelendones (gentilicio derivado del dios que adoraban, Pelendos, éste a su vez llamado Beleños por los celtas). Se extendía, aproximadamente, al norte de la provincia de Soria, sureste de Burgos y suroeste de La Rioja.
- PISAE: Ciudad etrusca de orígenes inciertos, actual Pisa. En la época de esta novela, estaba bajo la influencia de la República de Roma.

- PLASENCIA: Colonia romana. Actual Piacenza.
- PLENTUSIOS: Pueblo cántabro prerromano que habitaba en las fuentes del Ebro.
- QART HADAST: Ciudad púnica fundada por Asdrúbal «El Bello». Actual Cartagena.
- RUSCINO: Capital de los galos sordones. También hacía referencia a un río, el actual Tét, que pasa junto a Perpiñán.
- SAITI: Ciudad íbera, en la región de los contéstanos. Actual Xátiva.
- SEXI: Ciudad colonial fundada por los fenicios, ubicada en la actual Almuñécar (Granada).
- TAURINUM: Capital de la etnia gala de los taurinos. Actual Turín.
- TICINO: Afluente del Erídano. Actual río Tesino.
- TITOS: Pueblo celtíbero de difícil ubicación debido a la falta de datos. Sea como sea, debieron habitar alguna región muy cercana a los belos, a los que se asocia en todas las referencias históricas.
- TREBIA: Afluente del río Po, en Italia.
- TUBICEN: Antiguos soldados en varias sociedades antiguas, cuya función era principalmente hacer sonar la tuba, antiguo instrumento de viento similar a las trombas modernas.
- VICTUMULA: Poblado de la etnia gala de los ínsubros.
- VOCONCIOS: Etnia gala localizada entre el Ródano y los Alpes.
- VOLCAS: Formada por tectósagos y arecómicos, era una confederación de tribus galas llegadas del valle del Danubio a principios del siglo III a. C. Poblaron la región entre el Rosellón y el Ródano, desplazando posiblemente a los nativos de origen íbero de la región.

AGRADECIMIENTOS

Esta vez será más breve. Gracias...

... a ti, lector, porque sin ti esta historia estaría huérfana.

... a mis padres, Carmen y Juan, por toda una vida de esfuerzo por sus hijos.

... a mi hermana, Mari, por alegrarse de cada uno de mis pasos.

... a mis abuelos Carmen y Antonio; porque no importa cuántos años pasen, seguís aquí.

... a Raúl, Aída y a mis dos superhéroes favoritos, Adri y Moi... a Teo Palacios y Darío Vilas, compañeros de letras que me han transmitido su ánimo en los momentos más duros de esta profesión.

... a María Martínez Pisón, por leer esta novela antes que nadie y darme su opinión.

... a Sandra, musa a pesar de la distancia.

... a Penélope y todo el equipo de Edhasa, por confiar en esta obra.

... pero sobre todo, y especialmente, a Déborah Albardonedo, porque sé muy bien lo mucho que has trabajado para que esta novela viera la luz; no podría tener una mejor agente.



JAVIER PELLICER Nació en Benigánim (Valencia) en 1978 e inició su andadura literaria a través de los relatos. Ha participado en multitud de antologías; *Fantasmagoria*, *Ilusionaria 2* o *Crónicas de la Marca del Este*, son las más destacadas.

Su novela corta *La Sombra de la Luna* se ofrece en formato e-book, desde la plataforma solidaria de Save the Children «1libro1euro».

Su salto a la narrativa larga llegó con *El espíritu del lince*, novela histórica en torno a la invasión cartaginesa de la península ibérica en el siglo III a. C., por la que fue elegido autor novel finalista en los IV Premios de Literatura Histórica Hislibris. Con su segunda novela *Legados*) viajó a lo fantástico con una obra homenaje a las aventuras clásicas del género, así como a los juegos de rol.

Notas

[1] El actual río Belcaire. <<

[2] Dicho poblado estuvo ubicado en un cerro al sur de la sierra de Montsiá, en el término de Alcanar (Tarragona). Es el yacimiento conocido como «La Moleta del Remei». <<

Índice de contenido

Prefacio

La partida de Leukón

De dioses, destinos y mentiras

Un viento lleno de voces

Parte 1. La gran serpiente

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

Parte 2. Más allá del Íber

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Parte 3. Las montañas de la desesperación

33

34

35

36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48

Parte 4. La llanura ensangrentada

49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72

Epílogo

Nota del autor

Dramatis personae

Topónimos y gentilicios

Agradecimientos

Sobre el autor

